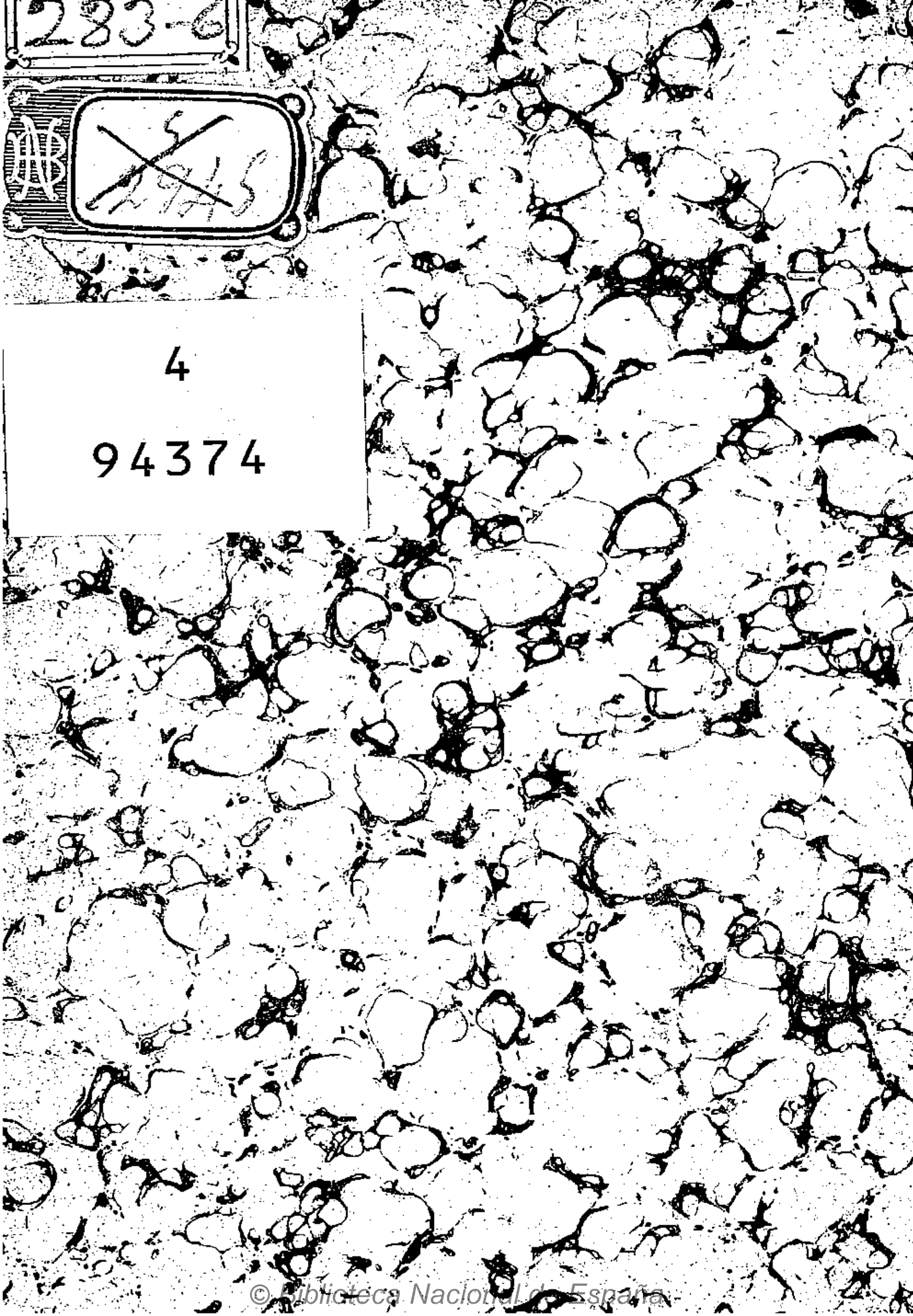
CROISSET

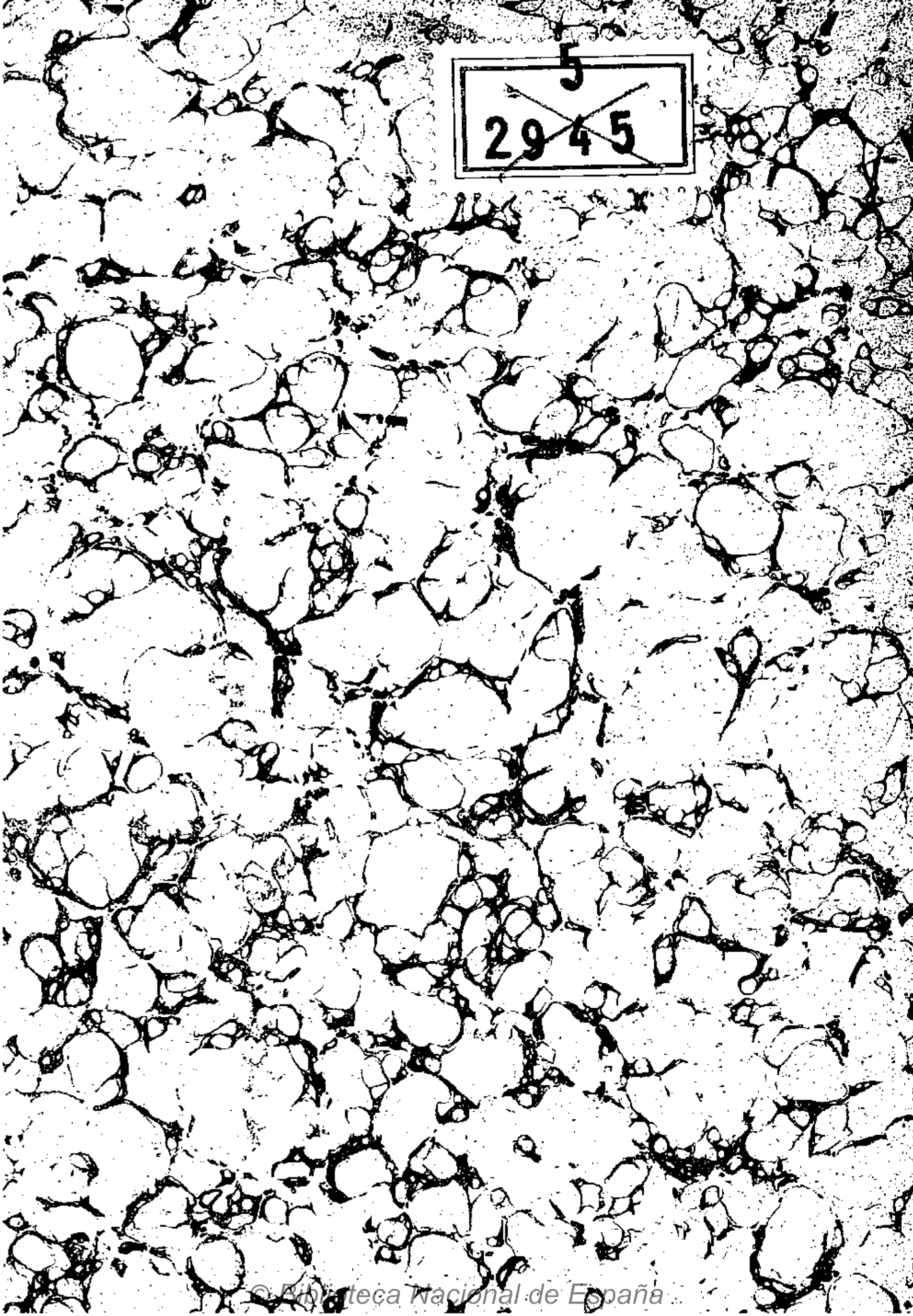
AÑO CRISTIANO

6

VID

DE JESUCRISTO


283-6
4
94374


5
2945

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES,

Escrito en francés por el P. Juan Croisset.

NUEVA TRADUCCION

Por Don José María Diaz Jimenez, presbítero,

TOMO VI.



VIDA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.

VIDA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y

DE LA SMA. VIRGEN MARIA.

ESCRITA EN FRANCES

Por el P. Juan Croisset.

NUEVA TRADUCCION

Por Don José María Diaz Jimenez, presbítero.

TOMO SESTO.



MADRID: IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEBRO,
á cargo de Alejandro Gomez.

1840.

Se hallará esta obra en la imprenta que fue de Fuentenebro, calle de Fuencarral, número 21 nuevo, cuarto bajo.

PREFACIO DEL AUTOR.

Despues de haber dado al público las vidas de los santos, nos parece muy justo dar tambien la de Jesucristo, Santo de los santos, y la de la Reina de los santos la santísima Vírgen María.

Asi como un compendio demasiado conciso desagrada, asi tambien una historia demasiado larga fatiga. Habiendonos, pues, dado los cuatro Evangelistas un pormenor exacto de los misterios y de las principales acciones del Salvador y de la santísima Vírgen, su madre, nos hemos guardado de seguir otras guias; únicamente hemos cuidado de reunir en un solo cuerpo de historia lo que solo se halla separado en todos estos historiadores sagrados, y de imitar la noble sencillez de su estilo.

Nos hemos aprovechado de las luces de los mas sabios intérpretes para facilitar y poner al alcance de todo el mundo lo mas misterioso y mas sublime que se encuentra en la vida de este hombre-Dios, y sin salir del carácter de his-

toriadores hemos acompañado la narracion de los hechos con algunas cortas reflexiones dogmáticas y morales. No hay expresion, no hay término tan oscuro en el evangelio, cuyo verdadero sentido no hayamos tratado de desenvolver; y como toda la vida de Jesucristo es una prueba sensible de su divinidad, nos hemos aplicado á dar á conocer toda su evidencia.

Además de las profecías, cuyo cumplimiento se ve en la persona de Jesucristo, y los milagros, pruebas incontestables de su divinidad, y además de que el milagro permanente, subsistente todavía en el establecimiento milagroso del cristianismo, no es la menor de las pruebas de ella; nos referimos tambien al testimonio mismo de los paganos y de los mayores enemigos de nuestra religion, quienes á pesar de su supersticiosa obstinacion se han visto estrechados por la fuerza de la verdad á confesar que Jesucristo era mas que hombre.

Todo lo que ha servido de instrumento á la pasion y á la muerte de Jesucristo, habiendo sido consagrado con su sangre, tiene una relacion íntima con la vida mortal de este divino Salvador, y por tanto no debe olvidarse en esta historia; pruebase la autenticidad de ello, justificase su veneracion, y se refieren los milagros obrados por su medio; esperamos que el lector hallará en esta obra un compendio de toda la religion.

El mismo método poco mas ó menos hemos

observado en la historia de la santisima Vírgen que en la de Jesucristo; las figuras del antiguo Testamento, los brillantes testimonios del nuevo, las profecías en órden á la excelencia y las prerogativas de la Madre de Dios, todas cumplidas visiblemente en la santisima Vírgen, los sentimientos de los santos Padres antiguos y modernos, el testimonio de toda la Iglesia, su zelo, su devocion, su culto, todo se encuentra reunido bajo de un solo punto de vista, para dar una idea menos imperfecta de aquella cuyo retrato se hace aqui.

Sea cualquiera el valor que se dé á muchas circunstancias particulares referidas en la historia de la santisima Vírgen, que en estos últimos tiempos se ha dado á luz, y que se miran como piadosas anécdotas, no hemos creido que debiamos dispensarnos de la ley que nos hemos impuesto de no decir nada al escribir esta vida de que no fuesen garantes los historiadores sagrados ó los santos Padres, prefiriendo su autoridad á todas las inspiraciones ó revelaciones posteriores.

Nos hemos extendido un poco mas sobre la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, porque de todas las gracias que ha recibido del Señor, es esta el privilegio favorito que la hace mas honor, y que hubiera preferido si hubiera estado en su eleccion á todas las demás.

Háblase al fin de esta historia del culto singular que la Iglesia desde su nacimiento ha tri-

butado á la Madre de Dios, y la tierna devocion que siempre ha profesado hácia aquella en quien, despues de Dios, pone toda su confianza; devocion que en todos tiempos ha caracterizado á todos los verdaderos fieles. Las fiestas particulares establecidas, el gran número de templos edificados en su honor, la multitud asombrosa de piadosas sociedades instituidas bajo de su nombre, y el concurso unánime de todos los santos para publicar sus alabanzas é implorar su intercesion, son monumentos todavía mas augustos de la gloria, del poder y de las grandezas de la Madre de Dios, que todos los que la han elevado en reconocimiento de sus beneficios los mas grandes monarcas del universo, y por estos termina esta historia.

INDICE

de los párrafos contenidos en la vida de Jesucristo.

PAGINAS.

Párrafos que contiene la vida de la santísima Vírgen.

LA VIDA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SACADA

DE LOS CUATRO EVANGELISTAS.



JESUCRISTO, Verbo encarnado, ó el Verbo hecho carne, como habla san Juan (*Joan.* 1), Hijo único de Dios, verdadero Dios, y como tal, igual en todo á su Padre, imágen de su sustancia, esplendor de su gloria, principio y fin por quien todas las cosas han sido hechas, y sin el cual nada se ha hecho de todo lo que ha sido hecho: Jesucristo, autor y consumador de la fe, orígen único de la salud, principio de toda santidad, no solamente es el Salvador y el remunerador de los santos, sino tambien su modelo, puesto que á los que Dios, por su presciencia eterna, ha visto que corresponderian fielmente á sus gracias, los ha predestinado por su pura misericordia para que sean conformes á la imágen de su Hijo, á fin de que sea él mismo el primogénito entre muchos hermanos, los cuales por esta conformidad lleguen á ser sus coherederos. A los méritos de Jesucristo son los santos deudores de su santidad, supuesto que ninguno llega al honor de ser hijo de Dios, sino por la adopcion que nos ha merecido este divino Salvador, y ninguno merece la herencia celestial, sino imitando al divino Salvador,

modelo perfecto de todos los santos. El cuadro de la vida de Jesucristo nos le retrata la vida de todos los santos, y esto es lo que nos ha obligado, despues de haber dado la coleccion de las vidas de los héroes del cristianismo, á dar en particular la historia de la vida y de la muerte de nuestro Señor Jesucristo.

§. I.

Misterio de la Encarnacion del Verbo divino.

Habiendo el primer hombre, que acababa de salir inocente de las manos del Criador, abusado de su libertad, y por su inobediencia incurrido él y toda su posteridad en la desgracia de Dios, habia por consiguiente perdido para sí y para todos sus descendientes todos los derechos que la justicia original les daba á la felicidad; constituidose esclavo del demonio, sumergidose en el fondo inagotable de miserias que son los tristes efectos del pecado original, y atraido sobre sí el diluvio de males que ha inundado toda la tierra.

Dios que habia previsto en la eternidad esta caida funesta, habia tambien en la eternidad resuelto repararla; pero como ninguna pura criatura, por mas perfecta que fuese, podia satisfacer plenamente á la divina justicia, á causa de la desproporcion infinita que hay entre la satisfaccion siempre limitada de una pura criatura, y la magestad infinita de un Dios ofendido; este Padre de misericordias habia determinado la encarnacion de la segunda persona de la Trinidad adorable, esto es, del Verbo eterno, el cual tomando carne se hizo Dios y hombre juntamente, y era el único que podia satisfacer como hombre, y satisfacer plena y dignamente como hombre-Dios á un mismo tiempo.

Y como este misterio es tan superior á la capacidad del entendimiento humano, era necesario hacerle accesible y verosímil por medio de señales sensibles y proporcionadas al alcance del entendimiento de los hombres: Dios, en efecto, lo ha hecho; y como la profecía es entre

todas estas señales la que mas visiblemente lleva el carácter de la verdad, y la que hiere mas, se ha servido Dios de ella para suavizar, por decirlo así, el entendimiento humano, y hacerle creible lo que no podia comprender; y para mayor conviccion todavía, á la prediccion se ha dignado añadir la prueba de los milagros; otro medio seguro y sensible para hacer creible un misterio é incontestable un hecho por mas incomprensible que sea á las luces de la razon.

Apenas habia salido el mundo de las manos del Criador; apenas se habia verificado la caida del primer hombre, cuando se le habla ya de un libertador, de un salvador; se le muestra de lejos este hombre-Dios, el Mesías, cuyo poder habia de quebrantar la cabeza de la serpiente que le habia engañado, y hacer que el esclavo recobrase su libertad. Pasan algunos siglos, la inundacion general forma un nuevo universo, y Dios se acuerda de su palabra. Piensa en formarse un pueblo agradable á sus ojos; elige uno entre la multitud de naciones esparcidas sobre la tierra; su amor se complace en hacer brillar sobre él sus mas grandes misericordias. Se digna hasta de tratar, por decirlo así, con sus siervos, y dice á Abraham: En tu posteridad serán benditos todos los pueblos. Desde esta alianza tan santamente jurada comienzan, por decirlo así, á desenvolverse los designios de Dios, y por todas partes parece ensayarse el nacimiento del Mesías, del cual predice y anuncia hasta las menores circunstancias. Todos los grandes hombres del pueblo judío son igualmente que sus padres figuras de este divino Salvador; cada uno le traza á su manera, y todos juntos le representan tal como debe aparecer sobre la tierra. Todos los acontecimientos conducen á él; y los hombres á pesar de la diversidad de sus miras, no obstante la inconstancia de sus proyectos, no hacen mas que disponer, sin saberlo, las circunstancias preliminares de su nacimiento.

No se ha contentado Dios con esta prediccion general, ha enviado de tiempo en tiempo profetas para que anunciasen á Israel su Redentor; ellos marcan el tiempo

preciso de su venida, su concepcion milagrosa en el seno de una vírgen, el lugar de su nacimiento, y todas las circunstancias de su vida y de su muerte; y todos hacen de él un retrato tan verdadero, tan justo, tan semejante, que no es posible equivocarse respecto de él.

El cetro no saldrá de Judá (*Génes.* 49), dijo Jacob, cerca de mil setecientos años antes de Jesucristo, y siempre se verán capitanes, magistrados y jueces de su linaje, hasta que venga el que debe ser enviado, y será la expectacion de los pueblos. Ha venido, en efecto, este Mesías vaticinado, y no ha sido, segun la prediccion, hasta que el cetro habia salido de Judá, y cuando el pueblo era gobernado por estranjeros. El cumplimiento ha verificado la profecía en la persona de Jesucristo; y sin mas que leer lo que estaba predicho, se reconoce visiblemente el Mesías en Jesucristo.

La profecía de Daniel fija todavía mas determinadamente la época de su advenimiento, y da una idea mas exacta aun de sus circunstancias.

Dios ha fijado los tiempos á setenta semanas de años, que hacen cuatrocientos noventa años, *en favor de tu pueblo y de tu ciudad*, dijo el ángel Gabriel al profeta Daniel, *á fin de que las prevaricaciones sean abolidas, que el pecado tenga fin, que desaparezca la iniquidad, que la justicia eterna aparezca sobre la tierra, que las profecías queden cumplidas, y que el Santo de los santos reciba la uncion sagrada* (*Daniel*, 9); como si dijera: que el Verbo se haga carne, y sea llamado el Ungido del Señor. *Pasadas setenta y dos semanas, el Cristo será condenado á muerte, y el pueblo que ha de negarle, no será mas su pueblo. Un pueblo con su gefe*, habla de los romanos mandados por Tito, *destruirá la ciudad y su santuario; será reducida á una entera ruina, y la desolacion que se le ha anunciado se verificará despues del fin de la guerra. El Cristo confirmará su alianza con muchos en una semana, y en medio de la semana serán abolidas las hostias y los sacrificios antiguos. La abominacion de la desolacion estará en el templo, y la desolacion durará hasta la consumacion y hasta el fin.*

Era tan precisa y tan clara esta profecía, que cuando Jesucristo vino á la tierra, todos los judíos estaban persuadidos que el término de su libertad y de sus esperanzas, señalado por Daniel, habia llegado. Los doctores como el pueblo estaban en la expectativa; contábanse, por decirlo así, las horas, y se hubiese dicho que todos los dias se buscaba con los ojos á aquel que el cielo habia prometido desde el nacimiento del mundo, y que, segun el cálculo del Profeta, debia aparecer en aquellos dias. Esto fue lo que obligó tambien á los doctores y al pueblo, luego que san Juan comenzó á predicar, á persuadirse que podia muy bien este nuevo predicador ser el Mesías.

§. II.

Cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo.

No hay uno entre los demás profetas que no haya annunciado al Mesías; ninguno que no haya expuesto algunos rasgos tan manifiestos y tan circunstanciados del nacimiento, de la vida, de la muerte y de la resurreccion del Salvador, que puede muy bien decirse que su retrato estaba concluido muchos siglos antes de su nacimiento.

David, este rey profeta, este hombre segun el corazon de Dios, ofrece en sus salmos la historia profética del Mesías; y nadie hay que no reconozca en la pintura que hace de él la historia compendiada de Jesucristo. Vense en ellos las promesas de la venida del Redentor, de la vocacion de los gentiles á la fe, del establecimiento de la Iglesia. El salmo segundo mira únicamente al Mesías: señala en él el Profeta la divinidad de Jesucristo, la estension de su imperio, su poder, la conspiracion de sus enemigos, y el castigo que deben temer los que rehusan someterse á sus leyes. El tercero contiene una figura de Jesucristo en su pasion. El veinte y uno, su oracion en la cruz. El veinte y siete, la persecucion de la Iglesia. El treinta y nueve es la figura de Jesucristo padeciendo

y glorificado; y el cuarenta la de la traicion del pérfido Apóstol. El sesenta y siete es una profecía visible de la venida de Jesucristo, de sus victorias, de los misterios cumplidos en su persona y del establecimiento de la Iglesia por sus Apóstoles. El setenta y uno predice la adoracion de los magos. El ochenta y siete es una figura sensible de Jesucristo, que ora á su Padre en el tiempo de su pasion. En el noventa y seis describe David la segunda venida de Jesucristo el dia del juicio universal, y en el ciento y seis la vocacion de los gentiles y el establecimiento de la Iglesia. El ciento veinte y ocho nos representa visiblemente á la Iglesia victoriosa de las persecuciones, y puede decirse que todo lo que el Rey profeta refiere de los malos tratamientos y de las persecuciones sangrientas que ha sufrido de parte de Saul y de su propio hijo Absalon, es una alegoría continua de lo que Jesucristo ha sufrido de su propio pueblo; y aunque parece que David habla de su propia persona, es muy claro que lo que él dice no puede aplicarse mas que al Salvador divino de quien él mismo era la figura. *Me han traspasado los pies y las manos*, dice en el salmo veinte y uno, y han extendido tan violentamente mi cuerpo y estirado en tal manera todos los miembros, que sería fácil contar todos sus huesos. En este lastimoso estado, añade, soy para ellos un espectáculo agradable, y sus ojos se alimentan con mis dolores; en fin, para que no quedase ningun género de suplicio han repartido á mi vista mis vestidos, y mi túnica la han jugado á la suerte. Vese bien patente, que nada de todo esto conviene al Profeta, y que todo este salmo debe entenderse á la letra de Jesucristo, á quien David hace hablar en la cruz.

Hasta la ciudad en que debia nacer el Salvador ha sido vaticinada.

El profeta Miqueas, despues de haber anunciado á Judá las desgracias que debian sucederle, consuela á su pueblo y le promete un nuevo libertador, el Mesías que debe nacer en Belen de Efrata en la tribu de Judá: *y tú Belen de Efrata, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá; sin embargo, de tí saldrá el que debe reinar*

en Israel, cuya generacion es desde el principio y en toda la eternidad (*Mich.* 4), aunque no aparezca en la tierra sino en el tiempo. El Profeta distingue á Belen de Efrata, de donde era la familia de David, de otra Belen, que era de diferente tribu. Tan persuadidos estaban los judíos de que en Belen era en donde debia nacer el Mesías, que cuando el rey Herodes alarmado por la llegada de los magos preguntó á los sacerdotes y á los doctores de la nacion en dónde debia nacer el Mesías, no dudaron citar esta profecía, y responderle que debia nacer en Belen de Judá.

La profecía de Isaías gira toda sobre las circunstancias de la vida, de la pasion y de la muerte de Jesucristo, y es tan semejante el retrato que hace de él, que san Gerónimo ha tenido razon para decir que se tendria á Isaías mas bien por un evangelista que refiere lo que ha sucedido, que por un profeta que vaticina simplemente lo que debe acontecer en lo sucesivo. Él anuncia el modo maravilloso con que debe ser concebido el Mesías: *He aquí*, dice (*cap.* 7), el prodigio que debe suceder: *una Vírgen concebirá y parirá un Hijo, que se llamará Emmanuel*, que significa Dios con nosotros.

En la pintura que nos hace de la pasion de Jesucristo en el capítulo 53, se asemeja á los Evangelistas. *Le hemos visto*, dice, y *estaba tan desfigurado que apenas podia ya conocersele.* Los Profetas veian el porvenir de una manera tan clara y tan positiva, que muchas veces hablan como de un hecho ya pasado. *Todo su cuerpo desde la planta de los pies hasta lo alto de su cabeza no es mas que una llaga*; tan maltratado ha sido, añade, *que nos ha parecido el último de los hombres, un hombre de dolores.* Despues haciendo hablar al Salvador: *Yo he entregado mi cuerpo*, dice, *á los que me herian, no he apartado mi rostro de los que me ultrajaban y me cubrian de salivas.* Volviendo luego á tomar él mismo la palabra: *Ha tomado sobre sí*, dice, *nuestras propias miserias*, *se ha cargado voluntariamente con nuestras iniquidades*, *ha sido cubierto de llagas por nuestros pecados*; ha querido sufrir toda la pena; pero tambien es verdad que solo *por su san-*

gre derramada hemos sido curados. Por lo demás, continúa el Profeta, *si ha sido inmolado por nosotros, es porque ha querido.* Nada ha habido mas libre que su sacrificio; así es que ni aun ha abierto la boca para quejarse. Será llevado á la muerte como una oveja que llevan á degollar, y guardará un profundo silencio, cual cordero mudo delante del que le trasquila. Pero como á pesar de las iniquidades agenas de que ha tenido á bien el cargarse, y de las cuales está inocente, es santo, es justo por excelencia, *justificará por su muerte el gran número de los criminales*; y porque se ha entregado á la muerte para la expiacion de los pecados, y ha rogado por los mismos que le quitaban la vida, verá una numerosa posteridad, reinará en todo el universo y mas allá de todos los siglos. ¿Quién no conoce el verdadero retrato de Jesucristo moribundo en esta pintura alegórica?

El objeto que han tenido presente todos los demás Profetas ha sido tambien Jesucristo. Él es el blanco principal adonde se dirige la multitud de predicciones que manifiestan los rasgos mas señalados de su vida. Ninguno de los Profetas hay que no sea como el heraldo de este hombre-Dios, cuya santidad y divinidad publican, al paso que anuncian el tiempo de su venida. *El es nuestro Dios*, dice el profeta Baruch, y ninguno otro *subsistirá delante de él.* Él es el que ha encontrado los caminos de la verdadera ciencia, y el que la ha dado á Jacob su siervo, y á Israel su muy amado. *Despues de esto ha sido visto en la tierra, y ha conversado con los hombres*; es decir, que este Dios cuya bondad es incomprensible, y su misericordia infinita, despues de haber instruido y preparado á su pueblo en la escuela de los Profetas, y haberle por medio de estos cuadros alegóricos y predicciones multiplicadas hecho capaz de un misterio tan superior al alcance del entendimiento humano, se ha hecho visible en la tierra por su encarnacion; y habiéndose hecho hombre se ha dignado conversar familiarmente con los hombres, y hacerse semejante á ellos.

Puede decirse que todo el viejo Testamento es una perpetua alegoría de los misterios contenidos en el Nuevo,

y singularmente del de la Encarnacion del Verbo, bajo de los nombres figurativos de Cristo, ó Ungido del Señor, de Libertador, de Cabeza, de Rey, de Enviado, de Conductor, de Mesías, de Salvador. Por medio de estas pinturas alegóricas ha querido el Espíritu Santo familiarizar, por decirlo así, el entendimiento humano á una verdad contra la cual naturalmente se rebela toda su razon, y hacerle capaz poco á poco de la fe de un misterio tan superior á los sentidos y á la razon.

§. III.

Otras predicciones en órden á la venida del Salvador.

Como el Verbo divino no debia hacerse hombre solamente para los judíos sino tambien para los gentiles, quiso Dios, al parecer, que tambien en medio de la gentilidad se encontrasen oráculos que vaticinasen la Encarnacion del Verbo, la venida del Hijo de Dios, y las principales acciones de su vida. Tales son las predicciones de las Sibilas, citadas por los antiguos Padres de la Iglesia, las cuales anunciaban tambien el nacimiento de Jesucristo de una madre vírgen, su pasion, su muerte, su resurreccion milagrosa y el juicio universal, que son los misterios mas interesantes, y los mas superiores á la capacidad del entendimiento del hombre. Como el don de profecía es un puro don de Dios, independiente del mérito ó de la indignidad del sugeto, como aparece en Balaam y en Saul en medio de los profetas, no es imposible que Dios haya comunicado este don á algunos de los gentiles, segun los designios adorables de su providencia.

San Agustin, este gran genio, superior á tantos otros, refiere en su libro diez y ocho de la ciudad de Dios (*Cap.* 3) el vaticinio que habia hecho de Jesucristo la Sibila Eritrea, cerca de mil y doscientos años antes del nacimiento del Salvador. Cuenta este santo Doctor la descripcion viva y enérgica que esta Profetisa hace en versos acrósticos del juicio último sobre estas palabras: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.* La pintura que hace en seguida

de la pasion del Salvador, no es menos admirable; he aquí sus palabras como las refiere san Agustin, despues de Lactancio y Eusebio de Cesaréa, que cita veinte y siete versos de esta misma Sibila, los cuales anuncian la primera venida del Hijo de Dios para unirse á nuestra naturaleza, y la segunda para juzgar al mundo.

"Será entregado en las manos impías de los que no han querido reconocerle (habla de Jesucristo); este Dios será abofeteado por manos sacrílegas, y cubierto de salivazos emponzoñados, que bocas impías arrojarán sobre él. Su espalda inocente será desgarrada por una granizada de azotes, y todo su cuerpo será magullado á golpes sin que salga una sola palabra de su boca. Su cabeza será coronada de espinas, y en medio de los mas crueles tormentos no se le presentará mas que hiel y vinagre para apagar su sed. Nacion insensata, tú no has querido reconocer á tu Dios, disfrazado bajo de los velos de la humanidad; y no solo por irrision, sino tambien por una crueldad inaudita, tú le has coronado de espinas y abrevado con hiel. El velo del templo se desgarrará, y en el lleno del mediodia se extenderá una sombría noche sobre la faz de la tierra por espacio de tres horas. Morirá en fin, pero su muerte por tres dias podrá llamarse un sueño, puesto que resucitará despues de estos tres dias, y su resurreccion será acompañada de las de los que él llamará á la vida." San Agustin, que refiere esta prediccion, añade que la Sibila Eritrea vivia en el tiempo de la famosa guerra de Troya, esto es, mil y doscientos años antes del nacimiento del Salvador del mundo.

Habiendo, pues, dado Dios á los hombres el retrato de su Hijo tanto tiempo antes que se hiciese hombre, no era fácil equivocarse cuando apareciese este Dios-hombre. La relacion tan visible y la conformidad tan perfecta entre el modo con que el Mesías debia nacer, vivir y morir, segun la pintura que los Profetas habian hecho de él, y el modo con que Jesucristo ha nacido, ha vivido en la tierra, y ha muerto; esta conformidad, repito, hubiera podido bastar para desterrar toda perplegidad, toda duda: sin embargo, para que sobreabundase la manifestacion y

la prueba, ha querido Jesucristo demostrar su mision, su omnipotencia y su divinidad con los milagros mas patentes y mas incontestables de que es un tejido continuado toda su vida.

Despues de una expectacion de cuatro mil años, llegado ya el tiempo prescrito por Dios, y señalado por los Profetas para la venida del Mesías, y cuando todos los judíos esperaban cada dia, segun su cálculo, ver aparecer el Redentor, que habia sido tanto tiempo el objeto de sus votos y de las promesas que se les habian hecho; se vió nacer el que debia ser el Precursor, Juan Bautista, aquel hombre maravilloso, cuya voz, segun Isaías, debia hacerse oir en el desierto, diciendo con fortaleza: *Preparad el camino del Señor, haced derechos los senderos de nuestro Dios, porque su gloria va á manifestarse, y toda carne verá el cumplimiento de lo que ha sido prometido* (*Isaías* 40): aquel ángel mortal, del cual habia dicho Dios por boca del profeta Malaquías: *He aquí que yo envio mi ángel, que preparará el camino delante de tí* (*Malach.* 5); en fin, aquel nuevo Profeta y mas que profeta, que no debia anunciar al Mesías como venidero, como lo habian hecho los demás, sino que debia mostrarle como ya presente, como en efecto lo hizo, cuando viendo á Jesucristo exclamó: *He aquí el cordero de Dios; he aquí el que borra los pecados del mundo* (*Joan.* 1); y cuando en otra ocasion dijo: *Hay en medio de vosotros uno á quien vosotros no conoceis; este es el que debe venir despues de mí, no obstante que él es antes que yo, y al que no soy yo digno de descalzar los zapatos.*

Son bien sabidas las maravillas que sucedieron en la concepcion de Juan Bautista, cuyo ministerio de precursor del Mesías anunció el ángel Gabriel al anunciar á Zacarías, que á pesar de su abanzada edad y la larga esterilidad de su esposa Isabel, tendria un hijo que se llamaria Juan.

§. IV.

Concepcion de Jesucristo.

Hallábase Isabel en el sesto mes de su preñez, cuando el ángel Gabriel fue enviado por Dios á Nazareth para anunciar su concepcion y el nacimiento milagroso de Jesucristo, á la que habia sido elegida en la eternidad para ser su Madre sin dejar de ser Vírgen. Inmolábase María, dice san Bernardo, á su Dios, en el fervor de la mas sublime contemplacion, cuando la apareció el ángel despidiendo rayos de luz; este enviado del cielo, lleno de respeto y de veneracion á la que él miraba ya como Reina del cielo y de la tierra, la dijo: Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mugeres. La vista de un ángel bajo de la forma de un hombre, junta al elogio magnífico que acababa de hacer de su virtud, causó á la mas pura y mas humilde de todas las vírgenes una sorpresa mezclada de pavor, que no pudo disimular, sin que supiese lo que queria decir una salutacion tan extraordinaria. Advirtiólo el ángel: No temas María, la dijo, porque eres muy amada de Dios para que tengas porque temer; yo vengo á anunciarte de su parte, que vas á ser madre de un hijo que será grande de todos modos, puesto que será al mismo tiempo Hijo del Altísimo. Como hijo tuyo, descenderá de David, en razon de ser tú descendiente de esta real casa; pero no debe subir al trono por derecho de sucesion; la corona que le está destinada, no será de la misma naturaleza que la de los reyes de la tierra, la cual concluye con ellos; su reino, que tendrá de Dios su Padre, no tendrá fin; reinará sobre todos los pueblos del universo; sus vasallos serán los verdaderos descendientes de Jacob, y los únicos herederos de las promesas hechas á todos los santos patriarcas; todo lo que los profetas han vaticinado del Mesías se cumplirá en él, y por la exactitud entre el vaticinio y los sucesos ninguno podrá equivocarle.

María, que preferia la virginidad á que se habia

1.





consagrado con voto, á cuanto podia ofrecersele por mas lisonjero y brillante que fuese, considerando la manera con que vivia con su esposo san José, dijo al ángel, que no comprendia cómo podria verificarse en ella este gran misterio, porque habiendo desde sus primeros años consagrado á Dios su virginidad, parecia que no podia llegar á ser madre. El ángel, que ya esperaba que le propondria esta dificultad, la declaró entonces todo el misterio: El Hijo adorable y eterno, la dijo, del cual serás madre en el tiempo, no tendrá otro padre que el que le ha engendrado antes de los siglos. Tú no tendrás otro esposo que el Espíritu Santo, que siendo la virtud omnipotente del Altísimo, formará en tí el fruto que debes llevar, y al cual despues que le hubieres dado á luz, le darás el nombre de Jesus, esto es, Salvador. No temas, pues, nada, Vírgen santísima; lejos de oscurecerse el brillo de tu virginidad, viniendo á ser madre del Hijo de Dios, resultará mas brillante y mas pura; y para que veas que nada hay imposible, ni aun dificil para Dios, sabe que tu prima Isabel que naturalmente por la edad en que se halla no debia tener hijos, se ha hecho no obstante embarazada, despues de haber sido estéril hasta su vejez, y la que creia deber morir en su triste esterilidad está ahora en el sexto mes de su preñez. Despues de esta explicacion, comprendiendo María que podia ser madre sin dejar de ser vírgen, penetrada del afecto mas vivo de reconocimiento, de sumision y de humildad, dijo al ángel: *Hé aquí la sierva del Señor, cúmplase en mí su palabra*, por mas indigna que sea de una gracia tan singular.

Habiendo recibido el ángel esta respuesta, que llenaba al cielo y la tierra de la mas dulce alegría, se despidió de ella y desapareció. En el mismo momento, viniendo el Espíritu Santo de lo alto á su seno, y derramándose sobre ella como una sombra la virtud del Omnipotente, obró en ella el gran misterio, para el cual la habia preparado desde el primer instante de su inmaculada concepcion, y formó de lo mas puro de su sangre el cuerpo del mas bello de los hombres, y crió la alma mas perfecta que hubo jamás. Al mismo tiempo la segunda

persona de la adorable Trinidad, el Verbo divino, se unió sustancialmente al uno y á la otra, y por esta union hipostática de la naturaleza humana con la naturaleza divina en la persona del Verbo, se hizo el hombre-Dios, Jesucristo verdadero Dios y juntamente verdadero hombre, hijo de Dios, consustancial con su Padre, verdadero hijo de María, la cual desde entonces quedó hecha verdaderamente Madre de Dios: en aquel momento todos los ángeles adoraron á aquel á cuyos méritos debian su perseverancia en la gracia; los hombres tuvieron un Redentor; y el mundo un mediador omnipotente entre Dios y los hombres, un Salvador. Por lo demás, aun cuando no se haya hablado aquí mas que de la operacion del Espíritu Santo en este inefable misterio, esta produccion milagrosa fue igualmente obra de las tres divinas Personas; atribuyense, empero, particularmente al Espíritu Santo las obras en que brillan mas la caridad y la misericordia, y tal es esta.

§. V.

Visita la santísima Vírgen á santa Isabel.

Habiendo sabido la santísima Vírgen del ángel mismo la gracia singular que el Señor habia hecho á su prima santa Isabel, resolvió ir á verla para regocijarse con ella, y para obedecer á la inspiracion divina que la conducia á hacer aquella visita, no ya por una pura atencion, cuanto por un motivo de caridad: visita que debia ser tan ventajosa al precursor segun los designios de la divina Providencia. Partió inmediatamente, y fue por las montañas de Judea á la ciudad de Hebron, en donde moraba Isabel: su presencia obró maravillas en favor de la madre y del hijo; el niño de seis meses que Isabel llevaba en su seno fue ilustrado con una luz sobrenatural que le dió á conocer á aquél y á aquella que le visitaban, y en la hora quedó santificado; el estremecimiento sobrenatural que tuvo fue la señal de su alegría y de su respeto. Advirtiólo la madre, y llena al mismo tiempo ella

misma del Espíritu Santo, conoció el misterio inefable de la Encarnacion, y todas las maravillas que Dios habia obrado en aquella que la honraba con su visita. Transportada tambien de admiracion y de alegría, apenas hubo oido la voz de María, exclamó en un santo enagenamiento: *Bendita eres entre todas las mugeres, y bendito el fruto de tus entrañas* (Luc. 1.). *¿Y de dónde á mi esta dicha, que me visite la madre de mi Señor? porque en el momento que he oido tu voz cuando me has saludado, el hijo que yo llevo ha saltado de gozo en mis entrañas. ¡O que dichosa eres por haber creido en el Señor! porque todo lo que te se ha dicho de su parte, no dejará de cumplirse en tí.*

Estas alabanzas tan bien merecidas, no engrieron el corazon de la mas humilde de las vírgenes; ella no pudo disimular las gracias estraordinarias que Dios la habia hecho, pero supo referir á él toda la gloria, reconociendo su indignidad: "Mi alma, esclamó llena de un santo entusiasmo, mi alma celebra las grandezas del Señor, que ha obrado en mí tan grandes cosas; sea solo á él toda la gloria; yo no puedo pensar en ello, sin que mi corazon dé saltos de alegría, acordándome de tan insigne beneficio; Dios se ha dignado fijar sus ojos en la bajeza de su mas pequeña sierva, y por esto va á dar ocasion á todos los pueblos, para que admiren y exalten mi dicha en todos los siglos venideros. De este modo se complace Dios, por decirlo así, en humillar á los grandes del mundo y reducirlos á la última miseria, mientras que colma de bienes y de gloria á lo mas pobre y mas abyecto: yo seré un ejemplo ilustre de esta verdad en todos los siglos, igualmente que de la verdad de las promesas que habia hecho á Abraham nuestro padre, y á toda su posteridad." Permaneció la Santisima Vírgen cerca de tres meses con su prima, y despues de haber santificado toda la casa de Zacarías con su presencia y su santa conversacion, partió para volverse á Nazareth, cuando ya se acercaba el tiempo en que debia parir Isabel.

Nadie ignora las maravillas que acaecieron en el nacimiento del santo Precursor, el gozo y la admiracion

fueron generales, y unos á otros se decian: *¿Quién pensais que será este niño?* Pero lo que ellos no sabian le fue revelado á Zacarías, el cual, lleno del Espíritu Santo, conoció el misterio de la Encarnacion, y la parte que debia tener su hijo en este misterio; así que, habiendo recobrado la palabra el dia mismo en que fue circuncidado el santo Precursor, el primer uso que hizo de ella fue publicar en alta voz un cántico de admiracion, de alabanza y de accion de gracias, en el cual anunciando el ministerio de su hijo, anunciaba tambien el nacimiento próximo del Mesías: de esta manera se cumplió á la letra lo que los profetas Isaías y Malaquías habian vaticinado en órden al Precursor, y es evidente que en Juan Bautista se halla tambien uno de los caracteres mas marcados del Precursor del Mesías.

Mientras que el ruido de las maravillas que habian sucedido en el nacimiento de san Juan se extendia por todo el país de las montañas de Judea, la santisima Vírgen que habia vuelto á Nazareth, meditaba en silencio dia y noche el misterio sagrado que Dios habia obrado en ella: su humildad no la habia permitido declarar á san José lo que el Espíritu Santo tenia aun oculto á este casto esposo, cuando él advirtió la preñez de su castísima esposa. Quiso Dios, al parecer, que ignorase san José hasta entonces lo que pasaba en la santisima Vírgen, á fin de que al saberlo fuese su sorpresa una prueba visible de la milagrosa concepcion del hijo, y de la incomparable virginidad de la madre. La extrañeza de san José fue tanto mayor, cuanto que conociendo mejor que nadie la alta santidad de la santisima Vírgen, y no ignorando el voto que habia hecho de perpetua virginidad, se abstenia hasta de sospechar en ella adulterio, inclinándose mas bien, dice san Bernardo, á creer que fuese tal vez aquella vírgen afortunada de la que hablaba Isaías, que debia parir al Mesías; creyólo así, dice el santo Doctor (S. Bern. Hom. 2. sup. *Missus est.*), y por un sentimiento de humildad y de respecto, semejante al que hizo despues decir á san Pedro: Apartaos, Señor, de mí, porque soy un pecador, pensó alejarse de la santisi-

ma Vírgen: no sostengo yo esto como cosa mia, añade el santo Abad, es este el sentimiento de los santos Padres.

Sin embargo el casto esposo no sabia que determinar; despedirla era difamarla, y él no se creia tan santo que pudiese quedarse con ella. En esta perplejidad, se le apareció un ángel, y le dijo: José, acuérdate que eres de la casa de David, de la cual debe nacer el Mesías prometido, y no creas que carezca de designio el haberte dado el Señor por esposa á María, que es de la misma estirpe real que tú: sabe, pues, que el hijo de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por la virtud del Espíritu Santo, es el Salvador del mundo, el Hijo único del Padre Eterno, el Mesías prometido; y Dios te ha elegido para que seas durante su infancia el tutor, el nutricio, y en este sentido su Padre; no temas, pues, el permanecer con María tu esposa, tú eres el custodio de su honor y de su virginidad: si ella no hubiese tenido esposo, no hubiese podido ser madre sin desacreditarse. Darás á este hijo el nombre de Jesus, para dar á conocer á los hombres que él es el que debe salvarlos, y que viene para ofrecerse en sacrificio por la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido san José de este gran misterio, y de la dignidad del empleo á que el cielo le destinaba, no miró ya á la santisima Vírgen mas que como la madre del Redentor; su ternura para con ella se aumentó con su veneracion, y la eleccion que Dios habia hecho de él para que fuese el esposo de la madre de Dios, no sirvió mas que para hacerle todavía mas santo y mas humilde.

§. VI.

Nacimiento de Jesucristo.

Entretanto la santisima Vírgen se hallaba ya en el noveno mes de su preñez, cuando se publicó un edicto de Augusto César, que ordenaba que se hiciese un empadronamiento exacto de todos los vasallos del imperio, y se estendiese un estado de él. Cirino, que mandaba la Siria,

tuvo órden de hacer el de los judíos, porque aunque la Judea no fuese todavía tributaria, ni estuviese puesta en el número de las provincias del imperio, Augusto miraba ya á los judíos como vasallos suyos, y al mismo rey Herodes se le consideraba como su esclavo. Para evitar la confusion en este padron, se mandó que todas las cabezas de familia fuesen al pueblo de donde era la suya respectiva originaria, á fin de hacerse inscribir allí en los registros públicos, y pagar la capitacion general que se habia impuesto. En todo esto no dirigia las miras de Augusto otra cosa que la avaricia y la ambicion; pero la Providencia divina disponia así las cosas á fin de que viéndose obligados José y María á ir á Belen, viniese al mundo el Mesías en aquella ciudad en la cual debia nacer, segun estaba profetizado.

No pudo menos de ser penoso y lleno de fatigas este viaje para san José y la santisima Vírgen cercana ya á su parto. Como todos los de la familia de David habian concurrido allí, segun el tenor del edicto, estaban llenas todas las posadas, y esto además del estado pobre de María y de José hizo que fuesen desechados de muchos. No encontrando, pues, en donde hospedarse en la ciudad, se vieron forzados á retirarse á una gruta ó caverna abierta en la roca, contigua á una posada que estaba cerca de las puertas fuera de la ciudad, y que servia de establo á la misma posada. Este fue el lugar que el soberano Señor del cielo y de la tierra escogió para nacer. Todo debia ser estraordinario en el nacimiento de un hombre-Dios. Los príncipes de la tierra, puros hombres como los mas viles de sus vasallos, tienen necesidad de nacer en soberbios palacios á fin de que el esplendor y la magnificencia del lugar realcen la flaqueza natural de su nacimiento, el cual sin esta pompa exterior no tendria nada que le distinguiese del nacimiento del menor de sus vasallos; pero un Dios-hombre no tiene necesidad de un brillo ageno, él mismo es toda su magestad, toda su gloria; lo mismo valen á sus ojos el trono mas suntuoso que el establo mas despreciable, el palacio mas magnífico que el mas pobre pesebre: parecia, aun, mas conveniente que debiendo na-

cer en la tierra un hombre-Dios, naciese en un lugar que nada prestase á la idea que debemos tener de su infinita grandeza y de su magestad divina.

En esta gruta, pues, que servia de abrigo á los animales, fue donde la santísima Vírgen, conociendo hácia la media noche que el término de su parto habia llegado, dió á luz á Jesucristo, sin sufrir el menor dolor, y sin dejar de ser la mas pura de las vírgenes: sucedió esto el año 6000 despues de la creacion del mundo; el 2957 despues del diluvio; el 2015 despues del nacimiento de Abraham; el 1510 despues de Moisés, y de la salida de Egipto del pueblo de Israel; el 1032 despues de la uncion y consagracion de David por rey; la sexagésima quinta semana, segun la profecía de Daniel; en la Olimpiada 194; el año 752 despues de la fundacion de Roma; el 42 del imperio de Octaviano Augusto; gozando todo el universo de una profunda paz, en la sesta edad del mundo, en este dia afortunado, que fue el 25 del mes de Diciembre, punto fijo de la era ó época cristiana, nació en Belen Jesucristo, Mesías prometido, Rey, señor Soberano del cielo y de la tierra, Salvador del mundo, nuestro Padre, nuestro Juez, nuestro Redentor, nuestra salud.

Por mas oscuro que fuese, segun el mundo, este nacimiento, sin embargo en la hora fue publicado en el país vecino y en los pueblos mas lejanos. Dios envió á sus ángeles para que anunciasen el nacimiento del Mesías á algunos pastores que en las cercanías de Belen velaban guardando sus rebaños, mientras que hacia aparecer á la vista de los magos del Oriente un nuevo astro que les anunciaba el mismo nacimiento. Un ángel rodeado de resplandores brillantes apareció de repente á los pastores: al principio quedaron absortos; pero el mismo espíritu celestial que les habia asustado con su resplandor, les calmó bien pronto con sus palabras. Nada temais, les dice, yo no vengo á anunciaros ninguna cosa funesta; soy enviado de Dios para daros una nueva, que debe ser para vosotros y para todo el pueblo motivo de la mas dulce alegría; vengo á deciros, que el Mesías, el Salvador tanto tiempo deseado, y esperado tantos años, acaba

de nacer en la ciudad de David; este es el Cristo, vuestro Señor y vuestro Dios, que viene á haceros eternamente felices; le hallareis en un establo, envuelto en pañales y reclinado muy pobremente, por falta de cuna, en un pesebre; estas son las señales que os doy para que le reconozcais y no podais equivocaros: los afectos interiores que os inspirará su presencia, os darán bastante á conocer que el niño á quien vais á rendir vuestros homenages es vuestro Salvador y vuestro Dios.

Apenas habia dejado de hablar el ángel, cuando inmediatamente una tropa numerosa de la milicia celestial empezó á cantar las alabanzas de Dios, y á decir en alta voz: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres que tienen el corazon recto, y una sincera voluntad de agradarle; y en el momento desapareció todo aquel concierto de voces y la luz celestial. Entonces aquellos afortunados pastores, transportados de la mas dulce alegría que puede esperimentarse sobre la tierra: Vamos, esclamaron, vamos á Belen, y veamos esta maravilla que Dios acaba de obrar, y que se ha dignado manifestarnos. Fueronse allá corriendo, y habiendo entrado en el establo, hallaron allí á María y á José con el divino Niño reclinado en un pesebre. Viendo entonces por sus propios ojos todo lo que el ángel les habia dicho, se esplayaron en bendiciones y en alabanzas. El divino Niño atrajo desde luego todas sus miradas; postraronse á sus pies, le adoraron como á su Dios, su Libertador, su Salvador, como al Mesías; sus afectos se esplicaron por sus lágrimas. Recobrados en seguida de su admiracion, contaron de una manera sencilla é ingénua todo lo que les habia sucedido, y vinieron á ser los primeros predicadores, por decirlo así, del Mesías. María quiso saber hasta las menores circunstancias de esta aparicion; informóse de todo, y despues que los pastores se hubieron retirado, no ocupó su espíritu y su corazon mas que de estas maravillas.

Segun la ley de Moisés, los hijos varones debian ser circuncidados ocho dias despues de su nacimiento, conforme al precepto que Dios habia intimado á Abraham,

y en esta ceremonia legal era cuando se les daba un nombre. Llegado este dia, aun cuando el Hijo de Dios estuviese verdaderamente dispensado de esta ley, quiso sin embargo someterse á ella; habiéndose encargado de nuestros pecados, quiso tomar las señales de pecador, no obstante que él fuese la inocencia misma. Fue, pues, circuncidado, segun la costumbre, y recibió el nombre de Jesus, que significa *Salud de Dios y Salvador*: nombre adorable que Dios su Padre le habia dado por el ministerio del ángel aun antes que hubiese sido concebido en el seno de su madre; nombre augusto que contiene en compendio todos los misterios de nuestra redencion; nombre divino, que solo en la adorable persona del Salvador del mundo llena toda su verdadera significacion; nombre superior á todo nombre, al cual debe doblar la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos; nombre omnipotente en cuya virtud se han hecho y se hacen los milagros mas brillantes; nombre incomparable, puesto que no hay otro bajo del cielo, en cuya virtud debamos salvarnos. El primer dia de Enero fue cuando el Salvador del mundo se sometió á la ley de la circuncision, que puede llamarse el gran misterio de sus humillaciones, la prenda primitiva de nuestra salud, la consumacion de la antigua ley, y como las arras y el sello de la nueva alianza.

No habiéndose esparcido la noticia del nacimiento del Mesías sino sordamente en los alrededores de Belen, á consecuencia de lo que habian publicado los pastores, no habia hecho grande impresion en el ánimo ni aun del simple pueblo, cuando se vieron llegar á Jerusalen los Magos. Eran estos, segun la opinion mas comun, y la mas universalmente recibida en la Iglesia, pequeños soberanos, cuyos estados se hallaban situados hácia el Oriente con respecto á la Judea: el pueblo de su país les respetaba estraordinariamente, y les consideraba como los depositarios de la religion y de las ciencias; ellos se aplicaban sobre todo á la astronomía. Es verosímil que vinieron de la Arabia feliz, la cual habia sido habitada por los hijos que Abraham habia tenido de Cetura, su segunda muger,

y que descendia de Jecthan, padre de Sabá, y de Madian, padre de Epha; en lo cual se cumplió lo que habia predicho el rey Profeta (Salmo 71) cuando hablando del Mesías dijo: que los reyes de Arabia y de Sabá vendrian á ofrecerle presentes como prenda de su fidelidad; y lo mismo habia vaticinado el profeta Isaías, diciendo, que vendrian de Madian, de Epha y de Sabá montados en camellos para rendir homenage al Mesías, ofreciéndole oro, mirra é incienso.

§. VII.

Vienen los Magos á adorar á Jesucristo.

En el momento, pues, en que el Salvador vino al mundo, y en el instante mismo en que los ángeles anunciaban su nacimiento á los pastores, una nueva estrella milagrosa aparecia en los cielos, para anunciarle á los reyes Magos. Estos príncipes, hábiles en la astronomía, é instruidos de las predicciones del profeta Balaam, del cual se cree que ellos descendian; viendo este nuevo fenómeno, y por otra parte mas ilustrados por una luz interior que por la que brillaba á su vista, no dudaron que esta estrella milagrosa era la que Balaam aseguraba que debia aparecer en el nacimiento del divino Rey de los judíos, el cual naceria para la salud de los hombres. Eran vecinos, y habiéndose comunicado mutuamente los tres lo que pensaban acerca del nuevo fenómeno que aparecia, convinieron en partir todos juntos sin dilacion, é ir á rendir sus homenages al nuevo rey de los judíos. No bien se hubieron puesto en camino, cuando advirtieron que la estrella les servia de guia: en efecto, ella les condujo derechos á Jerusalen; pero quedaron estrañamente sorprendidos cuando á su llegada á esta capital vieron que la estrella desapareció de su vista. Fueronse á palacio, y preguntaron dónde estaba el nuevo rey de los judíos, al cual venian á adorar, y cuya estrella habian visto. Alarmóse Herodes al saber este acontecimiento de su boca; pero disimulando su sobresalto, hizo venir á palacio en el mo-





mento mismo á los sacerdotes, y á los mas cualificados doctores de la ley, y no dudando que un rey cuyo nacimiento anunciaba el cielo fuese el Mesías prometido, tanto mas que se sabia bien que el tiempo de su venida segun el cómputo de las profecías habia llegado, preguntó desde luego Herodes á los doctores reunidos, en dónde debia nacer el Mesías; todos respondieron que debia ser en Belen, segun el vaticinio del profeta Miqueas. Desconfiando, sin embargo, aquel príncipe de la vision de los estranjeros, y temiendo que si se unia á ellos para ir á presentar sus obsequios á un niño, del cual era todavía incierto si sería el verdadero Mesías, no se espusiese á la risa del público, se contentó con decir á los Magos que, segun sus escrituras, el Mesías debia nacer en la pequeña ciudad de Belen, la cual distaba solas dos leguas de Jerusalen, y que les aconsejaba que fuesen allá cuanto antes, y que sin perder tiempo le diesen noticia de lo que supiesen. Mas antes de dejarles partir aquel príncipe falaz y tan cruel como ambicioso, que ya habia formado el designio impío de deshacerse del divino Niño, que debia ser rey si era el Mesías, llamó los Magos reservadamente, les hizo muchas preguntas, les rogó sobre todo le dijesen el tiempo preciso en que habia comenzado á dejarse ver la estrella, y fingiendo una grande ánsia por asegurarse del nacimiento del gran Libertador tan esperado de los judíos: Id, les dijo, á Belen, informaos conforme conviene á vuestra sabiduría de todo lo concerniente á este Niño, y volved cuanto antes, os ruego, para darme noticias de todo, á fin de que yo mismo vaya con toda mi corte á rendirle mis homenages.

Luego que los Magos se despidieron de aquel príncipe artificioso, y se pusieron en camino, Dios les volvió su primera guia; la estrella que habia desaparecido de su vista desde que habian entrado en Jerusalen, les apareció de nuevo en el momento que salieron, y les condujo rectamente á Belen. Es fácil comprender cuál fue su gozo cuando volvieron á ver la estrella, que no se paró sino sobre la pobre casa en donde estaba el que buscaban. Entraron en ella, y encontraron allí al que el cielo les ha-

bia anunciado. Estaba el niño Jesus en los brazos de su Madre; nada presentaba en lo exterior que le distinguiese de los demás niños; pero la misma luz interior que les habia dado á conocer lo que la estrella significaba, les hizo descubrir fácilmente á través de un exterior débil la augusta magestad y la suprema dignidad de este Dios hecho hombre. Llenos de una fe viva se postraron todos tres delante de él, y le adoraron como á Señor soberano del universo y Salvador de los hombres; y como era costumbre del país el no presentarse jamás delante de los grandes con las manos vacías, le ofrecieron lo mas precioso que habia en sus provincias, el oro, el incienso y la mirra: presentes misteriosos, que no solo verificaban á la letra lo que los Profetas habian vaticinado del Salvador, sino que tambien daban á conocer misteriosamente la magestad suprema, la divinidad adorable y la sagrada humanidad de Jesucristo. De este modo el Salvador divino que no habia venido solamente por la salud de los judíos, sino tambien por la de los gentiles, despues de haber manifestado por la aparion hecha á los pastores la predileccion con que habia mirado á la sinagoga, quiso por la vocacion y la adoracion de los reyes Magos santificar las primicias de la gentilidad.

Entretanto, cuando los santos Reyes pensaban volverse por Jerusalen, un ángel enviado de Dios les advirtió, durante el sueño, que tomasen otro camino, y se guardasen bien de volver por donde estaba el tirano, cuya astucia y perversos designios les descubrió. El parecer mas comun entre los santos Padres es que los Magos llegaron á Belen el dia trece despues del nacimiento del Salvador del mundo. No se necesita mas tiempo para venir desde la Arabia; y además es cierto que no le hubiesen encontrado si hubiesen llegado mas tarde.

Viendo el impío Herodes que no volvian aquellos príncipes estranjeros, creyó que no habiendo encontrado al pretendido rey á quien habian venido á adorar, habían tenido reparo de presentarse en la corte para no pasar la plaza de visionarios, y que él se hubiese gloriado de no haberles acompañado; hubiera sin duda per-

severado en esta creencia, si las maravillas que sucedieron pocos dias despues no le hubiesen desengañado.

La santisima Vírgen y san José que habian observado tan puntualmente el precepto de la circuncision, no fueron menos fieles en observar otros dos mandamientos de la ley, de los cuales el uno tocaba á las madres en un cierto número de dias despues de su parto, y el otro á los hijos primogénitos: el primero ordenaba que las mujeres permaneciesen cuarenta dias despues de su parto sin entrar en el templo, si habian dado á luz un varon, y ochenta si era hembra; que pasados estos dias fuesen al templo, y allí ofreciesen un cordero y una tórtola ó un pichon para dar gracias á Dios por su feliz alumbramiento, y por medio de esta oblacion la madre quedaba libre de toda impureza legal; que si era pobre, ofreciese solo una tórtola ó un pichon en lugar de un cordero, y habiéndolo ofrecido el sacerdote delante del Señor, quedaba purificada.

El segundo precepto miraba al hijo primogénito, el cual estaban obligados los padres á ofrecerle y consagrarle al Señor, ó rescatarle á precio de dinero, si no era de la tribu de Leví, única destinada al servicio del altar y del templo. Todo varon que naciese el primero, se tendrá como cosa consagrada al Señor, dice la ley. Dios habia intimado este mandamiento á los israelitas despues que hubo hecho morir á los primogénitos de Egipto para forzar á Faraon á que dejase en libertad al pueblo judío, y este precepto se les habia impuesto para que nunca olvidasen este insigne beneficio; y porque todo lo que estaba consagrado al Señor debia serle inmolado, se contentaba Dios con que se le ofreciesen en sacrificio los primogénitos de los animales, y que se rescatasen á precio de dinero los hijos que no estaban destinados al servicio del templo.

Es indudable que la ley de la purificacion no hablaba con la santisima Vírgen, supuesto que se habia hecho madre, y habia parido sin dejar de ser vírgen; sin embargo por mas humillante que fuese esta ley á la mas pura de las vírgenes, quiso someterse á ella; como su

Hijo, que era la inocencia misma, se habia libremente sometido á la ley humillante de la circuncision.

§. VIII.

La purificacion de la santisima Vírgen despues de su parto, ó la presentacion de Jesus en el templo de Jerusalen.

Cumplidos, pues, los cuarenta dias, fue María á Jerusalen, y llevando á su Hijo en los brazos, entró en el templo, ofreció al Señor dos pichones, como lo mandaba la ley á las pobres, en cuya clase se colocó la santísima Vírgen. Es verdad, dicen los Padres, que teniendo la ventaja de presentar á Dios en la persona de su Hijo el cordero sin mancha, no hubiera sido conveniente ofrecer á un tiempo el cordero, que era una simple figura y la realidad. Sin embargo, era necesario rescatar á precio de dinero, segun la ley, al que habia venido para rescatar al mundo, y María dió cinco siclos que hacen cerca de cinco ó seis libras de nuestra moneda. Toda esta ceremonia legal no fue, por decirlo así, mas que la corteza del misterio; el sacrificio del Hijo y de la Madre era todo interior: el Salvador se ofrecia al sacrificio de la cruz, y se ofrecia por las manos de su Madre, como para dar á entender que no habiendo querido hacerse hombre sin el consentimiento de su Madre, no queria tampoco ofrecerse en sacrificio sobre la cruz por la salud de los hombres sin el mismo consentimiento. Echanse de ver tambien en una sola ceremonia dos sacrificios que la Madre de Dios hizo en este dia: el primero como vírgen por su purificacion legal; el segundo como madre por la presentacion de su hijo, que desde entonces se obligaba á morir en la cruz por nuestra salvacion.

Apenas la santisima Vírgen con su hijo Jesus en sus brazos habia entrado en el templo, cuando llegó tambien allí un venerable viejo, llamado Simeon: era este un hombre santo que suspiraba mucho tiempo habia por la venida del Redentor: el Espíritu Santo, del cual estaba

lleno, le habia dado una secreta seguridad de que veria antes de su muerte al Mesías; y el mismo Espíritu Santo fue tambien el que habiéndole conducido al templo le reveló que el niño que veia en los brazos de aquella jóven era el Salvador. Poseido entonces el santo Viejo de un transporte de gozo y de amor acompañado de un afecto del mas vivo reconocimiento, tomando al Niño en sus brazos y levantando los ojos al cielo, exclamó: Ahora, Señor, podeis ya disponer de vuestro siervo; yo moriré en paz, segun la promesa que me habeis hecho. Nada tengo ya que desear, y mis ojos nada tienen que ver ya sobre la tierra, despues de haber visto al Salvador del universo. Vos le habeis destinado para que esté expuesto á la vista de todos los pueblos, como objeto de su respeto y de su amor. Él debe ser la luz de las naciones, y la gloria de Israel vuestro pueblo. Hallábanse profundamente admirados José y María viendo lo que pasaba, cuando dirigiéndose á ellos el santo Anciano les felicitó por la dicha que les cabia en tener por hijo al Salvador del mundo, les bendijo, y dijo á María su madre que aunque este divino Niño no hubiese venido al mundo sino por la salvacion de todos los hombres, muchos por su propia culpa no se aprovecharian del beneficio de la redencion, y que en lugar de un Salvador bénefico no hallarian en él mas que un juez severo: que lejos de ser recibido con honor por aquellos que le habian deseado con tanta ánsia, vendria á ser el objeto de su odio mortal: que sería contradicho, maltratado, perseguido; así que, prosiguió, por mas que seais la mas dichosa de todas las madres, sereis tambien la mas afligida; tendreis parte en sus dolores; los ultrajes que se harán á vuestro amado Hijo serán para vos otras tantas heridas, que se clavarán en vuestro seno; vos le ofreceis hoy á Dios como una víctima que debe inmolarse un dia por la salud del mundo; vos tendreis buena parte en este duro sacrificio, y todo lo que él sufrirá en su cuerpo, lo sufrireis en vuestro corazon.

Vino tambien allí al mismo tiempo una santa viuda, llamada Ana, de edad de ochenta y cuatro años, la cual

tenia el don de profecía, y empleaba la mayor parte del tiempo en el templo, pasando sus dias en el ayuno y en la oracion, derramando dia y noche su corazon en la presencia de Dios. Viendo al niño Jesus, conoció quien era en virtud de la misma luz interior que le habia dado á conocer á Simeon; explayóse inmediatamente en alabanzas sobre el divino Niño y en acciones de gracias al Señor, por la que hacia al mundo dándole al fin un Salvador en su persona, y no cesó de hablar de la maravilla que habia visto á todos los que como ella esperaban la redencion de Israel.

Habiendo satisfecho ya la santisima Vírgen y san José á todo lo que estaba mandado por la ley, volvieron á Nazareth, que era el lugar de su morada; no permanecieron allí mucho tiempo. Las persecuciones contra este divino Salvador anunciadas por el santo Viejo no tardaron en verificarse: estendióse muy pronto por Jerusalen todo lo que acababa de suceder en el templo; en todas partes no se hablaba mas que de las predicciones que al parecer no convenian mas que al Mesías. Este rumor llegó hasta la corte; conmovióse Herodes, y ajustando lo que acababa de suceder con lo que habia sabido de los Magos, no dudó que aquellos estranjeros le habian chasqueado. Encendióse entonces toda su crueldad, y alarmada furiosamente su ambicion viendo frustrado su primer designio, le hizo tomar sobre la marcha la bárbara resolucion de hacer degollar todos los niños de dos años abajo, seguro de que en esta carnicería general no dejaria de envolver al que únicamente hacia el motivo de su temor; pero ¿qué puede toda la industria contra los designios de Dios?

El ángel del Señor avisó en sueños á san José del bárbaro designio de aquel impío rey, y le ordenó que, sin perder tiempo, tomase á la Madre y el Hijo y se retirase precipitadamente á Egipto, en donde permaneceria hasta que recibiese órden de volver. No deliberó José un momento; partió en la misma noche, y habitó con el niño Jesus y su Madre en aquella tierra estranjera hasta despues de la muerte del tirano. Perfectamente instruidos





del misterio la santisima Vírgen y san José no les sorprendió esta huida; estaban bien preparados para todo género de acontecimientos.

La antigua tradicion de los griegos, aprobada por san Atanasio y Sozoméno, dice que en el momento que el Salvador entró en Egipto todos los ídolos del país fueron derribados y quedaron mudos, sin que se supiese entonces la causa de este accidente. Creese que la santa familia hizo alto en la ciudad de Hermópolis, y se muestra todavía hoy entre el Cairo y Heliópolis un sitio llamado Mátara, en donde hay una fuente en la cual se pretende haber lavado la santisima Vírgen los pañales que servian al niño Jesus, y este sitio es mirado el dia de hoy con singular veneracion por los cristianos y aun por los infieles.

El retiro del Salvador y su estancia en Egipto santificaron aquella venturosa region, la cual llegó á ser en lo sucesivo la mansion de los santos, y el retiro de tantos millares de ilustres anacoretas.

§. IX.

La huida del Salvador á Egipto, y degollacion de los santos Inocentes.

Apenas el niño Jesus habia llegado á Egipto, cuando Herodes conducido por la barbarie mas horrible que ocurrió jamás á la mente de un tirano, hizo degollar sin piedad en Belen y en todo el país del contorno todos los niños varones de dos años de edad abajo. Pensando Herodes que la estrella habia podido no aparecer hasta algun tiempo despues del nacimiento del infante Jesus, resolvió que pereciese todo lo que habia nacido cerca de dos años antes de la aparicion de la estrella, creyendo por este medio destruir al que los Magos habian venido á adorar. El sabio Salmeron dice que el número de estas víctimas inocentes, inmoladas en honor del Salvador recien nacido, fueron cerca de catorce mil. No sobrevivió mucho tiempo el tirano á esta cruel carnicería. La san-

gre de todos estos santos Inocentes húmeaba todavía cuando Herodes se sintió acometido de una enfermedad, hasta entonces inaudita: salia de su cuerpo un hormiguero innumerable de gusanos que alimentándose de su carne reducida á la putrefaccion le devoraban con sus mordeduras: era tan insoportable el hedor que exhalaba, que no pudiendo ya sufrirse á sí mismo, quiso muchas veces quitarse la vida para librarse de sus dolores. Un calor lento, que apenas aparecia en lo exterior, dice Josefo, le abrasaba y le devoraba interiormente; tenia un hambre tan violenta que nada podia satisfacerle; sus intestinos estaban llenos de úlceras, que le causaban cólicos tan violentos, y estos cólicos dolores tan horribles, que jamás criminal alguno sufrió un suplicio tan cruel; todo su cuerpo, hasta su rostro, hormigueaba de gusanos, y esta corrupcion general exhalaba un olor tan fétido que era imposible acercársele. Así, despues de haber sido comido en vida de gusanos, aquel príncipe tan cruel como impío murió como desesperado uno ó dos meses despues de la carnicería de los santos Inocentes, habiendo caido enfermo el mismo dia en que dió la órden para el horrible asesinato.

Habiendo muerto el tirano hizo Dios llevar luego al punto la noticia á san José por medio de un ángel, que apareciéndosele en sueños, le dijo que se levantase y tomase al Niño y á la Madre para volverse con ellos á la tierra de Israel, porque los que perseguian al divino Infante ya no vivian. Obedeció José; pero habiendo sabido en el camino que Arquelao, hijo de Herodes, habia sucedido á su padre, temiendo que este príncipe hubiese heredado sus zelos y su crueldad, no se atrevió á detenerse en las inmediaciones de Jerusalen, y en virtud de un nuevo órden del cielo se retiró á Nazareth, á fin de que lo que se habia anunciado del Salvador por los Profetas, dice el Historiador sagrado, se cumpliese, esto es, que sería llamado Nazareno, bien que no hubiese nacido en aquel pueblo.

Aunque los Evangelistas no nos dicen nada de la infancia del Salvador, es fácil comprender que no fue ni menos admirable, ni menos maravillosa que el resto de

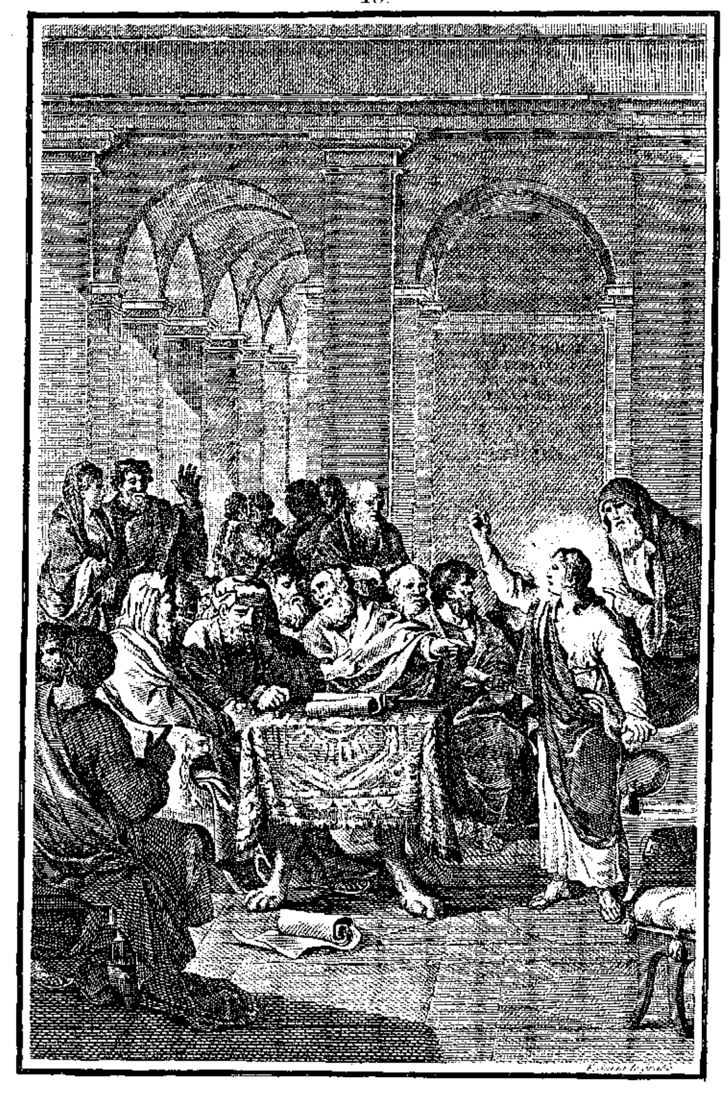
su vida mortal. La razon no habia tenido necesidad del auxilio de los años para desenvolverse en el que era esencialmente la sabiduría increada: niño en la edad, Jesucristo no lo fue jamás en el entendimiento; desde el primer instante de su concepcion era Jesus aquel gérmen divino, aquella flor celestial, aquel vástago de la raiz de Jessé, sobre el cual, como dice el Profeta, reposaba el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; ni su sabiduría ni tampoco su razon dependian ni de la educacion ni de la edad. Al unirse el divino Verbo á la naturaleza humana se habia dignado sujetarse á sus leyes, pero no á sus defectos; así es que ha tenido á bien el ser niño en cuanto al cuerpo; pero su alma no se resintió jamás de las flaquezas de la infancia: en aquella primera edad poseia todos los tesoros de la sabiduría divina, y siendo infinitos estos tesoros no podian tener acrecentamiento; Jesucristo no solo en cuanto Dios no podia adquirir nada de nuevo, pero ni tampoco en cuanto hombre podia crecer ni en luces, ni en perfecciones, ni en gracia, porque este hombre era Dios: podia solamente dar señales de sabiduría y de ciencia mas ó menos sensibles, proporcionando á la edad el uso de sus tesoros: así, cuando el evangelio dice que el niño Jesus crecia en edad, en sabiduría y en gracia, no dice otra cosa, sino que el Salvador lleno de sabiduría y de gracia se manifestaba mas á medida que su cuerpo se hacia mas grande y mas fuerte, y que crecia en edad. Sin embargo, aunque jóven, es bien seguro que jamás dejó ver nada en sus palabras ni en sus acciones que fuese propio de la infancia; todo en este divino Niño era sumamente perfecto; todos sus pensamientos, todos los movimientos de su corazon eran otros tantos sacrificios de alabanzas que ofrecia dia y noche á Dios su Padre, y Dios era mas honrado por la menor de sus acciones en esta primera edad, que hubiera podido serlo sin comparacion por el sacrificio de todas las criaturas juntas. En este jóven infante era en quien Dios hallaba todas sus complacencias, Jesus era el único objeto de ellas; y como

uno de los principales motivos del misterio inefable de la Encarnacion del Verbo divino era dar á Dios un culto digno de él, y suplir por este medio á la impotencia en que está el hombre de honrar á este Ser supremo, Jesucristo ha querido ser niño para reparar la imbecilidad de una edad naturalmente incapaz de amar á Dios. Todo era santo, todo era noble, magestuoso y de un mérito infinito en este augusto niño, en el que todo era divino; y aun cuando sus obras fuesen proporcionadas á su edad, como sacaban todo su mérito de la dignidad infinita de su persona adorable, eran el objeto de las delicias del mismo Dios, de quien era el hijo muy amado. Esto es lo que ha inspirado á tantos santos la devocion de honrar la infancia, por decirlo así, del Salvador con una piedad mas señalada; y sin duda para testificar cuan agradable le era esta devocion, se ha aparecido este divino Salvador á tantas almas escogidas bajo de la figura de un niño.

§. X.

El niño Jesus en medio de los doctores en el templo de Jerusalen.

Aunque Jerusalen distaba bastante de Nazareth, eran la santisima Vírgen y san José muy religiosos observadores de la ley para que dejasen de hallarse todos los años en la fiesta de la Pascua; luego que Jesucristo llegó á la edad de doce años, quiso tambien acompañarles. El viaje era al menos de treinta leguas; pero como la santisima Vírgen y san José sabian cuál era el espíritu de que estaba animado, consintieron fácilmente en que hiciese con ellos este viaje. Pasados los dias de la fiesta, José y María volvieron á tomar el camino de Nazareth en compañía de los que habian ido con ellos á la fiesta. No obstante que jamás perdiesen de vista á su querido Hijo, permitió Dios que Jesus se detuviese en Jerusalen sin que ellos lo advirtiesen: caminaron todo un dia pensando siempre que iria entre la multitud; pero habiendo llegado á la noche á Berea, distante tres leguas



y media de Jerusalen, quedaron sorprendidos al no verle en su compañía. Todo es misterioso en la vida de Jesucristo. Beda, san Epifanio y san Bernardo creen que en estos viajes los hombres iban en cuadrillas separados de las mujeres, y que yendo san José y la santisima Vírgen, el uno en una banda, y la otra en otra, creyeron fácilmente que el niño Jesus, que por la prerogativa de su edad podia ir indiferentemente con cualquiera de los dos, estaba sin duda en la una ó en la otra, creyéndole san José con María su madre, y pensando María que iria con su querido Esposo. A la noche cuando se reunian todas las bandas echaron de ver su ausencia, y es fácil imaginar cual fue entonces su inquietud y su dolor. Apenas despuntó el dia, la santisima Vírgen y san José volvieron atrás, y al otro dia que era el tercero despues de su partida de Jerusalen, le hallaron en medio de un gran número de doctores, sentado en una de las galerías ó salas que habia al rededor del templo, en las cuales tenian costumbre de reunirse los doctores de la ley, y tener sus conferencias; allí el divino Niño enseñaba á los maestros tanto por su modestia y por su dulzura como por la sabiduría y la sutileza de sus preguntas, la solidez y la justicia de sus respuestas; toda la asamblea estaba llena de admiracion, y se preguntaban unos á otros si el que hablaba era un niño ó un ángel.

La santisima Vírgen menos sorprendida que los demás de esta sabiduría prematura, porque le conocia mejor que ellos, no pudo menos de significarle la pena en que los habia tenido su ausencia. Hijo mio, le dijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? he aquí que tu padre y yo te buscábamos con la mayor afliccion; queriendo darle á entender que si les hubiese dicho una palabra, hubieran tenido un placer en esperarle. Vosotros no debiais estar en cuidado por mí, respondió el Salvador; podiais creer muy bien que no estando con vosotros estaria en el templo, porque no ignorais que en toda coyuntura debo emplearme en el servicio de mi Padre, y procurar su gloria en todo con preferencia á cualquiera otro deber. En esto daba Jesucristo bastante á conocer

que no era simplemente hijo de María, sino que era tambien hijo único de Dios Padre; mas los que estaban presentes no lo comprendieron. Comprendiólo bien la santísima Vírgen; por tanto, añade el Evangelista, que conservaba todo esto en su memoria para meditarlo con despacio.

Habiendo salido Jesus del templo, despues de haber dejado extraordinariamente admirados á todos los doctores, volvió con María y José á la pequeña ciudad de Nazareth, en donde quiso vivir en la oscuridad sin que se haya sabido nada en particular de las grandes acciones de virtud de su vida oculta; sábese tan solo que obedecia exactamente á María y á José, y que á medida que crecia en edad, dejaba ver mas la madurez y la sabiduría, como si su alma infinitamente santa y siempre unida á la persona del Verbo hubiese podido hacer nuevos progresos, y crecer en gracia y en mérito delante de Dios, como lo hacia á los ojos de los hombres, á cuyo genio y capacidad se acomodaba.

Parece extraño que habiendo venido el Hijo de Dios á la tierra para glorificar á su Padre trabajando en la salvacion de los hombres, haya pasado la mayor parte de su vida en la oscuridad. ¿No hubiera podido en todo este tiempo recorrer el universo, instruir á los hombres con su doctrina, edificarles con sus ejemplos, convencerles por sus milagros, y atraerles al conocimiento del verdadero Dios por todos estos caminos? ¿El taller de un artesano era una morada digna del Salvador de los hombres? ¿Debia ser la vida del Mesías una vida oculta y desconocida? ¿Convenia un retiro tan largo al hombre-Dios? Necesario era, puesto que él que es la sabiduría misma, y que nada hace que no sea con una prudencia consumada, lo ha juzgado así.

¿Quién tenia mas interés en la gloria de su Padre que el Hijo de Dios? ¿y quién mejor que él conocia los medios mas á propósito para procurarla? ¿No era el fin de su Encarnacion la salvacion de los hombres? ¿Ignoraba que la conversion del universo debia ser obra suya? Preciso era, pues, que una vida pobre, humilde y oscu-

ra hasta la edad de treinta años fuese mas gloriosa á Dios que las maravillas mas pasmosas; preciso era que la obra de nuestra salvacion exigiese el silencio, el retiro y la oscuridad de vida por este tiempo. ¡Qué visiblemente confunde esta verdad nuestra falsa prudencia! ¿quién de nosotros no hubiera pensado al contrario? Sin embargo, Dios piensa y obra de otra manera. Pero ¡qué de misterios y lecciones no se encuentran en esta vida oculta de Jesus! El Padre Eterno quiere ser glorificado por la vida oscura de su Hijo, y el Hijo de Dios prefiere esta oscuridad de vida á todos los prodigios de una vida brillante. ¡Con qué claridad nos enseña todo esto que la perfeccion y el mérito no consisten en hacer ni aun en sufrir grandes cosas por Dios, sino en no querer ni hacer sino lo que le agrada!

A la verdad Jesucristo glorificaba tanto á su Padre en el taller de Nazareth por los mas viles empleos á que se aplicaba, como lo hizo despues en la Judea por sus predicaciones y por el esplendor de sus milagros: no tenia necesidad de un gran teatro para hacer grandes cosas; sus acciones mas ordinarias y menos brillantes eran todas de un mérito infinito, que sacaba de su propio fondo: el Evangelista solo dice que durante todo este tiempo Jesus estaba sumiso á José y María, comprendiendo la generalidad de sus eminentes virtudes bajo del solo nombre de sumision y obediencia. Es constante que Jesucristo poseia todas las virtudes en un grado soberano de perfeccion, y que durante su vida oculta se ejercitaba en todos los actos de ellas: el Historiador sagrado pretende decirlo todo, diciendo que estaba perfectamente sumiso.

Pero ¿por qué un hombre-Dios escogió una vida pobre, vil y oscura, estando en su mano el vivir en la abundancia y en el esplendor? precisamente porque es el hombre-Dios; ninguna otra condicion convenia mejor al Mesías; un hombre-Dios no tenia necesidad de un mérito prestado, ni de una virtud extraña; venido al mundo para espiritualizarle, el auxilio de los sentidos, de los bienes terrenos y de un esplendor enteramente natural hubiera dañado á su designio; su Magestad divina no

podia, por decirlo así, darse mejor á conocer que en una condicion plebeya; nada de lo que lisonjea la ambicion de un corazon carnal debia tener parte en el establecimiento de una religion toda sobrenatural; propiamente en las humillaciones es en donde su virtud parecia del todo divina, y puede decirse que la oscuridad de la condicion que él ha elegido hace, por hablar de esta manera, mas visible á los hombres su divinidad.

§. XI.

Predicacion de san Juan, precursor de Jesucristo.

Habiendo, por fin, llegado el tiempo en que aquel que era la luz que ilumina á todo el que viene al mundo debia salir de esta vida oculta, apareció su Precursor. El año quince del imperio de Tiberio, el treinta de Jesucristo y el treinta y medio de san Juan fue cuando este hombre extraordinario, este Profeta y mas que profeta, al que la Escritura habia llamado el ángel del Señor, destinado á preparar los caminos del Mesías y á anunciar la venida de aquel de quien él no era mas que el Precursor y el Heraldo; entonces fue, repito, cuando Juan Bautista, que hasta allí habia vivido en el desierto, salió de la soledad, y vino á las orillas del Jordan predicando un bautismo de penitencia, que no daba la remision de los pecados, pero que disponia los hombres á recibirla, siendo como era la figura del que Jesucristo debia instituir en lo sucesivo. Haced penitencia, clamaba, porque el reino del cielo está cerca. Él era el primero que daba ejemplo con su vida austera; su vestido era un cilicio hecho de pelo de camello, que llevaba atado por la cintura con un cinto de cuero, y solo se alimentaba de langostas y de miel silvestre.

No tardó en tener séquito el nuevo predicador: todo el país vino á oirle, y los pueblos movidos de arrepentimiento de sus pecados, los confesaban y recibian en tropas el bautismo. Habiéndose extendido su reputacion por toda la Judea, y persuadido todo el Oriente de que ha-

bian llegado los dias del Mesías, la mayor parte de los que venian á oirle creyeron que podia ser muy bien él mismo el Mesías. Preguntósele si era él el que esperaban; respondió que no lo era, que él bautizaba simplemente en el agua para disponer el pueblo á la penitencia, y preparar los caminos á aquel de quien él no era digno ni aun de desatar los zapatos; que por lo demás el Mesías tan esperado acababa de venir; que él era el que les daria el bautismo del Espíritu Santo y de la caridad mas ardiente, por la cual sería su alma purificada de todo pecado; que además tenia ya el bieldo en la mano para limpiar su hera, y arrojar la paja inútil al fuego que no se apaga nunca: de este modo hacia en pocas palabras el verdadero retrato del Salvador del mundo.

En tanto que todo el mundo venia á Juan para ser bautizado, vino tambien Jesus de Nazareth para recibir este bautismo. Ilustrado san Juan interiormente con una luz sobrenatural, aunque jamás le habia visto, le distinguió muy bien entre la multitud; conoció que el que venia á él para ser bautizado era el Mesías prometido, cuya venida habia él anunciado ya. Penetrado entonces del mas profundo respeto y de una secreta confusion á vista de una humildad tan admirable, rehusó al principio bautizar al que era el Cordero sin mancha: ¡Qué! le dijo, ¿vos venis á mí para que yo os bautice? ¿no es mas bien de vos de quien yo debo recibir el bautismo? No duró mucho esta especie de altercado. Déjame ejercitar ahora este acto de humildad, le respondió el Salvador; conviene que yo me presente públicamente entre los pecadores, puesto que he tomado su semejanza; yo debo al público este ejemplo antes de darle lecciones: tú y yo debemos cumplir todos los deberes de la justicia, y practicar lo mas perfecto. En vano hubiera sido cualquiera réplica; Juan obedeció y bautizó al que le habia santificado á él en el seno de su madre Isabel.

Esta humildad tan pasmosa del divino Salvador fue muy pronto ensalzada; apenas habia salido de las aguas, cuando puesto en oracion á las orillas del Jordan se abrió el cielo, descendió visiblemente el Espíritu Santo sobre

él en forma de paloma, y se oyó una voz que venia de lo alto y que decia: Tú eres mi hijo muy amado, en tí he hallado mis delicias. No fue una verdadera paloma la que apareció, sino que el Espíritu Santo quiso hacerse sensible bajo de esta figura, símbolo de la grande inocencia de aquel que siendo la inocencia misma habia tenido á bien el confundirse con los pecadores.

Fue todo esto como un testimonio público de la venida del Mesías y el testimonio auténtico de su mision. Así que, en lugar de volverse á Nazareth, el Espíritu Santo de que estaba animado, le llevó al desierto para ser allí tentado por el demonio, y conseguir sobre él una ilustre victoria, como si el Hijo de Dios no hubiese querido comenzar los ejercicios de su vida pública sino despues de haber vencido al enemigo que tenia esclavos á los hombres despues del pecado de Adan.

§. XII.

Jesucristo en el desierto.

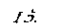
Habiendo ido Jesucristo al desierto, pasó allí cuarenta dias y cuarenta noches sin comer y sin beber. Este ayuno de cuarenta dias antes de la predicacion del evangelio habia sido figurado por el ayuno de Moisés, durante los cuarenta dias que precedieron á la promulgacion de la antigua ley. Un ayuno tan extraordinario y tan visiblemente superior á las fuerzas de la naturaleza alarmó á todo el infierno; recelabase el espíritu de tinieblas por muchas congeturas, á cual mas bien fundadas, que un hombre de una vida tan pura, tan ejemplar, tan santa, que era capaz de pasar cuarenta dias y cuarenta noches sin beber ni comer, podria ser muy bien el Hijo de Dios y el Mesías, y ni aun se hubiera atrevido á tentarle, si Jesus despues de un ayuno tan rigoroso no hubiese querido sentir el hambre y caer en una flaqueza extrema para alentar por este medio al tentador, dándole motivo para que creyese que aquel hombre por mas extraordinario que pareciese, no era mas que un hombre sujeto á las mis-

mas enfermedades que los demás, y que podia estar tambien sujeto á las mismas pasiones. Excitado por esta opinion el demonio, presentándosele bajo de una forma humana: Paréceme, le dijo, que eres el Hijo de Dios: si esto es así, añadió, ¿por qué no conviertes estas piedras en pan para remediar la flaqueza extrema á que te ha reducido tu ayuno? Queriendo Jesus dejarle siempre en la duda en que estaba de su divinidad, se contentó con responderle con estas palabras de la Escritura: No vive el hombre solo con el pan, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios, esto es, con una obediencia perfecta á todo lo que Dios manda; en este sentido dice despues el Salvador que su alimento es el cumplimiento de la voluntad de su Padre que le ha enviado.

Habiéndole salido tan mal este lazo tan grosero, el demonio creyó que sería mas feliz tentándole por la presuncion y la vanagloria, que es la mas delicada de todas las tentaciones, y muchas veces la mas temible para aquellos que parecen superiores á los placeres sensuales. Habiendo tenido á bien el Salvador que el demonio le tentase, le permitió que le trasportase á la balaustrada que corria al rededor del techo del templo de Jerusalen. Los intérpretes creen que una de las miras del demonio en este rapto fue el hacer pasar al Hijo de Dios por hechicero, trasportándole por los aires á la vista de todo el mundo, y poniéndole sobre lo alto del templo á vista de todo Jerusalen; pero ciertamente Jesus se hizo invisible sin que el demonio lo advirtiese: allí tuvo la insolencia de decirle que si era el Hijo muy amado de Dios, como una voz del cielo lo habia publicado en las orillas del Jordan despues de su bautismo, debia dar una prueba brillante, que confirmase lo que se habia oido: Echate de aquí abajo, le dijo, nada tienes que temer, porque la misma Escritura que citas, dice que Dios ha encargado á sus ángeles que tengan cuidado de la persona de su Hijo, que velen en su conservacion, y le lleven en sus manos para que su pie no tropiece contra alguna piedra: repuso entonces Jesus que esta misma Escritura decia en términos formales: *No tentarás al Señor tu Dios.*

Una respuesta tan precisa y tan sabia, cubrió de confusion al tentador; pero no le hizo desistir. Este espíritu soberbio, ufano con el poder que Dios le daba para transportar á su antojo á aquel hombre tan santo y tan maravilloso, se atrevió todavía á transportarle sobre la cima de uno de los mas altos montes, y desde allí mostrarle una inmensa estension de país sobre todo el horizonte. Todos estos reinos, todas las tierras, le dice aquel impostor, son mias: yo reino y soy adorado en todos estos pueblos, á escepcion de solos los judíos; en todas estas naciones se me ofrecen inciensos y víctimas; todos estos estados están á mi disposicion, y doy parte en ellos á los que me sirven: yo te daré, pues, todo esto si postrado me adorares. A una proposicion tan insolente y tan impía, tomando Jesus un tono de señor, le dijo con indignacion: Retirate Satanás, esto es, enemigo de Dios y de los hombres, y sabe que está escrito: *adorarás al Señor tu Dios, y le servirás á él solo.* Estas palabras fueron como un rayo para el tentador: desapareció cubierto de confusion, y habiéndose acercado los ángeles al Salvador le sirvieron de comer despues de un ayuno tan largo. Habiendo querido Jesucristo con esto enseñarnos, que la victoria de las tentaciones vá siempre seguida de los favores celestiales: en efecto, la tentacion está siempre acompañada del auxilio de la gracia, y la fidelidad en la tentacion es siempre inmediatamente recompensada con una nueva gracia, y con algun nuevo favor del cielo. Sorprende á la verdad, que el Salvador haya permitido al demonio el que le llevase y transportase por el aire; pero el poder que dió despues Jesucristo á los verdugos sobre su persona, es tan sorprendente como el que da aquí á este espíritu maligno.

Mientras que el Salvador estaba en el desierto, Juan Bautista que habia ido al otro lado del Jordan, predicaba con gran reputacion la penitencia; su modo de vivir austero, su santidad, su predicacion, confirmaron la opinion que se tenia de que podia suceder muy bien que Juan fuese el Mesías: enviaron los principales de los judíos una diputacion de sacerdotes y levitas para preguntarle si era él el Cristo; respondió Juan que no: dijeronle si era


15.

Elías, ó por lo menos un profeta; respondió, no soy ni lo uno ni lo otro. ¿Quién eres, entonces, replicaron los diputados? y si no eres ni el Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas? Yo soy, les dijo el Santo, aquel de quien ha hablado Isaías, cuando viendo en espíritu al Mesías, y al enviado para darle á conocer y mostrarle, dijo: *Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino al Señor, hacedle rectos los senderos, rellenad los valles, allanad las montañas, para ver la salud que viene de Dios.* Yo soy, pues, esta voz que no cesa de clamar en el desierto: purificad vuestros corazones por el bautismo de la penitencia; humillaos, enderezad vuestros caminos por la reforma de vuestras costumbres, y por este medio preparaos á recibir al mismo que es la salud: por lo que hace á mí, si yo bautizo, es solo con el agua; mas ya teneis en medio de vosotros, aunque no le conoceis, al que esperais, y de quien yo soy el precursor; él es el único que purifica el alma perdonando los pecados.

§. XIII.

Bautismo de Jesucristo; comienza á tener discípulos.

Habiendo salido el Hijo de Dios de la soledad, vino hácia el paraje en donde Juan bautizaba; viéndole Juan que venia, dijo en alta voz al pueblo que le rodeaba: *Mirad al que viene*, mostrándoles á Jesus, *he aquí el cordero de Dios; hé aquí el que borra los pecados del mundo; he aquí aquel de quien os he dicho: despues de mi viene un Salvador que es antes que yo. Yo no le conocia, pero el que me ha enviado á bautizar me ha dicho: aquel sobre el cual vieres descender el Espíritu Santo, es el Hijo de Dios; y habiendo visto que sobre aquel descendió el Espíritu Santo bajo la figura de una paloma*, LE HE RECONOCIDO, Y DOY TESTIMONIO DE QUE ÉL ES EL HIJO DE DIOS. De este modo llenaba el santo Precursor los deberes de su ministerio.

Al otro dia, pasando Jesus hácia la tarde por el mismo sitio, san Juan que acababa de despedir á los que habian venido á oirle, no bien le hubo avisado, cuando

dijo en presencia de dos de sus discípulos, que se habian detenido: Este es el *cordero de Dios*. Oyendo los discípulos decir á su maestro que Jesus era el cordero de Dios, comprendieron bien que Jesus era el Mesías; siguieronle, y habiéndole preguntado en dónde se hospedaba, le acompañaron hasta su habitacion. Su conversacion les confirmó muy pronto en su idea, y desde la primera plática quedaron persuadidos de que habian hallado al Salvador: uno de ellos llamado Andrés, saltando de alegría, dejó por un momento á Jesucristo, y fue á dar la noticia á su hermano Simon de que habia hallado al Mesías. Vinieron luego los dos hermanos para unirse al Salvador, que mirando á Simon sobre el cual tenia ya sus designios: Tú, le dijo, te has llamado hasta aquí Simon, hijo de Jonás; pero de hoy en adelante te llamarás Cephas, que significa piedra. Por esta distincion, Pedro tuvo la ventaja de ser puesto el primero en el número de los discípulos de Jesucristo, pues que á él fue al que desde luego dirigió el Salvador la palabra, y desde entonces le destinó con una predileccion muy señalada para que fuese el gefe de su Iglesia, su vicario en la tierra, y la piedra sobre la cual debia sostenerse todo el edificio. Pasaron los dos hermanos el resto del dia y acaso una parte de la noche con el Salvador, y reconocieron muy pronto que sus palabras eran palabras de vida eterna.

Al dia siguiente, cuando Jesus se volvia á Nazareth, acompañado de sus tres primeros discípulos (ignórase el nombre del compañero de san Andrés) encontró á Felipe, que era de Bethsaida, de donde eran tambien los dos hermanos Pedro y Andrés; dijole el Salvador que le siguiese, y Felipe no deliberó un momento. Habiendo este encontrado poco despues á Nathanael, que se cree ser san Bartolomé: Mi querido amigo, le dijo, hemos encontrado al que se nos ha prometido por los profetas y por Moisés, esto es, á Jesus de Nazareth. ¿De Nazareth, repuso Nathanael, puede salir alguna cosa buena? Como si dijere, segun el parecer de algunos santos Padres: ¿me dices que Jesus de Nazareth es el Mesías, siendo así que el Mesías debe venir de Belen? ¿Puede acaso proceder el Salvador

de esta ciudad de Galilea? Ven, le dijo Felipe, y tú mismo verás quien es. Siguióle Nathanael, y viendo Jesus que se acercaba: He aquí, le dijo, un verdadero israelita. Sorprendido Nathanael por este recibimiento: Maestro, le dijo, ¿de dónde me conoces? Yo te conocia, respondió el Salvador, aun antes que Felipe te llamase, y sabia yo con qué fervor pedias á Dios bajo de la higuera que te diese á conocer el Mesías. Iluminando entonces la gracia á este nuevo discípulo: ¡Ah! veo bien, Señor, esclamó, que *vos sois el Hijo de Dios, vos sois el rey de Israel*, predicho por los profetas (*Joan.* I.). Esta confesion no valió, sin embargo, á Nathanael, lo que otra semejante valió despues á Pedro; tal vez no era tan sobrenatural en su principio.

§. XIV.

Primer milagro que hace Jesucristo en público.

Hasta aquí el Hijo de Dios nada brillante habia obrado á la vista de los hombres, y los cinco discípulos que se habian adherido á él no habian sido atraidos mas que por los vínculos secretos de la gracia, y por la virtud omnipotente de su palabra y la uncion de sus conversaciones, cuando á su llegada á Nazareth fue convidado con su madre y sus discípulos á una boda que se celebraba en Caná, pequeña ciudad de Galilea, poco distante de Cafarnaum. Jesucristo no hacia jamás cosa alguna que no fuese con miras y por motivos sobrenaturales; todo era perfeccion hasta en sus acciones mas ordinarias: convidado, pues, á la boda, se dignó concurrir á ella. Habiendo faltado el vino en medio de la comida, la santísima Vírgen, que estaba colocada cerca de él en la mesa, advirtiendo el embarazo en que se hallaban los que cuidaban del festin, y queriendo ahorrar á los que les habian convidado la confusion que les iba á causar esta falta de prevision, dió á entender simplemente al Salvador el deseo que tenia de que se sirviese en esta ocasion de su omnipotencia para proveer milagrosamente á esta necesidad tan urgente: Mujer, esto

no nos interesa ni á tí, ni á mí, la respondió Jesus. La palabra *Mujer* de que Jesucristo se sirvió en esta ocasion no es un término de imperio, y mucho menos de desprecío; *Mujer* era un término de política y de respeto, entre los hebreos, como entre los franceses el de *Madama*, y entre los españoles el de *Señora mia.* Mi tiempo no ha llegado aun; esto es, á no ser por tu ruego no hubiera comenzado tan pronto á manifestarme al mundo con milagros públicos. No necesitaba la santisima Vírgen de una respuesta mas positiva; sabia ella muy bien que su Hijo no podia negarla nada, y que bastaba que ella le significase su deseo para ser oida al momento; así es que llamó luego á los domésticos, y les dijo que hiciesen puntualmente todo lo que Jesus les dijese. Habia allí seis tinajas de piedra, esto es, de cierta especie de alabastro que se corta, y se maneja con mucha facilidad aun en el torno: estaban muy en uso estas tinajas entre los judíos, las cuales servian para lavar los vasos de beber, los cuchillos, y otros utensilios de la mesa, como tambien para los que querian lavarse las manos y la cara, que era lo que los judíos llamaban purificacion; hacia cada una de estas tinajas dos ó tres metretas, esto es, sesenta ú ochenta pintas de agua (*de* 31 *á* 39 *azumbres*, *poco mas ó menos*). Ordenó, pues, Jesus á los que servian que llenasen de agua las tinajas, é instantaneamente aquella agua quedó convertida en un vino esquisito. Fue este el primero de tantos milagros portentosos de que despues fue un tejido admirable toda la vida del Salvador.

Todo es leccion, todo es misterio en la vida de Jesucristo; el primero de sus milagros lo hace el Salvador á ruego de la santisima Vírgen, y la conversion del agua en vino que se obra por este primer milagro es la figura de aquel que debia hacer en el fin de su vida, y que debia renovarse continuamente hasta el fin de los siglos en la adorable Eucaristía, por la transustanciacion del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre. La fama de esta maravilla se estendió muy pronto por todo el país vecino.

Resonaron desde luego las alabanzas que se daban al nuevo profeta en Cafarnaum, que no distaba de Caná mas

que dos ó tres leguas. Era Cafarnaum una ciudad muy comerciante, situada sobre el mar de Tiberiades en la embocadura del Jordan. Jesucristo hizo su principal mansion en ella, y muy luego fue el teatro de sus predicaciones y de sus maravillas. Mas como la fiesta de la Pascua se acercaba, se fué á Jerusalen, y en derechura se fué al templo; encontró allí en el atrio, ó portico de Salomon, una especie de feria, en la que se vendian los animales para los sacrificios; veianse allí cambiantes sentados en sus escritorios, que prestaban dinero con grande interés, ó bajo de caucion, á los que les faltaba para comprar las cosas necesarias durante la fiesta. Indignado el Salvador por esta profanacion que los sacerdotes habian dejado introducir, y de la que ellos sacaban tambien un gran provecho, animado de un vivo zelo por la gloria de su Padre, habiendo hecho como un látigo de cordeles, echó del templo todos los animales, arrojó por tierra el dinero de los cambiantes, y derribó sus mesas: á los que vendian pichones, les dijo: Quitad esto de aquí, y no hagais de la casa de mi Padre, una casa de tráfico. ¿Qué hubiera hecho el Señor, dice aquí el venerable Beda, si hubiese visto altercar en el templo, abandonarse en él á risas disolutas, entretenerse allí en discursos frívolos; qué hubiera hecho el que arrojó á los que en él compraban con que hacer los sacrificios? ¿Pero, qué hubiera hecho si hubiese visto las irreverencias y profanaciones que vemos en el dia de hoy?

La sumision con que se recibió esta correccion dada por una persona que parecia no tener ningun derecho para egercer un acto tan estrepitoso de autoridad, y que no se habia aun dado á conocer por los milagros, ha parecido á los santos Padres un milagro singular: es verdad que este hombre tan poco conocido hasta entonces, desde aquel momento fue la admiracion de toda la Judea.

Todo el tiempo que Jesucristo permaneció en Jerusalen no fue mas que un encadenamiento de maravillas; las enfermedades mas incurables desaparecian delante de él; en su presencia no podian sostenerse los demonios; no hubo poseido que no quedase libre á la menor señal de su

voluntad; las aguas se endurecian bajo de sus pies; la mar, los vientos, las tempestades, todo obedecia á su voz; los cielos, la tierra, los infiernos, todo cedia, todo estaba sumiso á sus órdenes; al menor de sus preceptos, toda la naturaleza olvidaba su armonía, sus reglas y sus leyes; mandaba á todas las criaturas no como oficial subalterno, ni aun como ministro del Altísimo, sino como Señor soberano y con pleno y absoluto poder; obraba como Dios-hombre; en su propio nombre resucitaba los muertos, curaba todos los enfermos; no rogaba haciendo los prodigios, mandaba; todos los milagros que obraba tenian el carácter de autoridad soberana que le era personal; este supremo poder no le era estraño: hablaba la lengua de los hombres, pero obraba como Dios. Un Elías, un Eliseo, y muchos otros grandes profetas habian hecho milagros, pero habian dejado ver bien claro al hacerlos que no eran mas que ministros de la autoridad soberana. Jesucristo solo obra por su propia autoridad en todo lo maravilloso que hace: *Levantaos*, dice á los muertos, *yo soy el que os lo manda: quedad curados*, dice á los que iban á espirar, *yo soy el que os lo digo*; y cuando los ángeles aun se contentan con decir al demonio, egerza sobre tí el Señor su imperio, Jesucristo que los arrojaba de los cuerpos en su propio nombre, habla de un modo mas preciso: *Sal de ese cuerpo, espíritu maligno*; *yo soy el que te lo mando.* Hasta á los menores de sus discípulos obedecen estos espíritus soberbios, luego que les mandan en nombre de Jesucristo.

§ XV.

Las maravillas que Jesucristo obra, demuestran que él es el Mesías prometido.

Presentaban todas estas maravillas un carácter demasiado distintivo del Mesías, para no obligar á todo el mundo á creer que Jesucristo era el que se esperaba; los mismos demonios al salir de los cuerpos, publicaban que solo el Hijo de Dios podia tener sobre ellos tanto imperio; únicamente los doctores de la ley y los sacerdotes, que

enteramente carnales, se imaginaban que el Mesías prometido debia restablecer y acrecentar su antiguo esplendor, subyugar á sus enemigos á la manera de los conquistadores de la tierra, derramar sobre los herederos de Jacob la gloria con las riquezas temporales, domar los gentiles á mano armada, abatir á Roma ufana por sus victorias, y dividir sus despojos entre los hijos de Judá, solamente estos preocupados por este error, no quisieron jamás rendirse á unos testimonios tan evidentes. Sordos á la voz de tantos prodigios, estaban disgustados por el aire humilde, pobre y modesto de Jesucristo, y todavía mas por la santidad de su doctrina que no les prometia otra cosa que bienes espirituales, y esto fue lo que encendió en ellos aquella envidia y aquel odio mortal que tuvieron siempre despues contra el Salvador, y aquella tenaz obstinacion en tenerle por un falso profeta: sin embargo, no todos fueron tan ciegos ni tan malignos.

En el poco tiempo que Jesucristo estuvo en Jerusalen, se le agregaron muchos discípulos: entre los que creyeron en él, hubo uno de los fariseos que componian el Sanhedrin, ó gran consejo, hombre de talento y de probidad, llamado Nicodemus, considerable entre los judíos, tanto por su nacimiento como por su integridad: movido este de tantas maravillas como obraba el Salvador todos los dias á vista de todo el mundo, resolvió hacerse su discípulo; pero sabiendo la envidia y el odio que los de su secta y aun los doctores de la ley habian concebido contra Jesucristo, no se atrevia á declararse abiertamente por él, y el respeto humano le impedia el presentarse como discípulo suyo: fuele pues á visitar por la noche, y le dijo ingénuamente: Maestro, no podemos dudar el que seais enviado de Dios para instruirnos, porque ninguno puede hacer los milagros que haceis si Dios no está con él. El respeto humano fue el que hizo que el gefe de los judíos tomase la noche para visitar á Jesucristo, y este es el escollo ordinario de las personas distinguidas en el mundo y muchas veces hasta del pueblo bajo. ¡Cuántos temen parecer cristianos, por un puro respeto humano!

Contemplando el Salvador, como buen padre, la ti-

midez y la flaqueza de este discípulo, todavía imperfecto, le recibió con bondad, y tuvo la dignacion de iluminarle y de instruirle él mismo: Yo soy enviado, le dijo, para enseñar á los hombres el camino del cielo; pero para entrar en el reino de Dios, esto es, para hacer profesion del cristianismo, es menester ser reengendrado, y vivir una vida enteramente nueva. Tomando Nicodemus esta regeneracion y este nuevo nacimiento en un sentido material y á la letra: ¿Cómo, respondió, un hombre ya viejo, puede volver á nacer? Hizole entender Jesucristo, que esta regeneracion era enteramente espiritual, la cual se hace en el bautismo por la infusion del Espíritu Santo; que ella hace al hombre espiritual de carnal que era por su primer nacimiento; que nada habia, por lo demas, que debiese parecer imposible en esta renovacion espiritual; que el Espíritu Santo se comunica á quien le agrada, y que aun que esto se haga de una manera invisible, sin que se sepa por qué camino entra en un corazon, sin embargo, sabe bien darse á entender y hacerse sentir, y así es como se hace esta regeneracion espiritual.

Aunque Nicodemus tenia talento, educado, sin embargo, hasta entonces en una escuela que todo lo daba á los sentidos, le costaba trabajo comprender una doctrina enteramente espiritual: dijole entonces el Salvador, que era vergonzoso para un doctor de la ley el ignorar cosas que están notadas en la Escritura con tanta claridad. Además de que, añadió Jesucristo, vosotros los fariseos sois inexcusables en no rendiros al menos á mi testimonio, puesto que nada os digo de que no esté perfectamente instruido; pero no es extraño que rehuseis el creerme, hablandoos el idioma del cielo, cuando os negais á creerme sobre las cosas mas palpables y que están al alcance de todo el mundo; sino me creeis cuando os hablo el lenguaje de la tierra, ¿cómo me creereis cuando os hablo el lenguaje del cielo?

Habiendo preparado así el divino Maestro aquel espíritu todavía novicio en la ciencia de los santos, le dió una nocion muy clara de su divinidad, de su encarnacion, y de la necesidad de su muerte para la salvacion de los hombres: Vosotros debeis creerme, añadió, porque por

sublime que sea mi doctrina, ella es verdadera, puesto que yo mismo la he bebido en el seno de la Divinidad. Ninguno ha subido al cielo, sino aquel que ha descendido de él; solo el Hijo del hombre es el que puede instruiros perfectamente de las cosas del cielo, en razon de que siendo verdadero Hijo de Dios, nadie mas que él ha estado allí: él es el que sin dejar el cielo, donde está siempre por su divinidad, se ha hecho visible sobre la tierra, y se ha hecho hombre para enseñar á los hombres las verdades de la salud. Yo sé, continuó, que siendo como son estas verdades superiores al alcance del entendimiento humano, encuentran ahora pocos espíritus dóciles, y que solo por mi muerte abrirán los hombres los ojos á la verdad; porque así como Moisés, por orden de Dios, levantó en el desierto la serpiente de bronce, colocándola en lo alto de una vara, para que fuese para todos los que la mirasen un remedio seguro contra la mordedura de las serpientes, así es menester tambien que el Hijo del hombre, de quien aquella serpiente misteriosa era figura, sea del mismo modo levantado, esto es, que sea clavado en la cruz, para curar á todos de las heridas del pecado, y por consiguiente para librarlos de la ceguera espiritual de la que el pecado es la causa principal, y para salvar á los que creyeren en él: porque Dios ha amado al mundo hasta dar su Hijo único, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Este es el fin que mi Padre se ha propuesto enviando á su Hijo; él podia condenar los hombres á las justas penas que merecian sus pecados: sin embargo, no me ha enviado sino para ponerlos á todos en estado de salvarse; de suerte que si algunos se pierden, no se perderán sino por su culpa, y contra la voluntad sincera que Dios tiene de salvarlos á todos. ¿Quién mas inexcusable que aquel que en el lleno del mediodia se precipita en el hoyo, por no haber querido abrir los ojos á la luz? Esta luz que ilumina á todo el que viene á este mundo, ha venido ya; ella alumbra, y sin embargo los hombres quieren mas las tinieblas que la luz; ¿hay por qué estrañar si su ceguera voluntaria les precipita en la última desgracia? Fue este como un compendio muy exacto de to-

da la religion y de su doctrina. Nicodemus comprendió toda su santidad, se adhirió inviolablemente á Jesucristo, y no dudó ya de que él era el Mesías.

§. XVI.

San Juan da testimonio de Jesucristo.

Habiéndose marchado el Salvador de Jerusalen, despues de concluida la fiesta, volvió con sus discípulos á las orillas del Jordan: es probable que él mismo les dió el nuevo bautismo, del cual el de Juan no era mas que la sombra, y les dejó el cuidado de bautizar á aquellos que venian á él de todas partes. Los discípulos de Juan que continuaba bautizando en Ennon, cerca de Salim, vinieron á decirle que Jesus bautizaba tambien del otro lado del rio, y que todo el mundo corria á él. Yo me alegro, respondió el Precursor; es muy justo dejar el arroyo para ir á la fuente: yo nada tengo que no haya recibido de él, él es el esposo (*Joan.* 3.), y yo no soy mas que el paraninfo, esto es, el amigo del esposo, que le conduce la esposa. Es menester que él crezca, añadió, y que yo disminuya; vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: No soy yo el Cristo, soy solo un enviado delante de él; ¿no debo, pues, estar muy contento de que sea reconocido por lo que es, y que todo el mundo le siga? El ha bajado del cielo, y yo no he salido mas que de la tierra; el que viene del cielo es superior á todos, y su locucion es toda celestial; el que procede de la tierra es terreno, y su habla lo es igualmente; el que viene del cielo es superior á todos; por mas sublime, por mas superior que sea su doctrina á nuestras débiles luces, debe ser creido, puesto que nada dice sino lo que ha visto y ha oido. Desgraciado el que no recibiere su testimonio; porque el que Dios ha enviado dice las mismas cosas que Dios, porque Dios no le comunica su espíritu con reserva. El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos: el que cree en el Hijo posee la vida eterna; pero el que rehusa creer en él, será eternamente maldito de Dios, y la ira de Dios no se apartará de él.

Tal fue el testimonio público y auténtico que Juan dió de la divinidad de Jesucristo á todos sus discípulos, pocos dias antes de su prision; porque no pudiendo menos el heraldo de la verdad y de la justicia de clamar contra el escándalo público que daba Herodes Antipas, el cual habia casado con Herodías su cuñada, viviendo aun su hermano Filipo; esta mujer impía juró la pérdida del santo Predicador, y pudo tanto con sus solicitaciones con Herodes, que aunque este príncipe respetaba á Juan Bautista, le hizo prender, bajo del pretexto de que atraia demasiada gente á su bautismo; pero la verdadera razon era que san Juan decia claramente que no era permitido á Herodes tener por mujer á su cuñada, con grande escándalo del público.

Entretanto sabiendo el Hijo de Dios la mala voluntad que ya tenian contra él los fariseos, y previendo que podrian incitar á Pilato, gobernador de la Judea, á que le hiciese prender con el mismo pretexto, puesto que venia mucha mas gente á oirle, que la que habia venido jamás á oir á san Juan (*Joan.* 4.), salió de Judea, y volviendo á Galilea por la Samaria, se sentó cansado al borde de un pozo que se llamaba la fuente de Jacob, como á unos cien pasos de la ciudad de Sichar, hoy Naplosa; pero en este descanso tenia menos parte la flojedad que sentia, que el zelo de la salvacion de las almas.

§. XVII.

Conversion de la Samaritana.

Esperaba allí el Salvador á una mujer de condicion bastante baja, pero gran pecadora, que debia venir á aquel pozo para sacar agua; en efecto, mientras que los discípulos del Salvador fueron á comprar que comer á la ciudad vino la muger á sacar agua: era de la secta de los samaritanos, enemigos declarados de los judíos: odiabanse recíprocamente estas dos naciones. Habiéndola, pues, Jesus pedido de beber, conoció fácilmente que era judío, y

le dijo que estrañaba mucho que un judío pidiese de beber á una muger samaritana. Si conocieses el don que Dios te hace, y quién es el que te pide de beber, la dijo el Salvador con su dulzura y su modestia ordinarias, acaso tú misma hubieras sido la primera en pedirle que apagase tu sed, y él te hubiera dado una agua viva. Tomando la mujer estas palabras á la letra: Señor, le dijo, ni con que sacar el agua tienes y el pozo es muy profundo: ¿de dónde, pues, te viene esa agua viva? ¿eres tú mas poderoso que Jacob nuestro padre, el cual nos ha dado este pozo? Cualquiera que bebe del agua de este pozo, repuso el Salvador, tendrá otra vez sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré no tendrá nunca sed, y el agua que yo le daré llegará á formar en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna.

Dame pues, Señor, de esa agua, dijo la mujer, para que yo no tenga ya sed, ni mas necesidad de venir aquí á sacarla. Vé, la dijo Jesus, llama á tu marido, y vuelve. No tengo marido, respondió la mujer. Tienes razon en decir que no tienes marido, replicó el Salvador, porque has tenido cinco, y el que ahora tienes no es tu marido. Avergonzóse la mujer al oir estas palabras, y queriendo eludir diestramente un discurso que no le agradaba: Yo creo; le dijo, que eres profeta; y puesto que sabes tanto, dime, te ruego, ¿en qué consiste que habiendo nuestros padres los patriarcas adorado sobre el monte de Garizin, en donde nosotros tenemos nuestro templo, os empeñais vosotros los judíos en decir que Dios quiere ser adorado en el templo de Jerusalen? Jesus, sin sorprenderse, aprovechó esta ocasion para enseñarla una gran verdad, y prepararla á recibir la luz del evangelio: Mujer la dijo, ha llegado el tiempo en que no adoreis ya al padre, ni sobre esta montaña ni en Jerusalen; siendo Dios espíritu y verdad, quiere ser adorado de todo el mundo en espíritu y en verdad: este culto no está circunscrito á un lugar particular; estando Dios en todas partes, en todas quiere que le rindamos nuestros homenages, y en todas está pronto á recibir nuestros respetos y nuestros votos. Cada vez mas admirada la mujer de la sabiduría y profundísima ciencia del que

la hablaba: Yo sé, le dijo, que debe venir el Mesías, y que cuando hubiere venido, nos instruirá, y aclarará todas nuestras dudas. Entonces la dijo Jesus, que él era el Mesías, y que no debia esperarse otro que el que la hablaba.

A este tiempo llegaron los discípulos estrañando no poco el encontrarle en conversacion con aquella mujer, la cual rindiéndose á las impresiones de la gracia, dejó allí su cántaro, volvió apresuradamente á la ciudad, y publicó en alta voz á los habitantes, que habia encontrado un hombre que la habia dicho hasta lo mas secreto que ella habia hecho, y que ella no dudaba que aquel fuese el Mesías. Entretanto los discípulos le instaban para que tomase algun alimento; mas él les dijo: Que su alimento era hacer la voluntad de aquel que le habia enviado, y perfeccionar su obra. Vieronse venir al mismo tiempo en tropa los de Sichar, para ver á este nuevo profeta; su sola presencia les impuso; concibieron un sentimiento de veneracion extraordinaria hácia él, y contra su costumbre, le suplicaron con instancia que se dignase permanecer algun tiempo entre ellos. El Salvador pasó allí dos dias, y con sus discursos encendió tan bien la luz de la fe en su corazon, que muchos creyeron en él, y decian á la mujer: Nosotros no creemos ya por lo que tú nos ha dicho; le hemos oido nosotros mismos, y por esto sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías que esperamos.

§. XVIII.

Predica el Salvador en Nazareth.

Despues de haber permanecido dos dias en Sichar, ó Sichem, vino el Salvador á Nazareth con sus discípulos. La fama de las maravillas que habia obrado en Jerusalen y en Galilea, de que la mayor parte de sus moradores habian sido testigos, era causa de que se le mirase en todas partes como un hombre extraordinario á quien toda la naturaleza obedecia. Solo los de Nazareth, que se considera-

ba como su patria, verificaron el proverbio que dice que ningun profeta es honrado en su país. El sábado siguiente fue Jesus á la sinagoga, segun costumbre; y habiéndose levantado para leer, se le presentó el libro del profeta Isaías, abrióle, y cayó sobre aquel pasaje: *El espíritu del Señor ha reposado sobre mí; por esto me ha dado la uncion, y me ha enviado á predicar á los pobres para curar á los que tienen el corazon oprimido de tristeza, para anunciar la libertad á los cautivos y el recobro de la vista á los ciegos, para librar á los que estan en la opresion, para publicar el año venturoso del Señor, y el dia en que se hará justicia* (*Luc.* 4, *Isaías* 61).

Habiendo leido este pasaje plegó el libro que era un rollo de vitela á la manera de los antiguos, y comenzó á mostrarles que esta escritura estaba cumplida en su persona; habló con tanta gracia y uncion, y de un modo tan persuasivo y tan divino, que no hubo nadie que no confesase que jamás hombre alguno habia hablado mejor.

Sin embargo, la cualidad de Salvador y de Mesías que se habia dado escandalizó á muchos. ¡Qué! decian, ¿no es este el hijo de José? ¿ignoramos acaso la bajeza de su condicion? ¿es posible que el hijo de un pobre artesano sea el Mesías? ¿es esta la idea que nuestros padres nos han dado de un enviado de Dios que debe ser la salvacion de su pueblo, y que debe restablecer el reino de Israel? Estas ideas que se comunicaban los unos á los otros comenzaron á indisponer contra él los corazones, irritados ya por una secreta envidia. El Salvador, á quien nada se ocultaba, conociendo su mala disposicion previno sus murmuraciones y sus quejas: Vosotros vais sin duda á decirme, les dijo, aquel antiguo proverbio: Médico, cúrate á tí mismo; si eres tan poderoso en obras, como lo publica la fama por todas partes, y como tú quieres hacernoslo creer, sácate á tí mismo del estado de pobreza en que vives, saca á tus parientes de la miseria, haz en favor de tus conciudadanos las maravillas que has hecho entre los estranjeros, y no desprecies á tus compatriotas; y yo os responderé con otro proverbio, que ningun profeta es bien recibido entre los suyos: sed vosotros tan dó-

ciles, y estad tan bien dispuestos á recibir mi doctrina como lo han sido los de Cafarnaum, y yo haré iguales maravillas entre vosotros.

Estos avisos saludables y estas sabias instrucciones, que ellos tomaron por vituperios, acabaron de irritar aquellos corazones malévolos; arrojaronle tumultuosamente de la sinagoga, y persiguiéndole la multitud hasta fuera de la villa, que estaba edificada sobre la pendiente de una montaña, resolvieron precipitarle de ella; mas Jesus sin conmoverse atravesó tranquilamente por medio de aquel populacho furioso, sin que nadie se atreviese á insultarle, ya por haberse hecho invisible como han creido algunos intérpretes, ya quitando por un efecto de su omnipotencia, como es mas probable, á aquellas gentes furiosas el poder de ejecutar su mal designio, dejándolos inmobles. Dejando en seguida el Salvador á Nazareth se retiró á Cafarnaum en donde hizo despues su mayor estancia, y en donde comenzó á anunciar su evangelio; esta feliz nueva que debia colmar de toda suerte de bienes á los hombres de corazon recto, como los ángeles lo habian publicado en el dia de su nacimiento.

Pasando Jesucristo por la ciudad de Caná vió dirigirse hácia él un oficial del rey, el cual venia á pedirle que curase á su hijo que se hallaba peligrosamente enfermo en Cafarnaum: aseguróle el Salvador que su hijo estaba bueno; el oficial lo creyó, y halló á su vuelta á su casa que la fiebre habia dejado al enfermo á la misma hora que Jesus habia dicho que estaba bueno. Mas aunque la Judea y Galilea fuesen el teatro de sus milagros, no eran, sin embargo, el único objeto de su mision; el Hijo de Dios habia venido para la salud de todos los hombres; era ya tiempo de que eligiese obreros para una cosecha tan abundante, y de que formase discípulos que pudiesen llevar la luz del evangelio por toda la tierra. Paseándose, pues, un dia con este designio sobre la ribera del mar de Tiberiades, vió á los dos hermanos Simon y Andrés que echaban sus redes al mar, porque eran pescadores, y les dijo: Seguidme, yo os he destinado para otro genero de pesca, no serán peces los que cogereis de

aquí adelante, serán hombres. Al oir estas palabras, los dos hermanos que hasta entonces se habian contentado con irle á ver alguna vez, sin dejar ni su oficio, ni su familia, lo dejaron todo inmediatamente y se unieron á Jesucristo para siempre. Algunos pasos mas adelante vió el Salvador á otros dos hermanos, que con su padre Zebedeo remendaban sus redes; intimóles á los dos que le siguiesen; su obediencia fue tan perfecta como pronta, y habiendo dejado sus redes y á su padre en la barca, no se separaron ya de Jesucristo.

El sábado siguiente, estando el Hijo de Dios en Cafarnaum, fue á la sinagoga: no es fácil decir con qué admiracion fue escuchado en ella; porque, como dice san Marcos, instruia como un hombre que tiene autoridad, y no como simple doctor: hablaba Jesus como maestro; y mientras que cada uno le escuchaba como un oráculo, llegó á la puerta un hombre poseido del demonio, y comenzó á gritar diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesus de Nazareth? ¿has venido para destruirnos? Yo sé que tú eres el santo de Dios, el Mesías, dejanos en paz. Entonces Jesus le amenazó, y le dijo: Calla, y sal de ese hombre; y habiendo arrojado al demonio el poseido en medio de la asamblea, salió de su cuerpo sin hacerle mal alguno. Habiendo sido testigo toda la ciudad de esta maravilla, corrió muy pronto la fama de él por todo el país.

§. XIX.

Nuevos milagros.

A cada paso se admiraba un nuevo milagro. Al salir de la sinagoga entró en casa de Simon Pedro; encontró á su suegra peligrosamente enferma, y en el mismo momento la dió una salud tan perfecta, que se levantó y les sirvió la comida. A la caida de la tarde, y luego que hubo pasado la solemnidad del sábado, acudieron á la puerta de la casa un número prodigioso de enfermos y poseidos que habian venido de las cercanías á solicitar de él el alivio en sus miserias. Impúsoles Jesus á todos las ma-





nos, y todos volvieron á sus casas con una salud perfecta. Al otro dia al amanecer habiéndose retirado solo á un lugar desierto, le advirtieron sus discípulos que una multitud de gente le buscaba para tener el consuelo de verle y de oirle. En efecto, inmediatamente vió llegar aquella multitud hambrienta de su palabra; les consoló, les instruyó, y despidiéndoles despues, les dijo que no habiendo sido enviado para un pueblo solo, era preciso que fuese á anunciar el reino de Dios, esto es, la nueva ley y los caminos de la salvacion á otros muchos. Dejando, por fin, á Cafarnaum, recorrió la Galilea predicando, curando los enfermos, resucitando los muertos, librando los poseidos, haciendo bien por donde quiera que pasaba, y dejando ver en todas partes el carácter de Hijo de Dios y de Mesías.

Habiendo llegado, á su vuelta, cerca del lago de Genesareth se halló de tal modo oprimido por la multitud que le seguia, que se vió obligado á entrar en la barca de Simon Pedro, desde la cual enseñaba al pueblo: habiéndole despedido, dijo á Pedro que avanzase á un paraje mas profundo, y que echase sus redes al mar para pescar: ¡Ah, Señor! le respondió Pedro, toda la noche nos hemos fatigado, y nada hemos podido coger; pero pues que tú lo mandas, echaré la red en tu nombre: y habiéndolo hecho, cogieron una cantidad tan grande de peces que se rompia la red, y fue necesario que los que estaban en la otra barca viniesen á ayudarles; jamás se hizo pesca tan abundante, en términos que cuasi se iban á fondo las dos barcas por lo que se llenaron. Sorprendido Pedro á vista de esta maravilla, se echó á los pies de Jesus, y poseido de un trasporte de amor, de humildad y de respeto, exclamó: *Alejaos de mí, Señor*, santo de Dios, omnipotente Señor de toda la naturaleza, *porque soy un pecador* (*Luc.* 5). Complacido Jesus á vista de este sentimiento de humildad, le dijo: No temas, porque, como ya os he dicho, de hoy en adelante no serán peces los que pescareis, sino hombres; y esta pesca, de la cual esta es la figura, será enteramente prodigiosa. Todos los que han venido antes de mí, han trabajado toda la noche

en vano; solo vosotros y los que yo enviaré tienen el poder de ganar á Dios, á todo el mundo. De este modo formaba el Salvador á su discípulo para hacerle la cabeza visible de su Iglesia, de la cual eran figura esta barca y esta pesca; y por esto, á lo que parece, advierte el Evangelista que era la barca de Pedro, sin hacer mencion de su hermano Andrés, de Santiago y de Juan sus compañeros.

Pocos dias despues habiendo visto un leproso al Salvador, se postró delante de él, diciéndole: Señor, si quieres, puedes librarme de mi lepra. Quiero, respondió el Salvador, sin esperar mas larga deprecacion; quiero, queda libre, y en el momento quedó todo su cuerpo sin mancha alguna.

Estando Jesus de vuelta en Cafarnaum, no bien se supo que habia llegado cuando toda la casa se llenó de gente: hallábanse allí muchos fariseos y doctores de la ley, que habian venido de Jerusalen para oirle. Apenas habia empezado á hablar cuando se vió comparecer á sus pies un paralítico, que traido por cuatro hombres, y no habiendo podido penetrar por medio de la multitud, habian determinado subirle á lo alto de la casa y descolgarle, como lo hicieron con su cama por el techo: admirando Jesus su fe, dijo al paralítico: *Hijo mio, tus pecados te son perdonados* (*Luc.* 5). Escandalizáronse los escribas y los fariseos que estaban presentes. ¿Quién es este hombre que blasfema? decian entre sí; porque ¿quién sino solo Dios puede perdonar los pecados? Viendo Jesus su pensamiento: Para haceros ver, les dijo, por la curacion de este hombre paralítico, que tengo poder para perdonar los pecados, y que me es tan fácil decir tus pecados te son perdonados, como decir á un hombre baldado de todo su cuerpo, levántate y echa inmediatamente á andar; á fin, pues, de que sepais que tengo este poder, que verdaderamente no pertenece mas que á Dios, como vosotros lo creeis: *Levántate*, dijo al paralítico, *yo te lo mando, toma tu cama y márchate á tu casa.* Levantóse, en efecto, el hombre, cargó su lecho sobre su espalda, y se fue á su casa, publicando las grandezas de Dios, y tri-

butándole mil acciones de gracias. Apoderóse entonces de todos el asombro á vista de un hecho tan maravilloso, y cada uno exclamaba: Un hombre que puede perdonar los pecados, y que para probar este poder cura á nuestra vista un paralítico, no puede menos de ser el Cristo Hijo de Dios. Este milagro no se publicó solamente en el país: esparcióse muy pronto la fama de él por toda la Siria, y de todas partes venian á él en tropas.

Como crecia la mies, era menester aumentar el número de los obreros: Mateo, por sobrenombre Leví, era un publicano, esto es, recaudador ó encargado de los impuestos que los romanos exigian de los judíos, profesion muy desacreditada en toda la Judea; habiéndole visto el Salvador sentado en su despacho, le dijo que le siguiese: al instante se levantó Mateo, dejó á los subalternos su empleo, todo lo abandonó por seguir á Jesucristo, y á fin de hacer pública su conversion le rogó que fuese á comer á su casa. Todo es leccion, todo es misterio, como ya se ha dicho en la vida de Jesucristo: este divino Salvador para hacer ver que habia venido especialmente por los pecadores, aceptó este convite, comió en casa de su nuevo discípulo, y se dignó consentir que le acompañasen muchos publicanos. Los fariseos no pudieron menos de escandalizarse; Jesus lo habia previsto, y oyéndoles murmurar de ello en alta voz, les dijo, que no tenian necesidad de médico los que estaban sanos, sino los enfermos: *Sabed*, pues, añadió, *que no son los justos los que yo he venido á llamar á la penitencia*, *sino á los pecadores* (*Luc.* 5).

No obstante estas murmuraciones, la reputacion del Salvador se aumentaba todos los dias; en todas partes se hablaba con admiracion de la santidad de su vida, de la sabiduría de sus respuestas, de la pureza, de la sublime espiritualidad de su doctrina, del esplendor admirable de sus milagros, y todo el mundo confesaba que así como la luz del sol hace desaparecer en el lleno del dia todos los demás astros, así la santidad y las maravillas de Jesucristo borraban todo cuanto se habia presentado maravilloso y extraordinario antes de él. Pero lo que

causaba la admiracion de todo el mundo, producia la envidia é irritaba la cólera de los sacerdotes, de los escribas y de los fariseos: esta raza de víboras, como les llama el Salvador (*Mat.* 23), austeros, modestos, religiosos, á los ojos de los hombres, y en el fondo soberbios y llenos de hipocresía y de iniquidad, no podian ver sin enfado el evidente contraste que hacia la brillante santidad de la vida de Jesucristo con la disolucion y la irregularidad de la suya. El pueblo que conocia esta diferencia, les miraba ya con desprecio, y ellos no estudiaban mas que en ver como encontrarian un pretexto para desacreditar á Jesucristo en el concepto del pueblo. Parecióles, pues, una bella ocasion para exhalar su cólera y lograrlo un nuevo milagro que el Salvador obró en un sábado.

§. XX.

Curacion del paralítico de la Piscina.

Habiendo ido Jesucristo á Jerusalen para la fiesta de Pascua (era la segunda despues que habia comenzado su predicacion) entró en el lugar en que estaba la Piscina: era esta un depósito de agua cerca del pavimento del templo, en donde siempre habia un gran número de enfermos, que esperaban á que el ángel del Señor hubiese removido el agua, porque el primero que bajaba á esta Piscina inmediatamente despues del movimiento del agua, quedaba curado en el instante. Habia allí un paralítico que hacia treinta y ocho años que esperaba á ver si alguno le sumergia el primero, y no habia hallado hasta entonces una mano caritativa que le hiciese este servicio. Viéndole Jesus, se movió á compasion, y le dijo: Levántate, toma tu cama, y marcha; inmediatamente el hombre se levantó, tomó su cama y echó á andar. Como era sábado, clamaron algunos fuertemente contra la pretendida transgresion del precepto; mas él respondió que el que le habia curado se lo habia mandado. No fue necesario mas para hacer un crímen al Salvador de un milagro que probaba tan visiblemente su santidad y su omnipotencia: los fa-

riseos, sobre todo, indignados porque en toda ocasion el Salvador les desmascaraba, hicieron gran ruido, diciendo á voz en grito que el que hace un milagro en el sábado viola el precepto, y que el que viola el precepto de la ley no podia ser amado de Dios. El Salvador demostró la contradiccion de este raciocinio haciendo ver que Dios no podia aprobar la transgresion de la ley con milagros; y aun se le ofreció muy pronto una ocasion para confundir todavía mas sensiblemente la malignidad de estos injustos censores.

Habiendo entrado un sábado en la sinagoga, se presentó á él un hombre que tenia una mano seca y baldada. Los fariseos y los escribas ansiaban por ver si en el dia del sábado se atreveria todavía á curar aquel enfermo. Viendo Jesus lo que pensaban en su corazon, hizo acercar á aquel hombre, y dirigiéndose á aquellos malignos censores, les preguntó si era permitido hacer curaciones en el sábado. No atreviéndose ninguno á responder, les dijo Jesus: ¿Hay alguno entre vosotros que si en el sábado se le cayera una oveja en una hoya, no la sacase? ¿pues cómo os atreveis á negar que sea con mas razon permitido en este dia el hacer bien á su prójimo? Despues haciendo acercar á aquel pobre hombre: Extiende tu mano, le dijo; la extendió, en efecto, y quedó tan sana como la otra.

Hallándose otro sábado en la sinagoga, vió una mujer á la que el espíritu maligno tenia tan encorvada diez y ocho años hacia, que no podia ni aun levantar la cabeza. Habiendo hecho Jesus que se acercase: Mujer, la dijo, estás libre de tu enfermedad; é inmediatamente quedó enderezada. Indignado el gefe de la sinagoga de que Jesus hubiese hecho esta curacion en sábado, dijo al pueblo con un tono áspero y destemplado: Seis dias hay en la semana para el trabajo, venid, pues, á curaros en cualquiera de ellos, y no en el sábado en que está prohibida toda obra servil. El Salvador todavía mas indignado por una amonestacion tan fuera de propósito: Hipócrita, dijo, dirigiéndose al gefe, ¿quién de vosotros no saca del establo su buey ó su asno para llevarlos á beber en el sá-

bado? ¿y esta hija de Abraham á la que, como veis, tenia Satanás como ligada diez y ocho años hacia, no sería lícito, segun vosotros, desatarla el dia de fiesta? Este discurso, dice el Evangelista, cubrió de vergüenza á todos sus enemigos, al paso que todo el pueblo daba muestras de su alegría, y publicaba con admiracion sus maravillas.

Con motivo de estos milagros declaró Jesus positivamente que él era el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre. "El Hijo, dijo en plena sinagoga (*Joan.* 5), no puede hacer nada por sí mismo, él no hace mas que lo que ve hacer á su Padre, y todo lo que hace su Padre lo hace él tambien; inferid, pues, de aquí si lo que él hace puede ser reprensible: Sabed que el Padre ama á su Hijo, que le comunica todas las cosas que él mismo hace, y que se las comunicará mayores que estas, á fin de que las admireis; porque así como el Padre resucita los muertos y les vuelve á la vida, así tambien el Hijo da la vida á quien quiere; el Padre no juzga á nadie, pero da al Hijo el poder para que todo lo juzgue, á fin de que todos honren al Hijo, como honran al Padre: por lo demás el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le ha enviado. En verdad os digo, el que oye mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna, y no incurre en la condenacion, sino que ha pasado de la muerte á la vida. Viene el tiempo, y ha llegado ya, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la hubieren oido recibirán la vida (habla en este lugar el Salvador de la conversion de los pecadores y de los gentiles); porque como el Padre tiene la vida en sí mismo, así tambien ha dado poder al Hijo para que la tenga en sí mismo. No os sorprenda esto; porque se acerca el tiempo en que todos los que estan en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hubieren hecho buenas obras resucitarán para vivir; en lugar de que los que las hubieren hecho malas resucitarán tambien, pero para ser condenados á la muerte. Por lo demás, si yo solo doy testimonio de mí, podria mi testimonio no pareceros legítimo; pero hay otro que da testimonio de mí, y yo sé que

digo verdad. Vosotros habeis enviado á Juan, y él ha dado testimonio á la verdad: sin embargo, no es de este hombre de quien yo recibo testimonio; yo tengo un testimonio superior al de Juan; además de que las obras que hago testifican bastante que soy enviado del Padre; el Padre mismo que me ha enviado, ha dado testimonio de mí. Leed con atencion las Escrituras, y hallareis que todo lo que ellas han dicho del Mesías, todo se cumple en mí. No penseis que soy yo el que debe acusaros delante de mi Padre: teneis otro acusador, y es el mismo Moisés en quien vosotros esperais; porque si creyeseis á Moisés, acaso me creeriais tambien, puesto que de mí es de quien ha escrito todo lo que leeis.

»Vosotros os escandalizais de que yo haya curado los enfermos en el sábado (*Mat.* 12.), y de que mis discípulos, acosados del hambre, hayan arrancado algunas espinas en sábado, para proveerse de algun ligero alimento con sus granos, desgranándolas y restregándolas en sus manos (*Marc.* 2.). ¿No habeis leido que David hallándose en necesidad, comió los panes que se habian ofrecido al Señor, aun cuando esto no estuviese permitido á los legos? Los sacerdotes mismos, y los demás ministros en el templo, ¿no violan el reposo del sábado en las diversas funciones de su ministerio? Si, pues, la ley que prohibe todo trabajo en este dia, no mira á los sacerdotes que están ocupados en servicio del templo, mucho menos todavía mira á mis discípulos, á quienes la necesidad de seguirme, y su aplicacion á las funciones evangélicas, les impiden el proveer á su necesidad con antelacion al sábado. Ciertamente yo soy mucho mas que el templo; sabed pues, que yo soy el Señor de la ley del sábado, y que puedo dispensar en ella del mismo modo que dispensa mi Padre.»

§. XXI.

Hace Jesucristo la eleccion de los doce Apóstoles.

A la verdad no podia Jesucristo á lo que parece declarar mas positivamente, ni en términos mas claros, que él

era el Mesías prometido, el Hijo de Dios, que era Dios igual en todo á Dios su Padre, ni probarlo mas invenciblemente que por los milagros que hacia en confirmacion de esta gran verdad: todo el mundo lo comprendió muy bien, pero esta gran verdad no hizo el mismo efecto en el ánimo de todo el mundo: los fariseos, los sacerdotes, y los doctores de la ley, preocupados siempre con su falsa idea del Mesías, en lugar de reconocerle en la persona de Jesucristo, salieron de la asamblea con el corazon mas indispuesto que nunca contra él; y desde entonces abandonados á su pasion juraron perderle. Conociendo el Hijo de Dios su mala voluntad, se retiró hácia el mar de Tiberiades, seguido de una multitud innumerable de enfermos, á todos los cuales les dió la salud sobre la marcha: despues habiéndose retirado solo con sus discípulos á la montaña, eligió doce á quienes dió el nombre de apóstoles que significa enviados, delegados, porque los destinaba para predicar su evangelio por todo el mundo, y para llevarle á todas las naciones de la tierra (*Luc.* 6.).

Estos doce primeros ministros por decirlo así de Jesucristo, de los cuales era san Pedro la cabeza, fueron Simon, por sobrenombre Pedro, Andrés su hermano, Santiago y Juan hijos del Zebedeo, Felipe y Bartolomé que se cree era Nathanael, Tomás y Mateo, Santiago hijo de Alfeo, y Judas su hermano llamado Thadeo, Simon el cananeo, y Judas Iscariote, que despues entregó al Salvador. Tales fueron los primeros operarios que Jesucristo eligió para conquistarle todo el universo, para ser las columnas incontrastables de la Iglesia y la luz del mundo, todos gentes groseras, tímidos, ignorantes, de talento oscuro, de corazon cobarde y enteramente material; gente pobre, sin educacion, sin letras, sin nombre; todos sacados de la hez del pueblo: y estos hombres tan despreciables, tan pobres, tan ignorantes, han convertido á la fé á todas las naciones, han conquistado para Jesucristo á toda la Grecia, á todo el imperio Romano, á todo el universo, y todas estas maravillas las han hecho en el solo nombre de Jesucristo, sin armas, sin auxilios, sin apoyo, sin salir jamás de su estado humilde, pobre y abyecto; y todo

esto predicando una doctrina superior á todas las luces de la razon, y una moral del todo opuesta á las inclinaciones naturales del corazon humano, enemiga de los sentidos, y enteramente contraria á los deseos del amor propio. Imaginemos si es posible una prueba mas convincente, mas irrefragable, mas patente de la divinidad de Jesucristo, y de la verdad de la religion Cristiana.

Cuando el Salvador bajaba de lo alto de la montaña con sus apóstoles y muchos de sus discípulos, uno de ellos le pidió permiso para ir á dar sepultura á su padre, esto es, para irle asistir en su vejez, y hacerle los últimos obsequios en su muerte: *Sígueme*, le respondió Jesus, *y deja á los muertos que entierren á sus muertos*; *por lo que hace á tí, ve á anunciar el reino de Dios* (*Luc.* 9). Por el término *muertos* entendia el Salvador en un sentido figurado las gentes del siglo; bella leccion para las personas religiosas, que viven aun atadas á los lazos de la carne y de la sangre: no es menos instructiva la que sigue. Habiéndole dicho uno de sus discípulos: Yo os seguiré, Señor, pero permitidme antes desprenderme de lo que hay en mi casa, le respondió Jesus: *Ninguno que pone mano al arado, y mira detrás de él, es apto para el reino de Dios*; queriendo dar á entender por esto que para seguirle verdaderamente, es menester olvidar enteramente todo lo que uno era, y lo que tenia en el mundo.

Habiendo llegado el Salvador á la falda de la montaña, curó todos los enfermos que le esperaban en la llanura, á vista de la multitud infinita que allí se habia reunido. Como uno de sus principales cuidados era instruir y formar á los que debian ser la luz del mundo y la sal de la tierra, habiendo despedido á todo aquel pueblo, se retiró Jesus con sus discípulos á un lugar campestre, y habiéndose sentado allí sobre un cerro, y hecho que se sentasen en rededor de él, les descubrió los tesoros de la ciencia de la salud, y toda la santidad de su doctrina. Comenzó por enseñarles en qué consiste la verdadera felicidad, aun en esta vida, bien persuadido que la inclinacion mas natural del hombre es el querer ser dichoso.

§. XXII.

Anuncia Jesucristo las bienaventuranzas en número de ocho.

1.ª Bienaventurados, dijo, los pobres voluntarios, porque por la renuncia que han hecho de todo, es de ellos el reino de los cielos. 2.ª Bienaventurados los que tienen mansedumbre con todo el mundo, que lo sufren todo y de todos con paciencia, porque ellos poseerán la tierra de los vivientes, de la cual la tierra prometida no era mas que figura. 3.ª Bienaventurados los que viven en la afliccion, y se alimentan con el pan de lágrimas, porque sus lágrimas se convertirán un dia en una fuente inagotable de la mas pura alegría. 4.ª Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque en verdad que quedarán plenamente satisfechos. 5.ª Bienaventurados los que se egercitan en las obras de misericordia, porque se usará con ellos de una gran misericordia. 6.ª Bienaventurados los que tienen el corazon puro, porque ellos verán á Dios, por la luz de una fe viva en este mundo, y por la luz de gloria en el otro. 7.ª Bienaventurados los pacíficos, porque gozarán ellos mismos de la paz del corazon, y Dios les tratará como hijos suyos. 8.ª Bienaventurados, en fin, los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Sí, mis queridos hijos, continúa el Salvador, estad persuadidos que nunca sereis mas felices que cuando fuereis mas maltratados de los hombres por mi amor; siendo el mundo enemigo declarado del Maestro, no lo será menos de sus discípulos. Yo os lo aseguro, todos los que quisieran vivir piadosamente, y conformes al espíritu y á las máximas de mi evangelio, padecerán persecucion.

La virtud será muy egercitada en el mundo, continuó; miraranse las gentes de bien, como gentes inútiles é incómodas; se las tratará con desprecio, serán arrojadas de la sociedad, se las cargará de injurias; su reserva, su humildad pasará por tontería, su recogimiento por melancolía, su paciencia por estupidez; serán el objeto de las burlas,

nada se omitirá para desacreditarlas, no se ahorrará ni aun la calumnia; pero sabed que con tal que sean fieles en mi servicio, disfrutarán de dulzuras inefables en todos estos egercicios amargos de paciencia, y en medio de todas estas persecuciones injustas, y no habrá gentes verdaderamente dichosas sobre la tierra sino mis siervos fieles; al paso que los disgustos, los llantos, la desesperacion, y la eterna ignominia, serán el patrimonio de los mundanos. Despues, levantando la voz: Desgraciados de vosotros, dijo, ricos del mundo, dichosos del siglo, glotones y disipados, porque despues de un puñado de dias pasados en una alegría falsa, tumultuosa, superficial, no os queda otra cosa que esperar sino una eternidad de desdichas.

Hasta aquí el Salvador habia hablado para todos en general; luego dirigiéndose á sus apóstoles y discípulos en particular: Por lo que hace á vosotros, á quienes yo puedo llamar amigos mios, acordaos, les dijo, que sois la sal de la tierra y la luz del mundo. El doctor debe preservar los pueblos de la corrupcion de las costumbres; ¡qué desgracia si él mismo llega á corromperse! él debe iluminar; ¡qué desdicha si esta luz sufriese algun eclipse! No sois vosotros los que me habeis escogido; soy yo el que os ha sacado de entre la muchedumbre, y os ha destinado para que vayais á dar fruto, y un fruto que dure por toda la eternidad (*Joan.* 15). Por lo demás, si el mundo os aborrece, sabed que yo he sido odiado antes que vosotros: si hubieseis sido del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, y porque yo os he elegido en medio del mundo, por esto el mundo os aborrece. El siervo no es mas que su señor: si, pues, á mí me han perseguido, ¿os perdonarán á vosotros?

Yo me alegro preveniros, que sereis perseguidos de todos modos por amor de mí (*Luc.* 21); se echará mano de vosotros, se os maltratará entregandoos á las sinagogas, aprisionandoos, llevandoos á la presencia de los reyes y ante los gobernadores á causa de mi nombre; y esto os sucederá, para que deis testimonio de mí en todos los siglos; sin embargo, no temais nada, y estad persuadidos que no teneis que pensar de antemano cómo debeis res-

ponder, porque yo os daré palabras y una sabiduría á la cual no podrán resistir ni oponer nada todos vuestros enemigos: todas las potestades de la tierra y del infierno se desencadenarán contra vosotros; sereis entregados por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, por vuestros parientes y por vuestros amigos; se creerá hacer un servicio á Dios en quitaros la vida; con todo eso, estad seguros que no se perderá ni un solo cabello de vuestra cabeza, yo sé su número, y yo tendré cuidado de vosotros. Os he querido prevenir, á fin de que cuando todo esto os sucediere, no os espanteis acordandoos de mi palabra y estando seguros de mi auxilio.

§. XXIII.

Compendio de la moral cristiana.

Mientras que el Salvador instruia de este modo á sus apóstoles, la reunion se habia engrosado extraordinariamente por el concurso del pueblo, que de todas partes venia en tropas para oir sus instrucciones; dirigiendose por tanto á todos los que le escuchaban: No creais, les dijo (*Mat.* 5), que yo he venido para abolir la ley y las profecías; el cielo y la tierra perecerán antes que dejen de cumplirse, y para cumplirlas es para lo que yo he venido al mundo; he venido para cumplir esta ley conforme á su espíritu y en toda su perfeccion, lo cual se habia ignorado hasta ahora.

Los escribas y los fariseos hacen profesion de observar esta ley, y su aparente regularidad impone; pero si vuestra virtud no sobrepuja á la suya, no entrareis jamás en el reino de mi Padre. Hasta aquí no se ha exigido mas que tener horror al homicidio; pero yo os digo que la menor palabra injuriosa es un pecado. El sacrificio mas estimable será rechazado si en el corazon del que le ofrece se encuentra la menor frialdad. El adulterio es un gran crímen, mas yo os digo que basta un solo deseo criminal para hacerse reo. El menor pensamiento impuro debe rechazarse; y yo añado que el mas ligero consenti-

miento en él es un pecado mortal. La pureza que yo exijo es una virtud tan delicada, que el demasiado aire la seca, y el menor aliento la empaña. Si vuestro ojo derecho os escandaliza, arrancadle; es decir, si lo que teneis mas precioso y mas amado os sirve de ocasion de pecado, cortadlo, huidlo, haced sin dilacion el sacrificio de ello, cueste lo que costare. Alejaos de todas las ocasiones peligrosas; el que ama el peligro perecerá en él. Todo divorcio está proscrito. Los juramentos vanos están igualmente prohibidos que el perjurio. No jureis jamás ni por el cielo, ni por la tierra, ni por criatura alguna, la verdad no tiene necesidad de tantos apoyos: contentaos con decir simplemente: esto es así, esto no es así; porque lo que se dice de mas procede de un mal principio.

Vosotros habeis oido que se ha dicho (*Mat.* 5) ojo por ojo, y diente por diente; y yo os digo que no hagais resistencia si se os maltrata, antes bien si alguno os hiere en la megilla derecha, presentadle tambien la otra; abandonad vuestra capa al que quiere litigar para hacerse con vuestro vestido; y cuando alguno, sea quien quiera, os estrecha para que deis mil pasos en servicio suyo, dad vosotros dos mil por su amor; hasta este punto quiero yo que formen vuestro carácter la caridad y la mansedumbre.

Se os ha dicho hasta aquí, amarás á aquel con quien estás ligado por algun vínculo, y aborrecerás á tu enemigo; pero yo os digo, amad aun á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen, y por los que os calumnian; no basta el no quererles mal, es menester tambien hacerles bien, y prevenirles por vuestros buenos servicios; porque ¿qué recompensa mereceis por amar á los que os aman? Los publícanos hacen otro tanto; y si vosotros no saludais mas que á vuestros hermanos, ¿qué es lo que haceis en esto de extraordinario? ¿No lo hacen los paganos mismos? imitad en esta parte la conducta de vuestro Padre celestial, y tratad cuanto os lo permitiere vuestra flaqueza de llegar á lo mas perfecto y mas elevado de la virtud.

Decir únicamente de boca que se perdona el agravio que se nos ha hecho y la injuria que se ha recibido, es un puro cumplimiento que puede engañar á los hombres, pero no á Dios que quiere que se perdone de lo íntimo del corazon; y tened presente que el perdon de las injurias que concede uno á sus hermanos, es por decirlo así la medida del que debe esperar de Dios. Por lo demás la caridad que debeis tener con todo el mundo debe excluir todo juicio temerario y toda sospecha; á Dios solo es á quien pertenece todo juicio, y es usurparle sus derechos el constituirse juez de los sentimientos de los demás; ningun hombre debe juzgar de la intencion. Jamás hagais nada por respeto humano, y mucho menos por vanagloria; todo lo que entonces se trabaja es perdido, y lo que se hace por vanidad merece castigo: así que cuando hagais limosna, no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha. Dios no aprueba ni recompensa sino lo que se hace por su amor.

Huid toda ostentacion en vuestras buenas obras, óbrase mal desde luego que se hace alarde del bien. No hagais nada por ser vistos y estimados de los hombres, la hipocresía es una impiedad doble. Amad la oracion; pero orad con humildad, con confianza, con fervor y con respeto. A este punto, habiéndole pedido sus discípulos que les enseñase á orar, así como Juan habia enseñado á los suyos, les dijo: Cuando hubiereis de orar, he aquí la oracion que debeis decir:

Padre nuestro que estás en los cielos (*Mat.* 6), santificado sea tu nombre, venganos el tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: el pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen. Por lo demás, cuando oreis, no imiteis á los hipócritas, los cuales se complacen de orar en pie en las sinagogas y en las encrucijadas, á fin de ser vistos de los hombres; en verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Vosotros, cuando hubiereis de orar, entraos en vuestro aposento, y cerrando la puerta, orad á vuestro

Padre secretamente, y vuestro Padre que ve lo mas secreto, os recompensará.

Vaya la oracion acompañada del ayuno, esto es, de la mortificacion, y será eficaz; pero en vuestra mortificacion no imiteis á los hipócritas, que afectan aparecer pálidos y macilentos por la abstinencia; cuando ayuneis, procurad conservar un rostro alegre y sereno á fin de que Dios sea el único testigo de vuestra penitencia. No ambicioneis la condicion de los ricos y de los dichosos del siglo; la concupiscencia es la raiz de todo género de males. No junteis tesoros en la tierra en donde el robin y los gusanos lo consumen todo, y en donde los ladrones los excavan y roban; y aun cuando pusieseis vuestros tesoros á cubierto de estos accidentes, ¿qué llevariais de ellos al sepulcro? juntad tesoros en el cielo; porque allí donde está vuestro tesoro, allí está tambien vuestro corazon. Sed ricos en virtudes, en buenas obras; todas las riquezas de este mundo no son propiamente mas que espinas que punzan, la virtud sola es el verdadero tesoro

§. XXIV.

Continuacion de la moral de Jesucristo.

Servid á Dios con fervor y con fidelidad, y no os dé cuidado el agradar ó desagradar al mundo; vosotros no teneis nada que esperar de él. Ninguno puede servir á dos señores; y tened presente que vosotros no teneis otro Señor soberano mas que á Dios: servidle con confianza, y estad seguros que el que alimenta á los pájaros del cielo, y hace crecer los lirios del campo, no os olvidará en vuestras necesidades. Buscad ante todas las cosas el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará como por añadidura.

Escusad á vuestros hermanos, sed indulgentes con ellos si quereis que ellos lo sean con vosotros. Cosa extraña, el que no ve una viga, por decirlo así, en su ojo, ve con frecuencia una paja en el de su hermano; escudríñanse escrupulosamente las menores imperfecciones del

prójimo, pondéranse hasta sus menores defectos, se ven hasta los menores átomos, tiénese un celo ardiente y alguna vez inquieto, declámase eternamente por la reforma, y se pasan tranquilamente á sí mismos hasta las faltas mas groseras. Hipócritas, quitad primero la viga de vuestro ojo, y despues pensareis en quitar la paja del de vuestro hermano; empiece siempre vuestro celo por la reforma de vuestras costumbres.

Fuera de esto, no olvideis jamás que de la misma medida de que os hubiereis servido para los demás, esa misma servirá tambien para vosotros; todo lo que quereis, pues, que hagan los hombres con vosotros, hacedlo del mismo modo con ellos. Guardaos bien de desconfiar nunca de la bondad de vuestro Padre celestial; dirigios sin cesar á él con confianza, no temais que vuestra importunidad le incomode; por el contrario, no pocas veces difiere el conceder lo que se le pide por tener el placer de ser importunado. Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá. Si no siempre se os concede lo que pedis, esto consiste en que muchas veces pedis lo que os es perjudicial; un buen padre jamás dará una piedra á un hijo que le pide pan.

No ignoro, añadió, que en la práctica de estas máximas tan saludables encontrareis dificultades; yo tengo mucho gusto en advertiros de ellas, y daros al mismo tiempo los medios de vencerlas. La primera es el mal ejemplo del mayor número de los que se llaman discípulos mios, y no seguirán mis máximas y mis leyes; pero no sea jamás la regla que os propongais para obrar el mayor número, porque la puerta es ancha, y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y este es el camino que sigue el mayor número. Por el contrario, el camino que lleva á la vida es estrecho, y apenas me atreveria á deciros cuan pequeño es el número de los que van por él. ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva á la vida! (*Mat.* 7) Vosotros comprendeis bien que la moral de que acabo de haceros el compendio, y las máximas que quiero inspiraros, no es otra cosa que la ley evangélica. Por mas que yo os asegure que

mi yugo es suave y mi carga ligera, no serán mis máximas del gusto de los mundanos, y muchos hallarán mi moral demasiado austera: sin embargo, no hay otro camino que lleve al cielo; cualquiera otro mas fácil, mas ancho, extravía de él, y ved aquí por qué el número de los elegidos de Dios es tan pequeño (*Luc.* 13). Habiéndole dicho alguno en órden á esto: Señor, ¿son pocos los que se salvan? el Salvador eludió la respuesta temiendo, al parecer, el espantarles, y se contentó con decirle: Esforzaos para entrar por la puerta estrecha, porque os digo, en verdad, que muchos tratarán de entrar por ella, y no lo podrán conseguir por haberse extraviado demasiado.

El otro peligro que debeis evitar y contra el que debeis estar alerta, son los falsos profetas, los hipócritas; guardaos de estos lobos rapaces disfrazados con piel de ovejas, que bajo un exterior modesto y compuesto, que no respira mas que la sencillez y la mansedumbre, tenderán lazos á vuestra simplicidad é inocencia: los unos lisonjeando la codicia y el amor propio se esforzarán para justificar el camino ancho con el ejemplo de la multitud, y con falsos raciocinios para haceros entrar en él: los otros haciendo alarde de un zelo falso, y deslumbrandoos con exterioridades seductivas y mortificadas, se esforzarán para estrechar mas todavía el camino estrecho y hacer la salvacion mas difícil de lo que es, y por este medio desanimar á muchos, amontonando cargas pesadas y que no pueden llevarse, para ponerlas sobre las espaldas de otros, mientras que estos hipócritas no quieren ni aun aplicarles un dedo. Por mas disfrazados, sin embargo, que esten, les conocereis sin duda por sus obras; un árbol malo no puede llevar buenos frutos. Tened presente que no todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos. Yo no juzgaré á los hombres conforme á su sistema, sino segun el mio: yo no conoceré por mios sino á los que hubieren hecho la voluntad de mi Padre, viviendo segun mis máximas y mi espíritu; el dia del juicio pondrá de manifiesto á todos estos profetas falsos, á todos estos hipócritas. Yo sé que muchos me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en

tu nombre? ¿no hemos arrojado en tu nombre los demonios? ¿no hemos predicado con buen suceso en tu nombre, dirigido con fruto, enseñado con esplendor? ¿no hemos hecho en tu nombre conversiones brillantes, gran número de buenas obras y milagros? y entonces yo les diré abiertamente: Jamás os he conocido por verdaderos discípulos mios: apartaos de mí, vosotros que haceis las obras de la iniquidad; vosotros habeis buscado vuestra gloria en vuestras mejores acciones, y de ningun modo la gloria de mi Padre; vosotros habeis predicado mas bien vuestra doctrina que la mia; habeis desmentido con vuestra conducta la santidad de la moral que ostentabais con fausto: á la verdad, yo he sacado mi gloria de vuestros trabajos; pero como no ha sido por mí por quien habeis trabajado, no es de mí de quien debeis esperar la recompensa; habeis trabajado sin utilidad, desde luego que en vuestros trabajos no habeis buscado mas que vuestro interés, que no habeis seguido sino vuestra inclinacion, y que no habeis hecho otra cosa mas que vuestra propia voluntad en vuestro ministerio.

Tal fue el admirable sermon que Jesus hizo sobre el monte y en otras partes, y que se ha creido deber reunir aquí para compendiar esta historia. En él se contiene el resúmen de la doctrina divina del Salvador, desconocida hasta entonces de todos los hombres. Ni los antiguos patriarcas, ni los profetas tan iluminados habian podido hacer este descubrimiento, su vista era muy limitada para alcanzar tan alto: solo el que la habia bebido en el seno del mismo Dios fue el que pudo hacerla inteligible. Una moral tan santa, tan pura, tan perfecta, tan sublime, no podia aprenderse mas que en la escuela del Hijo de Dios. Sería menester transcribir palabra por palabra todo el evangelio, si se quisiera referir aquí toda la doctrina sagrada de Jesucristo, lo mismo que si se quisieran contar todas las maravillas que Jesucristo ha hecho durante su vida mortal; los libros que para esto sería necesario escribir, como dice san Juan, no podrian contenerse en el mundo entero.

§. XXV.

Otros milagros de Jesucristo.

Habiendo bajadó el Salvador del monte en donde acababa de instruir á sus discípulos, y á todos los que allí se habian juntado, llegó un leproso y se echó á sus pies: mandóle Jesus que se levantase, y se levantó limpio de su lepra. En seguida, al entrar en Cafarnaum, los principales judíos de la ciudad le rogaron que curase á un enfermo que se hallaba en el último peligro; era el criado del centurion, esto es, de un oficial romano que mandaba cien soldados; era este gentil, pero amaba á los judíos, y aun les habia hecho edificar una sinagoga. Púsose luego Jesus en camino para ir á su casa; pero el oficial salió al encuentro á Jesus, y le dijo (*Luc.* 7): Señor, no os incomodeis, porque yo no merezco que entreis en mi casa, ni aun me he creido digno de veniros á buscar; decid una palabra, y mi criado quedará curado. Agradó al Salvador esta fe tan viva, y volviéndose hácia el pueblo que le seguia: En verdad, les dijo, que no he hallado tanta fe en Israel. ¡Ah, añadió, cuántos estranjeros tendrán parte en la herencia celestial, de la cual serán privados los que debian ser primeros herederos en cualidad de hijos! Despues dirigiéndose al centurion: Ve, le dijo, y suceda conforme has creido; y en la misma hora vinieron á decirle que su criado gozaba de perfecta salud.

Habiéndole preguntado algunos de los discípulos de Juan Bautista, por qué sus discípulos no ayunaban, mientras que ellos pasaban su vida en el ayuno: ¿Querriais, les dijo, que los amigos del Esposo estuviesen en la afliccion cuando el Esposo está con ellos? vendrá dia en que se les quitará el Esposo, y entonces ayunarán, y su ayuno será mucho mas austero que el vuestro.

Yendo Jesus pocos dias despues á la ciudad de Naim, encontró en la puerta de la ciudad el acompañamiento de un jóven que llevaban á enterrar; era un hijo único, cuya madre que le acompañaba desconsolada, era viuda.

Movido de compasion el Salvador hácia ella: No llores, la dijo, y acercándose al féretro, le tocó con la mano, y dijo al muerto: Jóven, levántate, yo te lo mando; inmediatamente se sentó el muerto, y comenzó á hablar; y tomándole Jesus de la mano, le volvió vivo á su madre. No es posible decir cuál fue la admiracion de todos los que estaban presentes: jamás se ha visto cosa semejante, decian entre sí, poseidos de un santo asombro. ¿Hubo nunca un profeta tan grande? La fama de este prodigio se extendió bien pronto en todo el país; ninguno habia que no ansiase por ver y oir á este obrador de milagros.

Habiendo ido los discípulos de san Juan á ver á su maestro en su prision, le contaron todas estas maravillas, y el asombro que manifestaban dió á conocer bien claro al santo Precursor que aunque repetidas veces y tan claramente les habia dicho que Jesus era el Mesías, no estaban todavía persuadidos de ello; por tanto quiso que fuesen á convencerse por sí mismos. Habiendo, pues, ido los discípulos de Juan á ver al Salvador: Juan Bautista, le dijeron, nos ha enviado para saber de tí, si eres tú el que debe venir, ó si debemos esperar otro.

El Salvador que estaba rodeado de una gran muchedumbre, no les respondió desde luego; sin embargo, curó en su presencia á todos los enfermos que habian venido á buscarle, é hizo á su vista un gran número de milagros: despues dirigiéndose á los discípulos de Juan: Id, les dijo, y contad á vuestro maestro todo lo que acabais de ver: decidle que los ciegos ven, que los cojos andan con regularidad, que los leprosos quedan limpios, que los sordos oyen, que los muertos resucitan, y que es dichoso cualquiera que no se escandalizare de mí, esto es, cualquiera que no dudare de mi divinidad, viéndome al parecer hombre como los demás; dichosos los que permanecieren firmes en la fe, cuando me verán oprimido por mis enemigos, escarnecido, cubierto de salivas, harto de oprobios; dichosos, en fin, aquellos á quienes no desanimarán mis padecimientos, y para los que mis humillaciones y mi muerte no serán motivo de escándalo. El Salvor hizo en seguida un magnífico elogio de san Juan,

echando vivamente en cara á los fariseos que estaban presentes, la poca impresion que habian hecho en ellos las palabras y los ejemplos de este santo hombre.

§. XXVI.

Conversion de la mujer pecadora, y parábolas que Jesus propone al pueblo.

Aun cuando el Salvador no contemporizaba con los hipócritas, nada omitia, sin embargo, para ganarles, y para convertirles, hasta comer con ellos cuando se lo suplicaban, y preveia el fruto de esta amable complacencia.

Estando un dia á la mesa en casa de Simon el fariseo, una mujer muy desacreditada en la ciudad por sus costumbres vino allí á buscarle penetrada de un vivo arrepentimiento de sus crímenes, el cual habian excitado en su corazon las exhortaciones de este divino Salvador: como Jesus estaba tendido sobre un lecho de mesa, á la manera del país, manteniéndose ella por detrás á los pies de Jesus, no cesaba de regarlos con sus lágrimas, enjugábalos con sus cabellos, besábalos, y derramaba sobre ellos un aceite oloroso que traia en un vaso de alabastro. Al ver esto el fariseo que habia convidado á Jesus, decia entre sí: Si este fuese un profeta, sabria sin duda quién es la que le besa los pies (*Luc.* 7). El Salvador, que penetraba su pensamiento, le demostró bien que nada estaba oculto para él; y tomando la palabra hizo la apología de aquella ilustre penitente por una alegoría que hacia comprender al fariseo que la perfecta contricion de aquella pecadora, de la cual daba pruebas tan brillantes, hacia su alma extraordinariamente agradable á Dios. Se le han perdonado muchos pecados, añadió, porque ha amado mucho; despues volviéndose á la mujer: Vete, la dijo, tu fe te ha salvado, te se han perdonado todos tus pecados; vete en paz. Esta remision de los pecados dió mucho que pensar á los que estaban á la mesa: ¿Quién es este hombre, decian entre sí mismos, que remite así los pecados? La conversion de esta mujer, hasta entonces

pecadora, fue tan perfecta, que desde aquel momento se hizo una de las mas fervorosas discípulas del Salvador, siguiéndole despues á todas partes hasta los pies de la cruz en el calvario.

Despues de esta insigne conversion el Salvador acompañado de sus apóstoles recorrió la mayor parte de las ciudades y de las aldeas de la Galilea, anunciando por todas partes el reino de Dios, enseñando el camino de la salvacion, y confirmando en todas partes la santidad de su doctrina con un número infinito de milagros; y acomodándose al genio del país, apenas hablaba al pueblo mas que en parábolas.

Sirvióse de la del sembrador para explicar los diferentes efectos de la palabra de Dios, con relacion á las diferentes disposiciones de los que la escuchaban; de la de la cizaña sembrada por malicia entre el buen grano, para significar los malos que se toleran en el campo del Señor con los buenos, pero que se apartan despues para ser arrojados al fuego con la paja. La parábola del grano de mostaza que, aunque la mas pequeña de las semillas, crece tanto que llega á ser la mayor de todas las plantas, sobre la cual vienen á posar los pájaros del cielo, nos propone la figura de una alma verdaderamente humilde; la de la levadura que se extiende por toda la masa, y la hace fermentar, significa la pureza de intencion; como la perla fina por la cual el negociante da toda su hacienda y el tesoro escondido, son la figura de la salvacion eterna por la que debe el hombre sacrificar todo lo que tiene en el mundo. Queriendo dar á conocer los funestos efectos de la recaida en el pecado, se sirve de la parábola del fuerte armado, que habiendo sido arrojado de una casa, vuelve con mayores fuerzas, entra en ella á mano armada, se fortifica allí, y no se le arroja ya mas.

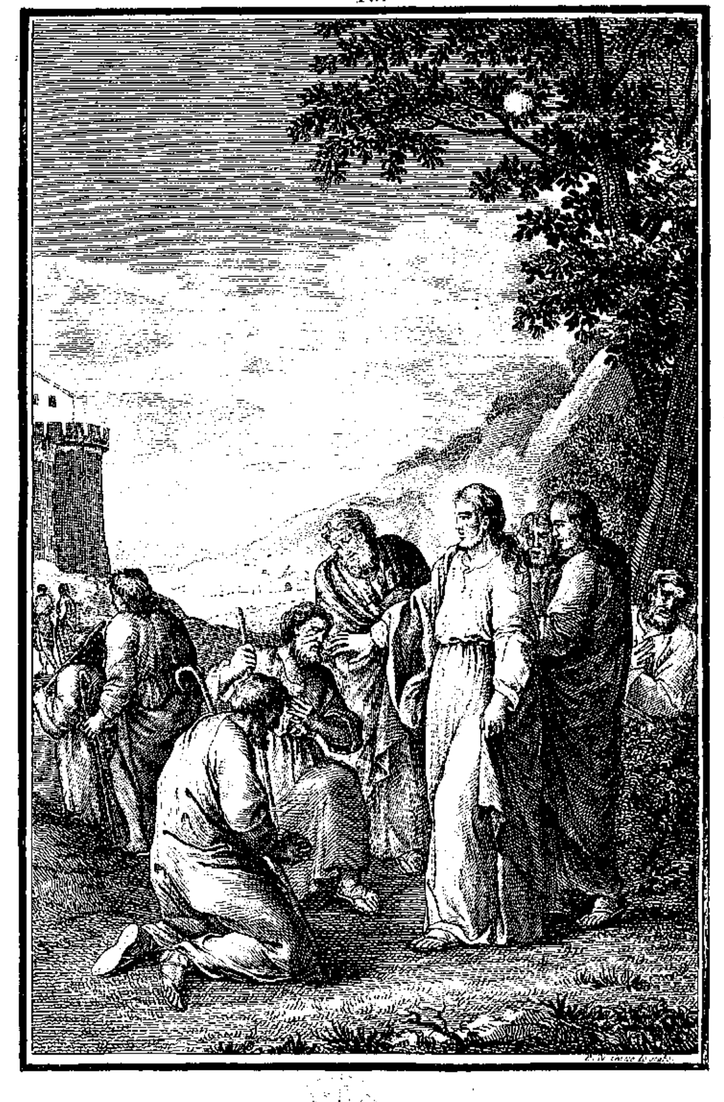
La parábola de los convidados al festin, que con frívolos pretextos se niegan á ir á él, el uno para ir á ver su nueva casa de campo, el otro para ir á probar cinco pares de bueyes que habia comprado, este por su matrimonio, aquel por su comercio y otros embarazos; esta parábola, digo, pinta con demasiada claridad la indife-

rencia de los que se alejan de la sagrada mesa, y que por su apego á la tierra se hacen indignos del banquete de las bodas del Cordero. La parábola del hijo pródigo es una de las mas especificadas y mejor circunstanciadas: tan natural es el retrato que hace de una alma que se aleja de Dios, y tan bien describe todos los pasos del pecador en todos los desarreglos de su vida, como representa todos los medios de la divina misericordia, los conductos admirables de que Dios se sirve para convertir al pecador, y con qué bondad le recibe luego que se vuelve á él.

Que sea una historia la del mal rico (*Luc.* 16), como lo creen la mayor parte, ó una simple parábola como piensan algunos otros, nada manifiesta mejor las desgracias infinitas de los dichosos del siglo que viven olvidados de Dios, ni las ventajas de una vida humilde y paciente cuando está animada de una paciencia cristiana. En fin, queriendo dar el Salvador una imágen sensible de su Iglesia: El reino de los cielos, decia (*Mat.* 13), es semejante á una red que habiendo sido arrojada al mar recoge todo género de peces buenos y malos, los cuales se separan despues en la ribera, poniendo aparte en vasijas los buenos, y arrojando los malos. Así serán separados en el dia del juicio los elegidos de Dios de los réprobos. Acomodándose de este modo el Salvador al alcance de un pueblo enteramente terreno y grosero les hacia sensibles las verdades mas espirituales, y por medio de estas comparaciones sencillas y familiares les desenvolvia los misterios mas ocultos, cumpliéndose puntualmente en esto lo que habia dicho de él el Profeta (*Salmo* 77): *Yo os hablaré por figuras.*

Habiendo despedido Jesus las turbas que le escuchaban, entró en una barca con sus discípulos para pasar á la otra parte del lago. Apenas habian entrado en alta mar cuando se levantó una gran borrasca, de modo que las olas cubrian la barca. Jesus entretanto dormia; los discípulos asustados por el miedo le despertaron, clamando: Señor, sálvanos que somos perdidos (*Mat.* 8). Gentes de poca fe, les respondió el Salvador, ¿por qué teneis miedo? ¿cuando estais conmigo qué teneis que temer?

Vuestro temor demuestra bien que no me conoceis mas que á medias; despues levantándose, mandó á los vientos y al mar, y al instante quedó en calma. Entonces exclamaron todos: ¿Qué hombre es este á quien los vientos y el mar obedecen? Habiendo saltado en tierra libró á los poseidos furiosos que gritaban: Jesus, Hijo de Dios, ¿por qué vienes aquí á atormentarnos antes de tiempo? Uno de ellos estaba poseido de una legion de demonios, que constriñidos en fuerza de la órden del Salvador á salir del cuerpo de aquel hombre, le pidieron el permiso para entrar en un rebaño de puercos que pasaba por allí; permitióselo, y al momento todos aquellos animales se precipitaron al mar en donde perecieron; bella figura de lo que sucede al pecador impenitente. Poco despues una mujer que hacia doce años padecia un flujo de sangre, quedó instantáneamente curada con solo tocar la orla de su vestido. Al mismo tiempo llegó uno de los gefes de la sinagoga, llamado Jayro, el cual se arrojó á sus pies, suplicándole que entrase en su casa, porque no tenia mas que una hija de doce años y se le moria; dignóse el Salvador ir allá, pero á la mitad del camino vinieron á decirle á Jayro que su hija habia muerto, y que podia excusar á Jesus el trabajo de ir mas lejos: mas el Salvador consolando á aquel padre afligido: No temas, le dijo, solamente cree en mí, y tu hija se salva. Llegados á la casa la encontró toda en un llanto, y se enterneció: No lloreis, dijo, la niña no está muerta, no hace mas que dormir; esto es, no está muerta para mucho tiempo; el estado en que se halla no debe considerarse mas que como un sueño, del cual me es tan fácil hacer que salga, como es fácil á cualquiera despertar á una persona que duerme. Como estaban ciertos de que la muchacha estaba muerta, se mofaban de él. Entretanto habiendo Jesus hecho salir de la habitacion á los llorones y lloronas asalariados con todos los músicos, que segun el uso del país acudian á las ceremonias funerales para tocar composiciones lúgubres, ó para impedir que se oyesen los lamentos, Jesus no quiso que le acompañasen mas que el padre y la madre de la niña, y sus tres discípulos favoritos Pedro, Santiago



y Juan, y tomándola entonces por la mano, la dijo en alta voz: Niña, levántate. A estas palabras la niña se levantó con tan buena salud como si jamás hubiese estado enferma, y Jesus mandó que se la diese de comer. Los gritos de alegría sucedieron á los llantos; resonaron por toda la ciudad las bendiciones que se tributaban al Salvador, y muy pronto se esparció la fama de una maravilla tan brillante.

§. XXVII.

Mision de los setenta y dos discípulos.

Creciendo todos los dias la mies, hizo entender Jesus á sus discípulos la necesidad que tenia de operarios para cultivar un campo que tanto tiempo hacia estaba erial; y habiendo ya elegido sus doce apóstoles que correspondian á las doce tribus, como si el Salvador hubiese querido elegir un apóstol para cada tribu, quiso tambien elegir setenta y dos discípulos para que trabajasen bajo la direccion de los apóstoles, y en este número se ven seis discípulos por cada tribu, á la manera que Moisés habia elegido setenta y dos personas, seis por cada tribu, para partir con él el peso de los negocios. Habiéndoles reunido en rededor suyo: Id, les dijo, por todo el país, yo os envio como corderos en medio de lobos (*Luc.* 10): no lleveis ni bolsa, ni saco, ni calzado; esto es, como dice san Mateo (*cap.* 6), no tengais ni oro, ni plata, ni moneda alguna en vuestra bolsa. El designio del Salvador no es obligar á sus apóstoles y discípulos á ir con los pies desnudos, ni prohibirles el uso de un baston para apoyarse; lo contrario se observa en san Marcos: quiere únicamente darles á entender con qué espíritu de pobreza, de mortificacion, de desinterés, de desasimiento y de confianza deben trabajar los obreros del Señor en su viña, siempre prontos á ponerse en camino sin hacer provision de todo lo que podria serles necesario para vivir cómodamente en el tiempo de sus excursiones evangélicas: quiere que caminen con equipaje de simples viajeros, sin lle-

var víveres en los sacos, sin cargarse de armas, que es lo que entiende bajo el nombre de báculo, ni de muebles inútiles, sin calzados, ni vestidos duplicados, porque Dios provee siempre á las necesidades de aquellos que en los ministerios de caridad no buscan mas que su gloria y la salvacion de las almas, no queriendo en su servicio operarios sensuales y delicados.

En el camino, añadió, no saludeis á nadie; esto es, no os detengais en el camino á hacer visitas inútiles ó vanos cumplimientos. En cualquiera casa que entreis, comenzad por decir: La paz sea en esta casa, y si allí hay un hijo de paz, esto es, una persona temerosa de Dios y con disposiciones cristianas, vuestra paz se aposentará en ella, y sino volverá á vosotros. Por esta palabra paz se entiende, segun el idioma de la Escritura, un deseo de todo género de bendiciones. Por lo demás, permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que haya en ella, y en cualquiera pueblo en donde entreis, si os reciben en él, comed lo que se os sirviere; un verdadero pobre no piensa en pedir lo que mas le agrada, ni rehusa lo que le dan. Curad tambien los enfermos que allí hubiere, y decidles: el reino de Dios, esto es, la salud está cerca de vosotros; aprovechaos de los socorros que teneis.

Habiendo instruido así el Salvador á sus setenta y dos discípulos, les envió á anunciar el reino de los cielos á las villas y aldeas vecinas, en donde predicaron con gran zelo; trabajaron con buen éxito, y volvieron llenos de alegría. Señor, decian, hasta los demonios se nos han sometido en vuestro nombre, y hemos curado milagrosamente á los enfermos. Advirtiendo Jesus en ellos una complacencia demasiado material, quiso corregir lo que veia en ella mas defectuoso: Yo ví á Satanás, les dijo, que caia del cielo como el rayo, dándoles á entender que el mas noble y mas perfecto de los ángeles se habia perdido por el orgullo; así que por mas santo, por mas querido de Dios que uno sea, debe ser humilde; por mas maravillas que uno haga, por mas frutos que obtenga debe creerse un siervo inútil. He aquí, añadió, que yo os he dado el poder de caminar sobre las serpientes y sobre los

escorpiones y superar todas las fuerzas del enemigo, sin que nadie pueda resistiros, ni dañaros (*Luc.* 10); sin embargo, no os regocijeis porque los espíritus infernales se sometan á vosotros, estos puros dones no dan mérito; regocijaos, sí, porque vuestros nombres estan escritos en el cielo; este es el único motivo de gozo.

En aquel mismo instante, dice san Lucas, tuvo Jesus un transporte de alegría que procedía del Espíritu Santo, y levantando los ojos al cielo: Yo os bendigo, Padre mio, Señor del cielo y la tierra, exclamó, porque habeis ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes del mundo, y las habeis revelado á los pequeños. Todo lo ha puesto mi Padre en mis manos; y ninguno sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignare revelarlo. Despues, volviéndose á sus discípulos: Dichosos, les dijo, los ojos que ven lo que vosotros veis, hijos mios, porque os aseguro que muchos profetas y reyes han deseado ver lo que vosotros veis, y no lo han visto, y oir lo que ois, y no lo han oido. Entonces un doctor de la ley se levantó con la idea de tentarle. Maestro, le dijo, ¿qué haré para salvarme? Respondióle Jesus: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees tú en ella? Amarás al Señor tu Dios, repuso el doctor, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo. *Has respondido bien*, le dijo Jesus, *haz esto y vivirás.* Queriendo saber el doctor si bajo de este nombre, prójimo, comprendia Jesus á los estranjeros, ó solamente á los hermanos, le dijo: ¿Y quién es mi prójimo? á lo cual contestó el Salvador con la parábola de un hombre que habiendo caido en manos de ladrones, y habiendo sido herido y dejado en tierra medio muerto, no fue socorrido ni por un sacerdote, ni por un levita, que habian pasado sin darle ningun auxilio, sino por un samaritano caritativo, que compadecido de él le habia prodigado sus cuidados, y curadole por sí mismo sus llagas, haciendo ver por este ejemplo que el amor del prójimo debe ser un amor universal, un amor eficaz, y no un amor de nacionalidad, ni de puro cumplimiento.

§. XXVIII.

Satisface Jesus con cinco panes y dos peces á mas de cinco mil personas.

Entretanto habiendo sabido Jesus que Herodes habia quitado la vida á san Juan, y sabiendo lo que se decia de él en la corte del príncipe, se metió en una barca con sus discípulos, y habiendo atravesado el lago de Genezareth, fue á abordar á un sitio muy solitario frente de Bethsaida. No obstante, por mas desierto que estuviese aquel sitio, se vió á poco tiempo venir á él una muchedumbre de pueblo: mas de cinco mil personas habian andado á pie casi todo un dia para venir á verle, y era menester que hicieran otro tanto camino para volver á sus casas sin haber tomado alimento alguno. Luego que el Salvador los hubo instruido y curado los enfermos, viendo los discípulos que se hacia tarde, le dijeron: Señor, despedid á este pueblo para que vayan á las aldeas vecinas á comprar que comer; mas Jesus les dijo: No hay necesidad de que vayan, dadles vosotros de comer. Nosotros no tenemos aquí, respondieron, mas que cinco panes y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos? Doscientos denarios de plata de pan (1) no bastaria para dar á cada uno un pedacito, añadió Felipe. Hizo, pues, Jesus que le trajesen los cinco panes y dos peces, y habiéndolos bendecido los hizo distribuir á todo aquel pueblo; todo el mundo comió y quedó satisfecho, y se recogieron doce cestones llenos de pedazos que sobraron.

Un milagro tan asombroso sorprendió tanto á aquella muchedumbre, que cada uno de ellos exclamaba: Este es el Profeta que debe venir al mundo. Hasta pensaban llevarsele y proclamarle rey; pero habiendo Jesus conocido su intento, huyó segunda vez á la montaña.

---

(1) Viene á ser de nuestra moneda de vellon doscientos treinta y cuatro reales y diez maravedises.

Hácia la tarde tomaron sus discípulos una barca y pasaron el mar para ir á Cafarnaum. Mientras tanto habiendo sobrevenido un gran viento, se alborotó la mar, y no habiendo podido los apóstoles abordar á fuerza de remos, se creyeron perdidos, tan violenta era la tempestad. Conoció el Salvador en su soledad su temor y su peligro, y no tardó en remediar el uno y el otro.

Hácia las cuatro de la mañana se fue á ellos caminando sobre la mar. Al ver los apóstoles un hombre que caminaba sobre las aguas, se asustaron creyendo ver un fantasma. El espanto les hizo dar un gran grito; mas Jesus les calmó: Nò temais, les dijo, soy yo. Señor, exclamó Pedro, si sois vos, mandadme que vaya á buscaros caminando yo tambien sobre el agua. Ven, le dijo Jesus. Inmediatamente bajó Pedro de la barca y marchó atrevidamente á su encuentro sobre el agua; pero habiéndose arreciado el viento tuvo miedo, y comenzando á sumergirse: ¡Ah, Señor! exclamó, salvadme, yo me hundo. Tomándole Jesus por la mano: Hombre de poca fe, le dijo, ¿por qué has dudado? tanta verdad es que nos sumergimos, nos perdemos aun á la vista de Jesucristo, luego que dudamos, luego que vacila nuestra fe, toda vez que se debilita en nosotros. No bien hubo Jesus entrado con Pedro en la barca, cuando en el instante cesó el viento, y la mar se quedó en calma. Todos estos prodigios hicieron abrir los ojos á los discípulos, que no habian hasta entonces hecho la reflexion debida sobre el milagro de los cinco panes: comenzaron ya á hacerles impresion todas estas maravillas, y á reconocer por Hijo de Dios al que era autor de ellas, y postrándose á sus pies le adoraron.

Apenas hubo desembarcado en la tierra de Genezareth, de la parte de acá del lago, cuando se extendió por todo el país la noticia de la llegada del gran profeta, lo que fue causa de que adonde quiera que Jesus se presentaba, le traian de todas partes enfermos en camas portátiles; se les exponia fuera de las casas y se le rogaba que permitiese no mas que le tocasen la orla de su ropa, y todos los que la tocaban quedaban en el momento perfectamente curados.

Conociendo bien Calvino cuan visiblemente condenan estos hechos maravillosos sus errores y el desprecio que él hace de las reliquias de los santos y de su culto, no se contenta con acusar de supersticion á los de Genezareth; tiene tambien la insolencia y la impiedad de condenar la condescendencia de Jesucristo, porque toleraba que se atribuyese á sus sagradas vestiduras una virtud milagrosa que era solo propia de su persona sagrada, y que les consintiese esperar que tocando la orla de su vestido quedarian curados.

El pueblo á quien el Salvador habia saciado milagrosamente con cinco panes, ansiaba por saber lo que habia sido de él: habian visto entrar á los apóstoles en la barca, y sabian que Jesus no se habia embarcado con ellos; por esto quedaron sorprendidos cuando supieron que estaba al otro lado del lago con sus apóstoles, sin saber cómo habia ido allá. Desde luego se persuadieron habria ido á Cafarnaum, é inmediatamente fueron todos allá, y habiéndole encontrado le dijeron: Maestro, ¿ cuándo has venido aquí ?

El Salvador sin detenerse á responder á una curiosidad tan inútil, les dijo: *No me buscais por haber visto mis prodigios, sino á causa de los panes de que habeis comido, y porque habeis sido satisfechos con ellos* (*Joan.* 6). Manifestábales el Hijo de Dios en esta pequeña reprension cuál era su disposicion interior, y cuán interesado era el motivo de su solicitud. En lugar de mirar los milagros que yo hago como las obras de un Dios, y como pruebas brillantes de que soy el Mesías, no mirais mas que el provecho temporal que os puede resultar de ellos; vosotros no me seguis sino por miras groseras y carnales. Siendo vosotros en número de mas de cinco mil, habeis quedado todos satisfechos con cinco panes; este milagro os ha pasmado, y viendo que nada os falta siguiéndome, me buscais con empeño, pero no por esto me creeis el Hijo de Dios y el Mesías: los panes materiales, milagrosamente multiplicados, os han satisfecho, y los habeis encontrado de un gusto exquisito; y viendo que sin trabajar hallais en mi compañía vuestro alimento corporal,

no buscais al seguirme otra cosa. Creedme, tened motivos mas puros y menos interesados: el pan que os he dado mantiene vuestro cuerpo; desead otro mas precioso y mas divino que sea alimento de vuestra alma: *Haced de modo,* les dice, *que tengais un alimento que no se corrompa, sino que se conserve hasta la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará; porque el Padre*, les añade, *que es Dios, le ha marcado con su sello* (*Joan.* 6). Habla Jesucristo aquí bajo del nombre de *pan* y de *alimento* de su propio cuerpo, como lo dice con mas claridad aun mas adelante: el Padre, como á Dios que es como él, le ha marcado con su sello; esto es, le ha comunicado todo su poder, comunicándole sustancialmente su naturaleza divina: como si dijese, siendo Dios como mi Padre, soy tan poderoso como él; así que no extrañeis que yo pueda obrar el prodigio de daros en alimento mi propia carne y mi propia sangre.

Los que le escuchaban le preguntaron inmediatamente qué era lo que debian hacer para merecer un beneficio tan insigne: Lo que debeis hacer, respondió el Salvador, es tener una fe viva, creer mi palabra, y creer en aquel que mi Padre ha enviado; persuadiéndoos que yo soy el Mesías, y que por mas superior que sea á los sentidos y á la razon humana la maravilla que debo hacer, sometais ciegamente todas vuestras luces naturales á las de la fe.

El Hijo de Dios, que conocia perfectamente todo lo que pasaba en el fondo de los corazones, habia tenido mucha razon para decir á los que le escuchaban que ellos no apreciaban sus milagros con relacion á las ventajas que les resultaban de ellos, y que tampoco creian que era el Hijo de Dios y el Mesías, puesto que tuvieron la impudencia de preguntarle cuáles eran sus obras para que debiesen creer que él era el Hijo de Dios. ¿Cuál es el milagro que haces, le dijeron, que nos obligue á creer tan ciegamente tus palabras? Es verdad que has alimentado mas de cinco mil personas con cinco panes; pero esto un solo dia; mas Moisés ha alimentado por espacio de cuarenta años mas de seiscientas mil con el maná que caia del cielo; ¿podrias tú hacer algo mas que Moi-

sés? A esta reconvencion les repuso Jesus: *En verdad, en verdad os digo: no es Moisés el que os ha dado el pan celestial; mi Padre es el que os da* en mi persona *el verdadero pan celestial; porque el pan de Dios es aquel que viene del cielo, y da la vida al mundo* (*Joan.* 6).

Danos, pues, siempre de este pan, exclamaron. Entonces Jesus explicándose aun mas claramente sobre el misterio de la divina Eucaristía, que era el principal objeto de todo este discurso: Yo soy, les dijo, el pan de vida; el que viene á mí, que cree mi palabra, que cree en mí, no tendrá jamás ni hambre ni sed. *Pero ya os lo he dicho*, añadió, *vosotros me habeis visto, y sin embargo no creeis*: vosotros me habeis visto hacer milagros, os admirais, os llenais de contento porque encontrais en mí la curacion de vuestras enfermedades y el alivio en todos vuestros males temporales, y á esto se reduce todo, porque no buscais otra cosa. Mis portentos os admiran; pero ¿os hacen mas dóciles á mi palabra? ¿Producen en vosotros una verdadera fe, sin la cual mis mayores beneficios serán inútiles? *Sin embargo, la voluntad de mi Padre que me ha enviado es*, añadió, *que cualquiera que ve al Hijo, y cree en él, tenga la vida eterna.*

De este modo preparaba el Hijo de Dios aquellos espíritus materiales y carnales al mas espiritual y mas maravilloso de todos los misterios; pero aquel pueblo indócil y grosero, lejos de rendirse á las verdades que el Salvador les sensibilizaba con hechos tan prodigiosos, *murmuraban contra él, porque habia dicho: yo soy el pan vivo que he bajado del cielo* (1. *Cor.* 2), y decian: ¿No es este Jesus, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿cómo es que dice, yo he bajado del cielo? Tanta verdad es que el hombre animal no concibe lo que es del espíritu de Dios, que los efectos mas admirables de su omnipotencia, de su sabiduría y de su amor infinito son frecuentemente para él una locura, y nada puede comprender de ellos. Respondióles entonces Jesus: No murmureis entre vosotros; ninguno puede venir á mí, si el Padre que me ha enviado no le trae. Habia prevenido el Salvador su incredulidad y sus murmuraciones por sus milagros, que de-

mostraban claramente su omnipotencia y su divinidad; y por sus palabras, declarándoles que sin la fe nada comprenderian de su doctrina. Dijoles, pues, aquí: Que siendo el misterio de la Eucaristía que les prometia instituir superior á los sentidos y á toda la razon humana, solo aquellos que no resistian á las impresiones de la gracia, que son dóciles y no cierran los ojos á las luces de la fe, eran los que podian comprenderle. Ignorais, les dice, que está escrito en los profetas: Serán todos discípulos de Dios mismo; *serán todos dóciles á la voz de Dios.* En la escuela de Dios es necesaria la docilidad, es indispensable una fe sencilla; sin esta fe no hay mas que ceguera, error y muerte en esta vida, y despues de ella.

Vosotros me decis que vuestros padres han comido del maná en el desierto: es verdad, pero no han dejado de morir; el maná no ha podido preservarles de la muerte en el tiempo, ni procurarles la vida eterna. Solo yo, propiamente hablando, puedo preservarles de la muerte, porque yo soy el pan de vida: yo daré á los que creyeren en mí la vida del alma, la cual será una prenda segura de su resurreccion bienaventurada, y de la inmortalidad de sus cuerpos. Aquí está, propiamente hablando, el pan que ha bajado del cielo, á fin de que si alguno come de él con las disposiciones necesarias no experimente la muerte del alma; este pan divino, de que os hablo, será para los buenos, esto es, para los que animados de una viva fe le comieren en estado de gracia, una prenda segura, y como las arras de una vida bienaventurada y eterna; será tambien para los malos que carecieren de fe, ó que teniendo fe le comieren en estado de pecado mortal, una seguridad de su eterna condenacion.

§. XXIX.

Jesucristo declara positivamente su presencia real en el sacramento de la Eucaristía.

Habiendo Jesucristo preparado así para este gran misterio de la Eucaristía los espíritus materiales y groseros de los judíos, comenzó á hablarles claramente y sin figu-

ra de la manducacion verdadera y real de su cuerpo: las palabras de que se sirve son tan expresas y tan positivas, que los judíos, aunque acostumbrados á un estilo metafórico y figurado, segun el genio y el uso del país, no pudieron menos de tomarlas en el sentido propio y literal (tan claro era que Jesucristo hablaba en esto sin metáfora y sin figura), lo cual no habian hecho cuando el Salvador habia dicho que él era *la verdadera vid*; que era la *puerta del aprisco*; *el buen Pastor*; *la luz del mundo*; *que era en fin el camino, la verdad y la vida*; por esto, no hubo entonces ninguno de los judíos que se atreviese á reclamar contra todas estas proposiciones; veian bien que hablaba en sentido figurado y por metáfora; pero cuando dice aquí, que él es el pan vivo que ha bajado del cielo; cuando dice que *su carne es un verdadero alimento*, y que *su sangre es verdaderamente una bebida*; cuando dice que *el pan que debe darles es su carne*; y que *si no comen la carne del Hijo del hombre, y si no beben su sangre, no tendrán la vida en ellos*, y que esto lo dice de una manera tan positiva, tan firme, que añade á ello una especie de juramento; cuando, repito, habla de esta manducacion real de su cuerpo, lo hace de un modo tan claro, tan positivo, tan espreso, que no hubiera podido esplicarse mas claramente, ni decir en términos mas formales, mas propios, ni mas enérgicos, que el pan que les daria á comer era realmente y sin figura su propio cuerpo, su carne, y su sangre.

Los judíos se penetraron bien del pensamiento del Salvador; comprendieron que Jesucristo no hablaba en un sentido figurado, sino de una manducacion propia y real; así es, que se dijeron unos á otros: ¿Cómo puede darnos este hombre á comer su carne? Si Jesucristo no hubiese dicho mas que lo que le hacen decir los herejes de estos últimos tiempos, si no hubiese hablado mas que de la manducacion por la fe, y no hubiese querido decir otra cosa sino que este pan era la figura de su cuerpo, y no su carne misma, conociendo lo que pensaban sus oyentes, sabiendo lo que les chocaba, y oyendo hasta sus murmuraciones, ¿podia dejar de decirles que no debian tomar por la rea-

lidad lo que no les decia mas que en figura? ¿podia dejar de endulzar y de modificar sus expresiones y sus términos? ¿no estaba obligado á ello? Sin embargo, hace todo lo contrario, les confirma en su opinion, se sirve de términos todavía mas fuertes y mas claros, y añade cierta manera de hablar que no empleaba sino cuando queria decir alguna cosa que mereciese particular atencion, y que queria darla á entender mejor: En verdad, en verdad os digo, y nunca os lo diré demasiado, que si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis mi sangre, esta carne y esta sangre que componen realmente mi cuerpo, no tendreis la vida en vosotros. Y para manifestar mas sobreabundantemente su pensamiento, y el verdadero sentido de sus palabras, añade inmediatamente: *Porque mi carne es verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida*; *y el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. En verdad, en verdad os digo, si no comeis la carne del Hijo del hombre, y si no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros*; esto es, no perseverareis mucho tiempo en estado de gracia. *Yo soy el pan de vida. Vuestros padres han comido el maná en el desierto, y han muerto*; *si alguno come de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo os daré, es mi carne*: es el mismo cuerpo que debe ser inmolado en la cruz por la salud de todo el mundo.

Notemos que así ès como habla Jesucristo, y que así responde á los que acababan de testificarle el trabajo que les costaba creer que el pan que queria darles á comer fuese su propia carne, y que le habian dado á conocer que no podian imaginarse que su propio cuerpo, que su propia carne pudiese jamás darse á comer, que pudiese nunca ser verdaderamente alimento, y que murmuraban de ello. Diganoos los herejes de estos últimos tiempos cómo hubiera debido espresarse Jesucristo, de qué otros términos mas claros, mas propios, mas formales, hubiera debido servirse para decirnos que la divina Eucaristía contenia realmente su cuerpo, que lo que nosotros comeriamos en este sacramento era su propia carne, que nos daba realmente su propia carne á comer, en una palabra, que

pensaba de esta maravillosa manducacion, como piensa, como cree la Iglesia Cátolica.

Descúbrese bien en todo este discurso de Jesucristo, por los términos propios, expresivos y naturales de que se sirve, por el giro y las expresiones que emplea, y por las frecuentes repeticiones de los mismos términos, con cuánto interés tomaba este gran misterio, y cuánto temia el que se creyese que en los términos de carne y sangre, de beber y de comer, hablaba en un sentido figurado y por metáfora, hablando de un misterio y de un prodigio que choca á todos los sentidos y aun á la razon humana, y en el que se pierde el entendimiento humano. Los que le escuchaban tomaron tambien lo que decia en el sentido propio y segun la realidad; comprendieron que no era en un sentido figurado en el que Jesucristo queria darles su propia carne á comer y su propia sangre á beber, y esto fue tambien lo que obligó á algunos de sus discípulos, no de los setenta y dos, sino solo de los que hasta entonces le seguian ordinariamente, á exclamar: *Este discurso es duro, ¿y quién puede escucharlo?* Como el Salvador no explicaba este misterio en particular ni en secreto, sino públicamente en Cafarnaum, y en plena sinagoga, encontró muchos incrédulos que pensaron entonces, como piensan hoy los herejes, que esta doctrina en órden á la Eucaristía era insostenible, y que entendiéndola Jesucristo en el sentido propio y no figurado sublevaba los sentidos y la razon (*Joan.* 6); mas sabiendo Jesus, por sí mismo, que murmuraban sobre esto, les dijo: ¿Os choca esto? ¿pensais acaso que me sea mas dificil el daros realmente mi cuerpo á comer, que elevarme por mí mismo visiblemente al cielo en virtud de mi omnipotencia? Sin embargo, vosotros vereis con vuestros ojos este prodigio; ¿por qué no quereis, pues, creer este otro milagro? *Creedme*, añadió, *el espíritu es el que vivifica, la carne no aprovecha para cosa alguna* (*ibid.*). Solo sirve, si se la escucha, para hacer caer en el error. Sabed, pues, que *lo que yo os he dicho es espíritu y vida.* Yo soy el camino que no puede extraviaros, la verdad que no puede engañaros, la verdad que es eterna: yo soy el camino que conduce á la verdad, yo soy

la verdad que da la vida. El camino de los sentidos conduce al error, y el error da la muerte al alma. En este misterio, si no se escucha mas que á la carne, esto es, una razon enteramente humana y carnal, si no se consulta mas que á los sentidos, todo choca, todo da en rostro: es menester elevarse sobre los sentidos y sobre la razon misma por la fe, y á favor de estas luces enteramente espirituales de la fe es necesario contemplar este misterio. El espíritu es el que vivifica, porque el justo vive de la fe: por el contrario el pecador y el hereje, sumergidos en el error, por no elevarse jamás sobre la carne y los sentidos, se hallan en un estado de muerte, porque la carne lo mismo que la letra mata.

En este sentido dijo el Salvador algun tiempo despues á Pedro: No es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en el cielo. Diciendo Jesucristo que el espíritu es el que vivifica, y que la carne no aprovecha, no dice que su carne unida hipostáticamente á la divinidad, que queria darnos por alimento del alma, no servia de nada; no hablaba sino de nuestro modo de concebir enteramente carnal y material, el cual es incapaz de hacernos comprender lo que la omnipotencia de Dios puede hacer; y en este mismo sentido decia san Pablo despues, que *la letra mata, y el espíritu vivifica* (2. *Cor.* 3), *y que el hombre animal no conoce lo que es del espíritu de Dios* (1. *Cor.* 2).

Conocia Jesucristo perfectamente todo lo que pensaban los cafarnaitas, quienes no teniendo mas que una inteligencia del todo carnal creian que el Salvador queria darles su carne á comer, y su sangre á beber, del mismo modo que se come y se bebe lo que sirve de alimento al cuerpo; creian, dicen los santos Padres, que Jesucristo queria darles materialmente su carne á pedazos para que la comiesen; y he aquí lo que les obligaba á exclamar y decir: *Duro es este discurso, ¿quién es capaz de entenderlo?* y lo que obligó al Hijo de Dios á decirles que la carne en sí misma separadamente de la divinidad y del espíritu que vivifica, no serviria para nada. Que era como si dijese, la carne humana separada de la divinidad, tal como la de todos

los puros hombres, es una vianda corporal que causa horror; que no es á propósito mas que para la podredumbre, y que no puede servir de alimento sino á los salvages y á las bestias carniceras; pero mi cuerpo, que pretendo daros por alimento, es una carne unida sustancialmente á la divinidad: en este concepto debe ser alimento del alma, á la cual da la vida eterna; porque ella alimenta el alma y la dá la vida eterna, es menester no separarla del espíritu que vivifica, esto es, de la fe. Los judíos de Cafarnaum que se habian escandalizado del misterio de la Eucaristía, miraban á Jesucristo como un puro hombre, y no consideraban el misterio de la Eucaristía con los ojos espirituales de la fe: dijoles, pues, el hijo de Dios, que lo que les habia dicho era espíritu y vida, y que no debian entenderlo de un modo grosero y carnal, como lo habian creido al principio; que su carne unida á la divinidad era la que debia ser alimento espiritual del alma, y no del cuerpo, y que aunque lo que deberia darse para que la comiesen sería real y verdaderamente su carne, esto se haria sin embargo de un modo enteramente maravilloso bajo las apariencias de pan, de modo que esta manducacion nada tendria que chocase á los hombres, pero que no aprovecharia sino á los que tuviesen una fe viva y un corazon puro.

§. XXX.

Escandaliza á algunos discípulos de Jesucristo el misterio de la Eucaristía y apostátan.

Esta aclaracion no fue sin embargo parte para que algunos de los que habian estado hasta entonces entre los discípulos del Salvador, no hallasen aun esta doctrina y esta verdad demasiado dura; como no comprendian que Jesucristo fuese el Hijo de Dios, y como no le miraban sino como un puro hombre, no quisieron jamás creer que pudiese hacer lo que decia.

Por mas zeloso que fuese el Salvador de su salud no se cuidó de modificar en nada su doctrina sobre este misterio, sabiendo bien que nada habia dicho que no fuese

verdadero: contentóse con decir, lamentando su incredulidad, que no ignoraba que habia entre ellos quienes no creian: porque siempre habia tenido el conocimiento, añade san Juan, de los que no creian, y de aquel en particular que le entregaria (Hablaba del traidor Judas, débil en la fe, y que se puede mirar como el gefe y el padre de todos los herejes que niegan la presencia real de Jesucristo en el Sacramento adorable de la divina Eucaristía). Por esto, añadió Jesus, que nadie podia venir á él, si no habia sido traido por su Padre. La fe es una gracia; pero es una verdad de fe que se puede resistir á la gracia, y esto lo prueba demasiado el egemplo del desgraciado Judas y de los discípulos incrédulos que se retiraron y no siguieron mas al Salvador. Esta desercion de los discípulos aun despues de la aclaracion que Jesucristo acababa de hacerles, es una prueba evidente de que ellos tomaron siempre sus palabras por una promesa de darles realmente su cuerpo á comer, y su sangre á beber. Si todas estas cosas hubieran de haberse realizado solamente en figura en este misterio, la bondad y aun la justicia del Salvador pedian, como ya se ha dicho, que les desengañase, puesto que su error y su crimen solo habria consistido en tomar las palabras de su maestro en el sentido que debian tener naturalmente; el no hacerlo así, era tenderles un lazo, en el cual debia caer todo hombre de buen sentido, todo hombre sabio. ¡Qué impiedad creer á Jesucristo capaz de una malicia semejante! Este buen Pastor que corre tras de las ovejas que se han extraviado, que las carga sobre sus espaldas para volverlas á traer al aprisco, ¿hubiera podido él mismo hacer que saliesen de él, engañándoles voluntariamente?

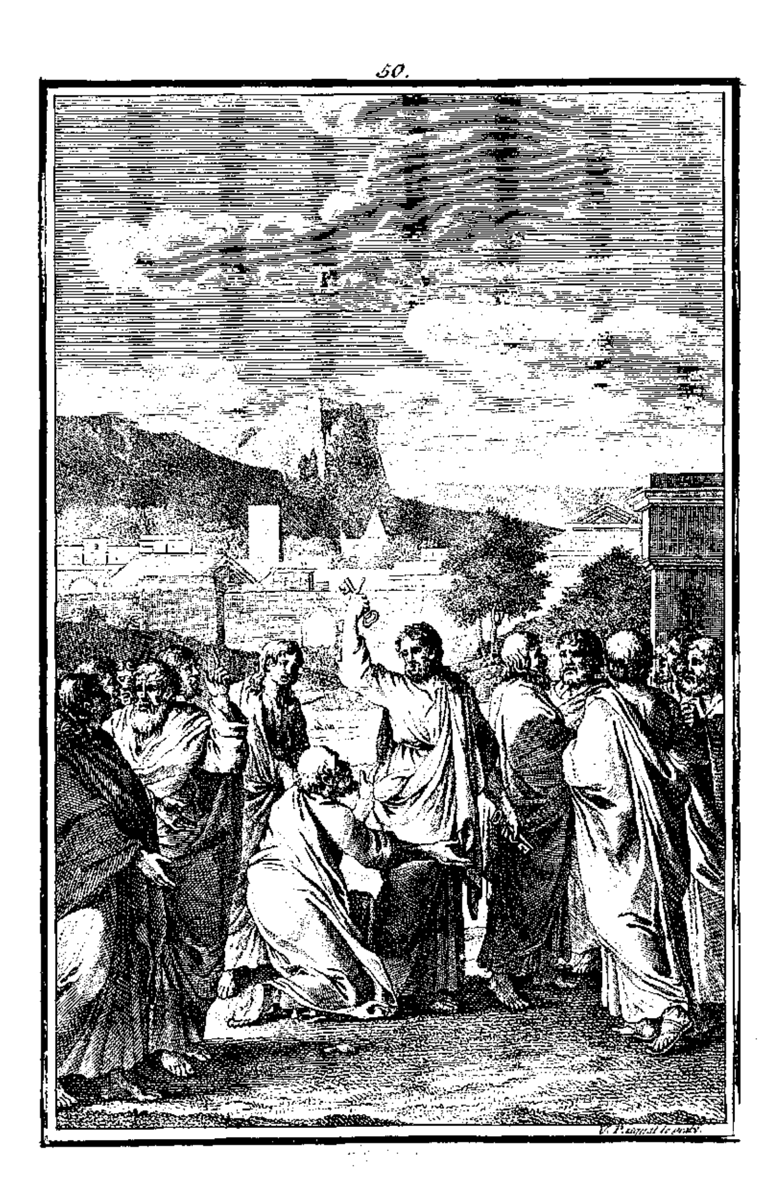
Esta desercion de muchos de sus discípulos afligió sensiblemente al Salvador, y lo dió á conocer bastante, cuando dirigiéndose á sus apóstoles, y á los demás discípulos que habian permanecido fieles, les dijo: *¿Quereis tambien vosotros retiraros?* (*Joan.* 6.) Entonces Simon Pedro, tomando la palabra por todos, y juzgando de la disposicion interior de los demás por la suya: ¿A quién irémos, le dijo? tú tienes palabras de vida eterna, esto es,

tú no nos enseñas nada, nada nos dices que no sea verdad; por mas sorprendente, por mas increible, por mas incomprensible que parezca, tú eres el omnipotente y la verdad misma, y sola tu doctrina puede procurarnos la vida eterna, y la salud perdurable.

Yendo Jesus algunos dias despues con sus apóstoles hácia Tiro y Sidon, encontró en el camino una mujer cananea que venia gritando á él: Señor, hijo de David, tened compasion de mí; mi hija es maltratada del demonio (*Math.* 15). Los judíos daban el nombre de cananeos y de fenicios á los de Tiro y de Sidon, porque descendian de los antiguos cananeos, y porque estas dos ciudades estaban en la Fenicia. Haciendo Jesus como que no la oia, nada la respondió; sin embargo ella no dejó por eso de clamar. Fatigados los apóstoles de sus gritos, dijeron al Señor: Maestro, despedid á esta mujer que clama sin cesar tras de nosotros y nos importuna. No soy yo enviado sino para las ovejas descarriadas de la casa de Israel que se han perdido, les respondió el Salvador; y siendo esta pagana, no pertenece á mi aprisco. Sin desanimarse aquella mujer, se adelantó, y echándose á los pies de Jesucristo: Señor, le dijo, tened compasion de mí. Respondióla Jesus con un tono un poco áspero: No es razonable el tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Verdad es, repuso ella; pero á lo menos las migajas que caen de la mesa del Señor, no se le niegan á los perros. Admirado entonces el Salvador de la fe y de la perseverancia de aquella mujer estranjera, la dijo: Mujer, grande es tu fe, sucédate todo como has deseado; y desde aquel momento su hija quedó libre del demonio que la atormentaba.

Entretanto, como toda la vida de Jesucristo no era mas que una sucesion continua de milagros, no se veia en los caminos por donde pasaba otra cosa que baldados de sus miembros, ciegos, sordos, mudos y enfermos, y todos quedaban curados sobre la marcha; porque salia de él, dice san Lucas, una virtud que los curaba á todos; él alimentó milagrosamente con siete panes y algunos pequeños peces mas de cuatro mil personas que habia ya tres dias le seguian, y al llegar á Bethsaida dió la vista á un

50.



ciego, poniéndole los dedos en los ojos. Tratando los fariseos y los saduceos de tenderle algun lazo, le pidieron que hiciese delante de ellos algun nuevo prodigio en el aire; pero el Salvador despues de haberles echado en cara su incredulidad y su hipocresía, dando un profundo suspiro, repitió lo que habia ya respondido en otra ocasion á una pregunta semejante: Esta nacion perversa é infiel, dijo, pide un prodigio, y no habrá para ella otro que el del profeta Jonás; esto es, el prodigio cuya figura ha representado el profeta Jonás; porque la devoracion del Profeta, y su salida del vientre de la ballena despues de haber estado tres dias en él, denotaban la muerte de Jesucristo, el tiempo que su cuerpo debia permanecer en el sepulcro, y el milagro de su resurreccion gloriosa.

§. XXXI.

Habiendo confesado san Pedro que Jesucristo era el hijo de Dios, queda constituido cabeza visible de la Iglesia.

Habiendo ido el Salvador á las cercanías de Cesarea de Filipo, situada hácia el nacimiento del Jordan, al mismo tiempo que caminaban, preguntó á sus apóstoles lo que á vista de tantos milagros se pensaba de él en la Judea. Los unos creen, le dijeron, que eres Juan Bautista resucitado, los otros dicen que eres Elías, otros que Jeremías ó alguno de los profetas. Y vosotros, les dijo Jesus, ¿quién decís que soy? Entonces Pedro, tomando la palabra: Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo, respondió. A lo que le repuso Jesus: Dichoso tú, Simon, hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre la que te lo ha revelado, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo, que tú eres Pedro, que sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo. En seguida prohibió á sus discípulos que

á nadie fuese, quien fuese, dijeran que él era Jesus el Cristo; temiendo sin duda que esta opinion fuese un obstáculo á su pasion y á la muerte que habia resuelto sufrir por la salvacion de los hombres.

Por esto comenzó desde entonces á declarar á sus mismos discípulos, que debia padecer mucho en Jerusalen de parte de los ancianos, de los escribas, y de los príncipes de los sacerdotes; que sería allí entregado á la muerte, pero que resucitaria al tercero dia. Acerca de esto habló Pedro á Jesus en particular, y con su ingenuidad y fervor ordinario: ¡Ah, Señor, le dijo, no permita Dios que seais nunca tratado tan indignamente; no, esto no os sucederá. Volviéndose entonces Jesus á él: Apártate de mí, le dijo, tú hablas como ministro de Satanás, tú eres para mí un motivo de escándalo, y tú no serás parte para que yo no cumpla la obra de la redencion de los hombres, para la cual me ha enviado mi Padre.

En esta ocasion fue cuando Jesucristo dijo, no solo á sus discípulos, sino á todos los que quisieran seguirle, que el que quisiese caminar en pos de él, debia negarse á sí mismo, tomar su cruz, y seguirle; porque el que quisiere salvar su vida, esto es, procurar sus placeres y sus comodidades, la perderá; y el que la hubiere perdido por mí, por la mortificacion ó por el martirio, la volverá á encontrar (*Math.* 26). En este supuesto, ¿qué le sirve á un hombre, añadió, el ganar todo el universo, si al fin viene á perderse? ¿y qué dará en cambio por sí mismo? Si alguno quiere ser discípulo mio, renunciese á sí mismo, lleve cada dia su cruz, y sígame: por medio de las humillaciones y de los tormentos quiero yo salvar al mundo; no es posible seguirme sino por el mismo camino. Por lo demás, añadió, el que tuviere rubor de ser de los mios, y se avergonzare de mi evangelio, me avergonzaré yo de reconocerle cuando viniere con todo el esplendor de mi gloria. Despues, levantando la voz: En verdad os digo, esclamó, algunos de los que están aquí presentes no morirán sin que vean, lleno de magestad, cubierto de luz, y revestido del brillo de su gloria, al que veis ahora tan humilde, tan parecido á los demás hombres, y por decirlo así en la

oscuridad. Hablaba sin duda de su resurreccion gloriosa, ó tal vez de su transfiguracion, de la cual fueron testigos Pedro, Santiago y Juan.

§. XXXII.

La transfiguracion de Jesucristo (Math. 17).

En efecto, seis dias despues tomó Jesucristo consigo á sus tres discípulos favoritos, y los llevó á la cumbre de una montaña elevada, que se cree ser el Tabor en la Galilea, próxima á la gran llanura de Esdrelon y del torrente de Cison, á dos leguas cortas de Nazareth hácia el Oriente; es aquella montaña muy alta, y aunque la cima parece desde abajo que termina en punta, hay sin embargo en lo alto una llanura de cerca de media legua, sobre la cual la emperatriz santa Elena hizo edificar despues una magnífica iglesia, con tres pequeñas capillas para representar las tres tiendas que san Pedro habia deseado se formasen allí. Habiendo, pues, el Salvador llevado sus tres apóstoles á la cima de aquella montaña, se puso en oracion, y en un momento se transfiguró en su presencia; su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos se tornaron blancos como la nieve. Al mismo tiempo aparecieron á sus lados Moisés y Elías, conversando con él sobre la muerte que muy pronto debia sufrir en Jerusalen. Quedaron deslumbrados los tres discípulos al ver la gloria que rodeaba á su divino Maestro. Absorto entonces Pedro de alegría, y como fuera de sí mismo, exclamó: ¡Ah Señor! ¡qué bueno sería el quedarnos aquí! Formemos tres tiendas, una para vos, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía hablaba, cuando una nube luminosa les envolvió, é inmediatamente salió de la misma nube una voz que dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo tengo todas mis delicias*; *oidle á él* (*Luc.* 9). Al oir estas palabras, los discípulos poseidos de un santo pavor se postraron con el rostro pegado á la tierra; mas un momento despues, extinguido ya el resplandor, y habiendo desaparecido Moisés y Elías, acercándose Jesus

á ellos les tranquilizó, y les dijo: Levantaos. Entonces, levantando los ojos, no vieron mas que á Jesus enteramente solo, el cual les prohibió decir á nadie lo que acababan de ver hasta despues de su resurreccion; tan atento estaba á alejar y prevenir todo lo que hubiera podido retardar su pasion, ó ser un obstáculo para ella.

El Salvador se transfiguró, dicen los Padres: 1.°, para cumplir la promesa que habia hecho á sus discípulos de hacerles ver una muestra del esplendor de su gloria y de su magestad, y para afirmarles en la creencia en que estaban de que él era el Mesías. 2.° Para prevenirles contra el escándalo de su pasion y de su muerte. Como Moisés representa la ley, y Elías los profetas, quiso el Hijo de Dios que estos dos personages compareciesen en su transfiguracion, para mostrar á sus apóstoles que la ley y los profetas daban testimonio de él, y se terminaban en su persona.

Mientras que el Salvador estaba sobre la montaña, se habian reunido muchas gentes en la llanura, en donde le esperaban. Apenas se presentó, arrojándose un hombre á sus pies, le suplicó que librase á su hijo único, el cual estaba lunático, esto es, epiléptico, y poseido de un demonio furioso que era sordo y mudo: yo le he presentado á vuestros discípulos, añadió, y no le han podido curar. Echando Jesus en cara á sus discípulos su poca fe, exigió mucha de aquel que le pedia el milagro: Si puedes creer, le dijo, todo es posible para el que cree. Inmediatamente el padre del muchacho esclamó con las lágrimas en los ojos: Yo creo, Señor, fortificad mi poca fe. Entonces Jesus conminó al demonio, y le dijo: *Espíritu sordo y mudo, sal del cuerpo de este niño, y no entres mas en él: yo te lo mando* (*Marc.* 9.). En virtud de estas palabras salió el demonio dando grandes alaridos, y agitándole con mucha violencia, dejó al niño medio muerto; pero habiéndole tomado Jesus por la mano, le volvió perfectamente sano á su padre. Los discípulos que antes de la llegada del Salvador habian exorcizado, aunque inútilmente, al poseido, le preguntaron á solas, por qué no habian podido arrojar ellos aquel demonio. De esto ha sido causa

vuestra poca fe, les respondió: vosotros no teneis aun sino una fe débil y vacilante, y esta especie de milagros piden una fe viva, una confianza perfecta, y á mas de esta fe mucha piedad y mortificacion: porque yo os lo digo, añadió el Salvador, y os lo digo en verdad, si vuestra fe igualase aunque no fuese mas que á un grano de mostaza, esto es, fuese una fe pura y muy viva, porque es menester tomar la comparacion no de la pequeñez del grano de mostaza, sino de la fuerza y de la virtud de este grano que, aunque pequeño en volúmen, llega no obstante á hacerse un árbol; si, pues, dice el Salvador, vuestra fe igualase aunque no fuese mas que á un grano de mostaza, no tendriais mas que decir á esa montaña (hablaba del Tabor) pásate de aquí allá, y pasaria, y nada os sería imposible.

§. XXXIII.

Jesucristo predice su muerte á sus discípulos, y les da una importante leccion de humildad.

Entretanto el Salvador preparaba á sus discípulos contra el escándalo que debia causarles su muerte, de la cual se acercaba el tiempo; y aprovechando todas las ocasiones que se presentaban para prevenirles de todo lo que debia sufrir en Jerusalen, les hacia de ello las pinturas mas vivas. El Hijo del hombre, les decia, será entregado en manos de los hombres; se le quitará la vida, y despues de habersela quitado, resucitará al tercero dia: mas ellos no comprendian lo que les decia, añade el Evangelista, tomando sin duda esta prediccion en el sentido figurado y como una metáfora; porque no podian ellos figurarse que lo que Jesucristo les decia de su pasion, de su muerte ignominiosa, y de su resurreccion, pudiese jamás llegar á verificarse en realidad: hasta se retraian de preguntarle, temiendo acaso tambien no les dijese demasiado para certificarles de un acontecimiento que les habria afligido en estremo, y cuyo solo pensamiento les causaba ya alarma.

Habiendo llegado á Cafarnaum, preguntó á sus disci-

pulos que era de lo que habian conversado en el camino. Ninguno se atrevió á responder, porque de lo que habian disputado era cuál de entre ellos era el mayor, esto es, quién ocuparia el primer lugar en el reino del Mesías, preocupados siempre de las ideas terrenas, de que estaban imbuidos los judíos, creyendo que el reino del Mesías brillaria sobre la tierra, entre la abundancia, la pompa y el esplendor: el Salvador entonces se aplicó con su bondad y dulzura ordinarias á corregir sus falsas ideas, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero en mi reino, sea el último, y el siervo de todos: el mayor título de grandeza en mi casa, es la humildad mas profunda; cuanto mas humilde fuere, mas grande será. Luego tomando un niño le puso en medio de ellos, y despues de haberle abrazado en demostracion de su ternura para con las almas humildes, les dijo (*Math.* 18.): *Si no os convertis*, esto es, si no formais sentimientos bajos y humildes de vosotros mismos, muy diferentes de los que habeis tenido hasta aquí, y si no os haceis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se hiciere pequeño como este niño, ese será el mas grande en el reino celestial.

Yendo en seguida Jesucristo á Jerusalen para la fiesta de Pentecostes, que era muy solemne entre los judíos, y se llamaba así porque se celebraba el dia cincuenta despues de Pascua (en memoria del dia cincuenta despues de la salida de Egipto, en el cual se les dió la ley en el monte Sinai) al pasar el Salvador con sus discípulos por el país de los samaritanos, estos le negaron la entrada en una de sus ciudades: Juan y Santiago hijos de Zebedeo, indignados por esta repulsa, pidieron á Jesucristo que les permitiese hacer bajar fuego del cielo sobre esta ciudad, como lo habia hecho en otro tiempo Elías en un caso semejante; mas el Salvador les reprendió su zelo demasiado amargo, diciéndoles que la dulzura debia siempre acompañar el zelo.

§. XXXIV.

Instruye Jesucristo á sus discípulos por medio de muchas parábolas.

El Salvador, durante este tiempo, no cesaba de instruir á sus discípulos en particular, y al pueblo en público, esplicándoles de una manera fácil y familiar los misterios de la religion, y los principales puntos de su moral; y esto unas veces por medio de esposiciones simples y naturales de las grandes verdades, otras por medio de comparaciones familiares proporcionadas á la capacidad de cada uno, y mas frecuentemente por el de las parábolas.

Queriendo darles á entender que es menester siempre estar sobre sí contra las sorpresas de la muerte, y que es preciso velar siempre, siempre estar alerta, en fin que es necesario estar siempre prontos para comparecer delante de Dios, porque la hora de la muerte es incierta, les propuso la parábola del siervo vigilante, que está siempre pronto para abrir á su Señor á cualquiera hora que venga; la del padre de familias que está continuamente en vela contra los artificios y las sorpresas de los ladrones; y la de las diez vírgenes, de las que cinco demasiado indolentes, no habiendo tenido cuidado de proveer sus lámparas de aceite hasta la llegada del esposo, son rechazadas por no haber sido mas diligentes, mientras que las otras cinco mas sabias, habiendo provisto con tiempo á todo, se hallan en estado de recibir el esposo á cualquiera hora que viniere.

Queriendo hacerles conocer cuan preferible es una vida pobre, humillada y sufrida, á una vida blanda, deliciosa, y embriagada en las properidades, les propone el ejemplo de Lázaro y del mal rico. Queriendo confundir á los que presumen de sí mismos como si fuesen santos, les representa dos hombres que suben al mismo tiempo al templo para orar, el uno fariseo, y el otro publicano; aquel manteniéndose en pie con altanería, en lugar de pe-

dir á Dios humildemente, le espone sus pretendidas buenas obras, de las cuales se envanece, manifestando al mismo tiempo una compasion insultante del pobre publicano, á quien mira como indigno de ponerse en la presencia de Dios, considerándole al mismo tiempo inferior á él de cien codos; al paso que este mismo publicano, considerándose como el mayor de los pecadores, se da golpes de pecho, y no atreviéndose ni aun á levantar los ojos al cielo, se contenta con decir: Dios mio, sed propicio á un pecador como yo: resultando de aquí que este que al entrar en el templo era tal vez mas pecador que el fariseo, sale justificado; en lugar de que el fariseo que habia entrado mas inocente que el publicano, sale mas criminal y mas culpable (*Luc.* 18.).

La parábola del siervo que debia diez mil talentos (*Math.* 18.), y no teniendo con que pagar, halla un señor, que por conmiseracion le remite gratuitamente la deuda, mientras que este mismo perverso siervo trata con la última crueldad á uno de los que servian con él, el cual no le debia mas que cien denarios de plata: esta parábola, digo, condena visiblemente la dureza con nuestros hermanos, mientras que para nosotros exigimos toda indulgencia de los demás; y para hacer ver que por el fervor se puede merecer tanto en poco tiempo para con Dios, como los que han envejecido en su servicio, les propone la parábola de los obreros que no habiendo venido al trabajo hasta la última hora, reciben el mismo salario que los que habian trabajado desde el amanecer (*Math.* 20.). La parábola de los talentos que tan bien habian negociado los dos siervos fieles é industriosos, y que el tercero, tímido y haragan, habia enterrado, demostraba cumplidamente cuánto importa el no hacer inútiles los talentos que Dios nos ha dado, y las gracias que por su misericordia nos ha dispensado; en fin, la de la higuera mandada cortar porque no lleva fruto, es una figura muy sensible de una vida estéril en buenas obras, y denota bastante qué es lo que debe esperarse cuando solo se dan hojas sin ningun fruto.

Mas como ya se acercaba el tiempo de su pasion, cui-

daba tambien mucho el Salvador de hacerles en parabolas el retrato del crímen enorme que cometian los que por la impiedad mas horrible le preparaban el mas ignominioso y mas cruel de todos los suplicios, el cual debia tambien atraer sobre toda la nacion la venganza mas horrible de parte de Dios.

Un padre de familia, les dice (*Math.* 21), arrendó su viña á unos viñadores: habiendo llegado el tiempo de coger los frutos, envió sus criados á los viñadores para que recaudasen los frutos de su viña; pero habiéndose apoderado de ellos los viñadores, á uno le apalearon, á otro le mataron, y apedrearon á los demás. Envió todavía otros en mayor número que los primeros, los cuales no fueron mejor tratados; en fin les envió su propio hijo, diciendo: A lo menos respetarán á mi hijo único; mas los viñadores viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémosle, y nos haremos dueños de su herencia; y apoderándose entonces de él, le arrojaron de la viña, y le quitaron la vida. ¿Cuando viniere el dueño de la viña, añadió, qué hará con estos miserables viñadores? Les hará perecer miserablemente, y arrendará su viña á otros viñadores, que le correspondan como deben. Los fariseos, que estaban presentes, comprendieron bien que esta parábola miraba á toda la nacion; no se les ocultó que los gefes del pueblo, los escribas, fariseos y sacerdotes eran aquellos perversos viñadores á quienes el Señor habia encargado el cuidado de su viña; que los criados que el padre de familia habia enviado en diferentes tiempos eran los profetas cuya mayor parte habian hecho morir; y que el hijo del padre de familia era el mismo Jesucristo, cuya pérdida habian ya jurado. Lejos de aprovecharse de esta leccion alegórica, trataron de apoderarse de él; pero temieron al pueblo que le miraba, por lo menos, como el mayor de los profetas. Desde entonces nada omitieron para tenderle lazos: con este designio le preguntaron, si era permitido pagar el tributo al César. Viendo Jesus su malignidad: Hipócritas, les dijo, ¿por qué quereis sorprenderme? mostradme una moneda; preguntóles Jesus, de quién era la figura y el nombre escrito

en ella: Del César, le dijeron. Entonces, les respondió, dad al César lo que pertenece al César, y á Dios lo que pertenece á Dios, y de este modo cumplireis las leyes de la justicia.

§. XXXV.

La dulzura de Jesucristo con la mujer adúltera, y la malicia de los judíos para hacerle odioso (Joan. 8).

Habiéndoles salido mal este lazo, le armaron otro: su intencion era hacerle odioso, y convencerle de ambicion, obligándole maliciosamente á ejercer un acto de autoridad y de jurisdiccion que chocando á todo el sanhedrin ó gran consejo de los judíos, hubiera constituido, segun ellos, un reo de estado, lo cual no hubiera dejado de traerle la indignacion del pueblo. Hallándose Jesus en el atrio del templo, los escribas de concierto con los fariseos le trajeron una mujer que habia sido sorprendida en adulterio, y habiéndola puesto en medio de la asamblea: Maestro, dijeron al Salvador, acaba de sorprenderse á esta mujer en adulterio: ahora bien, Moisés, como sabes, nos ha ordenado en la ley que esta clase de mujeres sean apedreadas; ¿qué dices tú sobre esto? Hacianle esta consulta, dice el Evangelista, para sondearle y poderle acusar; pero Jesus en lugar de responder, inclinándose, escribia en la tierra con el dedo. Créese que lo que el Salvador escribia en la arena insinuaba á los acusadores de la mujer adúltera lo que á ellos debia avergonzarles y de que ellos mismos eran culpables. Insistiendo en exigir siempre una respuesta, Jesus se enderezó, y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, tírela la primera piedra; y volviéndose á inclinar continuó escribiendo en la arena. Ellos no cuidaron de replicar, sino que llenos de vergüenza, viendo sin duda lo que Jesus escribia, y confundidos por los remordimientos de su propia conciencia, sin decir una palabra, todos se marcharon, uno despues de otro, de suerte que no quedó mas que Jesus y la mujer que estaba en medio del pueblo. Ende-

rezándose entonces de nuevo Jesus, le dijo: Mujer, ¿dónde estan los que te acusaban? ¿nadie te ha condenado? Nadie, Señor, respondió ella. Conociendo el Salvador la viva contricion que tenia de su pecado: Ni yo tampoco, la dijo; no, yo no te condenaré; vete, y no peques mas en adelante. ¡Qué leccion tan bella es esta conducta dulce y caritativa del Salvador para esos pretendidos doctores duros y severos, que quieren siempre hacer bajar fuego del cielo sobre la cabeza del pecador, y que atando cargas pesadas las ponen sobre las espaldas de los otros, mientras que ellos no querrian ni aun aplicar un dedo á ellas.

Cuando es la pasion la que hace obrar, no se desanima fácilmente. Los fariseos y los escribas habian sido confundidos repetidas veces por el Salvador; nada importa; otra vez volvieron á la carga, preguntaronle maliciosamente en medio de una multitud de gentes, si era permitido el divorcio por cualquiera motivo que fuese. Respondióles que el matrimonio por su institucion era indisoluble, y que el hombre no podia despedir á su mujer sino por causa de adulterio; y tomando de aquí ocasion para hablarles del mérito de la castidad, ensalzó el esplendor, el precio y las ventajas admirables de esta incomparable virtud poco conocida, y menos estimada aun de los judíos; pero que sería muy pronto restablecida y cultivada por los que seguirian su doctrina: No todos, dijo, comprenden esta moral; el hombre animal gusta poco de las verdades espirituales: la castidad es un don de Dios; dichosos los que recibieren este don y le conservaren toda su vida: quien pueda comprender esto, añadió, que lo comprenda; queriendo dar á entender que la virginidad no era un precepto, sino solo un consejo de que los hombres carnales eran poco capaces.

Acercándose uno al mismo tiempo, le dijo: Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? Guarda los mandamientos, le respondió el Salvador. ¿Cuáles? replicó el jóven. No harás ningun homicidio, le dijo Jesus, no cometerás adulterio, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra á tu padre y á tu madre; además ama á tu prójimo como á tí mismo, y no ignoras cuánto

debes amar á Dios. Todos estos preceptos los he guardado desde mi niñez, respondió el jóven: ¿ qué me falta todavía para ser perfecto? Si quieres ser perfecto, le dijo Jesus, ve y vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: despues de hacer esto, ven y sigueme. Hacia entonces el Salvador el retrato del estado religioso, el cual debia ser uno de los mas preciosos ornamentos de su Iglesia. Habiendo oido el jóven estas palabras, se fue muy triste, porque poseia grandes bienes, y le parecia muy dificil tanto sacrificio. Entonces Jesus dijo á sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un hombre rico en el cielo; mas fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos. Era este un proverbio comun entre los judíos; lo mismo decian de un elefante, para significar que una cosa era naturalmente imposible, ó extraordinariamente dificil. Sorprendieronse mucho los discípulos al oir este discurso, y dijeron: Entonces ¿quién podrá salvarse? pero Jesus volviéndose á ellos, les dijo: Esto es imposible por parte de los hombres, pero todo es posible para Dios; sobre lo cual tomando Pedro la palabra, le dijo: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿qué será, pues, de nosotros? Respondióle Jesus: En verdad os digo que al tiempo de la resurreccion, cuando el Hijo del hombre estuviere sentado sobre el trono de su magestad, vosotros que me habeis seguido estareis tambien sentados en doce sillas, y juzgareis las doce tribus de Israel; y cualquiera que por mi nombre hubiere dejado su casa, todos sus mas próximos parientes y sus herencias, recibirá el céntuplo aun en esta vida, y poseerá la bienaventurada por toda la eternidad.

Jesucristo habla aquí de su última venida, conforme á la idea que tenian los judíos del reino del Mesías: ellos le esperaban como un rey poderoso que debia volver á la nacion á su antiguo esplendor; por esto Jesucristo se representa á sí mismo sobre un trono, y establece á los apóstoles como los primeros de su corte. No hace mencion mas que de doce tribus, porque en ellas se contiene

toda la nacion, y bajo de esta nacion entiende á todos los hombres; así como por el céntuplo aun desde esta vida, entiende aquella paz del alma que es tan superior á todo lo que cae bajo de los sentidos, aquellos consuelos interiores, aquellas bendiciones espirituales y tambien temporales de que se ven colmados los que habiéndolo dejado todo por Dios, siguen á Jesucristo, y viven segun su espíritu, sus consejos y sus máximas.

Entretanto el número de los que creian en él se aumentaba diariamente, y la envidia y el odio de los sacerdotes, de los escribas y de los fariseos se hacian cada dia mas acres y mas vehementes; así que habiendo venido el Salvador al templo, la tomaron de nuevo con él los fariseos; pero quedaron muy pronto confundidos. Habiendo, pues, dicho Jesus que él era la luz del mundo (*Joan.* 8, 9), y que los que le siguen caminan siempre con gran claridad, le dijeron los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo, por tanto no debe ser recibido tu testimonio. Respondióles: Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es legítimo, porque yo sé de dónde he venido y adónde voy; pero vosotros no sabeis de dónde vengo yo, ni adónde voy; vosotros juzgais segun la carne; esto es, vosotros no consultais mas que las apariencias, no escuchais mas que vuestras pasiones en el testimonio que dais de los otros. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, porque sé quién yo soy, y porque mi Padre que me ha enviado da tambien testimonio de mí por mis milagros y por el poder que me da en confirmacion de la verdad de mis palabras. ¿Dónde está tu Padre, dijeron entonces los fariseos? Vosotros no sabeis ni quién soy yo, ni quién es mi Padre, les respondió Jesus; si vosotros supieseis quién soy yo, si quisieseis rendiros á las pruebas que os doy de mi divinidad, sabriais tambien quién es mi Padre, y dónde está.

Esta declaracion de su divinidad la hizo el Salvador en presencia de todo el pueblo, en aquella parte del templo mas frecuentada, en la cual estaban colocados ciertos asientos ó tronos para recibir las ofrendas del pueblo, y que se llamaba el tesoro. Los fariseos y los escribas ha-

bieran deseado prenderle; pero no hubo nadie que se atreviese á echarle mano, dice el Evangelista, porque el tiempo que él habia fijado para su sacrificio no habia llegado todavía.

§. XXXVI.

Testimonio que da Jesucristo de su divinidad.

Algunos dias despues prediciéndoles el Salvador su desgraciada suerte, á causa de su obstinada incredulidad: *Yo me voy*, les dijo, *y vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado* por no haber querido abrir los ojos á la luz, ni reconocer en mí el Mesías; porque si no creeis que lo soy yo, añadió, ciertamente morireis en vuestro pecado. ¿Pues quién eres tú? repusieron los judios. *Yo*, les respondió, *el que ahora os habla, yo soy antes que todas las cosas*; como si dijera, yo que os hablo soy el principio y el criador de todas las cosas; yo soy el que os he dicho quien era, esto es, el Hijo de Dios; yo soy la luz del mundo, el pan de vida, el Mesías tan ardientemente deseado y por tanto tiempo esperado; yo soy el Salvador del mundo: tendria mucho mas que deciros, y sobre que condenaros; pero cuando hubiereis elevado al Hijo del hombre, entonces conocereis quién soy yo, y sabreis que os he dicho la verdad. Habla aquí Jesucristo de su muerte en la cruz: vosotros conocereis despues de mi muerte, dice, que yo soy Dios; que en todo lo que yo hago obro de concierto con mi Padre, y que vuestra suma desgracia será no haber querido conocer lo que yo soy.

A consecuencia de este discurso, dice el Historiador sagrado, muchos creyeron en él; y Jesus dirigiéndose á ellos, les dijo: Si vosotros permaneceis adheridos á mi palabra, sereis efectivamente discípulos mios, conocereis la verdad, y la verdad os dará la libertad. ¿Cómo nos dices vosotros sereis libres, le dijeron, puesto que siendo descendientes de Abraham, no fuimos jamás esclavos? Respondióles Jesus: Sabed que cualquiera que peca, es esclavo del pecado; si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham; mas ahora ¿por qué tratais de quitar-

me la vida á mí que os he dicho la verdad, la cual he aprendido de Dios mismo? No es así como ha obrado Abraham. Oido esto, algunos de los que allí estaban reunidos le dijeron: Nosotros tenemos un solo padre, que es Dios. Si Dios fuese vuestro padre, replicó Jesus, me amaríais sin duda, porque yo he nacido de Dios, y de él he venido; porque no he venido yo de mí mismo, sino que es él el que me ha enviado: ¿en qué consiste, pues, que no podeis escuchar mis palabras, ni entrar en lo que yo os digo? Vosotros no creeis mas que lo que os sugiere el padre de la mentira; mas por lo que hace á mí, aunque os digo la verdad no me creeis. ¿Quién de vosotros, añadió, me convencerá de mentira y de pecado? ¿Si os digo la verdad, por qué no me creeis? El que es hijo de Dios, oye las palabras de Dios: lo que hace que vosotros no las oigais, es que no sois hijos de Dios. Si alguno obedece á mi palabra, no morirá jamás. Ahora sí que vemos, dijeron los judíos, que estás endemoniado. Abraham ha muerto, los profetas han muerto tambien, y tú dices, si alguno obedece á mi palabra, no morirá jamás; ¿eres tú mayor que Abraham nuestro padre? Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo, antes que naciese Abraham soy yo. Esta confesion les irritó; tomaron piedras para tirárselas, mas Jesus se ocultó, esto es, se hizo invisible, y pasó así por medio de ellos saliéndose del templo, sustrayéndose entonces al furor de sus enemigos para entregarse él mismo á toda su rabia cuando hubiere llegado el tiempo de padecer.

Pero uno de los milagros del Salvador que hizo mas ruido fue cuando dió la vista á un ciego de nacimiento; por esto los fariseos hicieron todo lo que pudieron para quitarle la gloria de él ó al menos para oscurecerla.

§. XXXVII.

Dá Jesucristo la vista á un ciego de nacimiento.

Pasando Jesus, vió un hombre ciego de nacimiento (era sábado aquel dia): preguntaronle sus discípulos si

aquel hombre habia nacido ciego en castigo de algun pecado suyo ó de sus padres. Ni lo uno ni lo otro, respondió el Salvador, sino que Dios lo ha permitido así para hacer brillar su omnipotencia, y manifestar por este milagro la gloria de su propio Hijo. Mientras que yo estoy en el mundo, añadió, yo soy la luz del mundo, y no hay mas que abrir los ojos, y ver las obras que hago, para saber quién soy yo; despues escupió en tierra, y habiendo empapado la tierra con la saliva, frotó con esto los ojos del ciego, y le dijo: Vé, y lávate en el baño de Siloe, nombre que significa el enviado; este baño se formaba de las aguas de una fuente que corria al pie de la colina de Sion. Ahora bien, como el nombre de Siloe, ó de enviado, es uno de los nombres que da la Escritura al Mesías, es visible que no sin misterio envió el Señor al ciego á aquella fuente, para enseñarnos que él es el que nos reengendra en las aguas del bautismo, y el que cura por su gracia nuestra ceguera espiritual. Obedeció el ciego, y apenas se hubo lavado los ojos, vió claramente. Esta fuente que sale del monte Sion en Jerusalen, se vé todavía, y se dice que los turcos van á lavarse en sus aguas para curarse del mal de ojos.

Hizo gran ruido esta maravilla. El ciego que pedia limosna á la puerta del templo, era conocido de muchos: apenas podia creerse que fuese el mismo: él por tanto decia á todo el mundo: Yo soy, no os engañais; y contaba á voz en grito como aquel hombre que se llamaba Jesus le habia dado la vista. No tardaron los fariseos en saber lo que causaba la admiracion de toda la ciudad; presentóseles el que daba motivo á ella, preguntáronle, examináronle, y quisieron saber de él hasta las menores circunstancias de lo que habia pasado. Era sábado el dia en que Jesus habia hecho este milagro, lo que dió márgen á algunos fariseos para decir: este hombre que no observa el sábado no es de Dios (*Joan.* 9): mas los otros no podian comprender como un hombre malo habria podido hacer un prodigio tan grande, lo cual los tenia divididos entre sí. Preguntaron al ciego lo que él pensaba. Por mi parte, respondió, yo le creo un gran santo, un hombre enviado de Dios, un profeta.

Todo esto les inquietaba demasiado; y determinaron no creer nada, hasta haber hecho venir á sus padres. Habiéndose presentado el padre y la madre: ¿Es este, les dijeron, vuestro hijo, que vosotros decís haber nacido ciego? ¿cómo ve ahora? Ellos que temian á las cabezas del pueblo, y que sabian la resolucion que tenian tomada de arrojar de la sinagoga y escomulgar á cualquiera que reconociese á Jesus por el Cristo, respondieron simplemente: Nosotros estamos ciertos de que este es nuestro hijo, y de que ha nacido ciego, pero no sabemos en qué consiste que ahora ve; tampoco sabemos quién es el que ha abierto sus ojos; preguntadle á él, bastante edad tiene para responder por sí mismo á lo que á él le toca. Hicieron, pues, los judíos venir por segunda vez al ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios (los judíos se servian de esta fórmula cuando exigian á alguno el juramento, y le obligaban á tomar á Dios por testigo de que diria la verdad): da, pues, gloria á Dios, le dijeron, nosotros sabemos que este hombre es un pecador, un mal hombre. Yo no sé si es malo, respondió aquel hombre; lo que yo sé es, que era ciego, y que ahora veo. Preguntáronle de nuevo acerca de esto, cómo le habia dado la vista, y él les respondió: Os lo he dicho ya, y vosotros lo habeis oido; ¿para qué quereis que os lo vuelva á decir? ¿deseais tambien vosotros ser discípulos suyos? Irritáronse entonces contra él, y maldiciéndole, le dijeron: Seas tú discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés; nosotros sabemos que Dios habló á Moisés, mas éste no sabemos de dónde ha venido.

Eso es lo mas admirable, repuso el hombre, el que no sepais de dónde viene, ni quién es, y que sin embargo haya abierto mis ojos, y me haya dado la vista. Ahora bien, nosotros sabemos que Dios no oye á los pecadores, sino que á aquel que sirve á Dios y le obedece á ese es á quien Dios oye; desde el principio de los siglos no se ha oido decir que ninguno haya dado la vista á un ciego de nacimiento; si este no viniese de Dios, no podria hacer nada de lo que hace.

Una respuesta tan sabia les puso todavía mas de mal humor: Tú no eres mas que pecado desde el vientre de tu

madre, y ¿te metes á doctor y á darnos lecciones? y le echaron fuera. Habiendo sabido Jesus que le habian echado fuera, y encontrándole despues, le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios? ¿Y quién es, Señor, el Hijo de Dios, para que yo crea en él? Dijole entonces Jesus: Tú le has visto, y es el mismo que te habla. Al momento exclamó el hombre: Yo creo, Señor; y echándose á sus pies, le adoró. Dirigiendo luego el Salvador su palabra á todos los que estaban presentes: Yo he venido al mundo, dijo, para hacer justicia, esto es, para manifestar un secreto impenetrable de la divina Providencia, que aunque asombroso no deja de ser justo; puesto que está fundado en el endurecimiento voluntario de los malos. Yo he venido para que los que están ciegos vean, y los que ven se queden ciegos. Los gentiles que están en las tinieblas, abrirán un dia los ojos á la luz; y los judíos que poseen la luz, cerrarán los ojos, y vivirán en una oscura noche. Los sacerdotes, los fariseos, y los doctores de la ley, tan ilustrados, quedarán ciegos aun en medio de sus luces; y los mas sencillos del pueblo, cuyo corazon es recto y cuyo espíritu es dócil, serán iluminados con la luz de la fe y de la verdad.

El juicio que Jesus dice que viene á hacer, y la justicia que viene á egercer, se toman aquí por la condenacion que hace Jesucristo de los judíos presuntuosos y endurecidos, y por la gracia que concede á los gentiles, que deben entrar en la Iglesia, mientras que los judíos serán excluidos por su orgullo, y por su presuntuosa incredulidad. Así lo habian predicho hablando del Mesías, Jeremías, Isaías, y el viejo Simeon. Los fariseos comprendieron bien que esta terrible amenaza se dirigia á ellos: ¿Somos, pues, nosotros tambien ciegos? dijeron. Si fueseis ciegos, les respondió Jesus, no tendriais pecado; pero porque ahora decís, nosotros vemos claro, subsiste vuestro pecado: las luces mismas y la ciencia de que os vanagloriais, os condenan, y hacen vuestra infidelidad inexcusable. Como si les hubiese dicho, dice san Agustin: si conocieseis vuestra ceguera, recurririais al médico; pero permaneceis pecadores, porque siendo sabios y santos á vuestros pro-

pios ojos, no creeis que teneis necesidad de nadie que os ilumine y os santifique.

§. XXXVIII.

La parábola del buen pastor es un nuevo testimonio de su divinidad (Joan. 10).

Habiendo confundido así el Salvador la vanidad necia de aquellos soberbios que se metian á conducir á los otros, viviendo ellos en una ceguera tan lamentable, les propuso bajo de la parábola del pastor y de las ovejas los tres caracteres diferentes de tres géneros de personas que se empeñan en el gobierno de las almas. Dijoles, pues, que hay algunos que en lugar de entrar en el aprisco por la puerta como el verdadero pastor, entran en él por alguna brecha, ó por otro paraje, como ladrones, para robar, para degollar, y para perder; esplicóles este enigma diciéndoles, que él mismo era esta puerta, por la cual era menester entrar para conducir el ganado: al mismo tiempo nos representa la Iglesia como un aprisco en el cual no se puede entrar sino por él, y á los fieles como ovejas de las cuales es él el pastor y el padre.

Hay otros, añadió, que habiendo entrado por la puerta, conducen á las ovejas con espíritu de mercenarios, de suerte que amándose únicamente á sí mismos, las abandonan luego que ven venir al lobo. En fin, hay buenos y legítimos pastores que entran á la verdad por la puerta, haciendo que el portero les abra; conocen las ovejas, y las ovejas conocen su voz: estos como cuidadosos, las conducen á buenos pastos, y las aman hasta exponer su vida por ellas en la ocasion. El Salvador se aplicó en seguida todas las cualidades de estos últimos, é hizo ver que él era el buen pastor por excelencia, puesto que habia venido á dar su vida por sus ovejas, y á darla con plena voluntad, en razon de que nadie podia quitársela si él no queria; mas que luego que la hubiese dado, la volveria á tomar por sí mismo sin que nadie pudiese impedirselo. Declaró, en fin, que los que habian venido an-

tes que él, y se habian atribuido la autoridad y el nombre de Mesías, no lo eran porque no tenian ninguna de las cualidades del buen pastor; que por lo demás, no eran los judíos las únicas ovejas por las cuales queria dar su vida; que habia otras, á saber, los gentiles, que era menester que las llevase á su aprisco; y que de todos los que de los unos y de los otros oyesen su voz, y creyesen en él, no se haria mas que un rebaño, del cual sería él el único pastor.

Este discurso del Salvador excitó tambien una nueva division entre sus oyentes: los unos decian que estaba poseido del demonio; los otros sostenian que no era este discurso de un endemoniado, y que el demonio no abria los ojos á los ciegos de nacimiento, ni arrojaba á los otros demonios de los cuerpos de los poseidos.

Poco tiempo despues, durante la solemnidad de la renovacion del templo, que se celebraba en invierno, paseándose Jesus en el pórtico de Salomon, se juntaron los judíos en rededor de él, y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos tendrás en duda? si eres el Cristo, dinoslo claramente. Mucho tiempo hace ya que os hablo, les dijo, y no me creeis; las cosas que hago en nombre de mi Padre, os dicen bien claramente quién soy yo; pero vosotros no creeis ni á mis palabras ni á mis obras: lo que mi Padre me ha dado es superior á todo, y nadie puede arrebatar nada de sus manos. Los santos Padres entienden estas palabras de la naturaleza y del poder divino que el Padre da al Hijo por su generacion eterna; y como los judíos habian pedido al Salvador que les dijese claramente si era el Hijo de Dios y Dios él mismo, les responde claramente, diciéndoles: *Mi Padre y yo somos una misma cosa*, una misma naturaleza, una misma esencia, tenemos un mismo poder, una misma sabiduría, la misma eternidad, la misma virtud. No podia dar el Salvador una declaracion mas terminante ni mas expresa de su divinidad; los judíos tambien lo comprendieron así, y no creyeron que podian dar otro sentido á estas palabras, y esto es lo que les movió á quererle apedrear. Díjoles entonces Jesus: Muchas buenas obras y muchos prodigios he

obrado á vuestra vista por la virtud de mi Padre; ¿por cuál de estas obras y de estas maravillas me apedreais? No te apedreamos, respondió aquella turba de fariseos y de escribas, por ninguna buena obra, sino porque siendo hombre como eres, quieres que te tengamos por Dios.

No se cuida, por esto, el Salvador de retractar ó de debilitar la proposicion que acaba de proferir; antes la confirma por un raciocinio que no admite réplica, y que confunde la malignidad del corazon y el espíritu de aquellos perversos censores. Los profetas, les dice, son llamados dioses en la Escritura, porque se les ha dirigido y confiado la palabra de Dios; con mucha mas razon es Dios el Verbo de Dios. Es evidente por todo lo que yo hago que he sido santificado, esto es, engendrado en la eternidad por mi Padre, y enviado por él en el tiempo al mundo para ser el Mesías; ¿y os atreveis á decir que blasfemo, *porque he dicho yo soy el Hijo de Dios*? (*Joan.* 10). Si yo no hago obras del Hijo de Dios, de un hombre Dios, del Mesías, no me creais, y decid que soy un impostor y que blasfemo; pero si las hago, y no quereis creerme á mí, creed en mis obras, dirigidas á que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo estoy en él, y que mi Padre y yo somos una misma cosa.

Tiene el corazon demasiada influencia sobre nuestros pensamientos y nuestros juicios, para que deje ver la verdad á aquellos á quienes ciega la pasion. Los fariseos y los escribas, aunque confundidos, no por eso fueron menos incrédulos, y su odio contra el Salvador crecia con su indocilidad: hubieran deseado perderle; pero temian alguna conmocion popular, y Jesus que no queria anticipar su hora, se sustrajo de sus manos. Sin embargo, la malicia de los fariseos no pudo impedir el que muchos de los que le habian oido creyesen en él, y que fuesen á buscarle al otro lado del Jordan, adonde se habia retirado, y se declarasen discípulos suyos. Juan, decian, no ha hecho milagros, y Jesus hace muchos; por otra parte, todo lo que Juan ha dicho de este hombre ha salido verdad; debemos, pues, creerle sobre su palabra y adherirnos á él. Los milagros de Jesucristo, y el testimonio de Jesucris-

to, eran las pruebas sencillas pero convincentes; era necesario estar tan ciegos por la pasion como lo estaban los escribas y los fariseos, para no rendirse á unos testimonios tan claros y tan seguros.

§. XXXIX.

Jesucristo se hospeda en casa de Marta, y descubre la hipocresía de los fariseos.

Pasando el Hijo de Dios con sus discípulos por Bethania, se hospedó en casa de Marta, hermana de María y de Lázaro, á quienes Jesus honraba con su estimacion y su amistad: fue recibido con mucho gozo de aquella familia, y mientras que Marta estaba muy afanada en preparar todo lo que era necesario para obsequiar á su divino huésped, su hermana se mantenia sentada á los pies de Jesus, y escuchaba con ansia sus santas instrucciones. Viéndose Marta sobrecargada de trabajo por haber de acudir á todo, se quejó al Salvador de que su hermana la dejaba sola en su fatiga, y le pidió que la mandase que fuese á ayudarla, y que no la dejase sola en el trabajo; mas Jesus, justificando la piedad de María y su eleccion: Marta, Marta, la dijo (*Luc.* 10), tú te inquietas, y te embarazas en muchas cosas, cuando, al fin, una sola es necesaria: María ha elegido la mejor parte, la cual no se le quitará. No condenaba el Salvador la hospitalidad que Marta egercia tan caritativamente con él y con sus discípulos, condenaba solamente la inquietud y la turbacion que causa un afan demasiadamente escesivo; preferia á ella el zelo de su propia perfeccion y el cuidado de la salvacion, que es ciertamente la única cosa indispensablemente necesaria, y preferible á cualquiera otra solicitud, por laudable que sea. Los fariseos murmuraban mucho entre sí de que Jesus se habia puesto á la mesa sin haberse lavado las manos; el Salvador que penetraba hasta sus mas secretos pensamientos, se aprovechó de esta ocasion para quitar la máscara á su hipocresía, y hacerles conocer las ilusiones groseras de que se alimentaban.

Vosotros fariseos, les decia con un tono de maestro,





cuidais mucho de limpiar el exterior de la copa y del plato, y la limpieza esterior forma en algun modo vuestro carácter, mientras que teneis el alma manchada de mil pecados, de que os da muy poco cuidado; vuestro corazon está lleno de rapiñas y de iniquidad, y con tal que vuestras manos estén lavadas, vosotros vivís tranquilos: insensatos, ¿ignorais que Dios no hace caso sino de la inocencia y de la limpieza interior, y que cuando el corazon está corrompido, la limpieza esterior no hace otra cosa que figurar un sepulcro blanqueado? Vosotros publicais vuestras pretendidas buenas obras, haceis ostentacion de vuestros ayunos, de vuestras limosnas, y de vuestra aparente regularidad: ¡hipócritas! ¿qué es lo que ganais con todo ese aparato de virtud? La estimacion de los hombres, y en esto se cifra toda vuestra recompensa. ¡Ah! El caso es que sois muy poco estimados de los hombres, sin dejar de ser al mismo tiempo reprobados de Dios (*Luc.* 11).

Desgraciados de vosotros, añadió, que muy satisfechos con pagar el diezmo de los frutos de vuestro jardin, violais la ley en lo mas importante de ella, y descuidais el hacer justicia á los hombres y el amar á Dios; debeis sí hacer aquellas cosas pequeñas, pero sin omitir estas mas graves (*ibid.*). Desgraciados de vosotros, que haciendo escrúpulo de las cosas menores, cometeis los mayores crímenes sin remordimiento; semejantes á aquellos que tienen miedo de tragar un mosquito, y engullen sin dificultad, por decirlo así, un camello: vosotros ansiais los primeros puestos en las asambleas, y el que os saluden en las plazas públicas; y escudados con vuestras largas oraciones, os creeis con derecho para oprimir á la viuda y al huérfano, y para cometer mil injusticias.

Los doctores de la ley vieron bien claro que todas estas notas recaian sobre ellos, y tomando uno la palabra: Maestro, le dijo, tú nos deshonras á nosotros con estas tachas. Mas el Salvador no le esceptuó ciertamente mas que á los otros, y pronunció tambien contra ellos el anatema, porque imponian á los demás un yugo que ellos no habrian querido tocar con la punta del dedo; y porque no entrando ellos en el cielo, pretendian cerrar la entrada á

los demás, les echó en cara el que los magníficos adornos con que enriquecian los sepulcros de los profetas á quienes sus padres habian quitado la vida, no dejaban de ser las señales de la aprobacion que daban á los crímenes de sus antepasados (*Math.* 23), puesto que persiguiendo á los que les decian la verdad, daban bien á entender que ellos eran hijos de aquellos que habian quitado la vida á los profetas. Así que, concluyó diciéndoles: Acabad de llenar la medida de la iniquidad de vuestros padres. Y añadió esta terrible amenaza: Yo voy, pues, á enviaros profetas, sabios, é intérpretes de la ley; vosotros quitareis la vida á unos, crucificareis á otros, habrá de ellos á quienes azotareis en vuestras sinagogas, y perseguireis de ciudad en ciudad, de modo que toda la sangre inocente que han hecho derramar vuestros padres, recaiga sobre vosotros. Yo os lo aseguro en verdad, que todo esto recaerá sobre este pueblo. Levantando despues la voz, dijo: Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y que apedreas á los que te ha enviado el Señor; ¡cuántas veces he querido reunir tus hijos, como la gallina reune sus polluelos bajo de sus alas, y tú no has querido! (Jerusalen se toma aquí por toda la nacion judía.) He aquí que tu casa va á quedar desierta; esto es, tu ciudad y tu templo van á ser presa de tus enemigos, que la convertirán en una espantosa soledad.

§. XL.

Predice otra vez Jesucristo la entera ruina de Jerusalen, figura de la que debe preceder al juicio último, y exhorta á sus discípulos á que sean fieles.

Pocos dias despues, habiendo salido Jesus del templo, se retiraba, cuando sus discípulos se acercaron á él para llamarle la atencion sobre sus edificios y su magnificencia; mas él les dijo llorando: ¿Veis bien todo esto? Pues os digo en verdad, no quedará piedra sobre piedra, todas caerán sin que quede ni una siquiera. Esta profecía se cumplió á la letra despues de la toma de Jerusalen por los romanos,

cuarenta años despues de la muerte del Salvador del mundo.

Habiéndose sentado Jesus sobre el monte Olivete, le preguntaron sus discípulos cuándo sucederia todo lo que acababa de anunciar, y cuál sería la señal de su venida, y de la consumacion de los siglos. No juzgó á propósito el Salvador satisfacerles su inútil curiosidad, y se contentó con hacerles una pintura viva y patética de la ruina de Jerusalen; y con motivo de esta desolacion general de la nacion judía en castigo del crímen que habrán cometido, el Salvador les hace un compendio de los signos terribles y de los espantosos desastres que deben preceder al último juicio, del que la entera ruina de Jerusalen y todas sus desgracias no eran mas que una débil figura.

Llegado el fin de los siglos, les dice, en el tiempo que Dios ha determinado en sus decretos eternos, se verá un trastorno general en toda la naturaleza, la cual se armará, por decirlo así, para vengar al Criador del desprecio que se ha hecho de su omnipotencia y de su bondad. Entonces una multitud de falsos profetas desplegarán por todas partes sus artificios malignos para seducir, si fuese posible, hasta á los elegidos; todo estará en una horrible confusion; por do quiera no se verán mas que semillas de guerra, de division, y de revueltas; levantaránse las naciones contra las naciones, y la paz se verá desterrada hasta de las familias; no se verán mas que espectros, fenómenos espantosos, presagios funestos; aparecerá en todos los rostros la imágen de la muerte, y el mundo quedará desierto en estos dias de tribulacion; ¡qué de esqueletos, hasta que las frecuentes y violentas sacudidas de la tierra, que se abrirá por todas partes, den á conocer bastante que toda la masa va á disolverse! la braveza horrible del mar se manifestará por el ruido de sus olas, que elevándose cual montañas no presentarán á la vista mas que espantosos precipicios; el cielo todo encendido no mostrará ningun astro brillante, todos se extinguirán, y esta noche profunda entremezclada de rayos y de un fuego encendido por la mano del Omnipotente, anunciará, por decirlo así, los funerales del mundo: los llantos, los gemi-

dos, los gritos de desesperacion de todos los hombres, y los ahullidos espantosos de todos los animales, indicarán bastante que ha llegado el fin del mundo: sin embargo, todo esto no será mas que los anuncios y como el preludio del último juicio. Figurémonos si es posible cuál será la consternacion de los hombres á vista de este trastorno espantoso del universo. Dichosos entonces, no los grandes, no los reyes de la tierra, á quienes de nada servirá ya su poder, sino los justos á quienes asegurará su inocencia, cuando verán aparecer sobre las nubes, con gran poder y magestad, al Hijo del hombre precedido de la cruz, como de su estandarte, al rededor del que se colocarán todos los que habiéndose alistado en la milicia del Salvador hubieren muerto en su servicio: entonces resucitados ya todos los hombres, comparecerán delante de su tribunal, para ser allí juzgados y oir la sentencia sin apelacion de su eterno destino.

En orden al dia y á la hora en que se ha de verificar este espantoso acontecimiento, cualquiera que haya de ser, nadie sabe cuando será sino mi Padre; aun á los ángeles es desconocido este momento: por lo que hace á vosotros no os apureis por saberlo, cuidad solo de prepararos para él, por una vida inocente y rica en buenas obras.

Jesucristo conocia este momento no solo como Dios, sino tambien en cuanto hombre Dios, pues que era debido este conocimiento á su humanidad, á causa de la union sustancial con la naturaleza divina. Así que, lo único que quiere significar Jesucristo diciendo que solamente lo sabe su Padre, es que no habia sido enviado para manifestar á los hombres este misterio, sino para enseñarles los medios de prevenir sus desgracias; por esto, habiéndoles prevenido que estuviesen alerta contra tantos falsos profetas que nada omitirian para seducir á los fieles con sus bellas palabras y falsos milagros, les exhorta á que velen de continuo para no ser sorprendidos.

Diceles en seguida que estando constituidos mayordomos de su casa para distribuir á su pueblo el alimento de la divina palabra, debian desempeñar con fidelidad este deber, no á la manera del ecónomo insensato, que vien-

do que su señor no volvia, disipó en desórdenes la hacienda que se le habia confiado, y solo se sirvió de la autoridad que tenia sobre los demás criados para maltratarlos; mereciendo por esta desbaratada conducta ser precipitado con los hipócritas y los infieles al lugar de las penas, donde no hay mas que llantos y crugir de dientes: que puesto que el soberano Juez debe venir sin advertirles el dia ni la hora, velasen siempre, como un padre de familias velaria si supiese la hora y la noche en que debian venir á robar su casa: que conociendo la voluntad de su maestro, serían tanto mas criminales si no la cumpliesen, y que cuanto mas se les confiaba, mayor sería tambien la cuenta que tendrian que dar: que por lo demás, despues de haber hecho todo lo que se les habia mandado, lejos de envanecerse ni aplaudirse por ello, se considerasen como siervos inútiles; advirtiéndoles al mismo tiempo que al desempeñar con fidelidad su ministerio no tuviesen consideracion á ser bien quistos de los hombres, de quienes no debian esperar otra cosa que desprecio, sino á Dios que siendo el único por quien debian trabajar, sería tambien solo su recompensa.

Continuando siempre el Salvador en recorrer los lugares del otro lado del Jordan pertenecientes á la Judea, viéndose seguido de una multitud de pueblo, se volvió hácia ellos, y les dijo (*Luc.* 14): El que viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo, ni tampoco el que no lleva su cruz todos los dias, y me sigue.

Cuando aquí dice el Salvador que se ha de aborrecer al padre y á la madre, no quiere decir que se les ha de tener aversion, odio formal, solo da á entender que hemos de estar dispuestos á sacrificarlo todo por su amor: la palabra *aborrecer* significa aquí, como en otros parajes de la Escritura, amar menos; de este modo es como se esplica san Mateo: *El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí* (*Math.* 10.). El Salvador establece tambien el fundamento de la salvacion en la renuncia general efectiva de todas las cosas; así es que

dice: Cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo; como si dijese, en vano se empeña en seguirme, sino desprende su corazon del amor de las cosas terrenas, y sino está dispuesto á privarse de todo lo que tiene mas amado, desde luego que puede servirle de obstáculo para el grande y único negocio de la salud.

§. XLI.

Jesucristo declara que ha venido singularmente para los pecadores, y da saludables avisos á sus discipulos.

Entretanto, no pudiendo sufrir los escribas y fariseos la bondad y la dulzura con que dejaba que se le acercasen toda clase de gentes, publicanos, y gentes de mala vida, lo cual chocaba mucho á aquellos orgullosos hipócritas, siempre dispuestos á decir, no os acerqueis á mí, yo soy puro y neto; Jesus para confundirles les preguntó: ¿Si un hombre que tiene cien ovejás, no deja las noventa y nueve para ir tras de la centésima que se ha extraviado; y si habiéndola hallado, no la trae, lleno de gozo, sobre sus espaldas, convidando á todos sus amigos á que se regocijen con él? como tambien, ¿si una mujer que de diez piezas de plata ha perdido una, no enciende su luz, no barre la casa, y no la busca con la mayor ansia, hasta que la encontrado; y habiéndola encontrado, sino es para ella como una gran fiesta este hallazgo de lo que habia perdido? Pues del mismo modo os digo yo, añadió, que hay en el cielo una alégría singular por la conversion de un solo pecador.

Propuso Jesucristo otra parábola á sus discípulos, y en ella les dió una leccion que le venia muy á propósito para confundir la avaricia de los fariseos, como habia ya confundido su orgullo y su envidia. Dijoles, pues, á sus apóstoles, que un hombre rico tenia un administrador al cual hizo venir á su presencia, para que le diese cuenta de su administracion, y en atencion á las quejas que se le habian dado de su conducta quitarle el empleo. Que vién-

dose aquel recaudador á punto de quedar reducido á la mendicidad, pensó, para proporcionarse un recurso despues de la pérdida de su empleo, en llamar sucesivamente á todos los deudores de su principal, y descargarles de una parte de sus deudas, permitiendo al que debia cien barriles de aceite que recuperase su obligacion, y que hiciese una de cincuenta; al que debia cien medidas de trigo, que hiciese una de ochenta, y así de los demás. Jesucristo enseña á sus discípulos á imitar no la injusticia, sino la destreza y la industria del recaudador, haciéndoles comprender cuánto mas industriosos y mas hábiles son los hijos del siglo en sus negocios temporales, que los hijos de la luz, esto es, los fieles en el importante negocio de la salvacion. Recomiendales en seguida que sean fieles y puntuales observadores hasta de los preceptos mas pequeños, dándoles á entender que en esta fidelidad en las cosas menores es en donde aparece la mayor virtud.

Añadió luego que el mundo estaba lleno de escándalos, y que era necesario que así sucediese; pero que desgraciado aquel por quien viniese el escándalo: que por lo demás, el cuidado con que debia uno alejarse de todo lo que pudiera servirnos de motivo de escándalo, no debia sofocar en el corazon la caridad que debe tenerse á las personas que le causan, sobre lo cual dió á sus discípulos reglas excelentes para corregir al que nos hace mal, y para perdonarle la ofensa que se ha recibido de él: Si vuestro hermano os ha ofendido, les dice, buscadle, y reprendedle con dulzura, sin que haya mas testigo que él y el ofendido, á fin de ganarle, si se puede, con un porte tan lleno de caridad y de sabiduría; si la correccion secreta no produce ningun efecto, bueno es reiterarla delante de dos ó tres personas prudentes y discretas; y si esto es todavía inútil, avisad á los superiores sobre su conducta, y delatadlo á la Iglesia; si ni aun la voz de la Iglesia escucha, miradle como un infiel, como un excomulgado. Habiéndole preguntado Pedro, á consecuencia de este discurso, cuántas veces debia perdonar las ofensas recibidas, le dijo Jesus que el perdon debia concederse tantas veces cuantas se recibia la ofensa: Yo no te digo, añadió, que

perdones solo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete, esto es, en cada vez que se recibe una injuria: estas dos expresiones no señalan un número determinado. San Pedro preguntaba, si un hombre á quien se ha perdonado muchas veces no se hace indigno de perdon, y Jesucristo quiere que perdonemos tantas veces cuantas se nos ofenda.

Pasando luego Jesus por una aldea, vió que se dirigian á él diez leprosos, los cuales parados á lo lejos exclamaron: *Jesus, nuestro Maestro, ten misericordia de nosotros* (*Luc.* 17); inmediatamente el Salvador les mandó que fuesen á presentarse á los sacerdotes; obedecieron, y cuando iban allá se encontraron limpios. Dábales bastante á entender Jesucristo por estas palabras que serian curados en el camino, puesto que no debian ir á presentarse á los sacerdotes sino despues de estar limpios, á fin de que estos pronunciasen sobre su curacion. Uno de ellos que era samaritano, y por consiguiente estranjero con respecto á los judíos, volvió atrás inmediatamente glorificando á Dios, y arrojándose á los pies de Jesus, con el rostro pegado á la tierra, le dió mil gracias por la salud que le habia dado. Queriendo Jesucristo dar á conocer cuán diferente era para con él la conducta de los gentiles, de la del pueblo judío: ¿No han sido curados todos los diez, dijo, dónde pues estan los otros nueve? ¿No ha habido entre ellos mas que este estranjero que haya vuelto á dar gloria á Dios? y dirigiéndose á él, le dijo: Levántate, vete en paz, porque tu fe te ha salvado; queriendo sin duda decir en esto que además de su curacion, su reconocimiento para con su Salvador le habia merecido la gracia de llegar á ser su discípulo.

Los saduceos, herejes judíos, que no creian la resurreccion, creyeron parar al Salvador haciéndole una pregunta capciosa: Maestro, le dijeron, una mujer que hubiera tenido sucesivamente hasta siete maridos, ¿de cuál de los siete sería mujer al tiempo de la resurreccion? Vosotros, les respondió el Salvador, vivis en un error, formando de la otra vida la misma idea que de esta; al tiempo de la resurreccion no habrá ni maridos ni muje-

res, sino que todos serán como son los ángeles de Dios en el cielo.

§. XLII.

Jesucristo resucita á Lázaro.

De todos los milagros que Jesucristo ha hecho, puede decirse que ninguno hubo tan pasmoso, ni que hiciese mas ruido que la resurreccion de Lázaro.

Era Lázaro un sugeto de distincion entre los judíos: moraba en Bethania, poblacion pequeña cerca de Jerusalen, con sus hermanas Marta y María, todos discípulos del Salvador, que amaba á esta santa familia, y que á su paso por allí se habia hospedado algunas veces en su casa. Habiendo caido Lázaro peligrosamente enfermo, sus hermanas enviaron un expreso á Jesus para noticiarselo, diciéndole solamente: que *el que amaba estaba enfermo* (*Joan.* 11). Habiendo recibido Jesus esta noticia, respondió que esta enfermedad no habia sobrevenido para que de ella muriese, sino para gloria de Dios, y á fin de que el Hijo de Dios fuese glorificado por ella. Detúvose aun dos dias en el mismo lugar, que se cree fuese Betábara. Pasados estos dos dias, dijo á sus discípulos: Volvamos á Judea. Qué, Señor, le dijeron, ¿hace poco que los judíos querian apedrearos, y quereis volver á un país donde se ha jurado acabar con vos? Hizoles entender Jesus que nada se emprenderia contra él, hasta que él lo permitiese; y despues les dijo: Nuestro amigo Lázaro duerme, mas yo voy á despertarle. Si duerme, respondieron ellos, él se zafará del sueño. Llamaba Jesus la muerte de Lázaro un sueño, porque sabia bien que no le costaria mas el resucitarle que el despertar á un hombre que vive y está dormido. Entonces les dijo Jesus abiertamente: Lázaro ha muerto, y yo me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, para que así se perfeccione mas vuestra fe. El Salvador no llegó á Bethania hasta cuatro dias despues de haber sido Lázaro enterrado. Como Bethania estaba cerca de Jerusalen, habian ido muchos de esta ca-

pital para consolar á las dos hermanas de la muerte de su hermano. Apenas supo Marta que Jesus llegaba, le salió corriendo al encuentro hasta fuera del pueblo, y deshaciéndose en lágrimas: *Señor*, le dijo, *si hubieseis estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero yo sé que todo lo podeis* (*Joan.* 11), *y esto es lo que me consuela. Tu hermano resucitará*, la dijo Jesus. Respondióle Marta: Yo sé que resucitará en el último dia al tiempo de la resurreccion. Yo soy la resurreccion y la vida, repuso Jesus; el que cree en mí vivirá, aun cuando hubiere muerto; y cualquiera que cree en mí, no morirá para siempre: ¿crees esto? *Sí, Señor*, respondió ella, *yo creo que vos sois el Cristo, Hijo de Dios vivo, que habeis venido á este mundo.* Dicho esto, fue corriendo á avisar á su hermana María, y la dijo al oido: El Maestro ha llegado y te llama. Al oir esto, levantóse María y salió á recibir á Jesus fuera del pueblo en donde Marta le habia encontrado. Todos los que estaban en su aposento con ella la siguieron, creyendo que iba á llorar al sepulcro de su hermano.

Inmediatamente que llegó al lugar en donde estaba Jesus, se echó á sus pies, y le dijo llorando: Señor, si hubieseis estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Viendo Jesus llorar á las dos hermanas y los judíos que habian venido con ellas, se enterneció y derramó tambien algunas lágrimas; por lo cual se decian los judíos unos á otros: Mirad cómo le amaba. Algunos tambien dijeron: ¿Pues qué, el que ha dado la vista al ciego de nacimiento, no podia impedir que este hubiese muerto? Preguntó entonces el Salvador en dónde le habian enterrado; no porque lo ignorase aquel á quien nada estaba escondido, sino que queria que todo llamase la atencion para que el milagro conmoviese mas. Tomaos la molestia de venir, y lo vereis, le dijeron. Habiendo ido Jesus al lugar de la sepultura (era un sitio cavado en la roca, sobre el cual habia puesta una piedra; porque los sepulcros de los judíos eran ordinariamente unas especies de grutas, abiertas en las rocas, ó hechas de cal y canto, cuya entrada se cerraba con una gran piedra; habia en

estas grutas muchos nichos ó retretes capaces para colocar un cuerpo. El modo de sepultar entre los judíos era cubrir la cabeza y el rostro con un lienzo, que los latinos y los griegos llamaban sudario; envolviase el resto del cuerpo con un paño que se ajustaba en seguida con muchas vendas desde las espaldas hasta los pies); habiendo, pues, Jesus llegado al sitio de la sepultura, ordenó que se quitase la piedra que la cerraba. Señor, le dijo entonces Marta, no puede menos de oler mal, porque hace ya cuatro dias que está enterrado. ¿No te he dicho, repuso Jesus, que si creias, verias á Dios glorificado? Quitóse, pues, la piedra: quiere que se abra el sepulcro, dice san Ambrosio, para que todos los que estaban presentes conociesen bien por la hediondez del cadáver que estaba ya medio podrido. Entonces levantando Jesus los ojos al cielo, dijo en voz alta: *Padre mio, os doy gracias porque me habeis oido: bien sabia yo que siempre me ois; pero lo que he dicho es por la multitud que está presente, á fin de que crean que vos me habeis enviado* (*Joan.* 11). El Salvador, dicen los santos Padres, levanta los ojos al cielo, y se dirige á su Padre Dios, á fin de que no se le pueda acusar de que usa de sortilegios, y de que obra tan gran milagro en nombre del demonio. Le da gracias porque le ha escuchado aun antes de haberle rogado: añade que sabe bien que su Padre le oye siempre, para mostrar, dice san Crisóstomo, que no es como los demás profetas que necesitan rogar mucho á Dios para ejecutar acciones milagrosas, las cuales las hace él por su propio poder. Habla como si la cosa estuviese ya hecha, porque está seguro que como no puede querer mas que lo que quiere su Padre, no podria tampoco su Padre no querer lo que él quiere, lo que prueba evidentemente la unidad de voluntad y de poder. Añade el Salvador que lo que ha dicho, no lo ha dicho sino para que los que están presentes se impongan bien y crean que él es el verdadero Mesías enviado por su Padre celestial, con el que no tiene mas que una misma voluntad. Nótase que el Hijo de Dios ha cuidado siempre mucho de persuadir bien al pueblo que en nada es inferior á su Padre; que si le

ruega, y le habla alguna vez como hombre, en cuyo concepto es inferior á su Padre, mezcla siempre en su oracion algunos rasgos que muestran su igualdad.

Habiendo proferido el Salvador estas palabras, exclamó con un tono de voz muy alto: *Lázaro, sal fuera* (*Joan.* 11). A estas palabras salió el muerto del sepulcro con las vendas que le ligaban los pies y las manos, y con el lienzo que le cubria el rostro. Hubo aquí un segundo milagro, sin el cual no era posible que ninguno por mas resucitado, por mas vivo que estuviese, pudiese salir del sepulcro teniendo los pies ligados y unidos el uno con el otro, y las manos atadas á los costados. Dióle bien á entender Jesus, mandando que se le desatase, dejándole en disposicion de poder caminar.

Jamás se presentó prodigio tan sorprendente: ofreciase en él una demostracion muy visible de la omnipotencia y de la divinidad de Jesucristo; ninguna cosa probaba mas invenciblemente que él era el Mesías: los mismos judíos que estaban presentes no pudieron menos de rendirse á esta conviccion y reconocerle por tal. Habian visto á Lázaro muerto y sepultado de cuatro dias, el cadáver medio podrido que arrojaba fetor, habian quitado ellos mismos la piedra que cerraba el sepulcro; y al solo precepto de Jesus intimando al muerto que saliese, Lázaro sale, atado todavía, ajustado con las vendas, y envuelto en sus lienzos mortuorios. Desatasele en su presencia, ellos mismos le desatan. Lázaro vuelto del otro mundo, Lázaro resucitado abre los ojos, ve, habla, se echa á los pies de Jesucristo, le adora, y pocos dias despues se le ve en buena compañía con él á la mesa, y mas de sesenta años despues predica el evangelio á los marselleses, y convierte á cuasi toda aquella célebre ciudad; y por fin tiene la dicha de dar su sangre y su vida por aquel que le habia sacado del sepulcro. Un milagro tan pasmoso, tan evidente, convirtió un gran número de judíos que fueron testigos oculares. La fama de este prodigio se esparció muy pronto por todas partes; muchos tambien de los que habian sido testigos, fueron corriendo á Jerusalen para contar á los sacerdotes, á los escribas y á

los fariseos la maravilla que Jesus acababa de hacer, y este milagro se hizo el asunto ordinario de todas las conversaciones.

§. XLIII.

Tienen consejo los judíos contra el Salvador, y determinan quitarle la vida.

La resurreccion de Lázaro era, por decirlo así, un milagro vivo, y cada uno podia convencerse de él por sus propios ojos. Todo Jerusalen resonaba con las alabanzas que se tributaban á Jesus, á quien ya no se le llamaba mas que el Mesías; y á la verdad era muy dificil no reconocerle por unos rasgos tan brillantes. Sin embargo, los sacerdotes, principalmente los mas cualificados, los fariseos y los escribas bien informados por sí mismos de la verdad del hecho, se juntaron para deliberar sobre lo que debian hacer. Era mas claro que la luz que un hombre que dice que es el verdadero Hijo de Dios y el Mesías, que lo prueba con los mas grandes milagros, y en quien se verifica todo lo que los profetas han vaticinado del Hijo de Dios, debe ser reconocido por tal. No se debia concluir otra cosa, es verdad; pero cuando es la pasion la que domina, cuando la envidia y el odio se han apoderado del corazon y del espíritu, todo es furia, todo ceguera, ya no se raciocina; esto es lo que aparece visiblemente en toda la conducta que observan con Jesucristo los fariseos y los príncipes de los sacerdotes: convienen todos en el principio, estan todos convencidos de los hechos; pero concluyen todos que es menester deshacerse de un hombre tan maravilloso, en quien todo el mundo reconoce todos los rasgos y el carácter del Mesías. Tal fue la deliberacion y la conclusion de aquella impía asamblea.

Este hombre dice positivamente que él es el Hijo de Dios, que es el Cristo, el Mesías; para probarlo obra en el nombre de Dios su Padre los milagros mas inauditos, hasta resucitar muertos enterrados de cuatro dias, medio

podridos, de los que no era posible aguantar la hediondez. Si le dejamos obrar, todo el mundo creerá en él, y los romanos que nos tienen ya subyugados y rendidos como tributarios suyos, acabarán de destruirnos, se apoderarán de esta ciudad, y destruirán nuestra nacion. Entonces uno de ellos, llamado Caifas, que era sumo sacerdote en aquel año, les dijo: Vosotros no lo entendeis; ¿no veis que es un interés vuestro el que un hombre solo muera por todo el pueblo, y que la nacion no perezca entera? Hablaba en un sentido mejor que el que él pretendia dar á sus palabras: su pensamiento era que valia mucho mas sacrificar á Jesus, quitándole la vida, sin mas motivo que porque con sus milagros atraia en pos de sí á muchos, los cuales podrian reconocerle algun dia por rey, y dar ocasion con esto á los romanos para que arruinasen el país y el templo; que era mejor sacrificar un solo hombre que todo un pueblo, y con su muerte prevenir la ruina de toda la nacion.

Esto era lo que queria decir Caifas; pero Dios daba otro sentido á lo que él decia. Caifas habló por su propio espíritu como político; pero habló al mismo tiempo por el espíritu de Dios como profeta, y en cualidad de sumo sacerdote, declarando que era menester que Jesus muriese, no solo para salvar la nacion judía, sino tambien por la salud de todo el género humano (*Joan.* 11). Hecha la deliberacion, no pensaron ya desde aquel dia los fariseos y los sacerdotes mas que en proporcionar un medio de quitarle la vida, y dieron secretamente sus órdenes para que se apoderasen de él en cualquiera parte que estuviese. El Salvador, á quien nada estaba oculto, y que conforme con los decretos eternos no queria ser inmolado sino en la fiesta de la Pascua, no se mostró ya en público, y se retiró á un pueblo cerca del desierto, en las cercanías de Betel, en donde permaneció cuasi dos meses con sus apóstoles, á quienes preparaba contra el escándalo de su pasion y de su muerte.

Aproximándose ya la solemnidad de la Pascua, durante la cual debia Jesus consumar por el sacrificio de su vida la grande obra de nuestra redencion, se dispuso para

la muerte con alegría, y se puso en camino para ir á Jerusalen con un semblante sereno, que indicaba el deseo ardiente que tenia de dar su vida por la salvacion de los hombres. Quiso ir por la Samaria, y llegó á una ciudad de la provincia en donde no quisieron recibirle, conociendo que iba á Jerusalen, y en razon de la antipatía de los samaritanos con los judíos cada vez mas viva. Los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, indignados de la afrenta que se hacia á su Maestro, le dijeron: Señor, ¿quereis que mandemos que caiga fuego del cielo, y que los consuma para vengaros de la afrenta que os hacen? (*Luc.* 9). Mas el Salvador que nos queria enseñar que el espíritu de sus verdaderos discípulos debia ser un espíritu de caridad y de mansedumbre, y que todo zelo duro y amargo, bajo de cualquier pretexto que fuese, es un zelo falso, volviéndose á ellos, les reprendió: Vosotros no sabeis, les dice, en virtud de qué espíritu debeis obrar; el Hijo del hombre no ha venido para quitar la vida, sino para darla; no ha venido á perder á los pecadores, sino á salvarles y tratarles con misericordia; y sabed que lo que yo quiero es la misericordia, y no la venganza; *porque no he venido para llamar los justos, sino á los pecadores* (*Math.* 9). Así que pasó adelante y se fueron á hospedar á otra aldea.

§. XLIV.

Jesucristo predice su muerte y todas las circunstancias de su pasion.

No habia ciertamente en el corazon de los apóstoles la misma alegría y quietud que se descubrian hasta en el rostro de Jesucristo; por el contrario, todos se hallaban sumergidos en una tristeza profunda por el temor de lo que debia suceder. Advirtiólo el Salvador, y queriendo prevenirles para animarles, les llamó á parte, y les dijo: Queridos hijos mios, vamos por fin á Jerusalen, en donde todo lo que los profetas han vaticinado del Hijo del hombrs quedará cumplido; porque será entregado á los prín-

cipes de los sacerdotes y á los doctores de la ley, los cuales le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles, por los que será tratado con desprecio, azotado y cubierto de salivas, y despues de haberle azotado y tratado del modo mas indigno, se le condenará á muerte. Todo esto os lo he anunciado muchas veces á fin de que cuando lo viereis suceder, sepais que nada sucede que yo no hubiese previsto, y que en mí solo consistia el evitarlo; así que, si lo sufro, es porque así lo he querido, y porque, conforme con la voluntad de mi Padre, soy yo quien ha querido rescatar á los hombres con una muerte tan ignominiosa. El éxito de esta prediccion, cuyo cumplimiento hasta en las menores de sus circunstancias vereis muy pronto, debe responderos de la verdad de la que voy á haceros; esta es, que resucitaré glorioso y triunfante al tercer dia despues de haber *sido* muerto en la cruz. La seguridad que os doy de mi resurreccion debe fortaleceros contra el escándalo de mi muerte, y el claro conocimiento que tengo de la una y de la otra debe ser para vosotros una prueba evidente de mi divinidad, por mas sorprendente que sea la oposicion y contrariedad que debe haber entre una pasion y una muerte semejante y la cualidad de Mesías. El evangelio nos asegura que los apóstoles que no habian comprendido las dos primeras predicciones, tampoco comprendieron esta (*Luc.* 18).

Al mismo tiempo Salomé, madre de Juan y de Santiago, se acercó á él y le rogó que tuviese á bien prometer á sus dos hijos los dos primeros puestos en su reino *Math.* 20). El Salvador no dió respuesta á la peticion un tanto ambiciosa de aquella mujer; pero dirigiéndose á sus hijos que eran los que la hacian hablar, les dijo: Vosotros no sabeis lo que me pedis; mi reino no es tal como os lo imaginais; en él no se conceden los primeros puestos al simple favor, sino al mérito, y deben merecerse con los padecimientos, las humillaciones y las cruces; ¿podeis beber el cáliz que debo yo beber? Esta expresion que se halla muchas veces empleada en la Escritura, estaba muy en uso entre los judíos para significar las penas y las aflicciones. Podemos, respondieron los dos



hermanos. Parece que esta respuesta lejos de proceder de su presuncion nacia de una aficion sincera, y de un amor tierno que tenian á Jesucristo; por esto les aseguró que tendrian parte en su cáliz, y que en cuanto á la gerarquía y lugar que debian ocupar en su reino, debian dejar esta disposicion á la bondad de Dios.

La pequeña ambicion de estos dos apóstoles desagradó á los otros diez, que concibieron alguna indignacion contra ellos. El Salvador que conocia el fondo de sus corazones y que queria curar este orgullo, el cual hacia á los unos ambiciosos, y envidiosos á los otros, les llamó, y les advirtió que no debian parecerse á los grandes del mundo que solo aman la preeminencia, que dominan con imperio sobre sus vasallos; que en su servicio era menester por el contrario, que aquel que quisiese ser grande entre ellos, fuese el siervo de todos los demás, á ejemplo del Hijo del hombre que no habia venido para ser servido, sino para servir, y para rescatar las almas con su muerte.

§. XLV.

Hospédase el Salvador en casa de Zaqueo. Creese que va á aparecer el reino de Dios. Judas condena la devocion de Magdalena.

Continuando el Salvador su viaje, llegó á Jericó, y dió la vista á dos ciegos. Habia en aquella ciudad un hombre llamado Zaqueo, gefe de los publicanos y muy rico, el cual habia mucho tiempo qué ansiaba en gran manera el ver á Jesucristo: como la multitud se lo impedia, porque su talla era pequeña, se adelantó, y se subió á un sicómoro ó higuera moral, en un sitio por donde debia pasar el Salvador. Pasó, en efecto, Jesus por allí, y levantando los ojos le vió, y le dijo; Zaqueo, baja pronto, porque hoy debo hospedarme yo en tu casa. Zaqueo bajó inmediatamente, y le recibió en su casa con sumo regocijo. Mientras que muchos murmuraban y decian: ¡Qué! ¿se ha ido á hospedar á casa de un hombre tan desacreditado por sus usuras? Jesus les hizo ver, por la muta-

cion milagrosa que obró en el corazon de aquel publicano, que habia entrado como un médico en casa de un enfermo para curarle; porque Zaqueo convertido en un instante, llega, se postra á los pies del Salvador, y le dice: Señor, desde este momento yo doy la mitad de mis bienes á los pobres, y si á alguno he defraudado en algo le doy el cuadruplo. Entonces el Salvador lleno de alegría por haber reducido aquella oveja extraviada: Hoy, exclama, es un dia de salud para esta casa; y si Zaqueo habia sido mirado hasta aquí por los judíos como un extranjero y un pagano, se ha convertido ya, por la fe, en uno de los hijos de Abraham lo mismo que ellos.

Algunos de los que le oian con admiracion, creyeron que el reino glorioso del Mesías, tal como se lo figuraban, iba á aparecer muy pronto, y que yendo Jesus á Jerusalen podria en la fiesta de Pascua próxima establecer este reino de que habia hablado tantas veces; porque ellos no podian desprenderse de las presunciones de que estaban poseidos sobre la persona y sobre el reino temporal del Mesías. El Hijo de Dios, que conocia sus pensamientos, les propuso una parábola que daba á entender que el tiempo en que debia aparecer su poder no habia llegado aun; que su reino no se estableceria sino despues de haber sido él mismo maltratado por sus vasallos, que no le habrian querido reconocer por el Mesías despues de haber ejercitado la misma crueldad con sus siervos, esto es, con sus discípulos enviados por él; en fin, que sería propiamente en el juicio último, el cual sería el gran dia de las recompensas y de las venganzas, y en el que brillaria á la vista de todos los hombres toda su magestad.

Despues de este discurso se puso Jesus en camino para ir á Jerusalen, seis dias antes de la Pascua. Habiendo llegado á Betania, en donde habia resucitado poco habia á Lázaro, hermano de Marta y de María, Simon, apellidado el Leproso, por haber sin duda sido curado de la lepra por el Salvador, le convidó á cenar. Lázaro fue uno de los convidados, y Marta quiso servir á la mesa. Durante la comida, María, hermana de Lázaro y de Mar-

ta, derramó sobre los pies de Jesus un aceite de olor de nardo excelente, y de gran precio, que unido á lo que derramó tambien sobre su cabeza fue estimado en ciento y cincuenta libras, y toda la casa quedó embalsamada. Judas, el apóstol traidor, se quejó de ello á voz en grito, diciendo: ¿A qué viene esta profusion y este desperdicio? ¿no valia mas haber vendido ese precioso licor, y habernos dado su valor para distribuirle entre los pobres? No se explicaba él así porque tuviese demasiado interés por los pobres, añade el Historiador sagrado, sino porque era un ladron; y como estaba encargado de la bolsa comun, en donde se depositaban las limosnas que les hacian para sus necesidades y para distribuir entre los pobres, hubiera querido tener á su disposicion el precio de aquel perfume para satisfacer su avaricia. Como el Salvador vió que algunos de sus discípulos parecia que tambien desaprobaban lo que María acababa de hacer para honrarle, si bien esto estaba en uso hacerlo ordinariamente entre los judíos en sus convites, tomó el Salvador su defensa, é hizo su elogio: ¿Por qué incomodais á esta mujer? les dijo: ella acaba de hacer una obra buena, ha prevenido el dia de mi sepultura perfumando con antelacion mi cuerpo. No os faltarán nunca pobres con quienes podais ejercitar la caridad, siempre los tendreis entre vosotros, mas á mí no me tendreis siempre visiblemente en la tierra; y tened entendido que lo que María acaba de hacer será conocido y alabado en donde quiera que se predicare mi evangelio. Entretanto muchas gentes de Jerusalen, luego que supieron la llegada de Jesus á Betania, vinieron allí para verle, y para ver á Lázaro á quien habia resucitado: todo esto encendió la cólera de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, y aun pensaron en matar á Lázaro, porque su resurreccion era una prueba muy sobresaliente de la divinidad de Jesucristo, que le atraia diariamente nuevos discípulos.

Al otro dia por la mañana partió Jesus de Betania, y cuando estuvo cerca de la pequeña villa de Bethphage, situada al pie del monte Olivete, á media legua de Jerusalen, dijo á dos de sus discípulos: Id á esa aldea que

teneis al frente, allí encontrareis una pollina, y cerca de ella un borriquillo, sobre el cual todavía no ha subido nadie; desatadlos y traedmelos, y si sus dueños os preguntaren qué es lo que quereis hacer, respondedles solamente que el Señor los necesita. Todo esto sucedió así, dice el Evangelista, para que se cumpliese todo lo que se habia profetizado acerca del Mesías, y en particular el vaticinio del profeta Zacarías (*cap.* 9): Decid á la hija de Sion, esto es, á Jerusalen: He aquí tu rey que viene á tí en espíritu de mansedumbre, montado sobre una pollina y un borriquillo, hijo de ella, destinado á la carga. Obedecieron puntualmente el órden los discípulos; y habiendo sucedido todo como se les habia predicho, trajeron el buche y la borrica, y habiéndoles puesto sus capas encima en forma de aparejos, montó Jesus en ellos.

§. XLVI.

Entrada de Jesus en Jerusalen.

Muchos intérpretes creen que Jesus subió primero sobre la pollina para aliviar al borriquillo, que siendo todavía jóven, le hubiera sido muy penoso el llevarle todo el camino; y que el Salvador cambió de montura, y subió sobre el borriquillo cuando estuvo ya cerca de la ciudad. El Profeta, en efecto, dice: *He aquí tu Rey que viene á tí, este Rey justo que es el Salvador; él es pobre y viene montado sobre una pollina, y el buche de la pollina* (*Zach.* 9). Todo es misterioso en la prision de Jesucristo; todo descubre un carácter de verdad y de evidencia hasta en las menores circunstancias, y todo demuestra en él el Mesías y su divinidad.

Entretanto el pueblo que habia venido á Jerusalen para la fiesta, y que habia sabido la milagrosa resurreccion de Lázaro de aquellos mismos que habian sido testigos del milagro, luego que supieron que Jesus llegaba, tomaron ramos de palma, y en gran multitud le salieron al encuentro, clamando: *Hosanna al Hijo de David*, esto es, salud y gloria al Hijo de David; viva el rey de

Israel, que viene en el nombre del Señor. La alegría y la veneracion del pueblo eran tan grandes, que los unos estendian sus capas y sus sobreropas á lo largo del camino, y los otros cortando ramas de árboles las echaban por donde pasaba. Cuando se acercaba á la ciudad, los discípulos arrebatados de un transporte de gozo á vista de la gloria que recibia su Maestro, juntaron su cántico de alegría á los del pueblo, y alabaron á Dios por todas las maravillas que habian visto, diciendo en alta voz: *Bendito sea el Rey que viene en el nombre del Señor; paz en la tierra, y gloria en el cielo.* Todo el pueblo, tanto los que caminaban delante del Salvador, como los que le seguian, uniendo sus aclamaciones á las de los discípulos, hacian resonar por todas partes las voces *Hosanna*, gloria al Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: *Hosanna*, salud y gloria en lo mas alto de los cielos.

Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos no pudieron mirar sin furor los honores extraordinarios que se hacian á un hombre cuya pérdida habian tramado y resuelto, y unos á otros se decian: Veïs que nada adelantamos, mirad como todo el mundo corre en pos de él; hubo tambien algunos que habiéndose mezclado entre el pueblo, no pudieron ocultar su indignacion, y dijeron á Jesus: Maestro, haz que callen tus discípulos; á lo cual les respondió con su dulzura ordinaria: Yo os aseguro que aun cuando ellos callasen, las piedras clamarian mas alto que ellos.

Apenas el Salvador descubrió la ciudad de Jerusalen, no pudo contener sus lágrimas, pensando en las desgracias que debian venir sobre esta desventurada ciudad, y sobre toda la nacion, en castigo de su estraña obstinacion en no querer reconocer al Mesías. Fueron acompañadas las lágrimas que derramó de esta amorosa queja: O ciudad desgraciada, que no has querido hasta aquí conocer lo que debia hacer tu dicha! ¿por qué tanto tiempo has cerrado los ojos á la luz? ¡Ah! ¡si á lo menos los abrieses en este dia, que es para tí un dia de gracia y de paz; en este dia en que la voz del pueblo, y hasta la de los niños, te convida á reconocer y á recibir á tu Salvador y á tu Padre!

Pero tú eres ciega, y quieres serlo: sabe, pues, ciudad desventurada, que Dios que conoce tu ceguera voluntaria te visitará en su furor; sabe que el tiempo de tu ruina está próximo; tú verás dentro de pocos años tus enemigos que te sitiarán y te estrecharán por todas partes, y que habiéndote forzado á rendirte, harán en tus habitantes la mas horrible matanza; arrasarán tus muros, todo lo llevarán á fuego y sangre en la ciudad, y arruinarán hasta los fundamentos todos tus soberbios edificios, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; de este modo te visitará Dios en su furor, por no haberle querido recibir cuando te ha visitado como Salvador y como Padre. Jesucristo daba bien á conocer por estas palabras que era mas sensible á las desgracias de Jerusalen, que á las aclamaciones de aquel pueblo. A su llegada toda la ciudad se conmovió, y cada uno preguntaba: ¿Quién es éste? á lo cual respondian las turbas que le acompañaban: ¿Qué, no sabeis que es Jesus de Nazareth, el gran profeta tan poderoso en obras y en palabras? Ni fueron solos los judíos los que demostraron este empeño en conocerle.

Algunos gentiles de los que habian venido para adorar á Dios en el dia de la fiesta, no manifestaron menos el deseo de verle (*Joan* 12.). Es probable que estos gentiles eran por la mayor parte prosélitos, y pensaban en abrazar el judaismo, ó á lo menos que creian y adoraban un solo Dios; dirigiéronse desde luego á Felipe manifestándole el ansia que tenian de ver á Jesucristo. Felipe lo dijo á Andrés, y los dos hicieron sabedor de ello á su Maestro. Jesus que se preparaba á merecer por su muerte la salud de los gentiles, lo mismo que la de los judíos, respondió á los dos apóstoles que habia llegado la hora en que iba á ser glorificado; y que así como el grano de trigo no da fruto sino despues que ha muerto en la tierra en donde ha sido sembrado, del mismo modo su muerte sería la semilla de una gran cosecha: que los fieles que serían el fruto de ella, aprenderian á su ejemplo á aborrecer su vida en este mundo á fin de conservarla para el otro, y caminando sobre sus huellas, llegarian á la mansion de los bienaventurados.

Queriendo el Salvador prevenir la idea que podria despertarse en algunos, de que las humillaciones y la muerte nada de amargo ni terrible habian tenido para él, y que siendo como era Dios, habia embotado la punta del dolor, y disipado todos los espantos de la muerte, tuvo á bien el sentirlos hasta sin alivio; excitó voluntariamente una agitacion de las mas vivas que le hizo esclamar: Mi espíritu está ahora turbado; ¿y qué diré yo? Padre mio, libradme de esta hora (*Joan.* 12.). Despues como para asegurarse él mismo, añadió: Yo he venido para esta misma hora. La turbacion que el Salvador manifiesta aquí á vista de su pasion, era para él enteramente libre, lo mismo que la que manifestó pocos dias despues en el huerto de los Olivos, dice un sabio intérprete: la perfecta conformidad que habia entre la voluntad humana y la voluntad divina de Jesucristo, no disminuia la vivacidad del sentimiento que debia producir en la parte inferior la idea de una muerte cruel, y este sentimiento no era tampoco opuesto á la sumision que tenia á las órdenes de su Padre, á las cuales habia suscrito él mismo; por esto añadió: Padre mio, glorificad vuestro nombre; como si hubiese dicho: puesto que quereis que mi muerte sirva á vuestra gloria, no pido yo mas que se cumpla vuestra voluntad. Entonces se oyó una voz del cielo, que dijo: *Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía*, por las maravillas que ha obrado, y por las que obrará en lo venidero.

§. XLVII.

Predice el Salvador la conversion de los gentiles á la fe.

De los que estaban presentes y habian oido esta voz, unos dijeron que era un trueno, otros que era un ángel que le habia hablado. Mas él les dijo: Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros; y para indicar los efectos que deberia producir la muerte que sufriria en la cruz: Ahora es, añadió, cuando se va á hacer justicia al mundo

que hasta aquí parecia insultar impunemente á Dios: ahora, cuando el príncipe de este mundo va á ser echado fuera, y el imperio que habia usurpado sobre el espíritu y el corazon de los hombres destruido por la abolicion de la idolatría, y por la vocacion de los gentiles á la fe: y os declaro, continuó, que cuando yo sea levantado de la tierra (sobre la cruz) todo lo atraeré á mí, judíos y gentiles, griegos y bárbaros; yo no haré acepcion de personas; el cielo se abrirá para todos los hombres; ningun pueblo será excluido de la alianza del Señor; y como voy á morir por la salud de todos los hombres, ninguno habrá que no pueda tener parte en el beneficio de la redencion. Decia esto Jesus, dice el Evangelista, para significar el género de muerte que habia de sufrir. Comprendieronlo bien los judíos, y esto fue lo que les hizo decir: ¿Cómo se compondrá la muerte del Hijo de Dios, con lo que la Escritura dice que el Cristo deberá permanecer eternamente; ¿y cómo dices tú, añadieron dirigiéndose al Salvador, es menester que el Hijo del hombre sea exaltado? ¿quién es este Hijo del hombre? A lo que les respondió el Salvador, que aun tenian con ellos la luz por un poco de tiempo: Caminad, pues, les dijo, mientras teneis la luz, porque cuando llega la noche, no es ya tiempo de caminar ni de obrar: mientras que teneis luz aprovechaos de ella: como si hubiese dicho, de hoy mas, me queda poco tiempo que vivir entre vosotros, aprovechaos de la facilidad que mi presencia os da para salvaros: el momento va á llegar en que los que no hubieren querido creer en mí, serán abandonados á sus tinieblas, y á su voluntaria ceguera.

Habiendo dicho esto, Jesus se retiró y se sustrajo de ellos, juzgando muy bien que despues de tantos milagros obrados inútilmente á su vista, era en vano el que les dijese mas. Todo esto pasó en el templo, de donde cuando habia llegado, habia arrojado á los que le profanaban por un tráfico indigno de aquel lugar. En la misma tarde se volvió Jesus á Bethania con sus doce apóstoles, y al otro dia por la mañana volvió á Jerusalen. Habiéndose acercado, cuando caminaba, á una higuera, y no habiendo ha-

llado fruto en ella, la maldijo, no obstante que no era tiempo de higos. Secóse el árbol en el momento, lo que le obligó á decir á sus apóstoles, que se manifestaron sorprendidos, que esto era una figura que debia hacerles entender que el fiel no debe jamás estar sin fruto. Habiendo entrado en el templo, se vió rodeado de muchas gentes, entre las cuales estaban muchos fariseos y escribas que habiendo oido la parábola que propuso entonces de los convidados á las bodas del hijo del rey, los cuales se escusaron todos del honor que el rey les hacia; la del señor que distribuyó el dinero á sus siervos para que negociasen con él, y que castigó tan severamente al siervo perezoso é infiel, por no haber aumentado la suma recibida; en fin, habiendo oido todo lo que Jesus dijo acerca del juicio último, y de la terrible sentencia del soberano Juez, conocieron bien en todo esto que Jesus hablaba de ellos: veianse pintados en la mayor parte de sus parábolas: reventando de despecho, le hubieran preso de buena gana, pero no se atrevieron á apoderarse de él, temiendo que el pueblo les maltratase. Como ya habia llegado su hora, no se ocultaba de ellos; presentabase por la mañana en el templo, á la tarde se retiraba al monte Olivete, y allí pasaba la noche en oracion.

§. XLVIII.

Deliberan los judíos sobre los medios de apoderarse de Jesucristo.

Dos dias antes de la fiesta de Pascua, esto es, el miercoles, los enemigos del Salvador, que eran todos gefes de la sinagoga, escribas y fariseos, se reunieron en la sala del sumo sacerdote Caifas, y tuvieron consejo para deliberar entre sí cómo harian para apoderarse de él. Puede muy bien asegurarse que el furor y el encarnizamiento con que los gefes de la sinagoga, los doctores de la ley y los fariseos trabajaban para quitar la vida á Jesucristo, no eran solo efecto de su envidia y de su malicia; lo era tambien de sus remordimientos. Por maligna y por viva

que fuese su aversion y su odio contra el Salvador del mundo, porque les habia contemplado tan poco, y porque desmascarándoles habia puesto al claro sus desarreglos, su orgullo, y su hipocresía; sin embargo, la multitud prodigiosa de maravillas de que ellos eran testigos; el cumplimiento de las profecías en orden al Mesías, tan visible en la persona y en la conducta de Jesucristo; la época del tiempo y la perfecta semejanza que veian á su pesar entre Jesus de Nazareth y el retrato que los profetas habian hecho del Mesías, todo esto, no obstante su mal humor, les hacia dudar que este hombre tan poderoso en palabras y en obras no fuese verdaderamente el Hijo de Dios, como él mismo lo aseguraba. Para calmar la confusion de su conciencia, y tranquilizarse, se habian imaginado que si podian lograr el prenderle y quitarle la vida en la cruz, sería esta una prueba visible de que Jesus, lejos de ser el Mesías, era un impostor. Llevados de la falsa persuasion en que estaban de que el Mesías no podia morir de muerte ignominiosa, puesto que debia reinar eternamente; y por esto, viendo al Salvador próximo á espirar en la cruz, le decian insultándole: Si tú eres el Hijo de Dios, baja de la cruz: si es el Mesías, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él.

§. XLIX.

Entrega Judas á su divino Maestro por la suma de treinta dineros.

Estando, pues, reunidos los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos en casa de Caifás, resolvieron que era menester apoderarse de Jesus y quitarle la vida; pero como temian al pueblo, que le profesaba la mayor veneracion, determinaron dejar pasar la fiesta de la Pascua, temiendo algun tumulto ó conmocion popular en un tiempo en que toda la ciudad estaba llena de estranjeros, que no le miraban con menos veneracion que los mismos habitantes. Pero el Salvador, de quien el cordero pascual tanto tiempo habia era la figura, habia determi-

nado morir el dia de Pascua; por esto permitió que el demonio, gefe invisible de la conspiracion, y que tenia el mismo designio que ellos, suscitase un incidente que les determinó á no diferir la egecucion de su empresa. Habiase apoderado el demonio del alma del impío Judas, uno de los doce: presentóse este traidor en la asamblea, y mediante una suma de dinero les ofreció entregarles seguramente á su divino Maestro. Complacidos sobremanera por una ocasion tan favorable á su designio, y que ellos no esperaban, le prometieron treinta piezas de plata, que hacen unas cincuenta libras de moneda de Francia (1): era este el precio ordinario de un esclavo, y á tan vil precio quiso ser vendido el soberano Señor del cielo y de la tierra, cumpliéndose entonces lo que habia dicho el profeta Jeremías: *Han recibido treinta piezas de plata, precio en que ha sido apreciado el que los hijos de Israel han puesto en precio.* No se duda que este pasage que cita san Mateo (*c.* 26) haya sido maliciosamente suprimido por los judíos, porque su crímen estaba muy marcado en él; hállase no obstante todavía en algunos antiguos manuscritos que se han libertado de su malicia, en estos términos: *Entonces Jeremías dijo á Phasur* (Phasur era uno de los sacerdotes de Jerusalen, capitan é intendente del templo, que no pudiendo sufrir que Jeremías predijese tan positivamente la ruina de Jerusalen, y la desolacion de la nacion judía, le hizo prender y tratar como se trataba á los falsos profetas). A este Phasur le dice Jeremías: *Hace mucho tiempo que vosotros y vuestros padres os oponeis á la verdad; pero vuestros hijos que vendrán despues de vosotros, cometerán un crimen todavia mas enorme que el vuestro; porque apreciarán á aquel que no tiene precio, y harán padecer al que cura los enfermos, y perdona los pecados; y recibirán las treinta piezas de plata que han dado los hijos de Israel por el que han comprado.*

Al otro dia, que era el jueves, víspera de su muerte, no entró Jesus por la mañana en la ciudad de Jerusalen;

(1) Vienen á ser de ciento ochenta á doscientos reales vellon.

quedóse en el monte Olivete, en donde habló muy á la larga de su muerte con sus apóstoles, y les dió muchas instrucciones saludables, sobre todo en órden á la caridad mutua que debian tener entre sí; se contentó con enviar á Pedro y á Juan, para que preparasen todo lo necesario para la Pascua. Id, les dijo, á la ciudad: al entrar en ella encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y allá en donde entrare, decid al dueño que yo quiero hacer la Pascua en su casa con mis discípulos: él os mostrará una gran sala bien amueblada, y todo á punto; preparadnos allí todo lo necesario. Pedro y Juan hicieron todo lo que se les habia mandado, y cerca de la noche fue Jesus allí con todos sus apóstoles.

§. L.

Hace Jesucristo la cena, lava los pies á sus discípulos é instituye la divina Eucaristía.

Habiendo llegado la hora, se puso Jesus á la mesa. Testificóles este divino Salvador entonces el deseo sumo que habia tenido de celebrar con ellos esta Pascua, que sería la última, puesto que su muerte iba á poner fin á todas las ceremonias legales; añadiendo que desde el primer momento de su vida suspiraba por este, en el cual debia inmolarse á su Padre por la salvacion de todo el género humano. En medio de la cena, viéndose ya el Salvador á punto de acabar su carrera, y dejar por un tiempo á sus apóstoles, quiso darles un ejemplo de humildad, y con una accion notable curar su espíritu de la falsa idea que se habian formado de la grandeza y de las dignidades de su reino, y darles al mismo tiempo á entender con qué pureza deberian acercarse en lo sucesivo al divino Sacramento que muy luego queria instituir.

Levantóse de la mesa, dejó sus vestidos, esto es, su túnica ó ropa talar, que en Oriente sirve de sobre vestido; tomó un lienzo que se puso en forma de delantal, y habiendo puesto agua en una palancana, comenzó á lavar los pies de sus apóstoles. Sorprendióles este egemplo de humildad; san Pedro, singularmente, no podia resolverse

á permitir que su divino Maestro le lavase los pies: No, Señor, le dijo, no sufriré jamás que vos me laveis los pies. Respondióle Jesus: Lo que yo hago no lo comprendes tú ahora, pero lo comprenderás mas adelante. Queria Jesucristo que sus discípulos se penetrasen de la pureza que era menester para acercarse al misterio de la Eucaristía, y esto es lo que san Pedro y los demás apóstoles no entendieron cuando Jesucristo instituyó este divino Sacramento. Persistiendo san Pedro en su negativa, y no pudiendo tolerar que el Salvador estuviese á sus pies, le dijo Jesus que sino le lavaba los pies, no le reconoceria ya por discípulo suyo. En ese caso, le dijo el santo Apóstol, lavadme no solamente los pies, sino tambien las manos y la cabeza. Entonces le dijo el Salvador: El que está lavado no tiene necesidad de lavarse mas que los pies, porque está enteramente limpio; así vosotros estais limpios, aunque no todos: porque sabia bien quién era el que debia entregarle. Queria Jesucristo significar por esto que los apóstoles, á excepcion de Judás, no eran reos de ningun pecado grave, ni tenian necesidad de purificarse mas que de sus imperfecciones.

Despues que Jesus hubo dado esta leccion á sus apóstoles, y ofrecídoles un egemplo tan grande de humildad y de caridad, cuya práctica les recomendó, volvió á tomar su ropa, y habiéndose vuelto á poner á la mesa les declaró que iba á ser vendido y entregado á sus enemigos por uno de los que estaban con él á la mesa. Sorprendióles este anuncio, y les afligió extraordinariamente; y todos consternados, esclamó cada uno de por sí: Maestro, ¿soy yo? El que me entregará mete la mano en el plato conmigo, les respondió (*Math.* 26). El Hijo del hombre va á morir, porque así lo ha querido, y segun lo que de él se ha declarado en las Escrituras, esto es, segun lo que ha sido vaticinado por los profetas; pero desgraciado aquel por quien será entregado, porque le hubiera valido mas no haber venido al mundo.

Cuando el hombre ha llegado á cierto grado de malicia, mira los mayores crímenes á sangre fria, y llega á endurecerse contra las mas fuertes impresiones de la gracia. Judas tuvo la impudencia de preguntar al mismo Sal-

vador, si era él el que le entregaba. Jesus le respondió en voz baja: Tú eres. Es probable que los apóstoles no entendieron estas palabras, ó que no pudieron imaginarse jamás que ninguno de ellos fuese capaz de cometer un delito tan infame. Entretanto se continuó la cena; y al fin de ella, Jesus, que habiéndoles lavado los pies les habia como preparado para el sacramento que inmediatamente debia instituir, y del que era figura el cordero pascual, no contento con haber dado á los hombres señales tan visibles de su ternura, quiso la víspera de su muerte darles una prueba todavía mas sensible del amor mas sublime que jamás hubo.

Era costumbre en la ceremonia de la cena y del cordero pascual el tener debajo del mantel un pan sin levadura, que el padre de familias cortaba en tantos pedazos cuantas eran las personas que habia en la mesa, y lo distribuia á cada uno segun su gerarquía. Habiendo tomado el Salvador este pan, lo bendijo, esto es, lo consagró, y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios su Padre; despues habiéndolo partido, lo distribuyó entre sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed; esto es mi cuerpo* (*Math.* 26). Era tambien una práctica ordinaria al fin de esta cena, el beber todos uno despues de otro del vino que estaba en una copa, la cual les era presentada por el mismo padre de familias. Tomando, pues, Jesus la copa, y habiéndola bendecido del mismo modo que lo habia hecho con el pan, la dió á sus mismos discípulos, diciendo: *Bebed todos; esta es mi sangre, que establece el Testamento nuevo, y que será derramada por todos los hombres, á fin de que sean perdonados los pecados*; esto es, por la cual hago hoy una alianza nueva: en esta copa os doy ahora á beber bajo la apariencia de vino, la sangre misma que derramaré dentro de pocas horas á vista de todo el mundo en la cruz por el perdon de los pecados, y por la salvacion de todos los hombres; y porque yo quiero que la memoria de mi muerte subsista hasta el fin de los siglos, os doy poder y os mando que hagais vosotros mismos lo que yo he hecho. Por este medio, el sacrificio de mi cuerpo y de mi sangre en la cruz, por el cual es mi Padre infinitamente honrado, se renovará todos los dias por este Sacramento, el cual bajo de

las apariencias de pan y vino es la representacion real y sustancial de él; y por este medio tambien estaré yo realmente con vosotros en todo tiempo hasta la consumacion de los siglos, no obstante que no aparezca visiblemente.

Jesucristo egecuta aquí lo que en otro tiempo habia prometido tan positivamente á sus discípulos, cuando les decia que les daria á comer su propia carne, y á beber su propia sangre, no de un modo grosero y repugnante como lo habian comprendido los cafarnaitas; no un cuerpo hecho pedazos, ni su carne sangrienta hecha trozos, sino su verdadero cuerpo, su cuerpo real, y su verdadera sangre, bajo las apariencias de pan y de vino.

§. LI.

Sale Judas á entregar á su divino Maestro. Da Jesus las últimas instrucciones á sus apóstoles: predice á san Pedro que le negará aquella misma noche; y va á hacer oracion al huerto.

Habiendo puesto el colmo á su iniquidad el traidor Judas con la comunion sacrílega, y apoderado ya el demonio de su alma, se determinó á egecutar su impío designio; y habiendo dicho el Salvador que iria á pasar la noche en oracion al monte Olivete, salió el traidor precipitadamente de la sala y fue á decir á los gefes de la sinagoga que ya no habia mas que darle auxilio, porque era el tiempo de apoderarse de Jesus con seguridad y sin ruido.

No lo ignoraba el Salvador; sin embargo nada dió á entender, y despues de haber concluido la cena con el cántico con que se terminaba (era una oracion particular sacada, á lo que se cree, del salmo 113 y de los siguientes, que los judíos recitaban despues de haber celebrado la pascua) salió de la casa con sus apóstoles para retirarse con ellos al monte de los Olivos. Durante el camino, nada omitió el divino Salvador para preparar á sus amados discípulos á todo lo que debia suceder, y sobre todo contra el escándalo de su muerte. En esta noche, les dijo, voy á ser para todos vosotros un motivo de escándalo y de caida; porque está escrito: Heriré

al pastor y se dispersarán las ovejas; pero cuando hubiere resucitado, iré á Galilea delante de vosotros, y entonces comprendereis todo este misterio. En seguida anunció á Pedro, el cual protestaba que no queria abandonarle jamás, fuese donde fuese, que antes que el gallo cantase en aquella misma noche, le desconoceria tres veces, negando el haberle conocido jamás: despues dió á entender á todos que les convenia que les dejase, á fin de enviarles el Espíritu Santo. Les exhortó á guardar sus mandamientos, y sobre todo el de la caridad fraterna. Les anunció tambien las persecuciones que tendrian que sufrir; pero les aseguró que les daria la gracia para sostenerlas, no solo con paciencia sino tambien con alegría. En fin despues de haber dirigido una tierna oracion á su Padre en favor de sus apóstoles, á quienes recomendaba en particular, y en favor de todos los hombres en general; despues de haber declarado que el mundo sería siempre su enemigo, y que vencido el demonio y desarmado por su muerte, sostituiria en su lugar el espíritu del mundo para hacer continuamente la guerra á los fieles (puedese ver toda esta admirable oracion que hizo á su Padre en el capítulo 17 del evangelio segun san Juan); pasó Jesus el torrente de Cedron que corre al pie del monte Olivete, y fue con sus apóstoles á una especie de alquería llamada Gethsemaní donde habia un huerto, en el cual pasaba ordinariamente la noche en oracion. Dijoles á sus discípulos que se quedasen en aquel sitio, y pasasen en él una parte de la noche en oracion, para pedir á Dios la fidelidad y la perseverancia.

Tomando luego Jesus consigo á Pedro, Santiago y Juan, se internó con ellos mas adelante en aquella soledad. Habiéndose él alejado aun como un tiro de piedra, comenzó á sentirse acometido de espanto, de tedio, y de una tristeza mortal. Diósela á entender á sus tres discípulos favoritos, diciéndoles: *Me veo acometido de una tristeza mortal; esperad aqui, y velad conmigo* (*Math.* 26). Facilmente podia el Salvador librarse de este temor, de este escesivo espanto, de esta tristeza; eranle libres estos movimientos, como que su alma gozaba de la bienaventuranza, y veia á Dios intuitivamente; pero para tes-

tificarnos el exceso de su amor, y cuánto le costaba nuestra salvacion, y tambien para consuelo de sus siervos, quiso sentir en sí mismo toda la amargura y horror que la aproximacion á la muerte causa naturalmente á todos los hombres, y enseñarles con su ejemplo lo que debian hacer en este estado.

Viendo Jesus que sus discípulos estaban oprimidos del sueño, se retiró aparte, y allí se postró pegado el rostro con la tierra, orando y diciendo: *Padre mio, si es posible, pase de mí este caliz; sin embargo, no sea como yo quiero, sino como vos lo quereis.* Nada le falta al Salvador, para que siendo como es hombre Dios, sienta toda la multitud horrible de oprobios y de humillaciones, y sufra todos los horrores de la muerte, cual si fuera un puro hombre. No ignoraba que su muerte estaba resuelta en los decretos eternos, habia él mismo suscrito á ella voluntariamente: en este supuesto la voluntad humana no está aquí opuesta á la voluntad divina; no hace mas que dejar que aparezca la repugnancia natural que todo hombre tiene á los padecimientos conforme al apetito natural, despues del que la parte superior y racional declara su conformidad y su entera sumision á la voluntad divina.

Tres veces repitió el Salvador esta misma oracion, siempre con la misma resignacion á pesar de la misma repugnancia. Habiendo ido adonde estaban sus tres discípulos, y habiéndoles encontrado dormidos, se quejó á ellos amorosamente de la poca parte que al parecer tomaban en su tristeza: Qué ¿os dormis? les dijo: ¿no habeis podido velar siquiera una hora conmigo? Velad y orad á fin de que no os veais envueltos en la tentacion; verdaderamente el espíritu está fuerte, mas la carne está flaca: como si hubiese querido decirles: pocas horas hace queriais todos morir conmigo, y cuando me veis poco menos que en agonía, os dormis, y no teneis ni fervor ni ánimo. Cuando solo se ve la muerte de lejos, se la desafia; pero cuando es menester exponer su vida, la flaqueza de la carne prepondera muchas veces á la fuerza del espíritu: sino se pide á Dios por la oracion que nos fortifique contra el temor de la muerte, se sucumbe.

San Lucas refiere que vino un ángel del cielo, el cual le fortificó (*Luc.* 21). Jesucristo poseia en sí mismo toda su fortaleza y su consuelo, y no tenia necesidad del ministerio de un ángel para que le confortase en las cercanías de la muerte: sin embargo, quiso recibir este consuelo, así como ha querido abandonarse al temor y á la tristeza, para enseñarnos con su ejemplo á vencer nuestras repugnancias, y á esperar de Dios el auxilio en la necesidad. Quiere que un ángel venga á fortificarle en esta agonía ó combate interior que sentia entre la resignacion y la repugnancia, como habia querido que los ángeles viniesen á servirle de comer en el desierto, despues de su ayuno y su victoria sobre el tentador. Todo es leccion en la vida de Jesucristo, todo es instruccion, todo misterio.

§. LII.

Agonía de Jesucristo en el huerto de los Olivos, en donde es entregado á los soldados por el traidor Judas.

La opresion que afectaba á Jesus en este triste estado por la viva representacion de su muerte ignominiosa en la cruz, de sus humillaciones y de sus tormentos, le redujo cuasi á la agonía, y le causó una agitacion tan violenta en su cuerpo que le hizo arrojar un sudor cuyas gotas estaban mezcladas y teñidas en sangre que corria hasta la tierra, efecto del dolor mas vivo, y de la tristeza mas mortal que hubo jamás: de este modo quiso manifestarnos, que su divinidad, como ya se ha dicho, no suspendia el rigor ni el sentimiento de sus tormentos, y que sintió toda la pena, toda la amargura, todo el peso de ellos. Puede decirse, sin embargo, que los tormentos, las humillaciones, y la muerte, no eran la sola causa de su repugnancia; todo lo habia aceptado voluntariamente. El verdadero motivo de su dolor y de su escesiva tristeza era mas bien la idea de que despues de haber sostenido tantas fatigas por la salvacion de todos los hombres, hubiese de haber, por culpa de ellos mismos, tan pocos que se salvasen.

Habiéndose levantado Jesus, volvió adonde estaban sus apóstoles, á quienes encontró todavía rendidos del sueño: Vosotros dormis, les dijo, y he aquí que ya mi hora ha llegado; el que me debe entregar á mis enemigos está cerca; levantaos, y venid conmigo. Lejos de retirarse, salió al encuentro de los que venian para prenderle: era una tropa de hombres viles y malvados, y la mayor parte criados de los fariseos y del sumo sacerdote, los cuales llevaban á su cabeza al traidor Judas. Como este apóstata sabia cuan amado era el Salvador de sus discípulos, temia que no se creyesen obligados á defenderle y librarle de sus manos, ó que aquellos perversos no conociendo al Salvador, sobre todo de noche, no se engañasen; él les habia dicho que procurasen apoderarse de aquel á quien él besaria, y que le llevasen con cuidado. Luego que el traidor, adelantándose, se presentó á Jesus, le dijo: *Salve, Maestro*; y le besó. Jesus se contentó con decirle: *Amigo, ¿á qué has venido? Qué, Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (*Luc.* 22).

Hizo tal impresion la sola presencia de Jesucristo sobre aquella canalla, que se quedaron inmobles. Conociendo el Salvador su espanto, les dijo con aquel aire de magestad, y aquel tono de Señor que hace temblar á todo el infierno: ¿A quién buscais? A Jesus de Nazareth, le respondieron. Yo soy, les dijo Jesus; dando bien á entender que era él mismo el que se entregaba voluntariamente á la muerte. Luego que Jesus les dijo, yo soy, quedaron embargados de un terror tal, que todos cayeron en tierra. Tanta verdad es, que bajo de la figura de esclavo y en la condicion de hombre, Jesus no podia menos de dejar siempre entrever, ó al menos dar indicio de que era Hijo de Dios.

Habiéndoles hecho levantar, les dijo, que puesto que él era á quien buscaban, no tenian mas que ejecutar las órdenes que les habian dado; que hubieran podido muy bien haber escusado el venir con espadas y palos para prenderle como si fuese un ladron, cuando siempre le habian visto presentarse en público entre ellos sin defensa. Pero añadió: Esta es vuestra hora, y el poder de las ti-

nieblas; ahora todo es permitido á las potestades del infierno, y yo consiento que el demonio egerza sobre mí todo su furor por el ministerio de los que se conducen por su espíritu, y son esclavos suyos. Viendo Pedro que iban á prender á su buen Maestro, trató de defenderle, é hiriendo al primero que encontró (era uno de los criados del sumo Sacerdote, llamado Malco) le cortó la oreja de una cuchillada; y habiéndola vuelto el Salvador á coger, la tocó á la llaga, y quedó sana. Dado ya por Jesus el permiso para que le echasen mano, le ligaron como un criminal, le llevaron á casa de Anás que habia sido sumo Sacrificador, y que aun era mirado como príncipe de los Sacerdotes. Este pontífice avisó inmediatamente á Caifas su yerno, que le habia sucedido en el egercicio de su cargo, para que hiciese reunir el gran consejo, y que no se perdiese un momento para deshacerse de aquel hombre. El regocijo de los gefes del pueblo y de la sinagoga fue tanto mayor, cuanto que temian el que acaso no podrian nunca prenderle, ó que se les escapase de las manos por algun milagro que les hubiera dejado siempre en la duda de que fuese verdaderamente el Mesías. Tranquilizóles, pues, su prision, y les dió esperanza de llegar á conseguir el perderle, y quitándole la vida convencerse de que no era el Hijo de Dios y el Mesías.

§. LIII.

Jesucristo en casa de Anás y en casa de Caifás, en donde declara que él es Hijo de Dios.

Mientras que se reunia el gran consejo, Anás arrebatado de alegría de tener seguro á Jesucristo, le hizo muchas preguntas acerca de sus discípulos y de su doctrina. Respondióle Jesus que él jamás habia enseñado en secreto, que su doctrina era conocida de todo el mundo, y que él mismo podia informarse de los que le habian oido. A estas palabras, uno de los oficiales que estaba al lado de Jesus, tuvo la insolencia de darle una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo Sacerdote? Queriendo Jesus dar á

entender que no habia faltado al respeto debido al pontífice, le repuso: *Si he hablado fuera de propósito, muéstrame lo que he dicho mal; pero si he hablado como es debido, ¿por qué motivo me hieres?* Si el Salvador hubiese callado en esta ocasion, su silencio hubiera podido interpretarse como una confesion de una falta que en efecto no habia cometido; en cuyo caso su honor y el de su Padre exigian que su inocencia quedase sin la menor sospecha.

Habiéndose reunido entretanto el gran consejo en casa de Caifas, llevaron al Salvador á él como un criminal para ser juzgado. Aun antes de oirle habia sido allí ya decretada su muerte; pero para guardar alguna apariencia de formalidad, hicieron venir allí algunos testigos falsos á quienes habian sobornado, todos gente de la hez del pueblo, los cuales depusieron que le habian oido decir, que no habia mas que destruir el templo de Dios, y que él lo reedificaria en tres dias. Jesus lo habia dicho en efecto, hablando del templo de su cuerpo, que debia ser como destruido por la muerte, y como reedificado al tercero dia por su resurreccion gloriosa; pero además de que los testigos sobornados no concordaban entre sí, todo lo que deponian contra él no era suficiente para formar de ello un crímen. Viendo el sumo Sacerdote que Jesus no hablaba palabra, se levantó y le dijo: De parte de Dios vivo te mando que nos digas si tú eres el Cristo, Hijo de Dios. *Tú lo has dicho*, respondió Jesus. *Sí, yo lo soy, y os digo mas, vosotros vereis muy pronto al Hijo del hombre* (este era el nombre que tomaba ordinariamente el Salvador cuando no queria hablar mas que de su humanidad) *vosotros vereis muy pronto al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios omnipotente, venir sobre las nubes del cielo* (*Math.* 23). Apenas pronunció Jesus estas palabras, el sumo Sacerdote, desgarrando sus vestidos (era esto mostrar que acababa de oir á un blasfemo) exclamó: Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabais de oir la blasfemia; ¿qué os parece? Todos respondieron que merecia la muerte y le condenaron á sufrirla. Condenado de este modo á muerte Jesus por el sumo Sacerdote, y por todos los que componian el sanhe-

drin ó gran consejo, fue entregado á la insolencia de los soldados, y á la brutalidad de los sirvientes, que pasaron el resto de la noche en el patio de palacio burlándose de él, y haciéndole todos los insultos imaginables. Escupiéronle en el rostro, dieronle de puñetazos, y hubo quienes le abofetearon, cubriéndole antes el rostro, y diciéndole por irrision: Cristo, muéstranos que eres profeta; adivina quién te ha herido. Jamás criminal infame, jamás esclavo vil fue tan maltratado, tan ultrajado, ni tan harto de oprobrios; pero era menester que todo lo que se habia vaticinado del Mesías se cumpliese en la persona adorable de Jesucristo, y por consiguiente que se cumpliese en él esta profecía: *Será harto de oprobrios* (*Thren.* 3.).

§. LIV.

Niega Pedro á Jesucristo, y Judas se ahorca desesperado.

Por mas tímido que fuese Pedro, no podia, sin embargo, separarse de su buen Maestro; entró en el patio del palacio, en donde el Salvador pasó la noche al cuidado de la guardia, y á discrecion de los soldados y de los criados del sumo Sacerdote. Como por aquel tiempo son frias las noches en la Palestina, habian encendido fuego en el patio. Habiéndose Pedro acercado á él, fue reconvenido por una criada de que era uno de los discípulos de Jesus; pero defendióse de la acusacion, y negó el haberle nunca conocido. Uno de los soldados, advirtiendo en su modo de hablar que era galileo, le hizo la misma reconvencion, y Pedro juró que no conocia al preso; en fin, una hora despues, viéndole uno de los domésticos del sumo Sacerdote cerca del fuego, aseguró que era ciertamente uno de los discípulos de Jesus; porque dijo que le habia visto en el huerto en donde Jesus habia sido preso: asustado entonces Pedro, y temiendo no le prendiesen á él, aseguró por tercera vez con juramento que jamás le habia conocido. En este tiempo cantó el gallo, y el Salvador, que no estaba muy distante de allí, habiendo diri-

gido una mirada amorosa al cobarde discípulo, le trajo á la memoria su prediccion. Pedro reconoció entonces su falta, penetróse su corazon del dolor mas vivo, se retiró anegado en lágrimas, y pasó los tres dias en llorar amargamente su infidelidad.

Al otro dia, luego que amaneció, hubo todavía otra reunion general de los sacerdotes, de los senadores, y de los doctores de la ley en la sala del sanhedrin; hizose comparecer en ella al Salvador como criminal; preguntósele de nuevo si era él el Cristo y el Mesías: Si os lo digo, respondió, no me creereis; si os pregunto á mi vez, no me respondereis, ni me dejareis libre, porque mi hora ha llegado ya (*Luc.* 22.); lo que únicamente os hago saber es que muy pronto el Hijo del hombre estará sentado á la diestra de Dios su Padre. Dijeronle entonces todos: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? Decís muy bien, respondió, *esta es la verdad*, *yo lo soy*. Inmediatamente exclamaron todos tumultuosamente: ¿Qué necesidad tenemos ya de otro testimonio, puesto que nosotros mismos acabamos de oirselo decir por su propia boca? Habiendo en seguida deliberado sobre los medios que debian tomar para quitarle la vida, determinaron entregarle á Poncio Pilato, gobernador de la Judea por los romanos, pues que ellos no tenian ya derecho de quitar la vida á nadie.

Judas entretanto, sabiendo que Jesus habia sido condenado á muerte, atormentado entonces horriblemente por los remordimientos de su conciencia, espantado por la enormidad de su crímen, y movido de un vivo arrepentimiento, pero puramente natural, fue corriendo en busca de los sacerdotes y de los ancianos, y devolviéndoles las treinta piezas de plata: He pecado, les dijo, entregando la sangre del justo. Esta confesion debió conmoverlos; pero aquellos impíos se contentaron con decirle: ¿Qué nos importa? á tí es á quien toca ver eso. Viendo aquel desdichado que su retractacion era sin fruto, en lugar de recurrir á la bondad infinita de su buen Maestro, que le hubiera ciertamente tratado con misericordia si se hubiese arrepentido verdaderamente, se abandonó á la desesperacion, y habiendo arrojado el dinero en el templo, en

donde se hallaban los sacerdotes, se salió de él, y se fue á ahorcar. Recogieron los ancianos el dinero, el cual no le quisieron poner en el tesoro del templo, porque era, dijeron ellos, el precio de la sangre y de la vida de un hombre; y por esta razon compraron con él el campo de un alfarero, para que sirviese de cementerio para los estranjeros, y este campo fue, en efecto, desde entonces llamado *Haceldama*, esto es, campo de sangre. Vióse así el cumplimiento de lo que habia sido vaticinado por el profeta Zacarías (*Zach.* 11) á saber: Que el Cristo sería apreciado, que sería vendido por treinta piezas de plata, y que con este dinero se compraria el campo de un alfarero.

§. LV.

Jesucristo en casa de Pilato, quien le declara inocente.

Llevaron, pues, al Salvador con las manos atadas, como un criminal de estado, desde la casa de Caifas al pretorio, esto es, al palacio del Gobernador. El rumor que se habia esparcido en la ciudad desde el dia precedente, de que los doctores de la ley y los gefes de la sinagoga, igualmente que los magistrados, habian por fin descubierto que aquel Jesus que hasta entonces se habia mirado como un hombre santo y enviado de Dios, era un impostor, un falso profeta, y que todo lo que habia obrado de admirable y milagroso eran puros prestigios, que era un hechicero y un mago, y que sólo por la virtud de Beelcebuth era como arrojaba los demonios, y habia hecho todos los demas milagros; este falso rumor que se habia tenido gran cuidado de esparcir desde la tarde precedente, y que se habia procurado fortificar por todo género de falsedades y de calumnias, este rumor, repito, hizo una extraña impresion en todos los ánimos. Toda la buena opinion y la veneracion con que le habia mirado el pueblo hasta entonces, se convirtió en horror, en execracion y en rabia; y esto fue lo que hizo que aquellos

mismos que habian clamado *Hosanna*, tres dias antes, gritasen luego *Tolle*, quitanoslo de delante.

Habiendo visto Pilato á Jesus cual si fuese un criminal, salió á la escalera de su palacio para preguntar á los judíos cuál era el crimen por el que se solicitaba la muerte de aquel hombre. Respondieronle en general, que si no fuese un malhechor, ellos no le pedirian su muerte. Juzgadle, pues, vosotros mismos, les dijo el Gobernador, segun vuestras leyes y vuestras costumbres; pero ellos repusieron, que no les era permitido quitar la vida á nadie. Todo esto no era mas que el cumplimiento de lo que Jesus habia predicho á sus apóstoles, á saber, que sería entregado á los gentiles para ser crucificado. No contentándose Pilato con estas acusaciones vagas, les preguntó cuál era el crímen particular que habia cometido aquel cuya muerte pedian. Es un sedicioso, dijeron ellos, que subleva al pueblo, que pretende impedir que se pague el tributo al César, y que tambien se dice rey de los judíos y el Mesías.

Habiendo oido Pilato estos tres capítulos de acusacion sin pruebas, conoció desde luego que no habia aquí mas que una querella de pura envidia y de pasion: la modestia, la dulzura y la serenidad que brillaban en el rostro de Jesucristo, juntas á su tranquilidad, eran pruebas visibles de su inocencia. Entró, pues, en la sala, hizo acercar al acusado, y le preguntó sobre estos tres cargos que le hacian; pero el Salvador guardó un absoluto silencio, resuelto á no decir nada en su defensa. Asombrado el Gobernador: ¡Qué! le dijo, ¿nada respondes? ¿no oyes lo que se dice contra tí? Al ver Pilato que Jesus nada respondia, no dudó que en este silencio habia algun misterio. ¿Es verdad, le dijo, que tú eres el rey de los judíos? Entonces Jesus con su dulzura y su modestia ordinarias, le dijo: ¿Dices tú esto como nacido de tí, y con designio de conocer la verdad, ó bien es porque los judíos te han hecho creer que yo pretendiese usurpar el reino de Judea? ¿Soy yo acaso judío, repuso Pilato, para saber qué viene á ser rey de los judíos y Mesías? los de tu nacion son los que te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho

pues? y ¿qué motivo les has dado para que crean que aspiras á la monarquía? Entonces le dijo Jesus con lisura y franqueza: Mi reino no es de este mundo; yo no he bajado del cielo para hacerme rey de la tierra; para ejercer aquí abajo un poder temporal; para establecer un imperio semejante al del príncipe á quien tú sirves; esto es, para imponer tributos, levantar ejércitos, fortificar plazas, y dar gobiernos. Si mi reino fuese de esta naturaleza, mis soldados y mis oficiales habrian salido á mi defensa, y hubieran sabido bien sacarme de entre las manos de los que atentan á mi vida; pero mi reino, como te he dicho ya, no es de aquí abajo. ¿Luego tú eres rey? le dijo Pilato. Sí, yo lo soy, como dices, respondió Jesus, pero en el sentido que te he dicho; yo he nacido y venido al mundo para dar testimonio á la verdad; cualquiera que ama la verdad, oye mi voz.

Pilato, aunque pagano, reconoció alguna cosa divina en aquel hombre; preguntóle qué cosa era la verdad; mas como si hubiese temido saberlo, sin esperar su respuesta volvió á los judíos, y les dijo: Yo no encuentro nada que haga reo á este hombre, ni hallo en él motivo alguno para condenarle.

Al mismo tiempo la mujer de Pilato le envió á decir que no se mezclase en la causa de aquel santo hombre, porque ella habia padecido mucho por este motivo en un sueño que habia tenido durante la noche. Muchos santos Padres atribuyen este sueño al demonio, que comenzaba á temer que Jesucristo fuese verdaderamente el Hijo de Dios, y por consiguiente el Mesías, y que su muerte fuese la redencion del género humano. Sea lo que quiera, Pilato convencido de su inocencia estaba decidido á despacharle plenamente absuelto. Advirtiéronlo los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, y esto hizo que pidiesen su muerte con mas instancia y mas empeño. Debe ser condenado á muerte, gritaban, como perturbador del reposo público, y que hace ya tres años no cesa de esparcir máximas perniciosas desde Galilea hasta Jerusalen: las pretendidas máximas perniciosas eran la ley pura de Dios, que desmascarando su hipocresía y

condenando la corrupcion de sus costumbres, les parecia máximas perniciosas, esto es, incómodas á su amor propio y á su orgullo.

§. LVI.

Jesucristo enviado á Herodes, y remitido á Pilato, el que aunque persuadido de la inocencia del Salvador le hace azotar cruelmente.

Oyendo Pilato hablar de Galilea, creyó haber hallado un efugio para echarse fuera de la intriga, y no tener parte en el juicio de este hombre inocente. Preguntóles á los judíos si Jesus era vasallo de Herodes tetrarca; esto es, del gobernador en gefe de Galilea, que se hallaba entonces en Jerusalen. Habiendo sabido que Jesus pasaba por galileo, remitió á aquel príncipe el acusado y los acusadores. Alegróse Herodes de ver á aquel de quien habia oido contar tantas maravillas, esperando verle hacer en su presencia algun milagro portentoso; pero aquel tirano que tenia todavía teñidas las manos en la sangre de san Juan Bautista, aquel príncipe infáme sin honor y sin religion no merecia que el Salvador contentase su curiosidad y su deseo. Asi que, por mas preguntas frívolas que le hizo, habiendo quitado la vida al que se llamaba la *Voz del Mesías*, no se dignó Jesus responderle una sola palabra. Creyóse ofendido Herodes; le trató de loco, y habiéndole hecho vestir por irrision de una túnica blanca, la cual sin embargo no dejaba de ser un símbolo de la inocencia del Salvador, despues de haberle visto altamente despreciado de toda su corte, le volvió á enviar á Pilato, lo cual fue ocasion de que se reconciliasen, pues hasta entonces habian sido enemigos el uno del otro.

Pilato, persuadido siempre mas de la inocencia del Salvador, y plenamente convencido de que todos los capítulos de acusacion que se hacian contra él eran puras calumnias, dió muestras de quererle declarar inocente: al efecto llamó á los principales de los judíos, y les declaró pública-

mente que nada hallaba en aquel hombre que mereciese castigo; que el mismo Herodes, mas instruido que él de su ley, tampoco le habia encontrado criminal; que sin embargo para contentarles no le despacharia absuelto hasta despues de haberle hecho aplicar algun castigo para que no pensase mas en dogmatizar entre el pueblo: expediente bien injusto para salvar un hombre reconocido inocente en todos los tribunales; pero no debia esperarse ninguna apariencia de justicia en la muerte del mas inocente y del mas justo de los hombres.

Mas como el pueblo judío gozaba del derecho de pedirle la libertad de un reo por la fiesta de la Pascua, bien persuadido Pilato que todo el crímen de este inocente no tenia otro fundamento que la envidia de los sacerdotes y de los doctores de la ley, creyó que hallaria mas justicia, mas razon y humanidad en el pueblo que en sus gefes; propúsoles, pues, cuál de los dos querian que les diese libre: ó á Jesus cuya santidad era universalmente conocida del público, y que siempre les habia hecho bien, ó á Barrabás, famoso malvado é insigne ladron, el cual en una sedicion habia cometido un asesinato. ¿Quién hubiera pensado jamás que un malvado de profesion, un asesino, hubiese de ser preferido á Jesucristo? sin embargo lo fue; los gefes de la sinagoga habian de tal modo fascinado el ánimo del pueblo, que olvidando repentinamente lo que él mismo habia admirado en el Salvador, pidió á voz en grito á Barrabás, con preferencia al Hijo de Dios y al Mesías. Pilato sorprendido é indignado al mismo tiempo de una preferencia tan injusta: ¿Qué quereis, pues, les dijo, que yo haga de Jesus? á lo que todos á una voz clamaron: *Crucifíquesele.* Pero al fin ¿qué mal ha hecho? repuso Pilato con un tono de indignacion: *Crucifícale, crucifícale*, gritó con mas fuerza todo el pueblo. Creyó Pilato que el medio de apaciguar su furor y su rabia era ponerle en tal estado que causase compasion á los mas inhumanos y rabiosos. Mandó, pues, que desgarrasen á Jesus á azotes, y que se le pusiese tan mal parado que diese lástima aun á los mas bárbaros. Ejecutóse el órden con tanta crueldad, que aquel cuerpo adorable, tan deli-


96.

cado naturalmente, quedó reducido á una espantosa llaga todo él. Dejóse de azotarle cuando se le vió á punto de espirar, y es cierto que no hubiera sobrevivido el Salvador á este horrible tormento, si habiendo resuelto morir en la cruz, no hubiese prolongado su vida por milagro.

Todo es extraordinario, todo está fuera del órden de la razon y de la humanidad en la pasion de Jesucristo. Es un hombre-Dios el que padece, y padece como hombre-Dios. Luego que le desataron de la semi-columna ó poste adonde le habian amarrado, le cubrieron con una capa vieja de escarlata; y lo que da á conocer que todo era extraordinario, todo monstruoso en aquel modo brutal de portarse, aquellas furias infernales añadiendo la irrision y el insulto á la crueldad imaginaron ponerle una caña en la mano á modo de cetro, y sobre su cabeza una corona de espinas; despues doblando la rodilla delante de él, le decian por burla: *Salve, Rey de los judios*; y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza, á fin de que las espinas de que estaba coronado penetrasen mas en ella.

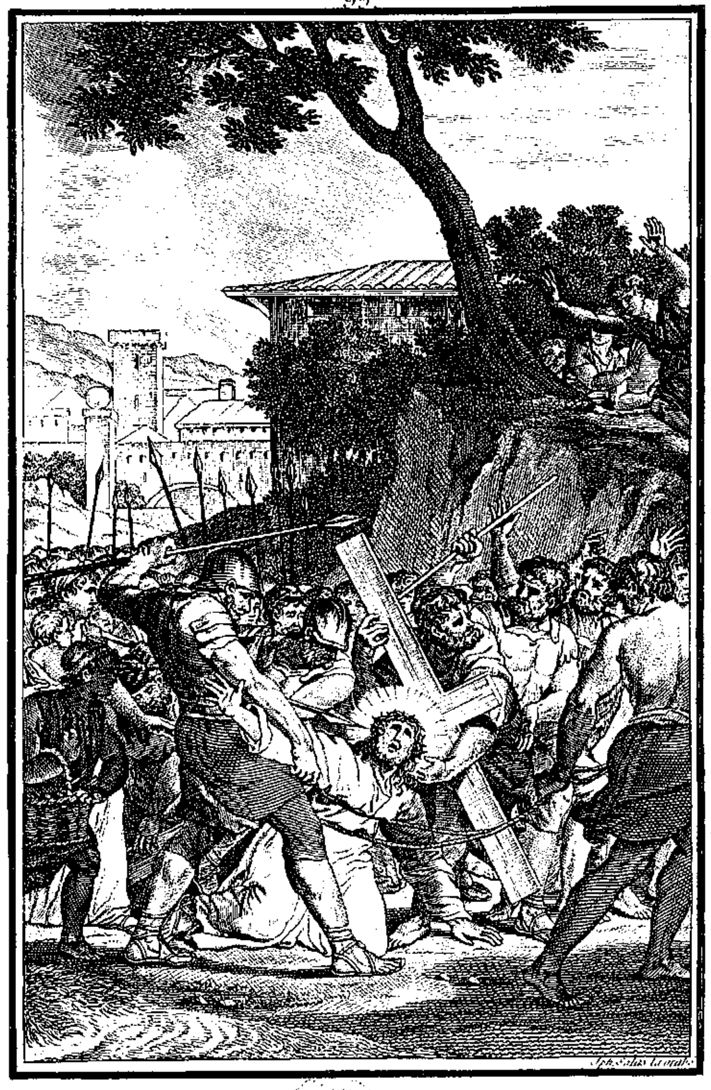
§. LVII.

Jesus condenado á ser crucificado.

Nunca se vió un espectáculo tan horroroso: desde lo alto de la cabeza hasta la planta de los piés no era el Salvador mas que una sola llaga (*Isai.* 1). No hubo jamás profecía tan visiblemente cumplida, porque tampoco hubo jamás hombre tan harto de oprobios como Jesucristo (*Thren.* 3); presentaba un espectáculo tan horrible, que Pilato, aunque pagano, se horrorizó, y no creyendo que hubiese un corazon humano tan bárbaro que no se conmoviese, hizo que le adelantasen hácia la escalera, y mostrándole á los judíos: *He aquí el hombre*, les dijo, cuya muerte me pedís con tanto encarnizamiento y furor; ¿le conoceis? ¿estais contentos? ¿será todavía objeto de zelos? *He aquí el hombre* que vosotros acusais de que pretende hacerse rey? ¿temereis despues de esto que se llame de hoy

mas el Mesías? ¿Quién no hubiese creido que aquellos hombres se hubieran por lo menos enternecido á vista de este objeto? Un vil animal en este estado hubiera á lo menos causado horror á los hombres. Mas los judíos se encarnizaron mas, y gritaron con mas empeño para pedir su muerte: Quítale, quítale, clamaron; crucifíquesele: él se llama Hijo de Dios, menester es que muera.

Cuando Pilato oyó estas palabras, *Hijo de Dios*, se estremeció todavía mas, y descubriendo en el encarnizamiento del pueblo y en la paciencia y silencio del Salvador algo que no le parecia natural, volvió á entrar en la sala, y habiendo hecho llamar á Jesucristo, le preguntó de nuevo acerca de su nacimiento, su país, su orígen y su cualidad; mas Jesus no le dió respuesta. Cada vez mas admirado Pilato: ¿No sabes, le dijo, que tengo poder para hacerte morir en la cruz, ó para librarte de ella? ¿Por qué este silencio? No tendrias ningun poder sobre mí, le dijo entonces Jesus, sino te se hubiese dado de lo alto, para que se cumplan los designios de la divina Providencia; por esto los que me han puesto en tus manos, son mas criminales que tú. Esta respuesta, llena de misterio, movió á Pilato á hacer nuevos esfuerzos para librarle; mas los judíos que conocian la flaqueza y la timidez del gobernador: Si no castigas, exclamaron, con la muerte á un hombre que ha querido hacerse rey, te declaras enemigo de tu príncipe. Espantóle esta reconvencion, y viendo que el tumulto crecia mas y mas, se sentó en su tribunal, y estando en él hizo traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, protestando que no tenia parte alguna en la muerte de aquel justo, y que no queria cargarse con su sangre. Entonces el pueblo gritó, diciendo: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; esto es, nosotros nos cargamos con el crímen y la pena de su muerte. En efecto, esta malaventurada nacion arrastra todavía la pena de un crímen tan execrable, y la arrastrará hasta el fin de los siglos. Cediendo, pues, Pilato á un vil respeto humano, y haciendo traicion á su propia conciencia, pronunció la sentencia, y condenó al Salvador del mundo á morir en la cruz.



Jamás hubo un juicio mas injusto y mas irregular : el mismo juez que le pronunciaba tomaba al cielo por testigo de la irregularidad y de la injusticia de la sentencia. Pero desde luego que un Dios se ha dignado hacerse hombre, y que este Dios hecho hombre ha querido morir para satisfacer á la justicia divina por todos los hombres, no deben ya esperarse mas que excesos, y hechos todos á cual mas incomprensibles al entendimiento humano.

Como era la víspera del sábado cuando se pronunció la sentencia, se apresuró su ejecucion; arrancósele el manto de escarlata con que se habia cubierto el cuerpo del Salvador; mas como aquel cuerpo adorable no era mas que una llaga sangrienta, el manto se habia pegado á sus huesos, y al arrancarle llevó consigo pedazos de carne que colgaban del sagrado esqueleto: juzguemos cuál sería este nuevo tormento. Volviósele á vestir con sus vestidos, y cargándole con la pesada carga de la cruz, fue llevado el Salvador fuera de la ciudad para ser crucificado sobre la montaña del Calvario, distante algunos pasos de los muros de Jerusalen, en donde era costumbre ejecutar á los criminales, porque los judíos no consentian que se quitase la vida á nadie dentro de sus ciudades. Creese que esta era la montaña llamada antiguamente *Moria*, adonde Abraham llevó á su hijo Isaac para inmolarle; figura de Jesucristo, inmolándose á su Padre sobre el Calvario, que en hebreo se llama Golgotha, que significa cráneo, en razon de hallarse muchos en aquel sitio, restos de los cádaveres de los que allí habian sido ajusticiados.

§. LVIII.

Jesucristo llevando su cruz al Calvario.

Jamás se vió un espectáculo tan inaudito y tan admirable. Este hombre tan extraordinario, que habia tres años colmaba de beneficios á todo el país, é ilustraba toda la tierra con el brillo y el número prodigioso de sus maravillas; este hombre divino, cuya vida era el modelo

mas perfecto de la santidad mas sublime, cuya doctrina era toda divina; este hombre tan poderoso en obras y en palabras, que arrojaba los demonios, curaba los enfermos mas desesperados, resucitaba los muertos ya medio podridos, y que obraba todas estas maravillas en su nombre; este hombre expuesto en este dia á la vista de un pueblo numeroso, al cual habia satisfecho milagrosamente en el desierto con solo cinco panes; este hombre-Dios á los ojos de un pueblo, en el cual habria pocos que no le debiesen la vida ó la salud, y ninguno acaso que no hubiese sido al menos testigo de sus milagros; el Mesías tanto tiempo esperado y tan ardientemente deseado; este Hijo único del Dios omnipotente, Dios igual en todo á su Padre, atado como un ladron, arrastrado por las calles de Jerusalen como un malvado, acusado como el mayor de todos los criminales, declarado, á la verdad, jurídicamente inocente sobre todos los cargos de que se le acusaba, y sin embargo tratado con la última infamia por un monton de inicuos, desgarrado á azotes con la crueldad mas inaudita, condenado contra toda justicia á ser crucificado, cargado aun con el peso de la cruz en que debia espirar, y todo esto por el capricho y la solicitacion de los que pocos dias antes le habian recibido como el Mesías. El entendimiento se pierde en este laberinto de hechos increibles. Descúbrese bien que una inteligencia superior á todo entendimiento humano ha conducido este misterio: y si el amor de Dios á los hombres es aquí incomprensible, ¿es mas fácil de comprender la malicia y la impiedad de los judíos contra Dios?

Cuando salian de la ciudad, viendo los soldados que Jesus, exháusto ya de fuerzas con tantos tormentos, iba abrumado bajo del peso de la cruz, la cual, segun la tradicion, tenia quince pies de alto, y siete el travesaño, obligaron á uno que se llamaba Simon, natural de Cirene, á que le ayudase á llevarla. A este tiempo, habiendo divisado el Salvador en el camino algunas mujeres piadosas que lloraban á vista del triste espectáculo, se volvió hácia ellas, y las dijo: Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros



hijos; porque he aquí que viene el tiempo en que se dirá: Dichosas las mujeres estériles, que no teniendo hijos, no tendrán el disgusto de verles envueltos en las desgracias que ván á venir sobre esta desventurada ciudad y sobre esta criminal nacion; y sabed que serán tan terribles estas desgracias, que se clamará entonces, como lo han vaticinado los profetas: Montañas, caed sobre nosotros, y aplastadnos para no ver una desolacion tan espantosa: porque, añadió, si á mí, á mí que soy la inocencia misma, me veis tratado con tanto rigor, solo por haber tomado voluntariamente sobre mí el pecado, ¿qué debe esperar toda esta nacion despues del enorme crímen que comete en mi persona?

Llevábanse al suplicio con él dos insignes ladrones que debian ser tambien crucificados. Cuando hubieron llegado á la cima del Calvario, presentaron al Salvador vino con mirra, lo cual era costumbre dar á los criminales para adormecer y amortiguar en ellos la sensacion del dolor; pero el Salvador que queria beber el cáliz hasta las heces, como dice el Profeta, esto es, sin el menor alivio, lo rehusó, y no quiso beber de él. Quitaronle sus vestidos, y por un nuevo refinamiento de crueldad y de barbarie se le fijó en la cruz con los clavos por los pies y por las manos, lo cual le causó el dolor mas vivo y mas agudo que puede sufrir un hombre en esta vida. Despues, levantando la cruz, se la hizo entrar en un agujero que habian abierto en la roca, de suerte que al caer en él causó en el Salvador un estremecimiento de todos los miembros y de todos los nervios del sagrado cuerpo, cuya sacudida renovó y reunió todos los dolores que habia ya padecido. De este modo fue elevado Jesus de la tierra, segun que lo habia predicho, y á vista de un gentío infinito que habia acudido á este triste espectáculo; y á fin de que se cumpliese todo lo que se habia vaticinado, pusieron á sus lados los dos ladrones en otras dos cruces, segun la prediccion de Isaías, que decia: *Será puesto en el número de los inicuos, y en la misma categoría que los malvados* (*Luc.* 22).

§. LIX.

Jesucristo elevado en la cruz, ruega por sus enemigos. Palabras de Jesus en la cruz.

Entretanto levantado Jesus en su cruz, como una víctima inocente sobre su altar, en donde va á consumar su sacrificio, pedia á su Padre que perdonase á los que por una ciega pasion le quitaban tan ignominiosamente la vida. Padre mio, exclamó, perdónalos, porque no saben lo que hacen. No obstante que Jesucristo habia dado bastantes pruebas de su divinidad para hacer inexcusable la ignorancia de los judíos, es, sin embargo, cierto que no le hubieran jamás crucificado, si le hubiesen conocido por el Señor de la gloria, como dice san Pablo (1 *Cor.* 2). Pero es menester hacer una gran diferencia entre la ignorancia de los soldados y del populacho, y la de los sacerdotes y los doctores de la ley: la excusa de ignorancia podia acaso poner á cubierto á una parte del pueblo; pero los doctores y los sacerdotes sabian á lo menos que Jesucristo era inocente de los delitos con que se le acriminaba, que era justo, y que sus milagros eran una prueba incontestable de su santidad. Mas el Salvador no mira aquí la accion de los judíos mas que por el lado favorable; aleja de ella todo lo que es odioso, como es costumbre hacerlo cuando se implora la clemencia de un juez en favor de un reo. Hace ver el Salvador con su oracion que da su sangre y muere por la salvacion de todos los hombres, puesto que no excluye ni aun á los que le dan la muerte.

Habia mandado Pilato que se pusiese en lo alto de la cruz de Jesus un rótulo, en el cual se leian estas palabras en hebreo, en griego y en latin: *Jesus de Nazareth, Rey de los judíos.* Dispuso que estas palabras estuviesen en estas tres lenguas, para que todos los estranjeros que habian venido á la fiesta de la Pascua las pudiesen leer. Por mas que los príncipes de los sacerdotes le representaron que no debia poner *Rey de los judíos*, sino *que se*

dice á sí mismo Rey de los judíos; Pilato no quiso mudarlo, y les respondió: Lo que he escrito, he escrito. Quiso Dios que el gobernador pagano, que habia reconocido y atestado jurídicamente la inocencia de Jesucristo, publicase aquí su verdadera cualidad de Rey de los judíos; y que todas las naciones supiesen que los judíos por el mas enorme de todos los crímenes habian quitado la vida al Cristo, su Rey, al Mesías á quien habian esperado tanto tiempo, y pedido con tantas ánsias.

Entretanto, como los despojos de aquellos á quienes se quitaba la vida eran de los ejecutores, los judíos que habian crucificado á Jesucristo y á los dos ladrones partieron entre sí sus vestidos; mas como la túnica del Salvador era sin costura, y toda tejida de alto abajo, no quisieron desgarrarla, sino que la echaron á la suerte, para que se cumpliese á la letra lo que David habia profetizado en el salmo 21, á saber: *A mi vista han partido mis vestidos, y sobre mi túnica han echado la suerte.*

En este estado Jesus hubiera debido ser un objeto de lástima aun para los corazones mas bárbaros: apenas se hallan almas tan duras y tan negras que se atrevan á insultar á los pacientes; no vemos tampoco que los judíos hayan insultado á los dos ladrones que estaban crucificados á los lados del Salvador del mundo. Pero en la muerte de Jesucristo todo es extraordinario; lejos de ser un objeto de compasion para los judíos, próximo ya á espirar en la cruz, es el objeto de su execracion y de su rabia, y no hay injuria que no vomiten contra él.

Ha salvado la vida á otros, decian insultándole, salve ahora la suya, si es el Cristo elegido de Dios (*Luc.* 23). Si eres el Rey de los judíos, le decian los soldados, presentándole una esponja empapada en vinagre, haz ahora brillar aquí tu poder, y desde lo alto de tu trono pronuncia edictos, desbarata á tus enemigos y á todos los que te han faltado al respeto. Tú te vanagloriabas, le decian algunos, de que reedificarias en tres dias el templo de Dios, si hubiese sido destruido; ¿por qué no haces ahora un milagro para salvarte la vida? Baje ahora de la

cruz, decian otros, y creeremos en él: pues que tanta confianza tenia en Dios, decian estos, líbrele ahora Dios, si tanto le ama: él mismo ha dicho, decian aquellos, que era Hijo de Dios; si pues su Padre le reconoce por suyo, sálvele la vida.

Ninguno habia, hasta uno de los reos crucificados á sus lados, que no le ultrajase de palabra: Si tú eres el Cristo, le decia aquel malvado, sálvate á tí la vida, y tambien á nosotros. Verdad es que el otro mas sabio tomando la palabra le dirigió una reprension; ¡Qué! le dijo, ¿no temes tú á Dios? Aunque los tres nos veamos condenados al mismo suplicio, ¿ignoras que si nosotros padecemos, sufrimos justamente la pena debida á nuestros crímenes? mas él, ¿qué mal ha hecho? Despues dirigiéndose á Jesus, le dijo con un corazon humilde y contrito: Señor, acordaos de mí cuando estuviereis en vuestro reino. El buen ladron habla á Jesucristo como al verdadero Mesías; así puede decirse que su fe le ha salvado. Él no duda que el Salvador ha de resucitar despues de su muerte; no le pide los primeros puestos en su reino, se contenta con suplicarle que se acuerde de él despues de su muerte. Así es que Jesus le responde: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraiso*; esto es, en la felicidad de los santos, en el seno de Abraham en donde reposaban los santos patriarcas. San Agustin, san Juan Crisóstomo y san Gerónimo creen que el buen ladron entró el mismo dia en el cielo, en donde Jesucristo, como Dios, no dejó nunca de estar. Este dichoso predestinado, cuya memoria celebra la Iglesia, fue bautizado en su propia sangre, é inmediatamente despues de su muerte gozó de la bienaventuranza eterna. ¡Qué diferencia de suerte la de los pecadores que mueren al lado de Jesucristo en el gran dia de sus misericordias! Uno solamente se convierte; el otro muere en la impenitencia. Este ejemplo prueba visiblemente cuán raras son las conversiones en la hora de la muerte. De dos pecadores que mueren á la vista de Jesucristo, á su lado, y rociados con aquella sangre preciosa, derramada por todos los hombres, y para que se perdonasen todos los pecados, uno solamente se

convierte, y el otro muere en la impenitencia final: contemos, pues, despues de esto con las conversiones diferidas para la hora de la muerte.

La santisima Vírgen tenia demasiada parte en el sacrificio de su querido Hijo para que no se hallase allí presente, y para quedar olvidada de él: ella no se habia afanado durante la pasion para solicitar de los jueces la libertad de Jesus, ni para defender su inocencia; instruida de todo el misterio de nuestra redencion, no habia pensado en querer impedir un sacrificio en el cual habia consentido, y cuya víctima habia ofrecido ella misma; antes bien quiso hallarse en el Calvario y al pie de la cruz, para consumar con él el sangriento sacrificio. Puedese imaginar cuál fue su dolor y cuan aguda la espada que traspasó su alma. Juan, el discípulo amado, amaba con mucho ardor á su divino Maestro, y no le abandonó tampoco en su muerte: hallábase tambien allí al pie de la cruz, cerca de la santisima Vírgen. Viendo Jesus á su madre, la dijo con un tono moribundo y afectuoso: *Mujer, ves ahí á tu Hijo*; despues dijo á Juan: y *Tú he ahí de hoy mas á tu madre*, hablando de la santisima Vírgen; y desde entonces el amado discípulo no la miró mas que como su madre, y se comportó con ella como si fuera su propio hijo.

§. LX.

Jesucristo espira en la cruz.

Amaba ardientemente Magdalena al Salvador, para dejarse llevar como los apóstoles del temor ni de la cobardía: hallábase por tanto en el Calvario, y no se apartó del pie de la cruz, sin temer ni el desprecio que de ella hacian los soldados, ni los ultrajes que de los mismos recibia. Era el mediodia cuando Jesus fue clavado en la cruz, y aunque el cielo hasta entonces estuvo sereno, sin que en él apareciesen nubes ni tampoco nieblas, desde el mediodia hasta las tres en que espiró Jesus, toda la tierra quedó milagrosamente cubierta de espesas tinieblas; eclipsóse el sol, y aunque la luna estaba en el lleno,

el eclipse fue total todas las tres horas despues de mediodia, cuyo espacio llamaban los judíos la hora de Nona, así como llamaban el anterior de otras tres horas hasta las doce, la hora de Sesta. Queriendo Jesus cumplir todas las profecías: *Tengo sed*, dijo, sabiendo bien que no se le presentaria otra bebida que vinagre, segun que estaba escrito de él en el salmo 68, á saber: Mis enemigos *me han ofrecido vinagre para apagar mi sed.* En efecto, habiendo los soldados empapado una esponja en un vaso lleno de vinagre, la pusieron al rededor de una rama de hisopo, y se la aplicaron á la boca. Gustó no mas Jesus el vinagre, y dijo: *Todo está cumplido.* En seguida para que comprendiesemos cuánto le costaba nuestra salvacion, y á qué precio nos rescataba, exclamó: *Eli, Eli, lamma sabactaní*, cuyas palabras hebreas ó si se quiere siriacas significan: ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis desamparado? (*Math.* 27). No era esta queja un efecto de desconfianza, ni de sentimiento, ni de disgusto, era únicamente un testimonio amoroso de dolor; como si hubiese dicho: ¡Dios mio! Vos quereis que yo padezca hasta el último suspiro todo el rigor de vuestro enojo contra los pecadores, con cuya iniquidad he querido cargarme para satisfacer plenamente á vuestra justicia; y quereis que os ofrezca esta satisfaccion dolorosa sin la mitigacion mas pequeña; cúmplase, pues, vuestra voluntad.

Algunos de los soldados que no entendian el hebreo, creyeron que llamaba á Elías, y dijeron: Esperemos un poco á ver si viene Elías á librarle. Entonces Jesus dijo con una voz clara y distinta: *Todo está cumplido* (*Joan.* 19); esto es, por fin quedan ya ejecutados todos los decretos del cielo; la justicia divina está plenamente satisfecha; los oráculos de los profetas se han verificado; todo lo que la Escritura ha anunciado de mí está cumplido; la obra de la redencion del mundo está hecha; todas las deudas de los hombres para con Dios quedan pagadas, y no les resta mas que el querer aprovecharse del tesoro infinito de mis padecimientos, de mi mérito, de mi muerte. En fin, bajando Jesucristo la cabeza, exclamó: *Padre mio, en tus manos pongo mi alma*; todo lo cual demos-

traba bien que él era el que disponia de su vida, segun lo que habia dicho en otra parte: En mí consiste el dar mi vida, y en mí tambien consiste el volverla á tomar. Diciendo, pues, aquellas palabras, entregó su espíritu.

Inmediatamente, además del eclipse total y milagroso del sol; digo milagroso, porque el eclipse del sol no puede naturalmente suceder sino cuando la luna se halla directamente entre sol y la tierra, lo cual no puede verificarse sino en la luna nueva, en vez de que en el plenilunio, que es cuando precisamente acaeció en la muerte del Salvador, este planeta estaba enteramente opuesto al sol, del cual se hallaba lo mas alejado que podia ser. Inmediatamente, pues, que el Salvador entregó su espíritu, además de este eclipse milagroso del sol, que duraba hacia ya tres horas, esto es, desde las doce en que Jesucristo fue clavado en la cruz, sucedió uno de los mas terribles terremotos que jamás se han esperimentado en el mundo, abriéronse las rocas y el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo.

Habia dos grandes velos en el templo, uno delante del santuario, y el otro mas adelante en la entrada del Santo de los santos, en donde solo una vez al año era permitido entrar al sumo sacerdote. Este último fue el que se desgarró milagrosamente en la muerte del Salvador, el cual, como dice san Pablo, nos ha abierto la entrada del Santo de los santos, esto es, del cielo (*Hebr.* 10). Este rompimiento del velo en la muerte de Jesucristo, indica que por esta muerte está abierto el cielo á todos los hombres; que ya no hay mas velo; esto es, que todas las figuras de la antigua ley han pasado, y no hay ya sino la verdad al descubierto. Daba tambien á conocer este rompimiento, que la antigua alianza con el pueblo judío estaba rota; que no habia ya santuario en el templo; que Dios no reconocia ya el pueblo judío por su único pueblo; que ya no habia accepcion de personas para Dios, y que en adelante, todos los pueblos judíos y gentiles, scitas, griegos y romanos podian entrar en el santuario; porque habiendo muerto Jesucristo por todos los hombres, todos habian venido á ser pueblo de Dios.

Todo este estruendo de prodigios en la tierra y en el

cielo, todos estos signos de los gemidos de toda la naturaleza asombrada y sensible, por decirlo así, á la muerte del Salvador, no dejó de hacer impresion en los ánimos. El Centurion que mandaba los soldados, y todos los que estaban presentes, habiendo visto estos prodigios, exclamaron: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios* (*Luc.* 23). Todos los que habian presenciado este espectáculo, y que consideraban lo que acababa de suceder, se volvian llenos de terror y de confusion en un profundo silencio, hiriendose el pecho, y temiendo mucho que la muerte de este hombre justo no atrajese muy pronto las últimas desgracias sobre toda la nacion. Algunas mujeres devotas, entre otras María Magdalena, María, madre de Santiago el Menor, y Salomé, mujer del Zebedeo, resolvieron quedarse en un sitio retirado en el lugar del suplicio, esperando que desenclavasen el cuerpo del Salvador, para ver el paraje en donde le sepultaban, á fin de volver á rendirle los últimos honores de la sepultura.

§. LXI.

Sepultura de Jesucristo.

Como era la víspera del sábado, y los cuerpos no debian quedar en la cruz el dia de la fiesta, pidieron los judíos á Pilato que hiciese romper las piernas á los crucificados para acelerar su muerte, lo cual se egecutó en los dos ladrones á quienes hallaron todavía vivos. Mas viendo los soldados que Jesus estaba muerto, uno de ellos, llamado Longinos, se contentó con abrirle el costado con una lanzada, é inmediatamente salió de él sangre y agua. El que lo ha visto, añade san Juan, ha dado testimonio de ello, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, á fin de que vosotros tambien lo creais. San Juan insiste particularmente sobre esta circunstancia, para manifestar que Jesucristo tenia un cuerpo verdadero, y que habia muerto verdaderamente, así como que el efecto principal de su muerte era el lavarnos de nuestros pecados, y borrar sus manchas. Véese tambien en esto cumplida la

Escritura que dice: *No le rompereis hueso alguno* Estas palabras se habian dicho del cordero pascual, que era la figura del Salvador inmolado por los hombres, y contenian al mismo tiempo una profecía de lo que debia suceder á Jesucristo.

Mientras que esto pasaba en el Calvario, José de Arimathea, que era un senador muy rico y distinguido entre los judíos, discípulo secreto de Jesucristo, y que no habia tenido parte en la maquinacion de los judíos contra el Salvador del mundo, fue á suplicar á Pilato que le permitiese dar sepultura á Jesus. Habiendoselo concedido Pilato, José y Nicodemus, otro discípulo secreto del Salvador, desenclavaron el cuerpo adorable, y habiéndole embalsamado, sin temer la indignacion de los gefes de la sinagoga, que consternados por todo lo que habia acontecido en esta muerte, de la cual comenzaba ya el pueblo á hablar demasiado, no se atrevieron á oponerse á ello; envolviéronle en una sábana limpia, y le colocaron en un sepulcro que José habia hecho abrir para sí, poco tiempo hacia, en una roca que habia en un huerto de que era dueño, y que no estaba lejos del Calvario; y habiendo cerrado el sepulcro con una piedra de gran peso, cortada á propósito para tapar la abertura, se retiraron. Las mujeres devotas, y sobre todo Magdalena, habiendo observado el lugar en donde habian puesto el sagrado cuerpo, se volvieron á Jerusalen con el designio de venir á su vez á embalsamarle luego que hubiese pasado la solemnidad del sábado.

Sin embargo, Dios que queria que la resurreccion del Salvador fuese incontestable, dispuso que los sacerdotes y hasta los magistrados, los mas interesados en impedir su creencia, tomasen todas las medidas y precauciones imaginables para que no pudiera decirse que el cuerpo de Jesucristo habia sido robado fortivamente. Fueron, pues, en aquel mismo dia á ver á Pilato, y le dijeron: que se acordaban que Jesus, á quien ellos llamaban seductor, habia dicho que resucitaria al tercero dia. Te suplicamos, le dijeron, que hagas guardar el sepulcro, no sea que sus discípulos vengan á robarle, y digan al pueblo que ha resucitado, y sea entonces este último error peor que el primero.

Respondióles Pilato: Vosotros teneis soldados; id, y guardadlo vosotros mismos. Otra circunstancia que Dios habia tambien dispuesto para que no se pudiese decir que los soldados romanos habian sido corrompidos. Sellóse, en fin, el sepulcro, con el gran sello del magistrado, y se puso allí un cuerpo de guardia, compuesto de soldados judíos comprometidos por deber, por honor, y por amor de su nacion, á impedir todo artificio y toda sorpresa. Queriendo Dios dar á la resurreccion de su Hijo todas las pruebas y todos los grados de certidumbre posible, se sirve de aquellos mismos que mas temian que Jesucristo resucitase, y que se creyese que habia resucitado; se sirvió, digo, de ellos, para hacer la resurreccion manifiesta, evidente é incontestable.

§. LXII.

La resurreccion gloriosa de Jesucristo.

Por mas que fuesen vivos los deseos que animaban á las santas mujeres de ir á ofrecer á Jesucristo sus últimos obsequios, permanecieron sin embargo en reposo todo el sábado, que era dia de fiesta; mas apenas el sol se puso, esto es, á las seis de la tarde en que se concluia la fiesta, María Magdalena y sus compañeras fueron á comprar aromas para embalsamar el divino cuerpo. La santa impaciencia que tenian de satisfacer su devocion hizo que partiesen de su casa al amanecer del dia siguiente, que nosotros llamamos *Domingo*, esto es, dia del Señor, á causa de su resurreccion. Cuando iban hácia el sepulcro se decian una á otra: ¿Quién nos quitará la piedra que cierra la entrada del sepulcro? porque es tan pesada, que les costó mucho trabajo á algunos hombres el colocarla cuando fue menester cerrar el sepulcro. Pero á quien ama verdaderamente á Dios nada le parece imposible. No obstante, empero, toda su diligencia, no llegaron sin embargo al sepulcro hasta despues de salido el sol. Ya el Salvador habia salido del sepulcro vivo, glorioso y triunfante, y ya habia aparecido á su Madre como se dirá mas adelan-

te y mas á la larga en la vida de la santísima Vírgen.

Creese que fue precisamente al salir el sol cuando el divino sol de justicia salió de las tinieblas de la muerte, habiendo resucitado él mismo por su propia virtud al tercero dia, como lo habia predicho tantas veces durante su vida. Fue, pues, al tercero dia, que por esto llamamos nosotros dia del Señor, cuando el alma bienaventurada de Jesucristo, que habia bajado á los lugares subterráneos, como habla san Pablo, y que nosotros llamamos Limbos, para sacar de ellos las almas de los santos, que esperaban su venida, vino á reunirse á su cuerpo; y habiéndole comunicado todas las cualidades de los cuerpos resucitados y gloriosos, este divino cuerpo, del cual la naturaleza divina no pudo separarse jamás, pasó á través de la piedra del sepulcro sin removerla, ni hacer abertura alguna. En aquel mismo instante sucedió un temblor de tierra en las inmediaciones del sepulcro; un ángel bajó del cielo, echó á rodar la piedra que cerraba el sepulcro, y se sentó sobre ella. Su rostro estaba mas brillante que un relámpago, y sus vestidos mas blancos que la nieve. Pasmaronse de tal modo los soldados que guardaban el sepulcro al ruido de todas estas maravillas, que quedaron como muertos; vueltos algun tanto en sí, aunque todavía muy aturdidos, huyeron, y medio muertos fueron á contar ingénuamente al sumo sacerdote y á los magistrados todo lo que habia sucedido y todo lo que habian visto, hasta las menores circunstancias. Añade el Evangelista, que en el momento de la resurreccion del Salvador muchos sepulcros se abrieron, y resucitaron un gran número de cuerpos de santos, como para servir al triunfo de Jesucristo, que salia victorioso de aquellos lugares subterráneos, despues de haber dado la libertad á tantos ilustres esclavos.

Entretanto llegaron las santas mujeres, las cuales quedaron muy sorprendidas de no encontrar allí los guardas, y ver quitada la piedra y el sepulcro abierto, sin encontrar despues de haber entrado en él el cuerpo adorable de Jesus. María Magdalena, afligida hasta el último grado, volvió inmediatamente con gran prisa á Jerusalen, y llena de desconsuelo dijo á los apóstoles, que el sepulcro

estaba abierto, y que ella no habia encontrado allí el cuerpo de su buen Maestro. Las otras mujeres, habiendo permanecido cerca del sepulcro, no sabian qué partido tomar. Cuando en esta perplegidad razonaban ellas entre sí, descubrieron dos ángeles en forma humana, rodeados de una claridad celestial; uno de los cuales las dijo: Mujeres, no temais; yo sé que buscais á Jesus Nazareno, que fue crucificado; resucitó ya, no está aquí: venid á ver el lugar en donde le habian puesto; pero id inmediatamente á decir á sus discípulos, y á Pedro principalmente, y á los demás, que irá delante de ellos á Galilea, y que allí le verán despacio, como se lo habia prometido. Poseidas las santas mujeres de un dulce asombro, mezclado de gozo y de admiracion, se volvieron á la ciudad sin pensar mas que en lo que habian visto.

§. LXIII.

Aparicion de Jesucristo á Magdalena y á las otras santas mujeres.

Mientras que pasaba todo esto en el sepulcro, habiendo Magdalena encontrado á san Pedro y á san Juan, les dijo que habian robado el cuerpo de su buen Maestro del sepulcro; y no sé, añadió llorando, qué se ha hecho de él; y apenas dijo esto volvió al lugar de la sepultura. Pedro y Juan fueron tambien allá á toda prisa; habiendo llegado Juan el primero, y habiéndose bajado para registrar en lo interior, vió los lienzos en que habia sido envuelto el cuerpo, que estaban en tierra. Habiendo entónces llegado Pedro, entró en el sepulcro y Juan despues de él; y vieron además de los lienzos el sudario doblado en un rincon, lo cual les hizo creer que habia sido en efecto robado el cuerpo de su Maestro, segun acababa de decirles Magdalena, sin pensar en lo que el Salvador les habia dicho tantas veces, que resucitaria al tercer dia despues de su muerte; así que, se volvieron con el corazon oprimido de dolor. Pero Magdalena, á la que nada podia consolar, no se movió, resuelta á adquirir noticias á cualquiera precio que fuese; y habiendo vuelto otra vez á registrar el se-



P. V. Rodriguez lo grabó.

pulcro, vió en él los dos ángeles, que la dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Porque han robado de aquí á mi Señor, les dijo ella, y no sé dónde le han puesto. Habiéndose inmediatamente vuelto, vió á Jesus en pie, que la dijo: ¿Por qué lloras? ¿qué buscas? No le conoció; pero teniéndole por el hortelano de aquel huerto en donde estaba el sepulcro: ¡Ay! le dijo, hazme el favor, si tú has llevado el cuerpo de mi buen Maestro, de decirme en dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré. Entonces Jesus, llamándola por su nombre, la dijo: *María*. Apenas oyó esta palabra, le miró, y habiendo reconocido que era el mismo Jesus: ¡*Ah*! ¡*mi buen Maestro*! exclamó, y arrojándose á sus pies quiso abrazarlos; mas el Salvador se lo impidió, porque Magdalena, dice san Leon, creia entonces que Jesucristo habia resucitado como Lázaro, para vivir en adelante en la tierra como habia vivido hasta su muerte, y que solo habia vuelto á tomar su cuerpo pasible y mortal como antes. Su fe no era todavía acendrada: díjola, pues, Jesus: No trates de tocarme, pues que aun no he subido á mi Padre (*Joan.* 10); pero á toda prisa ve á buscar de mi parte á mis discípulos, que ahora llamo mis hermanos, y diles que yo subiré de aquí algunos dias al cielo, cerca de mi Padre, que es tambien el suyo.

No es fácil esplicar cuál fue entonces la alegría de aquella fiel amante; partió en el momento para llevar la noticia á todos los discípulos, y habiéndose juntado en el camino á sus compañeras que se volvian tristes á Jerusalen, las dijo que Jesus habia resucitado, que ella le habia visto, y tenia órden de llevar la noticia á todos los discípulos. Contaba ella todas estas cosas con un trasporte de alegría tal, que demostraba á las claras que decía verdad, cuando en esto se apareció el Salvador á todas juntas. Penetradas todas de regocijo y de admiracion, se echaron á sus pies, y le adoraron. Habiéndolas mandado Jesus que fuesen inmediatamente á ver á los discípulos para contarles lo que habian visto, desapareció; y ellas, sin perder tiempo, fueron á decir á los discípulos que estaban reunidos que habian visto á Jesucristo resucitado, y les refirieron todo cuanto las habia mandado que

les dijesen. Como siempre cuesta trabajo creer lo que mas se desea, habiendo oido los discípulos todo lo que las santas mujeres les contaban, no las creyeron, y las trataron de visionarias.

Debe notarse que en todas estas apariciones de Jesucristo resucitado, y en las siguientes, no se ha hablado de la santisima Vírgen su madre; porque está fuera de toda duda que en el momento que el Hijo de Dios resucitó apareció á su querída Madre, que perfectamente instruida de todo lo que debia suceder, esperaba tranquilamente en su retiro el momento dichoso en que su gozo debia ser lleno. Lo fue en efecto viendo la primera á su querido Hijo resucitado, glorioso y triunfante, y en adelante impasible. La santisima Vírgen no tuvo orden de publicar la primera esta gloriosa resurreccion, porque hubiera podido aparecer sospechosa. Si el evangelio no dice palabra acerca de esto, es porque no debia referir mas que las apariciones hechas á los que no estaban instruidos de este gran misterio, que dudaban, y que estaban destinados á anunciarle á toda la tierra.

Entretanto toda la sinagoga estaba furiosamente sobresaltada por lo que los soldados, testigos oculares de todo lo que habia pasado en el sepulcro, contaban acerca de esta maravillosa resurreccion. Despues de muchas reuniones, los sacerdotes y los magistrados convinieron en dar á los soldados una gruesa suma de dinero, para obligarles á que dijesen por todas partes, que habiendose dormido, habian venido secretamente sus discípulos durante la noche, y habian robado el cuerpo. Jamás se vió un efugio mas miserable; sin embargo por mas grosera que fuese esta impostura, no dejó de esparcirse entre el populacho, aunque muy pocos fueron tan simples que se diesen por satisfechos con ella. En efecto, ¿qué verosimilitud tenia que hombres tan tímidos como los discípulos de Jesucristo se hubiesen atrevido á forzar un cuerpo de guardia, romper el sello del príncipe ó del magistrado, echar á rodar una piedra de un peso enorme, llevar furtivamente un cuerpo, y todo esto en medio de una compañía de soldados dormidos, sin que ninguno se despertase? Mas

aun; si todos los soldados del cuerpo de guardia se han dormido en el egercicio de sus funciones militares, ¿qué castigo se les ha impuesto por una falta que entre los judíos, como entre todos los pueblos del universo, es imperdonable? ¿puede imaginarse cosa mas grosera? Ni aun se salva la similitud. Pilato, aunque pagano, fue mas sincero en la relacion que envió al emperador Tiberio de todo lo que habia pasado, sin omitir que se tenia por cierto el que Jesus habia resucitado; lo cual hace decir á Tertuliano que este gentil habla en esta relacion como lo hubiera hecho un verdadero fiel.

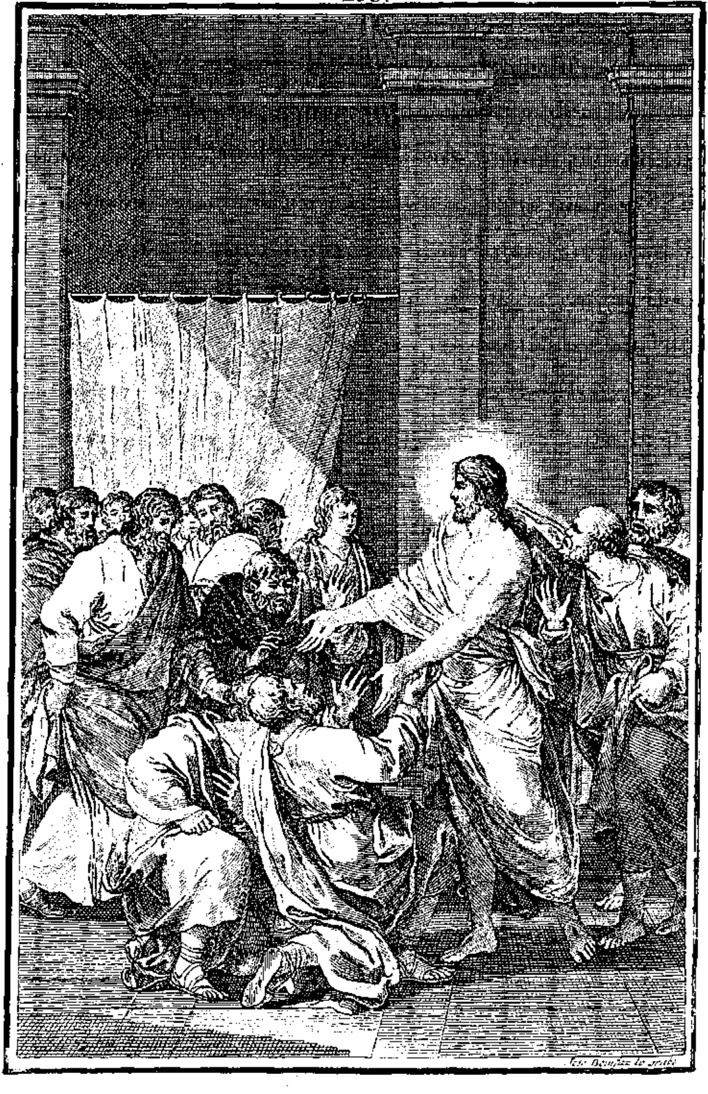
§. LXIV.

Aparece Jesucristo resucitado á los dos discípulos que iban á Emmaus, á san Pedro, á todos los discípulos juntos, y despues á santo Tomás (Joan. 24).

El mismo dia de la resurreccion del Salvador, que era al otro dia del sábado, y por consiguiente el primero de la semana, dos de los discípulos partieron de Jerusalen á la caida de la tarde para irse á Emmaus, que era un castillo distante dos leguas cortas de la capital. Iban hablando por el camino, y Jesus, bajo de la figura de un estranjero, se juntó á ellos, y les dijo: ¿Podré preguntaros cuál es el asunto de vuestra conversacion, y en qué consiste que segun aparece estais tristes? Respondióle uno de ellos, llamado Cleofas: Yo creo que serás tú el único de todos los estranjeros que estaban en Jerusalen, que ignore lo que ha pasado allí estos dias. Pues ¿qué es? les dijo. ¿Qué? repuso Cleofas, cómo, ¿no sabes lo que ha sucedido con Jesus Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios, y delante de todo el pueblo, á quien los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados han entregado para que fuese condenado á muerte, y le han crucificado? Esperabamos nosotros, segun que él mismo nos lo habia hecho esperar, que sería el libertador de Israel; con todo esto, hace ya tres dias que todas estas cosas han pasado, y su promesa no

se verifica. Es verdad que algunas mujeres de las que pertenecen á nuestra compañía, han venido á decirnos que ciertamente habia resucitado: ellas han ido al amanecer al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo en él, nos han asegurado que habian visto allí ángeles que decian que estaba vivo. Algunos de nosotros han ido al sepulcro, y han hallado cierto lo que decian las mujeres; mas por lo que hace á él, no le han encontrado.

Entonces Jesus, que les habia estado escuchando sin decir palabra, tomando un tono de maestro, les reprendió con dulzura, sin embargo, por su poca fe. Gentes sin conocimiento, les dijo, y duros para creer en todo lo que han dicho los profetas: ¿no era necesario que el Cristo padeciese de esta suerte, y por este camino entrase en su gloria? En seguida poniéndose á hablar de Moisés y de todos los profetas, les esplicó todo cuanto decia relacion á él en todas las Escrituras. Entretanto llegaron al castillo adonde iban, y Jesus hizo ademan de querer pasar adelante; mas ellos le estrecharon á que se quedase con ellos, porque ya era tarde, y Jesus se rindió á sus ruegos. Estando con ellos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, esto es, lo consagró, y habiéndolo partido se lo presentó. Abriéronse entonces sus ojos, y le conocieron, mas en el momento desapareció de su vista. A vista de esto, dijeronse el uno al otro: Es Jesus: ¿y es posible que hayamos estado tanto tiempo sin conocerle? ¿No es verdad que sentiamos nuestro corazon abrasado cuando nos hablaba en el camino, y nos esplicaba las Escrituras? Y levantándose inmediatamente de la mesa, se volvieron con toda diligencia á Jerusalen. Encontraron á los apóstoles y los discípulos reunidos, los cuales viéndoles entrar les dijeron con transportes de alegría: El Señor ha resucitado verdaderamente, y no hay ya que dudar de ello, porque ha aparecido á Pedro. Y ¿á quién hablais de eso? respondieron nuestros dos viajeros, tambien nos ha aparecido á nosotros; hemos estado mas de una hora hablando con él, nos ha dicho las cosas mas bellas del mundo tocante á su pasion, su muerte y su resurreccion, anunciadas por Moisés y los profetas, de los que nos ha dado



una inteligencia clara; sin embargo, nuestros ojos estaban como fascinados, y no le hemos conocido hasta que ha partido el pan.

Aun estaban hablando cuando Jesus apareció en medio de ellos, diciéndoles: La paz sea con vosotros; yo soy, no temais (*Luc.* 24.). Por dulce y agradable que fuese esta visita tan poco esperada, se sorprendieron de tal modo los discípulos, que creian ver un fantasma, ó á lo menos un espíritu revestido de un cuerpo supuesto, porque ignorando todavía las cualidades de un cuerpo resucitado, no comprendian cómo habia podido entrar estando cerradas todas las puertas. Tranquilizóles el Salvador: ¿Por qué dais lugar á esos pensamientos? les dijo; mirad mis manos y mis pies, yo soy; palpadme, y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que tengo yo; y dicho esto, les enseñó sus manos y sus pies con las cicatrices. Mas como en el extremo de gozo de que estaban poseidos apenas podian creer aun lo que veian (tan fuera de sí estaban de la alegría y de la admiracion) les dijo: ¿Teneis alguna cosa que comer? y ellos le presentaron un pez asado, y un panal de miel. Habiendo comido en su presencia, tomó lo que quedaba y se lo dió; despues les dijo: Vosotros veis ahora el cumplimiento de lo que yo os decia cuando estaba todavía con vosotros, que era necesario que todo lo que se ha escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos, se cumpliese. Despues de haber comido en su presencia, no porque tuviese ya necesidad de alimento, sino para disipar todas sus dudas, y para convencer á todos sus discípulos con pruebas las mas sensibles que era él mismo y no un fantasma, y que habia resucitado verdaderamente, les dijo segunda vez: La paz sea con vosotros; y añadió: Como mi Padre me ha enviado á mí, así os envio yo tambien (*Joan.* 10.); despues de lo cual sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; aquellos á quienes hubiereis perdonado los pecados, les serán perdonados, y aquellos á quienes no se los perdonareis, no les serán perdonados.

Tomás no estaba con los demás apóstoles, cuando Jesus se dejó ver de ellos en el modo que acabamos de

referir; por esto cuando volvió, le dijeron enagenados de alegría que habian visto al Señor, mas él no queria creer nada de esto, por mas que le dijeron todas las circunstancias: Si yo no veo en sus manos, respondió, la abertura que han hecho los clavos, si no meto el dedo en la hendidura de los clavos, y la mano en su costado, yo nada creeré. Esta especie de incredulidad procedia mas bien, á lo que parece, de un deseo demasiado ardiente de que esto fuese así, que de una desconfianza tenaz de que pudiese ser. Cuando se desea alguna cosa con ardor, se cree con dificultad todo lo que se nos dice de ella, y queremos convencernos por nosotros mismos. Sea lo que quiera, el Hijo de Dios, que hacia servir todas estas incredulidades para establecer la fe de su resurreccion, no quiso abandonar á aquel Apóstol á su infidelidad; por esto, ocho dias despues, estando tambien juntos sus discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, entró allí Jesus, estando las puertas cerradas, se colocó en medio de ellos, y les saludó diciéndoles: La paz sea con vosotros. Despues dirigiéndose á Tomás: Acércate le dijo, discípulo incrédulo: mete aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y metela en mi costado; asegurate de todos modos de la verdad, de la realidad de mi resurreccion, y no seas ya incrédulo, sino fiel. Penetrado entonces Tomás de gozo mezclado de confusion, y animado de un amor ardiente y de una fe viva, postrándose á sus pies, exclamó: ¡*Señor mio, y Dios mio*! Dijole entonces Jesus: Tomás, tú no has querido fiarte del testimonio que yo te habia dado estando aun con vosotros, ni de el de tus hermanos despues de mi resurreccion; tú has querido convencerte por tus propios sentidos; ahora has creido porque has visto y tocado; *Bienaventurados los que no han visto y han creido.* La dificultad que santo Tomás tuvo en creer la resurreccion de Jesucristo, sobre el testimonio de los discípulos, no carece de misterio. Como la resurreccion de Jesucristo es, por decirlo así, la base de toda la religion, Dios ha querido que tuviesemos de ella todas las seguridades imaginables, hasta las mas sensibles; y por esto se ha dejado ver con tanta frecuencia, se ha dejado tocar, ha comido, ha con-

versado familiarmente con sus discípulos por espacio de cuarenta dias. La incredulidad de santo Tomás, dicen los santos Padres, nos ha servido mas que la fe sencilla y pronta de los demás discípulos: cuando uno quiere convencerse de un hecho hasta por pruebas sensibles, no puede ser acusado de haber creido con demasiada ligereza.

§. LXV.

Pesca milagrosa; Jesus confia sus ovejas á san Pedro, é instruye á los apóstoles (*Joan.* 21).

Habiendo mandado el Salvador á sus apóstoles que se volviesen á Galilea, se fueron allá inmediatamente, y Jesus se les manifestó allí en muchas ocasiones.

Estando un dia Pedro con Tomás, Santiago, Juan, Natanael y otros dos, les dijo Pedro que iba á pescar; acompañaronle todos, y entrando en una barca echaron la red en el agua, pero nada cogieron en toda la noche. Presentóse Jesus por la mañana en la orilla, sin que los discípulos supiesen que era él. Dijoles entonces: Hijos, ¿no teneis nada que comer? No, le respondieron. Echad la red del lado derecho de la barca, les dijo el Salvador, y encontrareis pesca; echaronla y no la podian sacar, tantos eran los peces que habia en ella. Entonces el discípulo á quien Jesus amaba, dijo á Pedro: *El Señor es*; tomó inmediatamente Pedro sus vestidos que se habia desnudado para pescar, y lleno de impaciencia para reunirse á su buen Maestro se echó al agua para salirle al encuentro. Los demás vinieron con la barca trayendo la red que estaba llena de peces. Habiéndola sacado á tierra, se hallaron en ella ciento cincuenta y tres gruesos peces, y aunque era tanta la pesca, no se rompió la red. Habiendo bajado á la ribera, hallaron en ella carbones encendidos, pescado asándose, y un pan. Dijoles Jesus: Traed tambien del pescado que acabais de sacar, y venid á comer: y él mismo les dió del pan y del pez para que comiesen. Despues de haber comido, dijo Jesus á Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que todos estos? Sí, Señor, le respon-

dió, tú sabes que yo te amo. Díjole entonces Jesus: *Apacienta mis corderos*. Un momento despues le dijo otra vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? *Sí*, Señor, respondió Pedro, tú sabes bien que yo te amo: *Apacienta*, pues, *mis corderos*, le dijo de nuevo el Salvador. En fin, preguntóle por tercera vez, si le amaba verdaderamente. Entonces Pedro, afligido de que Jesus aparentase dudar de su ardiente amor á él: ¡Eh! Señor, respondió con un tono como incomodado, tú que conoces todas las cosas, sabes bien que yo te amo con todo mi corazon. Habiendo hecho el Salvador reparar así á su Apóstol, por este triple testimonio de su amor, la falta que habia cometido negándole tres veces, le confió públicamente el cuidado de sus ovejas; esto es, de las almas, diciéndole de nuevo: *Apacienta no solo mis corderos, sino tambien mis ovejas*. Por este órden reiterado que el Salvador dió á san Pedro en presencia de los demás apóstoles de apacentar á sus corderos y tambien á sus ovejas, le declaró desde entonces su vicario en la tierra y el pastor universal de su rebaño; pero le dió á conocer al mismo tiempo que este honor le costaria caro, puesto que sería menester que diese su vida por el rebaño, cuya conduccion se le confiaba, y le anunció que moriria en la cruz.

Despues de esto mandó Jesus á Pedro que le siguiese; y habiendo éste vuelto su rostro atrás, vió á Juan que le seguia: Y éste, Señor, dijo á Jesus, ¿qué será de él? Jesus reprimió su curiosidad, enseñándole que no debia inquietarse por lo que sucederia á los demás. Si yo quiero que él permanezca así hasta que yo venga, le dijo, ¿qué te importa á tí? Esta fue la séptima aparicion pública del Salvador. Mostróse tambien poco despues á mas de quinientos discípulos que se hallaban juntos, de los cuales vivian todavía muchos cuando san Pablo escribia su primera carta á los corintios, esto es, veinte años despues; y san Mateo añade que entonces fue cuando Jesus les dijo: Se me ha conferido un poder absoluto en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar todas las cosas que

yo os he prescrito. En cuanto á mí, les añadió, aun cuando muy pronto deba ya subir al cielo, yo estoy con vosotros en todo tiempo hasta la consumacion de los siglos. Y entonces dió, dicen los Padres y los intérpretes, una nueva confirmacion de la seguridad de su presencia real sobre nuestros altares en la divina Eucaristía, igualmente que de la seguridad de su asistencia siempre presente en su Iglesia hasta el fin de los tiempos.

El Hijo de Dios se apareció todavía diversas veces á sus apóstoles durante los cuarenta dias que permaneció en la tierra despues de su resurreccion; y se les aparecia de este modo, dice san Lucas (*Luc.* 24), para asegurarles por medio de repetidas pruebas sensibles que estaba vivo, y para hablar con ellos del reino de Dios. Como les habia destinado para llamar á los hombres con su predicacion á la posesion de este reino, les dió las instrucciones necesarias para que dignamente desempeñasen esta funcion; explicóles todo cuanto se habia dicho de él en la ley de Moisés, en los libros de los Profetas y en los Salmos; y les hizo ver que era necesario, segun que estaba escrito, que el Cristo hubiese sufrido la muerte y todas las ignominias de su pasion, y que resucitase al tercero dia, como habia sucedido.

En estas apariciones frecuentes y familiares era cuando Jesucristo instruia á sus apóstoles en los principales misterios de la religion, en las grandes verdades de la salud, y cuando les formaba el plan de su Iglesia. Dábales entonces una idea justa de la disciplina; explicábales los sacramentos que habia instituido y los que entonces instituyó, el modo de ofrecer el divino sacrificio, y toda la moral cristiana, hasta tanto que el Espíritu Santo, que les prometió enviarles, les comunicase una inteligencia perfecta de todo lo que les habia enseñado, queriendo que el Espíritu Santo, tercera persona de la santisima Trinidad, fuese quien diese la última mano, por decirlo así, á su obra.

§. LXVI.

Ascension gloriosa de nuestro señor Jesucristo.

Diez dias antes de la fiesta de Pentecostes, esto es, el cuadragésimo despues de su resurreccion, habiendo el divino Salvador reunido en Jerusalen á todos los apóstoles y discípulos, se les apareció por la última vez. Comenzó por darles una dulce y caritativa correccion como buen padre sobre el trabajo que les habia costado al principio á la mayor parte el creer á los que le habian visto resucitado: abrióles el entendimiento que habian tenido cuasi todos hasta entonces cerrado para las verdades que les habia enseñado; les dió la inteligencia de las Escrituras, y principalmente de las que hacen relacion á los misterios de su muerte y de su resurreccion. Despues dirigiéndose singularmente á los apóstoles, les dijo que les habia elegido para dar testimonio de todas estas verdades en todas las naciones, y para predicar la penitencia y la remision de los pecados á todos los pueblos de la tierra, comenzando por Jerusalen; que los que creyesen y recibiesen el bautismo, y llevasen una vida pura, santa y conforme á las máximas de su evangelio, se salvarian; pero que los que no creyesen, ó que no viviesen cristianamente, serian condenados (*Marc.* 17). Y á fin de que vosotros podais trabajar con mas fruto en la conversion de los infieles, añadió, os daré poder para hacer milagros, para arrojar los demonios en mi nombre, para hablar nuevas lenguas; no tendreis que temer la mordedura de la serpiente, ni cosa alguna de cuanto hay venenoso. En fin, despues de haberles prometido que les enviaria el Espíritu Santo, les recomendó que pasasen algun tiempo en Jerusalen entregados al retiro y á la oracion, y que no se moviesen de allí hasta que hubiesen sido revestidos de una fortaleza superior que vendria de lo alto. Concluido todo esto, dijo á todos que fuesen con él al monte de los Olivos. Habiendo llegado allá, levantó las manos, y les dió á todos su bendicion. Adoraronle todos postrados en tierra, mien-

tras que viéndolo ellos se elevaba poco á poco al cielo, hasta que por fin le perdieron de vista (*Luc.* 24). Entonces fue cuando el divino Salvador penetrando en un momento todos los cielos, en medio de toda la corte celestial que habia salido al encuentro de su soberano Señor, fue á sentarse como Hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono donde reina y reinará mas allá de todos los siglos por toda la eternidad, comunicando á su sagrada humanidad toda la plenitud de su gloria.

Todos sus apóstoles y los demás discípulos que le habian visto subir al cielo por su propia virtud, penetrados de alegría, abrasados de amor, arrebatados de admiracion permanecian allí inmobles, fijos sus ojos en la nube que se lo habia quitado de la vista, cuando les aparecieron dos ángeles bajo la forma humana, vestidos de blanco, que les dijeron: *Varones de Galilea, ¿qué haceis ahí con los ojos fijos en el cielo? el Jesus que se ha levantado por el aire de enmedio de vosotros al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto ir al cielo* (*Act.* 9). Hablaban del gran dia del último juicio en que Jesucristo vendrá á juzgar á todos los hombres.

La santísima Vírgen que habia asistido á la gloriosa Ascension de su divino Hijo al cielo, se volvió con toda aquella santa compañía á Jerusalen, en donde, segun el órden de Jesucristo, pasaron todo el tiempo en retiro y oraciones, hasta que fueron revestidos de la fuerza que debia venir de lo alto; esto es, hasta la descension del Espíritu Santo que sucedió diez dias despues, en el santo dia de Pentecostes.

El lugar desde donde nuestro Señor Jesucristo subió al cielo á vista de su santísima Madre, de sus apóstoles y de todos sus discípulos, era sobre la cima del monte Olivete que está á media hora de camino de las murallas de Jerusalen hácia la parte del poniente. Dignóse el divino Salvador dejar sus sagradas huellas impresas en la roca, y hundidas milagrosamente hasta dos á tres pulgadas de profundidad; y han permanecido allí despues íntegras y en la forma que fueron impresas, aunque los

cristianos que desde entonces han ido allí en peregrinacion de todas partes y despues de tantos siglos no hayan cesado de raspar para sacar piedra ó tierra de ellas. Por la figura de los pies del Salvador impresa en la roca aparece que estaba de pie, y que tenia el rostro vuelto hácia el septentrion.

Refiere Eusebio que cuando la emperatriz santa Elena, madre del gran Constantino, hizo edificar una magnífica iglesia en aquel paraje, ordenó que el pavimento fuese de mármol y de jaspe, y principalmente el sitio donde subsistian las huellas del Salvador; mas cuando quisieron cubrirlo de jaspe, no fue jamás posible el conseguirlo: todo cuanto se ponia allí encima, por rico, por precioso que fuese, era repelido y echado fuera por una virtud invisible, viéndose obligados á dejarlo descubierto. Añade san Gerónimo que cuando se quiso acabar la bóveda de aquella magnífica Basílica, no fue posible tampoco cerrar el paraje que correspondia perpendicularmente al sitio de las huellas de los pies del Salvador, de suerte que se vieron obligados á dejar al descubierto el espacio por el cual se habia elevado Jesucristo desde la tierra al cielo, igualmente que el paraje de la roca en donde habia impreso sus sagradas huellas.

§. LXVII.

Misterios y fiestas principales en honor de Jesucristo.

Como en esta historia se han referido con bastante proligidad, y hasta las menores circunstancias, todos los misterios de la vida y de la muerte de Jesucristo, hasta su gloriosa Ascension al cielo, no resta mas que hablar aquí de sus sagrados despojos; esto es, de los instrumentos de su pasion y de su muerte y de todo lo que habia servido á su sepultura, y que puede llamarse reliquias sagradas del Salvador, cuya mayor parte honra la Iglesia con fiestas particulares.

No solamenta celebra la Iglesia todos los años la fiesta de todas estas cosas con tanta solemnidad para recor-

dar la memoria de estos sagrados misterios, los cuales pueden llamarse el alma de nuestra religion, sino tambien para que sus hijos saquen todo el fruto posible; se exciten al reconocimiento, y se alimente su piedad por la celebracion de estas grandes fiestas: en efecto, entre todos los ejercicios que pueden ocupar la piedad cristiana, no hay ninguno que parezca mas útil que penetrarse bien de su espíritu, y emplear debidamente los dias de las fiestas solemnes, puesto que se halla en ellas lo mas esencial que la religion nos propone, ya en sus misterios, ya en su culto.

Con esta mira celebra la Iglesia con tanta pompa y religion el misterio de la encarnacion del Verbo Eterno en el seno de la santísima Vírgen el 25 de Marzo; el nacimiento de Jesucristo el 25 de Diciembre; su circuncision el 1.º de Enero; su manifestacion á los gentiles ó la Epifanía, comunmente llamada la fiesta de los Reyes, el 6 del mismo mes; su presentacion al templo de Jerusalen á los cuarenta dias despues de su nacimiento, el 2 de Febrero; su gloriosa transfiguracion el 6 del mes de Agosto; la memoria de su pasion y de su muerte, la última semana de Cuaresma; su triunfante resurreccion el santo dia de Pascua, el cual se llama por excelencia *el dia del Señor*, y del que todos los domingos del año son como el dia de la octava; en fin, su gloriosa ascension al cielo, y diez dias despues la venida del Espíritu Santo visiblemente sobre sus apóstoles y sus discípulos en el santo dia de Pentecostes, como se lo habia prometido el divino Salvador. Y despues de todas estas grandes solemnidades la fiesta de la Eucaristía, que se llama la fiesta de Dios (1), una de las mas célebres y mas privilegiadas, como que contiene, por decirlo así, todos los demás misterios; puesto que la divina Eucaristía es como el compendio de todos, siendo, como es, la representacion real de su muerte, la obra maestra de su omnipotencia y de su sabiduría, el milagro por excelencia de su amor, y como el resúmen de todas sus maravillas.

(1) En España se llama el dia de *Corpus Christi.*

Además de todas estas fiestas solemnes y universales, de los principales misterios de nuestra religion y los de la cruz adorable de Jesucristo, principal instrumento de nuestra salud, se celebran tambien en algunas iglesias particulares las grandezas de Jesus el 28 de Enero; la fiesta del santisimo nombre de Jesus el 14 del mismo mes (1); la de las cinco llagas, monumentos eternos de nuestra redencion; la de los santos clavos y de la corona de espinas, de las que se hablará mas adelante.

Celébrase, por fin, al otro dia de la octava del dia de Corpus la fiesta del sagrado Corazon de Jesus, que ha sido el manantial de todos los beneficios de que nos ha colmado el Salvador, el asiento de su amor infinito para con nosotros, y el principio de todos estos grandes misterios. Esta fiesta se halla ya hoy establecida en un gran número de diócesis (2), y en la mayor parte con voto con motivo de la enfermedad contagiosa con que estuvo tanto tiempo afligida la Francia. La liberalidad con que los soberanos pontífices han derramado en muchos breves los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que llenos de zelo profesan esta sólida devocion, autoriza bastante su práctica. Aunque esta devocion que no tiene por objeto mas que el amor inmenso de que está abrasado el Corazon de Jesus y la reparacion de los ultrajes que recibe en la divina Eucaristía por la escandalosa ingratitud de los hombres; aunque esta devocion sea tan antigua y haya sido siempre tan amada de los mas grandes santos, como puede verse en el libro intitulado la *Devocion al sagrado Corazon de Jesus*, que el autor de esta historia ha dado al público, parece no haberse renovado en estos últimos tiempos en el corazon de los fieles, sino para hacer revivir aquel primer fervor cuasi extinguido hoy en la mayor parte de los cristianos.

---

(1) En España se celebra esta fiesta en la segunda dominica despues de la Epifanía.

(2) Esta fiesta se celebra ya en España en todas las diócesis.

A la verdad, como el corazon adorable de nuestro Señor Jesucristo es santo con la santidad de Dios mismo; como todos sus movimientos, segun la dignidad de la persona divina que los obra, son de un precio infinito; como este divino Corazon no solo es el asiento del amor inmenso con que nos ama Jesucristo, sino que tambien es su órgano; como de este sagrado Corazon es de donde nacen todos los sentimientos de dulzura, de bondad y de misericordia que este divino Salvador abriga para con nosotros; como él es la fuente y el tesoro de todas las gracias y de todos los beneficios de que hemos sido colmados, el asilo de los pecadores y la mansion mas dulce de las almas santas; en fin, como en este divino Corazon es donde se ha formado el plan de todos los sagrados misterios de la vida y de la muerte de Jesucristo, no debemos extrañar el que muchos santos hayan tributado á este sagrado Corazon un culto tan religioso y una devocion tan tierna.

"¡O dulcísimo Jesus, exclama san Bernardo, qué riquezas encerrais en vuestro sagrado Corazon! ¿Es posible que los hombres no sientan sino debilmente lo que pierden por la indiferencia y el olvido que tienen para con este Corazon adorable? Por lo que hace á mí, añade, no quiero omitir nada para ganarle y para poseerle. Yo le consagraré siempre todos mis pensamientos; sus sentimientos y sus deseos serán los mios; en fin, todo lo daré, y todo lo sacrificaré para comprar este tesoro (*D. Bern. de Pas. serm.* 3). Pero ¿qué necesidad hay de comprarlo, continúa el santo Doctor, puesto que él es verdaderamente mio? Sí, lo digo con confianza, el Corazon de Jesus es mio, puesto que él es mi cabeza; y el que es cabeza, pertenece tambien á todos los miembros. Este sagrado Corazon será, pues, de hoy en adelante el templo donde no cesaré de adorarle, la víctima que le ofreceré sin cesar, y el altar en donde haré mis sacrificios sobre él; el mismo fuego de divino amor en que arde su corazon, consumirá el mio; en este sagrado Corazon será en donde yo hallaré un modelo para reglar los movimientos del mio, un fondo para desempeñarme de todo lo que debo á la justicia divina, y un puerto seguro, en el cual al abrigo de

las tempestades y de los naufragios diré con David (2 *Reg.* 7): He hallado mi corazon para orar á mi Dios; sí, yo he hallado este divino Corazon en la adorable Eucaristía, en la que he encontrado el Corazon sagrado de mi buen Amigo, de mi Hermano, de mi Rey, de mi Redentor; y despues de esto, ¿en quién consistirá el que yo pida con confianza, y que obtenga lo que pidiere? Vamos, hermanos mios, entremos en este amable Corazon para no salir jamás de él."

§. LXVIII.

La Invencion de la santa Cruz.

La Cruz sagrada, glorioso trofeo de nuestra redencion, augusto teatro de las divinas misericordias, instrumento precioso de que Dios se ha servido para la salvacion del género humano, ha sido despues de la muerte de Jesucristo el objeto del culto singular de todos los fieles. Como era costumbre entre los judíos enterrar con los ajusticiados los instrumentos de su suplicio, la cruz del Salvador fue arrojada en un hoyo cerca de su sepulcro con los clavos con que habia sido clavado en ella. Despues de la resurreccion de Jesucristo los judíos no omitieron nada para sustraer á la veneracion de los cristianos todas estas preciosas reliquias. Habiéndose apoderado los paganos de los lugares santos, sobrepujaron aun en impiedad á los judíos, y nada dejaron por hacer para abolir hasta la memoria de ellas. Ellos habian cegado la gruta del santo sepulcro, habian echado sobre ella una gran cantidad de tierra y de escombros, y para colmo de impiedad y de profanacion habian edificado encima un templo de Venus, en donde ofrecian los mas abominables sacrificios que alejaban de allí para siempre á los cristianos.

Despues de la entera derrota de Licinio, emperador de Oriente, Constantino el Grande, primer emperador cristiano, viéndose único dueño de los dos imperios, excitado por el zelo de la ilustre Elena, su madre, empleó toda su solicitud en hacer que floreciese la verdadera re-

ligion destruyendo los aciagos restos del paganismo. Dió órden para destruir aquel monumento de la impiedad, y edificar allí una iglesia tan magnífica, que sobrepujó á los mas soberbios edificios de las otras ciudades.

Quiso encargarse por sí misma la emperatriz santa Elena de esta grande y piadosa obra. Ocupada hacia mucho tiempo en obras de piedad, y en todo lo que podia contribuir á la gloria de la religion, aunque ya contaba cerca de los ochenta años de su edad, fue á Jerusalen, resuelta á valerse de todos los medios para encontrar la cruz del Salvador, sin que la arredrasen obstáculos que parecian insuperables; porque, como dice Sozómeno, los gentiles en odio del nombre cristiano habian hecho todos sus esfuerzos, y puesto en ejercicio toda su industria para abolir hasta la memoria del lugar donde habia sido enterrada la cruz, y donde estaba el santo sepulcro. Santa Elena comenzó por echar abajo el ídolo y el templo, desmontó en seguida los terraplenes, y conducida por una antigua tradicion hizo cavar tan profundo que por fin se descubrió el santo sepulcro, cerca del cual se encontraron tres cruces del mismo tamaño y de la misma forma, sin que pudiese discernirse bien cuál era la del Salvador. El cartelon en que Pilato habia escrito estas palabras; *Jesus Nazareno, Rey de los judíos*, habia sido arrancado, y estaba entre las cruces, lo cual manifestaba bastante que una de las tres era la que se buscaba; pero no fue jamás posible conocerla.

En esta perplegidad la emperatriz consultó á san Macario, obispo de Jerusalen, el cual fue de parecer que se aplicasen las tres cruces á algunos enfermos, no dudando que Dios declararia por medio de algun milagro cuál de las tres era la verdadera cruz del Salvador. Fue aprobado este expediente; aplicaronse las tres cruces á una señora de cualidad que estaba en la agonía; las dos primeras no hicieron efecto alguno, mas apénas la enferma hubo tocado la tercera, cuando inmediatamente quedó curada en presencia de una multitud del pueblo, que fue testigo del milagro. Para asegurarse todavía mas de la verdad, pusieronse las tres cruces sobre un cuerpo muerto, y solo la

que ya habia curado á la enferma, resucitó al muerto. Desde entonces se rindió á este sagrado leño, que habia servido de instrumento al misterio de nuestra redencion, el culto que le era debido, y desde aquel tiempo la memoria de aquel dia se hizo célebre entre las fiestas de la Iglesia bajo el título de la Invencion de la santa Cruz, cuya fiesta se celebra todos los años el 3 de Mayo. La emperatriz santa Elena hizo edificar una magnífica iglesia en el mismo paraje en donde se habia encontrado la cruz, y en esta iglesia colocó la mitad del sagrado leño, que hizo engastar ricamente, y trajo la otra mitad al emperador Constantino, su hijo, el cual recibió el precioso presente con una veneracion singular. Conservó una porcion de él en Constantinopla, y envió lo restante á Roma, en donde fue colocada en la magnífica iglesia que este emperador hizo edificar allí exprofeso para esta sagrada reliquia, y que por esto se llamó la iglesia de santa Cruz de Jerusalen.

San Cirilo, que fue obispo de Jerusalen veinte y cuatro años despues de san Macario, asegura que en poco tiempo se llenó el universo de partecitas de la porcion de la cruz que estaba en Jerusalen; porque sus predecesores, despues de san Macario, y él mismo daban particulitas de ella á los peregrinos de calidad que venian por devocion á Jerusalen de todas las partes del mundo para reverenciar este leño sagrado: y el mismo Padre añade, como testigo ocular, que aquella porcion de la cruz no disminuia por la distribucion que se hacia de ella, renovándose en ella visiblemente el milagro de la multiplicacion portentosa de los cinco panes, en razon de que distribuyéndose sin cesar á pedazos, nunca se disminuia. San Paulino, que vivia en 425, dice que esta virtud milagrosa del leño sagrado, que muerto y seco, como estaba, parecia reproducirse aun como si estuviese vivo, se le habia comunicado por el contacto de aquella carne divina que habiendo sufrido la muerte sobre este mismo leño, la ha vencido por una resurreccion gloriosa. Esta cruz, aunque material y seca, sin que tenga cosa alguna vejetable, parece que todavía vive y se nutre; de suerte que desde aquel tiempo acá, añade este Santo, por mas que se ha cortado de ella un

número infinito de partecitas para satisfacer á la devocion de los fieles, no disminuye; y aunque son tantos los que poseen de estos pedacitos, se diria que no se le ha tocado; y siempre aparece entera. Así hablaba san Paulino acerca del milagro de la cruz en la undécima carta á Severo.

§. LXIX.

La fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz.

El año 615 habiendo Cosrhoas, segundo rey de Persia, tomado á Jerusalen, sacó de donde estaba la santa cruz, y con ella llevó cautivos un gran número de fieles, entre los cuales se contaba Zacarías, patriarca de Jerusalen. Heráclio, emperador de Constantinopla, le pidió la paz; mas no queriéndosela conceder el rey bárbaro sino con la condicion de que renegase de Jesucristo, y que lo mismo habian de hacer sus pueblos, para adorar al sol que era el Dios de los persas, una peticion tan impía llenó de una justa indignacion á los cristianos, al clero y á todas las casas religiosas que con todo gusto y con la mayor liberalidad cedieron sus bienes al emperador para sostener una guerra tan legítima. Animado aquel príncipe con este socorro, y todavía mas por su confianza en Dios, hizo adelantar sus tropas, y llevando él mismo una imágen milagrosa de nuestro Señor Jesucristo, á pesar de la desigualdad de sus fuerzas dió la batalla contra Cosrhoas el año 627, le derrotó enteramente, y consiguió de él una victoria completa. Habiéndose visto el rey bárbaro precisado á ponerse en fuga, fue persegnido hasta dentro de sus estados. En fin, Syroes, su hijo mayor, á quien él habia querido desheredar para colocar en el trono á su hijo menor, se apoderó de él, le hizo morir en una prision, y se hizo señor de sus hermanos. El nuevo rey pidió la paz al emperador; Heráclio se la concedió, con la condicion de que le volviese el sagrado madero de la Cruz, y pusiese en libertad á Zacarías, patriarca de Jerusalen, con los demás cristianos esclavos. Verificáronse todas estas condiciones: fue llevada la sagrada Cruz en

triunfo á Jerusalen en el mes de Setiembre del año 628. Quiso el emperador llevar por sí mismo sobre sus espaldas el sagrado madero; pero no le fue posible entrar con él en la ciudad, sino despues de haber dejado sus magníficos vestidos cubiertos de pedrería y ricamente bordados, y tomado otros sencillos, lo cual hizo siguiendo el parecer del patriarca. La Iglesia despues ordenó que se celebrase todos los años la fiesta de la Exaltacion de la Cruz el 14 de Setiembre para no perder la memoria de un triunfo tan glorioso.

La porcion de la cruz que quedó en Jerusalen despues de haber sido sacada del poder de los persas, fue trasportada algunos años despues á Constantinopla para ponerla á cubierto de los insultos de los infieles. Los emperadores creian que no podian hacer un presente mas rico, que el de dar á los príncipes estranjeros algunas partículas de este madero sagrado: el emperador Justino el jóven envió una parte del que se guardaba en Constantinopla desde el año 569 á santa Radegundis, la cual le hizo poner en un rico relicario, que colocó en su célebre Abadía, llamada por esto de santa Cruz, que ella hizo edificar en Poitiers, y en la cual concluyó santamente su vida el año 587. Esta preciosa reliquia dió motivo á Fortunato de Poitiers para componer en honor de la Cruz los dos himnos de que la Iglesia se sirve todavía hoy en las solemnidades de la adoracion, en el viernes santo, y en los oficios de la semana santa, que comienzan por estas palabras: *Vexilla regis.... Pange lingua gloriosi, lauream certaminis..* Los emperadores continuaron despues haciendo presentes del sagrado madero, hasta que habiendo sido por fin trasportado lo que quedaba á Venecia se le dió al rey san Luis, y fue llevado á Francia el año 1241, y en el siguiente colocado con la corona de espinas del Salvador en la capilla que el santo Rey acababa de edificar en su palacio, y que se llamó despues la santa Capilla.

Otra porcion muy considerable del sagrado madero de la cruz, dada á su abuelo Felipe Augusto, por Balduino, primero de este nombre, emperador de Constantinopla el año 1205, se habia depositado en la Abadía de san Dio-

nisio, de suerte que con lo que se habia ya repartido de él en las diferentes iglesias y monasterios del reino, puede decirse que la mayor parte de la verdadera cruz se halla en Francia.

§. LXX.

De los sagrados clavos, de la santa corona de espinas, del título de la cruz, y de la esponja que fue presentada á Jesucristo en la cruz.

Con la cruz del Salvador del mundo se hallaron tambien los sagrados clavos que habian traspasado sus manos y sus pies: fue fácil distinguirlos de los que habian servido para la crucifixion de los dos ladrones, porque estos estaban comidos del robin, al paso que los del Salvador se habian conservado milagrosamente, y parecian enteramente nuevos. Santa Elena hizo todo el caso que debia de una reliquia tan preciosa: envió dos al emperador Constantino su hijo, para emplearlos en forjar el bocado de la brida del caballo del emperador; á lo cual san Gregorio de Tours, despues de san Ambrosio, Theodoreto, y algunos otros padres, aplica el versículo 20 del capítulo 14 del profeta Zacarías: *En aquel dia lo que sirve de bocado á la brida del caballo será santo, y consagrado al Señor.* Uno de estos santos clavos se conserva en Carpentoria, ciudad episcopal del condado Venesino, y esta preciosa reliquia se la celebra con fiesta particular en aquella ciudad, bajo del título del santo Clavo; otro se venera en Milan en la magnífica iglesia llamada el Domo de Milan, adonde fue trasladado con gran solemnidad por san Cárlos. Santa Elena hizo engastar el tercero en la diadema de su hijo Constantino; y san Ambrosio asegura que el cuarto fue arrojado en el mar Adriático, por mandato de esta princesa, para apaciguar una furiosa tempestad que iba á tragarlo todo. Asegurase que este clavo no se perdió, sino que volvió sobre las aguas como en otro tiempo el hacha del profeta Eliseo, lo que le dió mucho mas valor para todo el mundo, y se cree que es el que se guarda en París en la santa Capilla, ó en la iglesia de san Dionisio.

Algun tiempo despues santa Elena regaló tambien á la iglesia de Roma, llamada de Santa Cruz de Jerusalen, el que habia sido colocado en el casco ó diadema del emperador; y si se encuentran algunos fuera de estos, no hay duda que no son mas que clavos mezclados con limadura de los verdaderos clavos del Salvador, los cuales por esta mezcla no son menos dignos de nuestro culto.

La corona de espinas consagrada por la cabeza y la sangre del Salvador, ha sido siempre mirada, y con razon, como una de las mas preciosas reliquias. Este tesoro habia sido trasportado á Constantinopla, á lo que parece, por el gran Constantino, que nada dejaba que hacer para enriquecer su nueva ciudad imperial. Conservabase esta preciosa reliquia todavía en Constantinopla en tiempo de los emperadores franceses al principio del siglo XIII. Habiéndoles reducido la necesidad de sus circunstancias á empeñar lo mas precioso que tenian para defenderse contra los griegos, fue empeñada la santa corona á los venecianos por sumas considerables que habian prestado. Habiéndola ofrecido el emperador de Constantinopla como puro donativo á san Luis, el santo rey la aceptó con gran placer; envió á desempeñar la reliquia que ya habia sido trasladada á Venecia, pagó las deudas de Constantinopla, é hizo aun otras remesas de dinero al emperador. Fue traida la corona á Francia el año 1239. Salió el rey á recibirla á cinco leguas de Sens, seguido del clero y de toda la corte: hizose la ceremonia con una pompa tan magnífica como religiosa; depositósela primero en la capilla de san Nicolás, desde donde fue trasladada dos años despues á la santa Capilla: despues se ha hecho una gran distribucion de las espinas de esta sagrada corona, con el consentimiento de nuestros reyes, en favor de muchas iglesias no solo de Francia, sino tambien de los demás reinos. La santa Capilla de París fue dedicada bajo del título de la santa Corona de Espinas el año 1248, y se renueva la fiesta de la dedicacion todos los años el 26 de Abril, igualmente que la fiesta de la traslacion que se hizo de Venecia á París en tiempo de san Luis, la cual se celebra el 11 de Agosto de cada año. Por lo que hace al cartelon en

donde estaba escrito: *Jesus Nazareno*, *Rey de los judíos*, se asegura que santa Elena lo envió á Roma, y que fue colocado en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen, en donde se guarda con veneracion; y si algunos otros se veneran en otras iglesias, no pueden ser mas que copias del verdadero que se halló en Jerusalen.

La esponja que fue presentada á Jesucristo moribundo, se ha mirado por todos los fieles como uno de los instrumentos de la pasion del Salvador, y en este concepto como un objeto digno de su veneracion: habiase conservado muchos siglos en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalen; mas habiendo sido tomada esta ciudad, y saqueada por los persas el año 614, fue llevada esta preciosa reliquia á Constantinopla el dia 14 del mes de Setiembre del mismo año. Una parte fue despues enviada á Roma, y depositada en la iglesia de san Juan de Letran, en donde se muestra todavía hoy; y habiendo sido la otra tambien empeñada á los venecianos con la santa corona, fue traida á París por san Luis y colocada con las otras reliquias en la santa Capilla. Guárdase en Roma en la iglesia del Vaticano la lanza con que fue traspasado el costado de Jesucristo despues de su muerte en la cruz; pero entre todas estas santas reliquias, se han mirado siempre como las mas preciosas los santos sudarios que habian servido para sepultar el cuerpo de Jesucristo.



§. LXXI.

De los santos sudarios que sirvieron para sepultar el adorable cuerpo de Jesucristo, y primero del de Besanzon.

Todos los cuatro Evangelistas convienen en que habiendo sido desclavado de la cruz, despues de su muerte, el cuerpo adorable de Jesucristo, fue envuelto en lienzos muy limpios. San Marcos dice que José de Arimathea compró para esto una sábana nueva, en la cual fue envuelto el precioso cuerpo antes de ponerle en el sepulcro.

El modo de sepultar entre los judíos era cubrir el ros-

tro con un lienzo que bajaba desde la cabeza hasta los pies, y despues envolver todo el cuerpo con uno ó muchos paños, los cuales se ajustaban con muchas vendas: llamabasen indiferentemente todos estos lienzos ó paños, en que se envolvian los muertos antes de ponerles en el féretro, sudarios, no obstante que la palabra sudario significa principalmente el lienzo que se ponia sobre el rostro como para enjugar el sudor frio que acompaña ordinariamente á la muerte.

Nota san Juan que eran muchos los lienzos que envolvian el cuerpo del Salvador; y añade, que habiendo ido san Pedro al sepulcro el dia de la resurreccion, vió los lienzos que estaban allí, y separado el sudario de lienzo que se le habia puesto en la cabeza, el cual no estaba con los otros lienzos, sino que estaba doblado y puesto en un paraje aparte; y esto mismo es lo que vió san Juan en el sepulcro luego que hubo entrado en él. Dios no ha permitido que se hayan perdido estas preciosas reliquias; todos estos santos sudarios, en los cuales están milagrosamente impresas la imágen del rostro y del cuerpo de Jesucristo, se conservan despues de mas de mil y ochocientos años, tan enteros como cuando fueron empleados para envolver el cuerpo adorable del Salvador del mundo; veese en Besanzon, en Turin, en Sarlat, en Compiegne y en Tolosa el santo sudario en donde está impresa la imágen de Jesucristo. No se duda que todos los paños que envolvian el sagrado cuerpo tendrian impresa milagrosamente su imágen: el ejemplo de la Verónica es una prueba de ello, y la multiplicidad de estos santos sudarios proviene sin duda de la multiplicidad de lienzos que envolvian el cuerpo adorable del Salvador.

Los mas célebres de estos santos sudarios que tienen la señal del cuerpo de Jesucristo sobre su tela, son el de Besanzon, en el Franco Condado, y el de Turin, en el Piamonte: en el uno y en el otro, la imágen del Salvador es de cerca de cinco pies de largo, lo que demuestra que Jesucristo era de una talla mas que mediana. El de Besanzon es de una tela muy fina: se compone de dos tiras juntas cosidas con mucha delicadeza; tiene cerca de

ocho pies de largo, y cinco por lo menos de ancho. La imágen del cuerpo adorable de Jesucristo está impresa en él al natural desde los pies hasta la cabeza; están señalados todos los rasgos de su rostro, é impresas todas las señales de su pasion; adviértese en él la llaga del costado, las de los pies y de las manos, y todas las cicatrices del sagrado cuerpo desgarrado con tantos azotes, los cuales no formaban mas que una sola llaga. Dicese que en este no es tan vivo el color, ni los rasgos se distinguen tanto como en el santo sudario de Turin, lo que prueba que estaba inmediatamente sobre el cuerpo enteramente ensangrentado del Salvador, el cual ungido con el extracto de muchos aromas para embalsamarle debia tener los rasgos menos distinguidos, y el color menos fuerte. El cuerpo está estendido á lo largo en los dos; tiene los brazos tambien tendidos y las manos cruzadas. Uno de los mas sabios escritores del siglo pasado, cree con razon que el sudario de Besanzon es aquel con que san Juan ha dicho que se habia cubierto la cabeza de Jesucristo, y que san Pedro y él habian encontrado doblado separadamente de los otros sudarios ó sábanas en el sepulcro el dia de la resurreccion de su divino Maestro. La forma de este santo sudario, su longitud capaz solo de cubrir por delante el cuerpo adorable, y la señal del cuerpo de Jesucristo que se halla en esta sagrada tela no mas que por delante, autorizan esta opinion, y hacen creer que este es el verdadero sudario que cubria inmediatamente el cuerpo adorable de Jesucristo, y sobre el que estaba la sábana que envolvia todo el cuerpo por delante y por detrás fajada con vendas, la cual parece ser el santo sudario de Turin.

Esta preciosa reliquia se guarda con mucho cuidado y veneracion en la célebre iglesia de Besanzon hace ya cerca de seiscientos años: no se sabe qué año, ni por quién fue traida á aquella ciudad, mas ilustre todavía por este precioso depósito que por su antigüedad, y por otros cien títulos que la hacen una de las mas célebres ciudades de las Gaulas. El incendio que abrasó enteramente la iglesia de san Esteban con sus archivos el año 1349, ha privado á la posteridad de la historia de esta ilustre reli-

quia: todo lo que se sabe por una antigua tradicion es que el santo sudario fue traido de la Palestina á Besanzon hácia el fin del siglo XI, ó principio del XII, en que concluyó la primera cruzada en tiempo de Godofredo de Bouillon.

El venerable Beda que vivia á últimos del siglo septimo, y principios del octavo, en el libro que escribió de los santos lugares (*De Locis sanctis*, *cap.* 5.), dice que habiendo caido el santo sudario que habia tocado inmediatamente el cuerpo del Salvador despues de su muerte en manos de un judío convertido á la fe por la predicacion de los apóstoles, este esperimentó por la posesion de este precioso depósito las mismas bendiciones del cielo que Obededon habia recibido guardando en su casa el Arca. Todo prosperaba en la suya desde que el santo sudario habia entrado en ella, y en poco tiempo se vió uno de los mas opulentos de la Palestina. Poco tiempo antes de su muerte queriendo hacer la particion de sus bienes entre sus hijos, le dió á escoger al mayor, ó todos los bienes inmuebles que poseia, ó el santo sudario que miraba como la verdadera causa de su fortuna; el mayor escogió desde luego todas sus grandes haciendas, y la herencia del menor fue el santo sudario: por mas que á la vista pareciese desigual esta herencia, lo cierto es que se vió muy pronto que el menor habia llevado la mejor porcion: todos los grandes bienes del mayor se deshicieron en poco tiempo entre las manos del que los poseia, en vez de que la abundancia crecia todos los dias en casa de su hermano. Habiendo perseverado esta sucesion de prosperidades de padre á hijo por muchos siglos, atrajo muchos envidiosos á aquella familia afortunada, hasta que habiéndose hecho dueños los sarracenos de los lugares santos, y sabiendo la virtud milagrosa de este sagrado depósito, quisieron quitarsele á los fieles. Fue llevada la causa al tribunal de Mauvias, rey de los sarracenos: éste, queriendo terminar todas estas disputas, hizo encender un gran fuego, y en presencia de un pueblo inmenso de infieles y de cristianos hizo arrojar en él el santo sudario; pero el Señor, que queria conservarnos esta preciosa reliquia, no

permitió que pereciese; vióse el sagrado sudario que, despues de haber estado algunos momentos en medio del fuego sin padecer detrimento, se elevó repentinamente en el aire, en donde habiendo permanecido algun tiempo suspendido á vista de todo el mundo, fue á depositarse en manos de un cristiano que se hallaba entre la multitud, á quien lo dejó el rey de los sarracenos. Despues de este milagro, esta preciosa reliquia estuvo en singular veneracion en todo el Oriente. *Echado, pues, en el fuego el sudario,* dice el santo historiador, *sale rápidamente de él, y revoloteando con gracia en el aire, al fin, á vista de todos fue blandamente á ponerse en las manos de uno del pueblo cristiano; el cual luego á la mañana todo el pueblo lo saludaba y besaba con suma veneracion: tiene ocho pies de largo.* Hasta aquí son las mismas palabras del venerable Beda, quien, como él mismo dice, habia sabido toda esta historia del obispo Anulfo, el cual habiendo hecho la peregrinacion á la tierra santa, se habia hallado en ella cuasi al mismo tiempo en que habia sucedido el milagro. Siendo la longitud de ocho pies la del santo sudario de Besanzon, y hallándose conforme esta medida con la del que habla el venerable Beda, es una gran razon para creer que es el mismo santo sudario de que ha hablado este sabio, á quien se mira como un padre de la Iglesia. El santo sudario de Turin tiene doce pies de largo, y no hay mas que el santo sudario de Besanzon que tenga la medida del de que habla el venerable Beda.

El incendio de la iglesia de san Esteban de Besanzon acaecido el año de 1349, de que se ha hablado ya, nos ha privado del conocimiento del año en que fue llevado allí este precioso depósito, y del bienhechor que enriqueció con él esta célebre iglesia; lo que es cierto sí, es, que Godofredo de Bouillon, Roberto, conde de Flandes, y los mas grandes señores de Francia, habiendo tomado la cruz, y puestose á la cabeza de aquella famosa cruzada que sacó la tierra santa de manos de los infieles, fueron acompañados de un gran número de eclesiásticos y de prelados que quisieron tener parte en una conquista tan santa. De este número fue Hugo, arzobispo de Besan-

zon, el cual fue acompañado de algunos de sus canónigos, uno de los cuales, á lo que se cree, habiendo rescatado esta santa reliquia, enriqueció despues su iglesia con este precioso depósito.

No sería estraño que habiendo sido quemada la iglesia de san Esteban de Besanzon en el año de 1349, como va dicho, hubiese sido el santo sudario consumido por las llamas con todo el tesoro; pero habiéndose observado algunos años despues que aparecia todas las noches una luz milagrosa en un parage de las ruinas, se cavó y halló en él el santo sudario en la cajita en que se le guardaba, sin que se hubiese maltratado ni por el fuego, ni por las ruinas. No obstante esto, y por mas patentes que fuesen todas las circunstancias del milagro, muchos no dejaron de temer que pudiese haber superchería en estos hechos, y que se hubiese supuesto un nuevo sudario en lugar del verdadero. Hizose examinar escrupulosamente la tela por peritos hábiles, y las señales del cuerpo del Salvador por los mas diestros pintores, los cuales todos aseguraron con juramento, que la tela era de un tejido y de una cualidad desconocida del arte, y que la pintura no habia tenido parte en aquella imágen milagrosa: esto es lo que se sabe por una tradicion respetable por su antigüedad, lo cual está tambien confirmado por un manuscrito muy antiguo de la iglesia de Santiago de Reims, en el que despues de haber exaltado la dicha de la iglesia de Besanzon en verse enriquecida con el santo sudario, añade que esta preciosa reliquia habia estado perdida durante algun tiempo; pero que habiendo sido por fin recobrada, y habiendo reconocido que la imágen del Salvador habia sido milagrosamente impresa en ella, se habian convencido de que este sagrado sudario era el que habia estado sobre el cuerpo de Jesucristo: lo cual habia sido confirmado, añade el mismo manuscrito, por un insigne milagro; porque habiéndose puesto este santo sudario sobre un muerto que iban á enterrar, resucitó inmediatamente, poco mas ó menos como el cuerpo muerto que habiendo sido echado en el sepulcro de Eliseo, no bien hubo tocado los huesos de aquel profeta, cuando el muerto

resucitó, y se puso en pie (4. *Reg.* 13.). Despues de esta maravilla, la veneracion á esta preciosa reliquia se ha acrecentado todos los dias; desde entonces, como sucede todavía hoy, se ven venir los pueblos de todas partes para rendir á este sagrado monumento de nuestra redencion el culto que le es debido, y puede decirse que esta piedad de los fieles jamás es infructuosa. Atribuyase, si se quiere, á la fe de los fieles los milagros que esta santa reliquia ha obrado hasta aquí: el que subsiste tantos siglos hace y que puede llamarse un milagro visible y permanente es una prueba incontestable de la autenticidad de esta preciosa reliquia; porque sin embargo de ser la tela sumamente fina, y que está doblada con una infinidad de pliegues y repliegues, de suerte que teniendo ocho pies de largo y cinco de ancho, está reducida á un pequeñísimo volúmen, está tan entera, no obstante, y tan nueva despues de un gran número de siglos, como si saliese de las manos del obrero, al paso que las telas que la circundan se gastan y por fin se rompen por sus pliegues, y es necesario renovarlas al cabo de cierto número de años. ¿Y no puede mirarse esta visible integridad del santo sudario de Besanzon, como un milagro permanente que confunde la mas maligna incredulidad, y que le pone á prueba de la crítica mas molesta?

Así es, que se ven pocas santas reliquias conservadas con mas cuidado, y reverenciadas con tanta religion. Está el santo sudario encerrado en un cofrecito de plata sobredorada, envuelto en un raso carmesí, y este cofrecito de plata está encerrado en una cajita de madera, guarnecida en lo interior con una tela de las mas preciosas; cierranla cinco cerraduras todas diferentes, cuyas llaves las guardan cinco canónigos, cada uno la suya: este sagrado depósito está detrás del altar que se llama del santo Sudario, en un armario cerrado con tres llaves, que tienen en su poder tres personas diferentes; aun para entrar á él es menester todavía pasar por dos puertas, de las cuales la una está cubierta con láminas de hierro. Todo este esmero, todas estas precauciones despues de tantos siglos, demuestran bastante la veneracion en que se tiene esta preciosa reliquia,

y la estima que se hace de ella: muestrase públicamente el santo sudario dos veces al año con magnífica solemnidad; en el dia de Pascua lo hace el arzobispo asistido de dos canónigos; y en el de la Ascension hacen esta augusta ceremonia los señores canónigos, á son de campanas, y entre el estruendo de toda la artillería de los fuertes.

El historiador que se ha citado ya (1), refiere un gran número de milagros obrados por esta preciosa reliquia y autorizados por actas tan auténticas que no es posible ponerlos en duda sin temeridad; muchos ciegos han recobrado instantáneamente la vista al solo contacto del santo sudario, en presencia de un pueblo inmenso que ha producido muchos millares de testigos. Un pobre ciego, llamado Rosieu, de la aldea de Millet, cerca de Jussey, lleno de fe en esta santa reliquia, y no hallando nadie que quisiese conducirle á Besanzon el dia de Pascua en que debia mostrarse el santo sudario, se puso de rodillas á la hora que sabia que se mostraba la reliquia, y animando su oracion con una fe viva, recobró la vista tan perfectamente, que sin baston y sin guia se fue á Besanzon, y por sí mismo probó el milagro. Vieronse igualmente muchos enfermos reducidos al último extremo, recobrar milagrosamente la salud solo con besar una imágen del santo sudario; y la cofradía establecida bajo del título del santo sudario, cuya fiesta particular está fijada al dia 3 de mayo, así como el monumento público erigido por voto de la ciudad el año de 1540 por haberse visto libre de un mal contagioso, prueban bastante la autenticidad de esta preciosa reliquia.

§. LXXII.

El santo sudario de Turin.

El santo sudario que se guarda en Turin con mucha devocion, y que se muestra todavía con mas solemnidad,

---

(1) Chifflet de Lint. Sepulch.

parece ser el paño ó sábana en el que habia sido envuelto el cuerpo adorable de Jesucristo inmediatamente despues de su muerte, luego que fue desenclavado de la cruz, y que tomando desde los talones, y pasando por encima de la cabeza, descendia hasta los pies, y se llamaba la sábana ó el gran sudario: vese en él la imágen del cuerpo estendido de Jesucristo formada con su sangre, impresa, como en el de Besanzon, con las mismas proporciones, la misma postura, y los mismos rasgos, con esta sola diferencia, que el de Besanzon no representa mas que el cuerpo por delante, y el de Turin representa toda la figura del cuerpo adorable de Jesucristo por delante y por detrás. La tela de este no parece tan fina como la de aquel, porque el sudario que envolvia inmediatamente el cuerpo por delante, era siempre mas fino que la sábana que se ponia encima que envolvia todo el cuerpo, y que se ajustaba con vendas. Los colores de la imágen impresa sobre el santo sudario de Turin son mas vivos, y todas las cicatrices del cuerpo adorable están mejor señaladas que en el de Besanzon; la razon de esto es muy clara. Habiendo José de Arimathea obtenido de Pilato el permiso para desenclavar de la cruz el cuerpo de Jesucristo, luego que le hubo bajado le envolvió en una sábana, dice el Evangelista (*Luc.* 23). Como todas las llagas estaban todavía abiertas, y la sangre fresca, la impresion del sagrado cuerpo que se hizo milagrosamente sobre este lienzo debió ser mas viva, el color de las llagas y de la sangre mas fuerte, y los rasgos mas finos y mas distinguidos. Fue este el primer sudario en que fue envuelto el cuerpo de Jesucristo inmediatamente que fue bajado de la cruz. Como antes de ponerle en el sepulcro se dispuso, segun el uso del país, embalsamarle, luego que fue ungido con el extracto de muchos aromas, se puso sobre el cuerpo un sudario que cogia solamente desde los pies á la cabeza por delante, envolvióse en seguida todo el cuerpo con la sábana con que habia sido envuelto al principio, que cogia desde los talones hasta los pies, pasando sobre la cabeza, y se ajustó con vendas como ya se ha dicho. Habiéndose en este intervalo enfriado el cuerpo, y cuajadose la sangre, se habian es-

trechado las llagas; y he aquí lo que hizo que en el sudario aplicado por delante sobre el cuerpo embalsamado, que es el de Besanzon, las llagas parecen menos anchas, los colores mas ahogados, la sangre ajada y desteñida, y todos los rasgos del cuerpo menos delicados, menos distinguidos, y mas borrosos; pero la medida del cuerpo, la actitud, y todas las proporciones, se hallan perfectamente las mismas en los dos sudarios; y por confesion de los mas hábiles pintores que los han examinado escrupulosamente, ni el arte ni el pincel han tenido parte en la sagrada imágen de los dos sudarios, cuya autenticidad se ha dignado Dios manifestar por los milagros que ha obrado por ellos.

No debemos estrañar el que todos los primeros siglos, en aquellos tiempos de tribulaciones y de persecucion de la Iglesia, se descuidase, por decirlo así, la historia de estas preciosas reliquias, y por qué medios se han conservado y trasmitido hasta nosotros. Lo que hay de cierto, como se ha dicho ya cuando se ha tratado del santo sudario de Besanzon, es que el de Turin nos ha venido de la Palestina, habiendo Dios dispuesto que estos sagrados despojos estuviesen en manos de los cristianos y aun de los infieles, hasta que por una disposicion impenetrable de la divina Providencia, habiendo caido todo el Oriente, por un secreto juicio de Dios, bajo de la dominacion de los infieles, todo lo que habia servido de instrumento á la pasion y á la muerte de Jesucristo pasase y fuese conservado en un país cristiano.

Lo que con mas seguridad se sabe acerca de las aventuras, por decirlo así, del santo sudario de Turin, es que en la decadencia del imperio de los griegos, habiéndose hecho dueños los príncipes franceses de Constantinopla y del imperio de Oriente, esta preciosa reliquia, como tantas otras, fue conservada en aquella ciudad imperial hasta fin del siglo XII, ó principio del XIII, en que los emperadores de Constantinopla hicieron donacion de ella, á lo que se cree, á los príncipes de la casa de Lusignan que poseian el reino de Chipre. Habiendo muerto Juan III, ó Juan último, en 1473, dejó los reinos de Chipre, de Jeru-

salen y de Armenía á Carlota, su hija única, la cual fue coronada en Nicosia reina de los tres reinos en 1458; pero habiéndose rebelado poco despues Santiago, hijo natural de Juan III, usurpó el reino, y con la ayuda del soldan Melec-Ella, arrojó á la reina de todos sus estados. Esta Princesa se retiró á Saboya, al abrigo de Carlos duque de Saboya, su sobrino; despues habiendo ido á Roma, hizo donacion de sus reinos á Carlos, duque de Saboya su sobrino, en presencia del Papa y de muchos cardenales.

Cuando Carlota se retiró á Saboya, habia llevado consigo á la princesa de Charni su parienta, que era depositaria del santo sudario, el cual la llevó y conservó como por milagro, dice la historia; porque habiendo sido robados sus equipajes entre los cuales se hallaba la rica caja en donde estaba encerrada esta preciosa reliquia, y habiendo intentado los ladrones, en la particion que hacian del robo, cortar en dos partes el santo sudario, nó bien se hubo puesto uno de ellos en ademan de cortarle, cuando instantaneamente se encontró baldado de las manos, y se sintió acometido al mismo tiempo de una enfermedad mortal. Habiéndose apoderado otro de sus compañeros del paño sagrado, hizo todo cuanto le fue posible para borrar la imágen del Salvador que estaba impresa en él; pero cuanto mas le lavaba, mas vivos aparecian los colores. Tantas maravillas conmovieron á los ladrones, los cuales habiéndose convertido, volvieron al fin la reliquia. Asegúrase que el duque y la duquesa de Saboya obtuvieron despues de muchas súplicas un presente tan precioso, el cual depositaron en la iglesia de Chamberí, capital de Saboya, que el papa Paulo II erigió en consideracion á esta sagrada reliquia. Tal es la primera opinion acerca de la deposicion del santo sudario en la capital de Saboya.

Algunos escritores mas modernos citan otras actas mas antiguas, que aseguran que estando este precioso depósito en poder de Geoffroy de Charni, caballero de Borgoña y gobernador de Picardía, fue donado á la iglesia colegial de Lira, pueblo corto de Champaña, á tres leguas de Troyes, por el mismo Geoffroy, que era señor del lugar, y que habia hecho edificar esta iglesia para cumplir

un voto que habia hecho por su libertad estando prisionero de los ingleses. Habiendo los canónigos que allí habia establecidos espuesto públicamente el santo sudario, vieron muy pronto venir en tropas los pueblos de todas partes á honrar este precioso depósito. El obispo de Troyes, Enrique de Poitiers, de cuya diócesis era la iglesia de Lira, indignado de que se hubiese espuesto el santo sudario sin su aprobacion y permiso, prohibió á los canónigos esponer públicamente en lo sucesivo la reliquia. Llevósela, pues, fuera de la diocesis, en donde estuvo en depósito y encerrada cerca de veinte y cuatro años. Habiendo el jóven Geoffroy de Charny, hijo del fundador, encontrado medio de hacerla volver á su iglesia de Lira, fue religiosamente conservada en ella hasta el año 1418. Desoladas por los egércitos en tiempo del duque de Borgoña Juan, apellidado Sin miedo, la Champaña y el ducado de Borgoña, los canónigos de Lira pusieron el santo sudario con otras reliquias en depósito en casa de Humberto, conde de la Roche, señor de Villas-Seyssel, que habia casado con Margarita de Charny, nieta y heredera de su fundador. Esta reliquia con otras muchas fue guardada en la fortaleza de san Hipólito en el Franco-Condado, de la cual era señor el conde Humberto. El conde les firmó un acta de reconocimiento. Despues de su muerte fue obligada Margarita por un decreto del parlamento de Dola, en el Franco-Condado, á devolver el depósito á Lira. Ella volvió todas las demás reliquias y los vasos sagrados; pero jamás pudo resolverse á volver el santo sudario, que miraba como un tesoro hereditario en su familia, puesto que lo habia recibido de su abuelo Geoffroy, que era el que lo habia traido de Palestina durante la guerra de las Cruzadas. Viéndose Margarita de Charny inquietada por los canónigos de Lira, que continuamente repetian la peticion del santo sudario, se retiró á Chamberí, corte de Saboya, en donde regaló esta preciosa reliquia á la duquesa de Saboya Ana de Chipre-Lusignan, su parienta, por un acta de donacion otorgada el 22 de Marzo del año 1452. Desde el año siguiente el duque de Saboya Luis II hizo acuñar medallas con el santo sudario en el re-

verso, sostenido por una mujer arrodillada, con esta leyenda: *Sancta Sindon D. N. Jesu XPI*: esto es, el santo sudario de nuestro señor Jesucristo. Habiendo sucedido el beato Amadeo, duque de Saboya, á Luis su padre en 1465, hizo edificar una magnífica capilla en la plaza del palacio de Chamberí, en donde hizo depositar el santo sudario: el papa Paulo II la erigió en iglèsia colegial el año 1467, y en el de 1480 el papa Sixto IV quiso que se llamase la santa Capilla del santo sudario. El papa Julio II estableció una célebre cofradía llamada del santo Sudario, por una bula fecha en Bolonia á 6 de Enero de 1506, en la cual dice su Santidad que en este santo sudario se ve la imágen y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo. Y el mismo soberano Pontifice por otra bula de 9 de Mayo del mismo año, fija la fiesta particular del santo sudario al dia 4 del mes de Mayo; y concede grandes indulgencias, no solo á los cofrades, sino tambien á todos los fieles que en ciertos dias visitaren la santa Capilla. Los papas Leon X y Clemente VII confirmaron despues todas estas gracias, y nada omitieron para escitar la piedad de los fieles hácia esta santa reliquia, que debe mirarse como uno de los mas preciosos tesoros del mundo cristiano.

A causa de las guerras fue despues el santo sudario trasportado á Verceli, luego á Niza, en seguida vuelto á traer á Verceli, hasta que despues de cerca de veinte y seis años, en el de 1562, fue vuelto á Chamberí, y colocado en la santa Capilla, hasta que en 1578 sabiendo el duque Manuel Filiberto, que san Cárlos Borromeo, arzobispo de Milan, estaba resuelto á ir en peregrinacion á honrar el santo sudario á Chamberí, quiso ahorrarle el trabajo de un viaje tan largo y tan penoso. Hizo, pues, traer el santo sudario á Turin, en donde se ha guardado despues con mucha veneracion en la iglesia Metropolitana.

Por mas oscura y aun poco cierta que pudiera presentarse la verdadera época de la adquisicion de esta santa reliquia en el Franco-Condado y en los estados del duque de Saboya, no puede menos de mirarse con escándalo la licenciosa crítica de algunos modernos escritores,

que por no sé qué especie de mal humor, siempre poco favorable á las mas santas reliquias, no parece que estudian mas que en destruir, ó á lo menos en debilitar la devocion de los pueblos hácia este depósito sagrado, á pesar del testimonio de la mas venerable tradicion; á pesar de la autenticidad de los milagros, de que Dios parece servirse todos los dias para confirmar la devocion de los pueblos, y su piadosa credulidad; á pesar de la piedad de los mas ilustres personages, distinguidos por su mérito y por su santidad; á pesar, en fin, de la opinion tan sabia de los mas grandes y de los mas sabios prelados, y aun de los soberanos pontífices en orden á esta insigne reliquia.

El evangelista san Juan concluye la historia de la vida de Jesucristo diciéndonos que el Salvador ha hecho muchos mas prodigios que los que están escritos. *Hay todavía muchas otras cosas que Jesus ha hecho*, dice, *que si se hubiesen de referir cada una en particular, juzgo que en todo el mundo no podrian contenerse los libros que seria necesario escribir* (*Joan.* 21). Quiere el Evangelista darnos á entender por esta espresion, que no era posible referir todo el pormenor de las acciones, de los milagros, y de las palabras de Jesucristo. Lo que se ha referido en ella puede sin embargo ser suficiente para convencer á todo entendimiento en que quede la menor ráfaga de buen sentido, y la mas pequeña chispa de razon, y para hacer sentir á los genios mas limitados, á los espíritus mas nebulosos, á los hombres mas embrutecidos y mas salvajes, el carácter de sabiduría infinita, de santidad sin mezcla, y de omnipotencia que brilla en toda la vida de Jesucristo, y que forma su verdadero retrato. No hay rasgo alguno que no demuestre invenciblemente su divinidad, aun á los mas incrédulos, por libertinos que sean; en efecto, ¿quién no ve claramente, por los hechos incontestables, que Jesucristo ha venido al mundo precisamente en el tiempo señalado por los profetas, y con todas las circunstancias que debian caracterizar, por decirlo así, el nacimiento del Mesías, y la época célebre de su advenimiento? Todo el antiguo Testamento está lleno de figuras proféticas

de este divino libertador. Señalese una sola que Jesucristo no haya cumplido: ¿qué rasgo hay de su vida, de su pasion y de su muerte, que no esté conforme al cuadro que los profetas habian formado de él mas de mil años antes? Él mismo ha asegurado positivamente que era Hijo de Dios, y el Mesías prometido; y ¡por cuántos milagros lo ha probado y demostrado! y ¿no subsiste todavía, no vemos por nuestros propios ojos el mas palpable, el mas persuasivo de todos estos milagros, segun el parecer de todos los santos Padres, esto es, la derrota total, la entera destruccion del paganismo despues del nacimiento de Jesucristo, y el establecimiento milagroso del cristianismo por todo el universo sobre las ruinas de la idolatría? Esta victoria que la fe ha conseguido en todo el mundo, purgándole de todas las supersticiones paganas, es un milagro visible y permanente (1. *Joan.* 5.).

Es menester confesar que la omnipotencia y la divinidad de Jesucristo se manifiestan de un modo sensible en la conversion de todo el universo. Es esta una de las verdades palpables de primer orden; tan evidente, que los mismos sentidos, por decirlo así, se ven obligados á prestarse á su infalibilidad. El desarreglo de las costumbres puede muy bien oscurecer esta evidencia, pero para esto es menester debilitar y apagar las luces mas comunes de la razon; porque no hay hombre por poco racional que sea, teniendo la menor tintura de nuestra religion, que no deba exclamar con Marta: *Sí, Señor, vos sois el Cristo, Hijo de Dios vivo* (*Joan.* 11.); y puede decirse que la falta de fe sobre este artículo procede mas bien de la corrupcion del corazon, que de la flaqueza del entendimiento de los hombres.

Toda la vida de Jesucristo no es mas que un tejido de milagros tan extraordinarios y patentes, que por todas partes se hace sensible en ellos su divinidad; y cuando se ve con qué docilidad obedece toda la naturaleza á su voluntad y á sus órdenes, no puede menos de confesarse con el Centurion, que *verdaderamente este hombre era Hijo de Dios* (*Matt.* 27.). Pero estas maravillas no han cesado con su presencia visible sobre la tierra; aun tenemos nos-

otros á la vista milagros mas decisivos y mas evidentes, que los que han convertido á tantos pueblos; y estos milagros son el establecimiento maravilloso del cristianismo por toda la tierra, y la destruccion entera del imperio del demonio en todo el universo.

§. LXXIII.

La cesacion de los oráculos desde el nacimiento de Jesucristo.

Nadie ignora con qué furor la idolatría se habia estendido como un torrente en cuasi todas las naciones desde la primera edad del mundo, y con qué autoridad reinaba en todas partes. Solo un pequeño rincon del mundo era el que conservaba la nocion del verdadero Dios: *Solo en la Judea era conocido Dios.* Y entre los mismos judíos, ¡cuán pocos eran verdaderos fieles! No solo era el paganismo la religion dominante; era propiamente hablando, á escepcion de los judíos, la única religion. Altivo el demonio con la victoria que habia conseguido sobre el primer hombre, tenia, por decirlo así, aherrojados á todos sus descendientes; dueño de los corazones por la disolucion, lo era todavía mas de los entendimientos por sus prestigios. Habiendo precipitado el orgullo á este ángel rebelde á los infiernos, por haber querido hacerse semejante al Altísimo, se habia atrevido tambien á usurparle el culto sobre la tierra. Habia cerca de cuatro mil años que el poder de las tinieblas reinaba por todas partes con imperio, no solo como tirano, sino como Dios. ¡Qué de soberbios templos edificados á las falsas divinidades! ¡qué de altares ensangrentados con un número infinito de víctimas las mas sangrientas! Solo Dios podia destruir el imperio de este fuerte armado; y para llegar á conseguirlo ¡qué de milagros no era menester obrar! Jesucristo los ha hecho; pero puede decirse que de todos los milagros que han acompañado al establecimiento del cristianismo sobre las ruinas de la idolatría, apenas ha habido uno mas brillante

que este maravilloso establecimiento, y ninguno que haya asombrado mas á los paganos que la impotencia de sus pretendidas divinidades, y el silencio de sus oráculos. Como nada tenian en su falsa religion mas prodigioso ni mas divino en la apariencia que estos oráculos; nada mas magnífico ni mas famoso que los templos en que estaban establecidos; nada mas sorprendente que las predicciones de los falsos profetas, que aparecian allí inspirados por sus falsas divinidades; nada tampoco les causó mas asombro que cuando al nacimiento de Jesucristo comenzaron estos oráculos á quedarse mudos, y que al paso que este divino Salvador era reconocido y adorado en el mundo, cesaban todas aquellas pretendidas maravillas, y los demonios que se habian adorado hasta entonces como dioses, por el solo nombre de Jesucristo eran arrojados de los templos en donde ostentaban sus prestigios. Los mismos paganos han confesado que desde que Jesucristo ha aparecido en el mundo, ha sido destruido el imperio del príncipe de las tinieblas. «Esculapio no cura ya á nadie, dice Porfirio, el mayor enemigo que jamás ha tenido el cristianismo; Esculapio no cura ya á nadie, desde que se ha empezado á adorar el Cristo.

Los primeros cristianos, y sobre todo los santos Padres de los primeros siglos, se han servido comunmente de este acontecimiento maravilloso para demostrar á los paganos la impotencia y las ilusiones de sus pretendidas divinidades, y la omnipotencia de Jesucristo, cuyo nombre solo hacia enmudecer á sus mas famosos oráculos. Ponianles continuamente delante de los ojos el estado en que se hallaban entonces sus oráculos, y el poder que tenian los cristianos para hacer cesar las ilusiones, y arrojar de sus templos las pretendidas divinidades. Ellos les invitaban á que hiciesen tambien la experiencia de traer delante de sus tribunales alguno de aquellos falsos profetas que pasaban por inspirados, y que fuesen ellos mismos testigos del modo como los cristianos arrojarian los demonios, y reducirian sus falsos profetas al silencio; en fin. les hablaban sobre esto con una confianza que demostraba cuán seguros estaban de la verdad que anuncia-

ban, y de la impotencia en que se hallaban los paganos de responderles.

Tal fue en los primeros siglos la ventaja que los defensores de la religion cristiana sacaron del silencio milagroso de los oráculos, para demostrar la divinidad de Jesucristo, y confundir los prestigios de la idolatría.

"En otro tiempo, dice san Atanasio, los oráculos de Delfos, de Dodona, de la Beocia, de la Licia y del Egipto estaban llenos de imposturas de la magia: la Pitia era admirada de todo el mundo; pero despues que Jesucristo ha sido anunciado, por todas partes ha cesado este furor, y ya no se ven adivinos. En otro tiempo, apoderados los demonios de las fuentes y de los rios, de los ídolos de madera ó de piedra, seducian á los hombres con sus prestigios; pero ahora, despues que el Hijo de Dios ha aparecido, han cesado estas ilusiones, porque con sola la señal de la cruz se les hace desaparecer."

El mismo san Atanasio despues de haber contado el número prodigioso de portentos que demostraban tan visiblemente la divinidad de Jesucristo, y que eran confesados con admiracion de los mismos paganos: "Despues de todo lo que hemos referido, dice, hay una cosa que, como principal y contra la cual nadie puede sostener la falsedad, merece que se haga particular atencion á ella, y es que despues que el Hijo de Dios ha comparecido sobre la tierra, la idolatría se debilita todos los dias, la sabiduría de los gentiles no hace ya progresos, y ya no resta sino que se disipe. Los demonios, en fin, no seducen ya á los hombres con sus ilusiones, sus oráculos y sus prestigios; antes cuando se atreven todavía á intentarlo, inmediatamente son confundidos con la señal de la cruz: á medida que la doctrina del Salvador del mundo se extiende por todas partes, la idolatría y todo lo que se opone á la religion cristiana cae en ruina. Al ver esta maravilla, adoremos el poder de Jesus, y despreciemos todas las supersticiones que él hace desaparecer; porque del mismo modo que desaparecen las tinieblas á la presencia del sol, y que si algunas quedan aun en algun paraje se disipan muy pronto, así despues que el Hijo de Dios ha apa-

recido, han perdido su fuerza las tinieblas de la idolatría, y todas las partes del mundo se llenan de las luces de la fe. Y así como sucede que cuando un rey permanece encerrado en su palacio y no se presenta en público, se encuentran genios revoltosos que se prevalen de su ausencia para invadir el nombre y la autoridad real, por lo cual caen los pueblos en el error, porque sabiendo que tienen un rey, y no viéndole, se agregan á los que ven tomar su nombre; pero cuando llega á presentarse el verdadero rey, se descubre la impostura de los usurpadores, y los pueblos reconocen su legítimo soberano, y abandonan á los que les han engañado; así es como los demonios engañaron en otro tiempo á los hombres, apoderándose del nombre y de los honores que pertenecen á Dios solo; pero despues que el Verbo divino se dejó ver sobre la tierra, y ha dado á conocer á los hombres á Dios su Padre, la impostura de los demonios se ha disipado, y considerando los hombres el Verbo encarnado han abandonado los ídolos, y reconocido el verdadero Dios."

San Cirilo, respondiendo á Juliano Apóstata, que confesaba que los oráculos habian cesado: "Yo alabo, dice, su sinceridad en confesar que la inspiracion diabólica de que estaban animados sus falsos profetas ha cesado enteramente; sin embargo ignora la verdadera causa que ha hecho cesar de este modo la mentira, y que ha reducido al silencio los oráculos de sus falsas divinidades. Porque ni el imperio de los demonios ha sido trastornado, ni se han disipado todas sus ilusiones, semejantes á los juegos de los niños, ni los espíritus inmundos y malignos han sido encerrados en los infiernos, hasta despues que el mundo ha sido iluminado con las luces de Jesucristo.

»Antes que Jesucristo hubiese aparecido sobre la tierra, continúa el mismo Padre, el demonio habia establecido por todas partes en ella su tiranía; todos los hombres estaban sumergidos en profundas tinieblas; pero despues que la verdadera luz, esto es, el Hijo único de Dios, ha ilustrado toda la tierra con los oráculos de su evangelio, despues que las tinieblas del pecado han sido disipadas, y que todos los hombres, que hasta entonces ha-

bian vivido en el error, han sido llamados al conocimiento de la verdad, entonces han desaparecido todas las ilusiones de los falsos profetas; las pretendidas maravillas y las predicciones de la falsa divinacion han sido aniquiladas, los oráculos de los gentiles han cesado por todas partes, y los dioses que acostumbraban á divulgar mentiras han sido reducidos al silencio."

»Antes de la venida de Jesucristo, dice Teodoreto, los demonios seducian á los hombres de mil maneras; pero despues que la luz de la verdad ha aparecido, han huido y han abandonado sus oráculos. Viendo, pues, los demonios anunciada por todas partes la predicacion de la verdad, han desaparecido, y han escapado como prófugos desgraciados que se conocen culpables de muchos crímenes, y sienten la aproximacion de su Señor soberano: ellos han dejado vacías sus antiguas moradas, y ahora la fuente de Castalia no pronuncia ya oráculos, como ni tampoco la de Colofon, los baños de Dodona, ni el Trípode de Delfos. En fin, despues que el Hijo de Dios se ha encarnado, los oráculos de Delfos, de Dodona, de Ammon y todos los demás falsos profetas de los gentiles han perdido la palabra. Lamentóse el capitolio al ver que los príncipes romanos se habian hecho cristianos, y que por su órden se destruian los templos de los ídolos. Prosternaronse los emperadores delante de los altares de Jesucristo, y adoran ya el estandarte de la Cruz."

¿Hubo jamás un prodigio mas brillante? ¿Puede darse una demostracion mas visible y mas patente de la divinidad de Jesucristo, de su imperio sobre el demonio, y de su omnipotencia? La idolatría, cuasi tan antigua como el mundo, era la única religion dominante en todo el universo, á excepcion apenas de la Judea, autorizada por la supersticion de todos los pueblos, mamada con la leche hacia cerca de cuatro mil años, sostenida por todos los edictos de todos los emperadores, por los sufragios unánimes de todos los sabios griegos y romanos, y alimentada por los prestigios del príncipe de las tinieblas. La idolatría, en fin, defendida por todas las fuerzas del imperio romano; la idolatría que contaba cuasi tantos par-

tidarios de sus supersticiones, como hombres habia sobre la tierra; la idolatría cae, todas sus ilusiones desaparecen, quedan mudos todos sus oráculos, desde que Jesucristo aparece; todo el paganismo se anonada desde que hay cristianos en el mundo. Solo este acontecimiento sorprendente que todos los dias se ofrece á nuestra vista, vale por todos los milagros. Solo Dios ha podido vencer á este usurpador; solo él ha podido destruir tan antiguas preocupaciones, disipar tan espesas y envejecidas tinieblas: Jesucristo ha hecho este prodigio; imaginemos si hay alguna prueba mas convincente de su divinidad. Los profetas habian predicho de él este grande acontecimiento, y nosotros vemos con nuestros ojos cumplidas las profecías. *Solo el Señor*, dice Isaías, *aparecerá grande en aquel dia, y los ídolos todos quedarán no solo mudos, sino tambien reducidos á polvo* (*cap.* 2). *En aquel dia*, habla el Profeta del nacimiento de Jesucristo, *en aquel dia el hombre arrojará lejos de sí sus ídolos de plata, y las estátuas de oro que habia hecho para adorarlas.*

§. LXXIV.

Establecimiento de la religion cristiana sobre las ruinas de la idolatría.

El establecimiento de la religion cristiana sobre las ruinas de la idolatría, como hemos dicho ya, y nunca se dirá bastante, es un milagro no menos sensible, ni menos concluyente.

Representemonos la confusion extrema en que se vivia en órden á la religion cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, y cuál era el desarreglo universal del entendimiento y del corazon cuando Jesucristo emprendió el reformarle. El error reinaba con imperio en todo el universo, y la corrupcion de las costumbres habia inundado toda la tierra. No habia criaturas desde las mas nobles hasta las mas viles que no tuviesen templos y altares en alguna parte del mundo. Aquí se adoraba el sol, allá la luna, ó algun otro de los planetas. Los hombres mas malvados,

las mujeres mas desacreditadas estaban en la categoría de las divinidades, á quienes diariamente se ofrecia incienso y sacrificios. Habia paises en que se ofrecian sacrificios á los mismos animales que en otras partes se sacrificaban á otros dioses: los habia en donde los insectos que arrastran sobre la tierra eran elevados á los altares. Este pueblo doblaba las rodillas delante de una encina, aquel otro daba incienso á una cebolla; algunos reverenciaban un fantasma que su imaginacion les habia formado en el sueño; otros adoraban un buey, una vaca, un puerco; muchos consideraban como punto de religion el tener por dioses todas estas quiméricas divinidades, y habia sectas que no reconocian ninguna. Veíanse unos pueblos que tenian un pleno poder para hacerse dioses de todo lo que amaban; otros se tomaban la libertad de degradar los antiguos con quienes no estaban contentos; en fin, no es posible imaginar hasta qué exceso de extravagancia se habian multiplicado los errores por el desarreglo del entendimiento; la corrupcion del corazon no tenia mas límites.

La corrupcion de la carne, la disolucion y la licencia habian inundado mucho mas en estos últimos tiempos que cuando fue menester purificar la tierra por el diluvio. Las pasiones del corazon, de inteligencia, por decirlo así, con los errores del entendimiento, no solamente reinaban en paz, reinaban tambien con honor. La injusticia, la impureza, la venganza, el adulterio y todos los crímenes los mas enormes nada tenian de horrible; la religion pagána los habia como civilizado, autorizándolos hasta con el ejemplo de los dioses; y el desarreglo habia llegado á tal exceso, que no era ya la razon la que gobernaba en el hombre; escuchaba no mas que á la carne, todo se hacia al antojo de las pasiones.

En este estado se hallaban las cosas cuando Jesucristo formó el designio de purgar el entendimiento de los hombres de todos los errores, y el corazon de toda corrupcion, reuniendo á todos los hombres en una sola Iglesia, y no sufriendo ya en el mundo mas que una sola religion. He aquí sin duda un gran designio, dice un gran siervo de Dios (*La Colomb.*); hubiera sido mucho mas fácil hacer

que todas las naciones hablasen un mismo idioma, y reducirlas todas bajo de una misma monarquía, como que todos los pueblos tienen naturalmente mucha mayor aficion á la religion que han recibido de sus padres, que la que tienen ni á la lengua ni á la forma de gobierno.

Pero ¿por qué camino se propone el Salvador del mundo ejecutar su proyecto? tal vez compondrá su nueva ley del residuo de todas las demás, ó á lo menos hallará un medio para concordarlas. De ningun modo, la religion que este nuevo legislador quiere establecer, reprueba y mina hasta los fundamentos todas las demás religiones; no pretende reunir los ánimos concordando las opiniones, sino trastornándolas y proscribiéndolas todas. ¡Qué empresa, al parecer, mas quimérica! al menos es menester que esta doctrina que quiere insinuar en todos los espíritus sea en extremo plausible; y que la regla de las costumbres, que quiere hacer universal, lisonjee extraordinariamente la concupiscencia y los sentidos. Todo lo contrario, nada hay en el mundo que sea mas superior á la razon humana, nada que parezca aun mas opuesto á esta razon, nada que sea, en efecto, mas contrario á los sentidos que su doctrina; es una teología sobre toda inteligencia humana, y una moral que parece sobrepujar todas las fuerzas de la naturaleza, y que condena todas las inclinaciones del amor propio y los menores ímpetus de las pasiones: misterios inefables de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Eucaristía, máximas puras, santas, pero incómodas, que irritan todos los sentidos. ¡Qué prodigio, si estas verdades incomprensibles, si esta ley tan difícil, si esta religion tan sobrenatural, si esta doctrina tan extraordinaria, propuesta desnudamente, sin arte, sin elocuencia, sin disfraz, fuesen universalmente recibidas de toda clase de gentes! Pues este prodigio se ha hecho, y nosotros somos todos testigos de este prodigio. Los filósofos paganos acostumbrados á no creer sinó lo que veian, acostumbrados á examinar, á contradecir, á zaherirlo todo, que se hacian un honor en ser incontrastables en sus juicios, que no se rendian jamás sino á pruebas evidentes y sensibles, se han rendido sin réplica á estas

grandes verdades que no podian comprender, han esclavizado su entendimiento bajo de la obediencia de Jesucristo, se han sometido ciegamente á la fe, han confesado que toda su teología era fabulosa, que hasta entonces habia errado su filosofía, y todo esto sin ser forzados á ello por ningun raciocinio natural, sin que se haya aun podido dulcificar su repugnancia. Sí, á ellos les ha costado trabajo creer; al principio han tratado este nuevo Maestro de visionario y extravagante; han recibido con irrision á sus discípulos, han declamado, han disputado, han escrito; nada se les ha respondido muchas veces; se han contentado con decirles que era preciso creer; y han creido sin contradecir, sin examinar, se han rendido á cualesquiera condiciones que se les han querido prescribir.

Los reyes y los emperadores que habian empleado todas sus fuerzas para aniquilar el cristianismo, se han hecho cristianos; los grandes del mundo criados en el fausto y en los placeres han abrazado la cruz, sometiéndose á una ley, y abrazando una religion que no predica mas que mortificacion y penitencia. El mundo se ha hecho cristiano despues de haber sido idólatra cerca de cuatro mil años; las manos acostumbradas desde la infancia á ofrecer incienso á los ídolos se han empleado en destruirlos y hacerlos pedazos; la Iglesia se ha establecido por todo el universo sobre las ruinas del paganismo, no á mano armada sino con la sangre de cerca de diez y ocho millones de mártires.

El establecimiento del cristianismo hubiera sido una gran maravilla, cualquiera que hubiese sido el medio que se hubiera tomado para fundarle; pero porque no pareciese de ninguna manera obra del hombre, Jesucristo ha rechazado todos los medios ordinarios que hubieran podido facilitar esta empresa, dice el mismo autor ya citado, y para hacer todavía mas visible la mano de Dios que la conducia, la ha ejecutado por caminos enteramente opuestos; ha hecho servir á su designio todo lo que parecia mas á propósito para frustrarle y destruirle. Doctrina incomprensible, moral austera, fe ciega, humildad profunda, desprendimiento universal, escoge para persuadir

estos grandes misterios, para predicar esta nueva ley, para confundir toda la sabiduría humana, lo mas vil, lo mas grosero, lo mas ignorante entre los hombres; escoge la condicion mas abyecta, y en esta condicion lo mas contemptible, lo mas rústico para formar sus discípulos. Doce pobres pescadores sin letras, sin trato de mundo, sin medios, que no conocen mas que las redes, y que solo son capaces de remar en una barca, son sus heraldos, y Pedro el mas cobarde y el mas grosero de todos, su primer ministro: sin embargo, con medios tan poco á propósito, con instrumentos tan contrarios al parecer á sus designios, Jesucristo ha sometido á su ley todo el universo; Jesucristo ha convertido todos los filósofos y los emperadores paganos; Jesucristo ha establecido sobre las ruinas de todas las falsas religiones el cristianismo.

Levántense contra nuestra creencia todos los ateos, todos los libertinos, todos los herejes; he aquí un argumento que trastorna todos sus sofismas, todas sus dudas, todas sus dificultades, y que las convierte aun en ventaja nuestra. Sí, todos esos grandes genios del paganismo, todos esos partidarios de la razon humana, todos esos esclavos del deleite, todos los hombres han conocido naturalmente estas dificultades, y á pesar de su repugnancia y de sus antiguas preocupaciones han creido estos grandes misterios, y todo el universo no ha dejado de adorarlos; todo el mundo se ha hecho cristiano, y la Iglesia de Jesucristo ha hecho desaparecer, ha aniquilado ese monton enorme de falsas divinidades y ese caos inmenso de tinieblas. Busquemos, imaginemos un prodigio en el cual la divinidad de Jesucristo se manifieste mas visiblemente al entendimiento humano, en el que la sabiduría infinita y la omnipotencia de Dios se demuestren de un modo mas convincente que en el establecimiento milagroso del cristianismo. Despues de esto, si el creer y no vivir conforme á lo que se cree es impiedad, exclama con razon el sabio Pico de la Mirándula, no creer despues de unos testimonios tan palpables, es efecto de una imbecilidad de entendimiento sin medida, y el no conocerla es el colmo de la locura.

Sí, digámoslo otra vez, no es posible poner delante de los ojos una maravilla tan patente: sí, Jesucristo se propone abolir todas las religiones que reinaban en el mundo, y establecer otra nueva, cuyo dogma es superior á todas las luces de la razon, cuya doctrina es incomprensible á todo entendimiento humano, cuya moral irrita todos los sentidos á los cuales es enteramente contraria. Este proyecto no podia ejecutarse naturalmente, cualesquiera que fuesen los medios humanos que hubieran podido emplearse para ello, y por consiguiente la ejecucion de este proyecto es un milagro visible. Él no ha empleado ningun medio humano, y de este modo ha hecho el milagro todavía mas admirable. En fin, él ha empleado medios que parecian enteramente contrarios, medios que en el órden natural debian ser obstáculos invencibles; esto es el colmo de la maravilla, y por decirlo así, el milagro de los milagros. ¿Qué sugetos ha elegido para ejecutar una empresa tan dificil, tan quimérica en la apariencia? Doce apóstoles sacados de la hez del pueblo, gentes groseras, sin talento, sin letras, sin educacion, sin medios: doce pescadores, que en todo su caudal no poseian mas que algunas redes, que toda su ciencia consistía en el arte de sacar peces, que todos sus recursos se reducian á una pobre barca. Hombres tan tímidos, tan cobardes, que el mas generoso, el mas atrevido, podria aun decirse, si se exceptua á san Juan, el mas fiel juró tres veces no haber conocido á Jesucristo, y esto á la sola reconvencion de un criado y de una criada. Estos son los instrumentos de que Jesucristo quiere servirse para confundir á todos los sabios del mundo, someter al yugo de su ley á todo el imperio romano y á todos los pueblos de la tierra, á pesar de una posesion inmemorial de costumbres, de supersticiones y de errores, á pesar de toda la altanería de los romanos y todo el orgullo de los griegos, á pesar de la corrupcion general de toda la tierra. Tal ha sido el designio de Jesucristo, y por mas quimérico en la apariencia, por mas que fuese naturalmente imposible este proyecto, Jesucristo lo ha ejecutado, dando por máxima á sus apóstoles, naturalmente tan groseros, tan

tímidos, tan ignorantes, el que se ofrezcan, que corran aun á la muerte, que se presenten á los tribunales, sin pensar siquiera en lo que habrán de responder; porque él les daria en aquel momento palabras y una sabiduría, á la que no podrian resistir ni oponer nada todos sus enemigos. ¿Qué prueba mas visible, mas incontestable de su divinidad? ¿qué mayor milagro? Esta prueba subsiste todavía hoy; nosotros vemos con nuestros propios ojos despues de mas de mil ochocientos años este milagro. Incrédulos: resistid aun á una conviccion, á una demostracion tan sensible: vuestra tenacidad insensata, vuestra falta de fe no es solo efecto de la cortedad de vuestro talento, es tambien el fruto natural de la corrupcion de vuestro corazon.

§. LXXV.

La divinidad de Jesucristo reconocida por los mismos paganos.

Ciertamente es tan visible la divinidad de Jesucristo, que ha sido reconocida y publicada por aquellos mismos que tenian mas interés en negarla, y que les habia costado mas trabajo el creerla; Josefo que vivia hácia el año 70 de Jesucristo ha sido el personaje mas ilustrado que han tenido los judíos. He aquí lo que este escritor, tan zeloso por el judaismo, dice de nuestro Señor Jesucristo en su historia: "En este tiempo, dice, apareció Jesus, hombre sabio, si, como quier, se le puede llamar no mas que un hombre, porque era poderoso en maravillas, y el maestro de los que aman la virtud; á muchos judios les atrajo á su doctrina, y tambien á muchos gentiles. Él era el Cristo: no obstante el suplicio de la cruz, al cual le condenó Pilato á consecuencia del empeño de los gefes de la nacion, sus primeros discípulos no dejaron de permanecer unidos. Aparecióseles vivo tres dias despues de su muerte, segun lo habian predicho los profetas, con los demás prodigios de su vida, y hasta el dia sus seguidores no han dejado de subsistir, bajo el nombre de cris-

tianos que traen de él." (*Joseph. Antiquit.*, *l.* 18, *c.* 4.) Los talmudistas, esto es, los que se adhieren á los sentimientos del Talmud, que es un libro en el que han recogido todo lo que mira á la explicacion de su ley; los talmudistas, repito, los mas furiosos y los mas desencadenados enemigos que han tenido los cristianos, no han podido menos de confesar los milagros de Jesucristo. Su animosidad contra nosotros en su mayor furor nada ha podido contra la notoriedad de estos hechos, y se han visto obligados á confesar que el Dios de los cristianos habia asombrado la tierra con sus maravillas.

Hasta los mismos emperadores romanos tan furiosamente declarados contra los cristianos, cuya pérdida habian jurado, han reconocido algo divino en Jesucristo.

Tiberio informado por el mismo Pilato de los prodigios que Jesucristo habia hecho en la Siria, y de todas las maravillas que habian sucedido en su muerte, y tres dias despues de su muerte, resucitando como lo habia predicho, lo cual estaba certificado por un gran número de testigos, y demostrado con pruebas incontestables; Tiberio pidió al senado que Jesucristo fuese puesto en la categoría de las otras divinidades del imperio. Tal era entonces el uso de los romanos; ellos divinizaban á los hombres en los cuales brillaban señales extraordinarias de poder y de virtud. Ninguno habia dado jamás tantas como Jesucristo, y la multitud de las relaciones que venian de la Judea anunciaban diariamente el pormenor prodigioso de sus milagros El senado se negó, dice Eusebio, á ejecutar lo que pedia el emperador, porque no queria ser prevenido en sus decisiones; ó mas bien, porque el mismo Jesucristo no quiso permitir que su nombre se hallase mezclado con las divinidades paganas. Siempre, empero, es verdad que Tiberio propuso el que se concediesen á Jesucristo los honores divinos, lo que prueba, dice Tertuliano, cuán incontestables son los milagros que ha hecho Jesucristo, y la impresion que hacian hasta en el ánimo de los paganos.

Lampridio sale garante de la veneracion profunda con que el emperador Adriano miraba á Jesucristo. Este

príncipe llegó á formar el designio de erigirle altares, y ponerle en el número de sus dioses; hizo edificar templos en todas las ciudades sin colocar en ellos ídolo alguno, dice el Historiador; y añade que si el proyecto quedó sin ejecucion fue porque los oráculos consultados respondieron que si aquel designio se ejecutaba, todos los antiguos dioses iban á quedar mudos, y toda la tierra cristiana. Todos estos hechos son positivos.

El emperador Alejandro Severo, encantado de todo lo que habia oido decir de Jesucristo, le colocó en un oratorio doméstico, dice Lampridio; y estaba tan entusiasmado de su doctrina, que hizo publicar por un heraldo algunas máximas del evangelio, y las hizo grabar en algunas obras públicas y hasta en su gabinete y en su cámara, queriendo así que su mismo palacio se las presentase siempre á la vista. Y si á pesar de la estima y veneracion que estos príncipes tenian á Jesucristo ha habido mártires durante su reinado, esto era efecto de la prevencion supersticiosa de sus pueblos, y de la impía crueldad de los gobernadores de provincia, en la mayor parte verdaderos tiranos, igualmente que del odio furioso que todo el infierno tenia contra el cristianismo. He aquí lo que el paganismo á pesar de su prevencion y de su encaprichamiento por sus dioses pensaba de Jesucristo, y no hay alguno de los historiadores paganos, hasta de los mas antiguos y mas célebres, que no hayan contado con admiracion algunos acontecimientos milagrosos de su vida.

Chalcidio refiere á la larga el fenómeno que apareció á los Magos de Oriente. Phlegon, liberto de Adriano, cuenta como un prodigio inaudito el eclipse del sol acaecido en la muerte de Jesucristo, de que hablan los evangelistas. Thallo ha hecho la misma observacion. Macrobio certifica la verdad del asesinato de los niños inocentes inmolados por Herodes en el nacimiento del Salvador, sin haber exceptuado ni á su propio hijo, lo que hizo decir, con relacion á este Historiador, que valia mas ser puerco en casa de Herodes, que hijo. En fin, Porfirio, por mas enemigo que sea del cristianismo, conviene en que Jesucristo habia arrojado los demonios, abolido su imperio,

y hecho vano el poder de los dioses de la gentilidad por la sola virtud de su nombre. Todo el infierno mismo se ha visto obligado, á pesar de su odio contra Jesucristo, á dar testimonio de su divinidad y de su omnipotencia. Hase visto en la historia de la vida de este divino Salvador cuántas veces los demonios forzados por su virtud á salir de los cuerpos de los poseidos han confesado que él era el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios, quejándose de que habia venido á arruinar su imperio.

Leemos en el capítulo 19 de los Hechos de los Apóstoles, que estando san Pablo en Éfeso bautizó allí algunos discípulos que no habian recibido mas que el bautismo de Juan, y que habiéndoles impuesto las manos vino sobre ellos el Espíritu Santo, de suerte que recibieron el don de lenguas y el don de profecía. En aquel tiempo algunos de los exorcistas judíos, que recorrian el país, viendo los milagros que san Pablo obraba todos los dias en nombre de nuestro Señor, se atrevieron á invocar el nombre de nuestro Señor Jesucristo sobre los que estaban poseidos de los espíritus malignos, diciendo: Yo os conjuro por Jesus, á quien Pablo predica, que salgais de ese cuerpo; los que hacian esto eran los siete hijos de Sava, judío, príncipe de los sacerdotes. Pero el espíritu les dió esta respuesta: Yo conozco á Jesus, y sé quién es Pablo; pero vosotros ¿quién sois? Inmediatamente el hombre, que estaba poseido de un demonio muy malo, se arrojó sobre ellos, y despues de haberles molido á golpes, se apoderó de ellos. Súpose el caso por todos los judíos y por todos los gentiles que habitaban en Éfeso, añade el Historiador sagrado, quedaron todos asombrados, y exaltaban el nombre del Señor Jesus.

De este modo se ha visto el infierno mismo obligado á dar testimonio de aquel á cuyo solo nombre todo lo que hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos dobla la rodilla, y confiesa que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre, adonde ha ido á prepararnos un lugar, con tal que nosotros sigamos sus huellas guardando sus leyes. *Está sentado en el cielo á la diestra de Dios*, lo que indica su igualdad con su Padre. Conserva las sagra-

das cicatrices en sus manos, en sus pies y en su costado, monumentos eternos de su amor á nosotros y de sus tormentos, los cuales son otras tantas lenguas, dice san Bernardo, que piden sin cesar misericordia para nosotros. En esta mansion de su gloria, dice san Pablo (1. *Tim.* 2), pide continuamente por nosotros, y nos sirve de abogado para defender nuestra causa cerca de su Padre; de único mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se ha dado á sí mismo como precio de rescate por todos los hombres (*Hebr.* 7), de pontífice, en fin, siempre vivo para interceder en favor nuestro. Porque era conveniente que tuviesemos un pontífice tal como este, santo, inocente, sin mancha alguna, alejado de todo comercio con los pecadores, y colocado sobre los cielos; que no tiene necesidad cada dia, como los demás pontífices, de ofrecer víctimas, primero por sus pecados, y luego por los del pueblo; así es que no ha ofrecido mas que una vez cuando se ha ofrecido á sí mismo. Aquellos á quienes la ley establece pontífices, son hombres sujetos á las enfermedades; mas Jesucristo es el sacerdote eterno segun el órden de Melquisedec, el cual está para siempre en estado de perfeccion. Además, de los otros sacerdotes ha habido muchos, por razon de que la muerte les impedia subsistir siempre; pero subsistiendo éste para siempre, su sacerdocio es eterno, y de aquí es que está siempre en estado de salvar á los que por él van á Dios.

Por esto, hermanos mios, continúa el mismo Apóstol (*Hebr.* 10), pudiendo entrar con seguridad en el santuario por la sangre de Jesucristo, y por el camino nuevo que lleva á la vida, y que él ha abierto á través del velo que es su carne; teniendo tambien en él un gran sacerdote que gobierne la casa de Dios, acerquemonos á él con un corazon sincero y una fe perfecta. Jesucristo es el que ha muerto, el que ha resucitado, que está á la diestra de Dios, y que intercede tambien por nosotros. Despues de esto ¿quién nos separará del amor de Jesucristo? exclama el mismo Apóstol (*Rom.* 8.) ¿Será la tribulacion, ó las agonías, ó la hambre, ó la desnudez, ó los peligros, ó la persecucion, ó la espada? Por lo que hace á

mí, estoy seguro, prosigue, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni el poder, ni lo mas excelso, ni lo mas bajo, ni otra criatura alguna podrá separarme del amor de Dios que está fundado en Jesucristo (*Hebr. 4*). Vamos, pues, con esta confianza al trono de la gracia á fin de alcanzar misericordia, y hallar gracia en él; puesto que todas las cosas son de él, y por él y en él: á él sea dada la gloria en todos los siglos. Amen.

VIDA
DE LA Sma. VIRGEN MARIA,
MADRE DE DIOS.

Escribir la vida de la santisima Vírgen María, madre de Dios, es hacer el compendio de todas las maravillas del Señor; es reunir bajo de un punto de vista todas las mas brillantes virtudes; es hacer una pintura de la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios, y por consiguiente el retrato de la mas santa, de la mas excelente y de la mas perfecta de todas las puras criaturas. Esta consideracion hizo decir al padre san Bernardo, que nada le asustaba mas que el emprender hablar de la santisima Vírgen. No, dice, un carbon encendido tomado del altar no sería bastante para purificar mi lengua como la de Isaías; sería menester un globo de fuego que consumiendo toda su herrumbre, me dejase tan elocuente, tan hábil como es necesario para hablar dignamente de la Madre de Dios.

§. I.

Idea general de las prerogativas de la santisima Vírgen.

No es extraño que deslumbre una mujer revestida del sol, que tiene la luna bajo de sus pies, y sobre su cabeza

una corona de doce estrellas. Los mismos ángeles se llenan de admiracion desde el primer instante en que aparece sobre la tierra. *¿Quién es esta*, exclaman, *que se eleva del desierto, colmada de las mas dulces delicias, y que brilla con un resplandor que deslumbra?* Esta es la reina del cielo y de la tierra, se les responde con toda la Iglesia; es la hija muy amada del Altísimo; es aquella vírgen sin mancha, bendita entre todas las mujeres; aquella vírgen dichosa, constituida madre sin dejar de ser vírgen; es la arca de la nueva alianza; la estrella de la mañana, como canta la Iglesia, que nos anuncia la salida del sol; es la madre de misericordia, el asilo de los pecadores, nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza. Esta es nuestra caucion para con Dios, dice san Agustin; nuestra medianera para con el soberano Mediador, dice san Bernardo; nuestra abogada, nuestra paz, nuestra alegría, dice san Efren; es, en fin, la Madre de Dios: esta sola cualidad, dicen los Padres, encierra todos los títulos mas pomposos y mas magníficos. Solo Dios, dice san Andrés de Creta, puede hacer el digno elogio y el verdadero retrato de la santísima Vírgen: porque despues de Dios, dice san Agustin, ¿qué hay en el cielo ni en la tierra mas augusto, mas grande, ni mas respetable que la Madre de Dios? Escribir, pues, la vida de esta divina Madre, es lo que aquí se emprende: no hay historia que mas deba interesar á todos los fieles, ni que pueda serles mas útil despues de la de Jesucristo.

Habiendo Dios determinado en la eternidad que el Verbo se hiciese hombre para satisfacer plenamente á la justicia ofendida, irritada por el pecado del primer hombre, le habia escogido para madre una vírgen en cuyo seno debia obrarse este grande misterio; y esta dichosa criatura era María, hija de Joaquin y Ana, de la tribu de Judá, descendiente de sangre real, y la cual, como dice san Bernardo, debia ser la obra mas acabada de todos los siglos.

§. II.

Retrato que hace el Espíritu Santo de la santisima Vírgen.

La eleccion de la madre es tan antigua en Dios como la encarnacion del Hijo. Dios ha arreglado desde la eternidad, la hace decir la Iglesia, la alta categoría que debia yo tener sobre todas las puras criaturas, y desde entonces, elevándome á la maternidad divina, ha querido que yo no fuese inferior mas que á Dios solo. Antes que Dios sacase de la nada todas las cosas, mi retrato, por decirlo así, estaba ya concluido en las ideas y en los decretos eternos de Dios. El mundo no estaba todavía criado, ni cosa alguna de todo cuanto existe en el mundo, y yo era ya el objeto de las complacencias y de las delicias del Altísimo; porque desde entonces aparecia ya á sus ojos con todo el conjunto de dones sobrenaturales y de virtudes, con toda la plenitud de gracias y de privilegios que me caracterizan (*Prov.* 8.).

No ha sido menos privilegiada en el tiempo. Apenas ha salido el mundo de la nada, cuando se publican las maravillas y las insignes prerogativas de la santisima Vírgen. Apenas triunfa el demonio por la funesta caida del primer hombre, cuando MARIA, por decirlo así, sale ya á la palestra para reprimir, para ahogar la alegria maligna que tenia todo el infierno por tan aciaga victoria: *Sabe*, dice el Señor, hablando al seductor, *que yo pondré una enemistad irreconciliable entre tí y una muger, que te quebrantará la cabeza* (*Genes* 5.) por mas esfuerzos que hagas para evitarlo. Tú has hallado en Eva, madre de los vivientes, todavía vírgen, una credulidad, una flaqueza de que te has servido para infectar por el pecado á todo el género humano; tú hallarás en María, madre del Mesías, siempre vírgen, una fecundidad que reparará abundantemente esta pérdida. En vano vomitarás toda tu rabia y tu veneno contra ella y contra su Hijo: tú no podrás morderla; con todos tus esfuerzos y tu malicia ni aun po-

drás acercarte á su talon, y el Hijo que ella dará al mundo destruirá tu imperio desde su nacimiento (*Gen.* 3.). De tirano que habrás sido hasta entonces, te convertirás en esclavo; y teniendo tu cabeza quebrantada no podrás ya hacer mal sino á los que voluntariamente quieran cargar con tus hierros.

Como el Mesías desde la creacion del mundo ha sido el grande objeto de los votos, de las promesas, y de las profecías del antiguo Testamento; es claro que su bienaventurada Madre ha debido ser al mismo tiempo objeto de estos votos, de estas predicciones, y de estas promesas. No estrañemos, dice el célebre Sofronio (*Serm. de Assumption.*), el que tantos se apresuren á publicar las grandezas de la Madre de Dios, habiendo el mismo Dios hecho su elogio desde el nacimiento del mundo: todo el Testamento antiguo está lleno de rasgos y de figuras que son como los diseños de su verdadero retrato. Nosotros reconocemos en la zarza ardiendo que vió Moisés la figura de vuestra admirable virginidad, ó madre de Dios, esclama la Iglesia. La vara milagrosa de Aaron que por sí sola floreció en el tabernáculo, dicen los Padres de la Iglesia, y que despues fue conservada con tanto cuidado en la arca de la alianza, no es menos brillante figura de esta fecunda virginidad. El vellocino de Gedeon, cubierto él solo con el rocío del cielo, mientras que toda la tierra del rededor está seca, es una de las mas singulares figuras de la Madre de Dios, dice san Ambrosio (*Serm.* 13.); y esto es lo que hace decir á la Iglesia, que cuando el Verbo divino se ha hecho carne en el seno de la santísima Vírgen, ha caido como una lluvia milagrosa sobre el vellon (*Serm. de Nativit.*). ¿Quién no ve, dice san Pedro Damiano, que la arca de la alianza hecha de una madera incorruptible, y que tanto respeto y veneracion inspiraba á los sacerdotes, á los pueblos y á los reyes, era una figura muy sensible de la Madre de Dios, la cual puede justamente llamarse *Arca de la nueva alianza*? En el mismo sentido esclama el Profeta (*Psalm.* 31.): *Levántate, Señor, y entra por fin en la mansion de tu gloria, tú, y la Arca en la cual has comenzado la nueva alianza, y la*

grande obra de nuestra salud. El trono de Salomon de oro puro, y del marfil mas terso, dice el mismo Padre, es una figura no menos expresiva. En efecto, en el seno de la santísima Vírgen, mas precioso que el oro mas puro, y mas puro que el mas blanco marfil, ha aparecido como en su trono el verdadero Salomon, cuando el Verbo divino se ha hecho carne.

Pocas figuras hay en el antiguo Testamento que no sean una pintura alegórica de la santísima Vírgen. Por esto es llamada el árbol de la vida, que ha llevado el verdadero fruto de salud; la fuente de agua clara, que ha nacido de la tierra para regar toda su superficie; el arco en el cielo, señal segura de nuestra paz y de nuestra reconciliacion con Dios; la escala misteriosa que vió Jacob, por la cual se sube hasta el cielo. Tambien se la ha llamado el tabérnaculo, la casa, el templo de Dios; tambien el candelero de oro macizo, adornado de los siete dones del Espíritu Santo, como con siete mecheros que dan una luz brillante; el altar sagrado, en que Jesus, víctima inocente, se ha ofrecido á su Eterno Padre por la salvacion de los hombres; la rosa de un vivo resplandeciente, que no se marchita; la torre de David, de la cual penden mil escudos y todas las armas de los mas valientes; en fin, la puerta del cielo, puesto que ella es por la que ha venido aquel que únicamente podia abrirnos la entrada en él. Bajo de estas figuras nos hace la Escritura santa el retrato de la santísima Vírgen.

Notan los santos Padres que el Cántico de los cánticos no es mas que una alegoría continua de la Madre de Dios: la Iglesia conducida siempre por el Espíritu Santo, la hace de él una justa aplicacion. Todo lo que está dicho de la Sabiduría en los libros de Salomon y en el Eclesiástico hace el retrato de esta dichosa criatura, como lo reconoce la Iglesia. El Señor me ha poseido desde el principio de sus caminos; esto es, como desde la eternidad ha fijado Dios sus miras en el misterio de la Encarnacion de su hijo, así tambien desde la eternidad he sido elegida para ser su madre; y así como el Verbo encarnado en la idea eterna de Dios ha nacido antes que todas las criaturas

(*ad Colos.*), del mismo modo y con la proporcion debida soy yo la primogénita en las ideas divinas, antes de todo lo que ha sido criado (*Eccli.* 24). El que me ha criado ha reposado en mi propio seno, y en consideracion á este insigne favor, el Señor me ha dicho: Habita en Jerusalen, sea Israel tu herencia, reina en calidad de soberana sobre mi pueblo, y echa raices en mis elegidos, de los cuales serás madre y reina. Ninguno hay de los felices predestinados que no tenga una devocion tierna, un zelo ardiente hácia la Madre de Dios, y que no procure singularmente con toda su alma su culto. Solamente los herejes y las almas réprobas son los que pueden reprobar el culto que se la da.

§. III.

Las figuras del antiguo Testamento, y las profecías que miran á la santísima Vírgen.

Así como todos los grandes hombres y santos personages que ha habido en el antiguo Testamento han sido figuras de Jesucristo; así tambien, no hay mujer alguna en la Escritura, célebre por sus raras virtudes y por acciones de esplendor, dicen los santos Padres, que no sea la figura de la santísima Vírgen.

Eva criada en el estado de inocencia es el símbolo, segun ellos, de María concebida sin pecado. Aza, que significa bella y ricamente adornada, dice san Buenaventura, y de la cual era esposo Othoniel, que significa el Dios de mi corazon, es otra figura de la santísima Vírgen. Nadie ignora la relacion que tienen Judith, Esthér, Abigail, Abisag, con María madre de Dios. Esthér por un privilegio singular queda exenta de la ley general que condena á muerte á todos los demás (*Esth.* 15.), símbolo muy preciso de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. Esthér libra á su pueblo de una mortandad universal, y María trae al mundo al Redentor de todos los hombres.

Judith libra á su nacion del formidable Holofernes

que habia jurado exterminar el pueblo judío; ¿y á quién conviene mejor que á la santisima Vírgen lo que el sumo sacerdote Joaquin dice de esta Heroina, á saber: *Tú eres la gloria de Jerusalen, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo?* (*Judith* 15.) Dios se ha servido de tí para librarnos de nuestro mas mortal enemigo, *porque has amado mas que nadie la castidad; por esto serás bendita eternamente. Tú eres bendita del Señor Dios Altísimo sobre todas las mujeres*, la dice Ozías, gefe del pueblo de Israel. ¿Quién no ve en todos estos rasgos el trazo, por decirlo así, del cuadro de la santisima Madre de Dios, seis ó setecientos años antes que viniese al mundo?

Todos los profetas han hecho el retrato de la Madre de Dios, haciendo el de su Hijo. No hay intérprete alguno del Espíritu Santo que no haya hablado de vos, Vírgen santa, esclama san Andrés de Creta; vos soy el asunto ordinario de sus oráculos, y el objeto de los retratos alegóricos que nos han dejado. Como era menester preparar al mundo para el misterio inefable de la Encarnacion del Verbo divino por las profecías, dicen san Crisóstomo y san Gregorio de Nisa, del mismo modo era necesario preparar por las profecías al entendimiento humano para que creyese una Madre siempre vírgen, y una pura criatura verdaderamente madre de Dios.

He aquí que una Vírgen, dice Isaías mas de setecientos años antes del nacimiento de María, *concebirá y parirá un hijo*, sin dejar de ser vírgen (*Isai.* 7.). *Dios ha obrado un nuevo prodigio en la tierra*, dice Jeremías, *una mujer llevará en su seno un hombre perfecto* (*Jerem.* 31.); esto es, un hombre Dios, dicen los intérpretes, el cual bajo la forma de un niño, es la fortaleza y la sabiduría del mismo Dios, el esplendor de su gloria, y la figura de su sustancia, sosteniendo y llevando todas las cosas por su palabra omnipotente (*Hebr.* 1.). ¿*Quién es esta, que semejante á la aurora, viene á anunciarnos la salida del sol*? esclama Salomon en el Cántico de los cánticos (*Cant.* 6.). Desde el primer momento de su vida, hasta que ha dado al mundo al Salvador, María ha sido como la aurora que se ha dejado ver sobre el orizonte, y que nos trae el dia

á medida que se adelanta: hermosa como la luna en su lleno, brillante como el sol de quien la luna recibe toda su luz y su belleza, es tambien terrible á las potestades de las tinieblas, á las cuales disipa con su esplendor, como un egército arreglado en batalla que lleva el terror al enemigo, y le obliga á ponerse en fuga. Por medio de estas alegorías sagradas, de estas metáforas misteriosas y de estas figuras proféticas, preparaba el Espíritu Santo al mundo para la maravilla que habia de llenar de admiracion á los ángeles y á los hombres en la persona de la santisima Vírgen.

§. IV.

La santisima Vírgen por especial gracia es concebida sin pecado original.

Habiendo llegado por fin el tiempo en que despues de tantas promesas, predicciones y figuras, debia verificarse el misterio inefable de la Encarnacion del Verbo, resolvió Dios dar al mundo aquella en cuyo seno debia obrarse este gran misterio. Hácia el año de 4000 fue milagrosamente concebida María, esta dichosa niña, maravilla del universo, y la obra maestra de todos los siglos, como hablan los santos Padres. Era hija única de Joaquin, llamado tambien Heli, de la tribu de Judá, y de la raza de David por Nathan, como José esposo de María lo era por Salomon, hermano de Nathan, hijo de David. Tuvo por madre á santa Ana, de la misma familia real y de la misma tribu. Estos dos esposos, los mas religiosos y mas santos que entonces hubo sobre la tierra, vivian juntos habia mas de veinte años sin haber tenido jamás fruto alguno de su matrimonio. La esterilidad era entre los judíos una especie de infamia, que se miraba como una maldicion de Dios en razon de que ella quitaba toda esperanza de poder nunca contar entre sus descendientes al Mesías.

Sometidos san Joaquin y santa Ana perfectamente á la voluntad del Señor, sufrian con paciencia esta humillacion mirando como hijos á los pobres, á quienes destina-

ban su herencia. Pero Dios tenia otras miras sobre ellos, y esta humillante esterilidad era en los designios de Dios una condicion para tener un fruto mas precioso de su matrimonio. Así Sara, no habia llegado á ser madre de Isaac, sino despues de una larga esterilidad; así Ana, muger de Elcana, no habia tenido á Samuel sino al cabo de una esterilidad amarga; así Juan Bautista debia ser el hijo tan deseado de una madre estéril. Era menester, dice san Juan Damasceno, que María, que debia tener una virginidad fecunda, fuese hija de una madre estéril, á fin de que el primer milagro preparase los ánimos para otro mayor prodigio, y para que del ejemplo de una esterilidad hecha fecunda se sirviese despues el ángel, á fin de probar que Dios puede hacer que una vírgen venga á ser madre sin dejar de ser vírgen, y que para Dios nada es imposible.

Es una tradicion piadosa y muy antigua que estos dos santos esposos, que vivian en gran retiro, dilatando de continuo su corazon en la presencia de Dios, fueron avisados separadamente por un ángel, de que muy pronto tendrian una hija que sería la gloria de Israel, y el consuelo de su pueblo. En efecto, en el dia 8 de Diciembre del mismo año, cerca de cuatro mil despues de la creacion del mundo, santa Ana se halló en cinta de la santisima Vírgen, la cual por un privilegio solo á ella concedido, fue concebida en la gracia y amistad de Dios, habiendo sido exenta por un favor especial del pecado original, y dotada desde el primer instante de su concepcion de todos los dones del Espíritu Santo; y mas santa, mas agradable á los ojos de Dios en aquel primer momento que todos los santos juntos en el fin de su vida. *Era conveniente*, dice san Buenaventura (*Bonav. dist.* 13) *que la santisima Vírgen no fuese manchada con pecado alguno, y que venciese al demonio de tal modo que ni un solo instante estuviese bajo de su imperio. Solo el hijo de la bienaventurada Vírgen*, dice en otra parte (*Serm. de B. V.*) *ha sido exento por su naturaleza del pecado original; y la que ha sido su madre sin dejar de ser vírgen, lo ha sido tambien no por su naturaleza, sino por una gracia especial; porque debe*

creerse que por un nuevo género de santificacion, la ha librado de él el Espíritu Santo desde el instante de su concepcion; no porque el pecado original haya estado en ella, sino porque hubiera estado si Dios no la hubiese preservado por una gracia enteramente singular. Todos los demás hombres han sido levantados despues de su caida, dice aun el mismo santo Doctor (*in* 3. *dist.* 2.); *pero María ha sido detenida como al caer, y sostenida para que no cayese.* Es mucho mayor beneficio el impedir que se caiga, que el sacar del hoyo al que ha caido en él. María está mucho mas obligada al Redentor por haberla preservado por una gracia especial del pecado original, que si la hubiera librado, aunque hubiese sido un instante, despues de haber sido manchada con él. ¿Nos atreveriamos á decir que por este insigne privilegio no ha tenido parte en la redencion, puesto que solo á los méritos del Redentor debe ella esta primera gracia? Esto es lo que ha hecho decir á san Bernardino de Sena, que la principal mira del Señor al venir á la tierra ha sido el rescatar á su madre (*Serm.* 32.); por esto la llama la hija primogénita del Redentor.

Yo he hallado un hombre entre mil, dice el ángel de las escuelas santo Tomás (*Luc.* 6. *c.* 3. *in epist. ad galat.*) *yo he hayado un hombre, que es Jesucristo, exento de todo pecado original y venial; pero no he hallado mujer alguna, á escepcion de la purísima Vírgen, digna de toda alabanza.* El mismo santo Doctor reune en pocas palabras el elogio mas magnífico de la santidad de María en su inmaculada concepcion. *Puede hallarse*, dice, *una simple criatura, tan sencilla, tan pura, que nada haya tan puro en todo lo que ha sido, y esto sucederá sino ha sido manchada con el pecado original; y tal ha sido la santidad y la pureza de la bienaventurada Vírgen, que ha sido exenta de todo pecado original y actual* (*Prim. sent. distinct.* 44. *q.* 1. *à* 3. *ad tertium.*).

§. V.

Parecer de los padres de la Iglesia en orden á la concepcion inmaculada de la santisima Vírgen.

No hay padre alguno de la Iglesia que sea de otro parecer en orden á la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, destinada para ser madre de Dios. *Era muy oportuno*, dice san Anselmo (*De concept. Virg.*) *que esta vírgen resplandeciese con una pureza tal que no fuese posible imaginar otra mayor en ninguna otra pura criatura. No era justo*, dice san Cipriano (*De Natali Virg.*) *que Maria, este vaso de eleccion, estuviese sujeta á la desgracia comun de los demás hombres; y si bien ha participado de la naturaleza humana, no por eso ha tenido parte en su pecado.* Y á la verdad, dice san Bernardo (*Epist. ad Lugdunens.*) ¿quién puede creer que lo que se ha concedido á Eva, madre de los hombres, la cual ha sido criada sin pecado, se haya negado á María, madre de Dios? Sobre esta incomparable cualidad de madre de Dios se ha fundado san Agustin, cuando ha dicho que debe esceptuarse de la ley general á la santisima Vírgen, *de la cual no puedo sufrir*, dice, *que se haga mencion alguna cuando se trata del pecado, y esto por el honor debido al Señor de quien es madre; porque estamos seguros, que aquella ha recibido mas gracias y auxilios para vencer enteramente el pecado, la cual ha merecido concebir y dar al mundo al que jamás ha sido culpable de ningun pecado* (*Lib. de natur. et grat.* 26.). Tales son las hermosas palabras del santo Doctor. No solo pretende san Agustin no comprender á la santisima Vírgen cuando trata del pecado original, en el que son concebidos todos los hombres sin escepcion, sino que ni aun puede sufrir que se ponga en cuestion si habia estado sujeta á él. La razon que da esplica todavía mejor su pensamiento; porque sabemos, dice el santo Doctor, que esta Vírgen incomparable ha recibido tantas mas gracias para triunfar enteramente del pecado, cuanto que ha merecido concebir y parir al que la fe nos enseña que ha

estado exento de todo pecado, y que es absolutamente incapaz de participar en nada del pecado. *Y á la verdad*, dice en otra parte (*Contra duas hæreses*) *¿de dónde podria venir la inmundicia en una casa en donde ningun habitante de la tierra*, esto es, ningun deseo terreno ni estraño *ha entrado, sino que siempre ha sido habitada por el Señor que la ha criado? No hay duda*, dice san Gerónimo (*Epist. ad Eustoch.*) *que la madre del Salvador no haya debido resplandecer con una pureza y una santidad tan perfecta, que jamás se la haya podido echar en cara el haber sido manchada con el menor pecado.* María es aquella *vara* de que habla el Espíritu Santo, dice san Ambrosio, *enteramente recta, lisa y luciente, en donde jamás se ha hallado ni el nudo del pecado original, ni la corteza del pecado actual.*

Este modo de pensar ha sido tan universal y tan comun á todos los padres de la Iglesia, que no se sabe que ninguno de ellos se haya atrevido á poner en duda si la santísima Vírgen habia contraido el pecado original. Este privilegio insigne les ha parecido á todos tan conveniente á la augusta cualidad de Madre de Dios, que no han hallado, por decirlo así, términos bastante pomposos y enérgicos para publicar y celebrar esta primera gracia; y san Agustin reasume, por decirlo así, todas las razones de este insigne privilegio, diciendo que la carne de Jesus es una parte de la de María, madre de Dios (*Aug. de Assumpt. B. V.*).

Y en efecto, ¿qué hijo, habiéndolo podido impedir, hubiera tolerado que su madre hubiese estado un solo momento cubierta de lepra, ó en desgracia del soberano, y esclava del mayor de sus enemigos? El Hijo de Dios ha podido impedir que su madre en el momento de su concepcion fuese cubierta con la lepra del pecado de orígen, y por consiguiente en desgracia de Dios y esclava del demonio: ¿se atreveria nadie á imaginar, dice san Bernardo, que no la hubiese preservado? Esta consideracion es la que ha obligado á los soberanos pontífices á prohibir tan expresamente el que jamás se sostuviese que la santísima Vírgen haya sido envuelta en la masa comun;

y Gregorio XV, por su bula de 24 de Mayo de 1622, prohibe no solo enseñar en las escuelas, ni predicar en los púlpitos, sino tambien el sostener aun en la conversacion, que la santisima Vírgen haya jamás contraido el pecado original. Vease como habla el soberano Pontífice en esta bula.

«Habiendo sido examinado este punto con toda la atencion y diligencia posible, despues de una larga y madura discusion, nuestro santisimo padre el Papa ha declarado y ordenado, y por el presente decreto declara y ordena á todos y cada uno en particular, tanto eclesiásticos, como seglares, de cualquier orden religioso que sean, de cualquiera clase, condicion y dignidad de que esten adornados, que jamás se atrevan á sostener, predicar, ó enseñar en los púlpitos ó en las escuelas, en sus lecciones, ni en todos los demás actos públicos, que la santisima Vírgen ha sido concebida en pecado original; queriendo su Santidad y declarando que cualquiera que obrare contra el presente decreto, incurra en las censuras &c.

» Por las mismas razones y bajo de las mismas penas prohibe tambien su Santidad, el que se sostenga, ni aun en las tertulias familiares, ni en las conversaciones particulares, ó en escritos privados, que la santisima Vírgen ha sido concebida en pecado original.»

§. VI.

Sentir de los soberanos pontífices y de los concilios en orden á la inmaculada Concepcion.

Desde Sixto IV no hay ningun papa, á escepcion de Pio III, Marcelo II y Urbano VIII, que no han vivido mas que uno ó dos meses en el pontificado, que no haya autorizado por sus bulas y breves la doctrina de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen. La fiesta de la inmaculada Concepcion que han establecido los soberanos pontífices, y que se celebra en toda la Iglesia con tanta solemnidad, es una prueba muy auténtica de este insigne privilegio, puesto que, segun el angélico doctor santo To-

más, la Iglesia romana no podria nunca celebrar la fiesta de una cosa que no sea santa. No puede decirse que el objeto de esta solemnidad sea el segundo momento de su vida, suponiendo que en él ha sido santificada la santísima Vírgen, porque por la palabra concepcion no puede entenderse mas que el primero; y así es como lo ha entendido Zacarías, obispo de la Garde, en los himnos que ha compuesto de orden y con la aprobacion de los papas Leon X y Clemente VII, diciendo que la santísima Vírgen ha sido criada en estado de gracia, y que en el primer momento en el que todos los hombres son hijos de ira, María ha sido el objeto de las complacencias y de las delicias de Dios.

Aunque no tengámos por ecuménico el concilio de Basilea, sin embargo, el consentimiento de los prelados y de los doctores que se hallaron en él, dice el sabio Padre Vicente Antist, del orden de predicadores, no puede menos de ser de gran peso; por lo menos demuestra cual era su parecer en orden á la concepcion inmaculada de la santísima Vírgen, puesto que hicieron un decreto en la sesion 36 prohibiendo bajo la pena de incurrir en la indignacion del cielo, el sostener el parecer contrario.

En fin, los padres del santo concilio de Trento han declarado que *en el decreto que han dado para declarar la fe de la Iglesia en orden al pecado original, no han pretendido comprender á la inmaculada y bienaventurada Madre de Dios.* Ahora bien, no habiendo querido el santo concilio confundirla con el resto de los hombres en la ley general del pecado, ¿quién sería tan temerario que la envolviese? Habiendo ordenado el mismo concilio que se observasen las constituciones de Sixto IV, bajo de las mismas penas establecidas en ellas, ha creido haberse esplicado bastante sobre este artículo, sin que fuese necesario hacer un decreto mas preciso.

En la adicion al tratado del sabio padre Antist, ya citado, pretende el autor que el segundo concilio de Nicea, el segundo de Toledo, el sesto Sínodo general en tiempo del papa Agathon, el concilio de Francfort, el séptimo Sínodo en tiempo de Adriano, y el de Ossona, declaran su-

ficientemente que la concepcion de la santisima Vírgen ha sido inmaculada, aun cuando no la hayan propuesto todavía como artículo de fe. Lo que hay de cierto es que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebraba ya entre los griegos desde el siglo VII; llamábase *Panagia*, esto es, la fiesta de la *enteramente santa en su concepcion.* Si en la Iglesia romana se ha celebrado mas tarde, no por eso es en ella menos solemne, y los soberanos pontífices han concedido con respecto á ella en el órden de san Francisco los mismos privilegios que á la fiesta y octava del Santísimo Sacramento. Al fin de esta historia veremos el concurso maravilloso de todos los órdenes religiosos, de todas las universidades, de los mas grandes emperadores, de los reyes, de los pueblos, para honrar la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, y los monumentos que subsisten de este zelo y de esta singular y tierna devocion. La gracia especial que Dios ha hecho á la santisima Vírgen preservándola del pecado original, teniendo presente su maternidad divina, es un privilegio tan singular, y da una idea tan alta de la incomparable santidad de María, que no debe extrañarse el que se hayan extendido sobre una señal tan grande de distincion, que puede llamarse la época mas gloriosa de su vida.

§. VII.

Prerogativas que han acompañado el privilegio de la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen.

Esta primera gracia fue acompañada de muchas otras. Desde el primer momento de su vida tuvo la santisima Vírgen, dice san Bernardino, el uso de la razon, y fue dotada con todos los dones del Espíritu Santo, formó los actos de las mas excelentes virtudes, y fue enriquecido su entendimiento con los conocimientos mas sublimes. Su corazon fue abrasado desde entonces con el fuego del mas puro amor de Dios; y los nueve meses que estuvo en el seno de su madre, y que para todos los hombres son una continua inaccion, fueron para ella un fondo de perfec-

ciones y de méritos. En esta primera santificacion, dice san Vicente Ferrer, recibió la gracia con mas plenitud que todos los santos y todos los ángeles juntos; de suerte que aun cuando todos los serafines, espíritus celestiales que son todo fuego, reuniesen todos sus divinos ardores, sería necesario todavía mucho para que igualasen al que sintió María en el primer momento de su vida.

Es indudable, dice un gran siervo de María, que la mas bella alma que jamás ha criado Dios, antes de la alma de Jesucristo, fue la que Dios dió al cuerpo de la santisima Vírgen en el momento que fue concebida; y no solo fue la alma mas perfecta del mundo, sino que de todas las obras del Criador puede decirse que esta fue la mas excelente, y que para hallar alguna cosa mas grande en la naturaleza, dice san Pedro Damiano, es menester ir hasta el autor mismo de la naturaleza. ¡Qué luces, qué solidez, qué elevacion en aquel entendimiento! ¡qué docilidad en aquella voluntad! ¡qué ternura, qué magnanimidad, qué intension de amor, qué pureza en aquel corazon del cual solo Dios habia de ser siempre el dueño! ¡qué prendas tan nobles y tan santas! ¡qué inclinaciones tan conformes á los movimientos de la gracia! ¡qué natural tan dulce, tan perfecto, tan susceptible de las impresiones del Espíritu Santo! tales fueron los frutos de la primera gracia en María.

A esta alma privilegiada, continúa el mismo Orador sagrado, se le habia preparado un cuerpo tan bello, que el gran san Dionisio confesaba cincuenta años despues, que no la podia mirar sin quedar deslumbrado, y que la hubiera adorado como una diosa si la fe no le hubiese enseñado que no habia en el mundo mas que una sola divinidad.

Desde el primer momento en que esta alma, toda hermosa y sin mancha, se unió á este precioso cuerpo, inmediatamente que comenzó á vivir, comenzó á amar á Dios con mas ardor que todos los serafines; y este cuerpo tan perfecto empezó desde entonces á prestar sus órganos para todas las funciones de la vida racional y espiritual.

Habiendo recibido con la gracia santificante, como se ha dicho, el perfecto uso de la razon, su entendimiento fue desde entonces ilustrado con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido con todos los conocimientos naturales y morales. Este insigne favor, esta gracia de predileccion, fue tan abundante, que sobrepujó á la de todos los santos y de todas las inteligencias celestiales; esto es, dice san Vicente Ferrer, que en el primer momento fue María mas pura, mas santa, mas agradable á los ojos de Dios que todos los predestinados juntos en el último momento de su vida.

He aquí lo que ha sido la santisima Vírgen, no digo ya antes de nacer, sino desde el primer instante en que fue concebida. Formemos ahora, si es posible, la idea de lo que ha sido en lo sucesivo, por el santo uso que ha hecho sin interrupcion de un fondo tan rico de virtudes y de dones sobrenaturales. No hay una de sus cualidades infusas, ninguno de sus talentos naturales que haya estado en ella ocioso. Desde su inmaculada concepcion todo su entendimiento estuvo ocupado en conocer y en alabar á Dios; todo su corazon, toda su alma en amarle con el amor mas puro, el mas ardiente, el mas perfecto y el mas tierno. No hubo jamás en la santisima Vírgen momento vacío, dones infructuosos, gracia ineficaz; ella no perdió un solo momento desde el primero de su inmaculada concepcion, y no cesó un instante, dice san Bernardino, de amar á Dios cuanto podia amarle con la sobreabundancia de gracias de que estaba llena. ¡Cuál, pues, debió ser el tesoro de méritos de que se halló enriquecida en aquellos nueve meses! *María*, dice el mismo Santo, *ha recibido tantas gracias, cuantas puede recibir una pura criatura.* No pueden ya extrañarse los términos enfáticos de que se sirven los santos Padres cuando hablan de la gracia de que ha sido colmada la santisima Vírgen desde el primer momento de su vida. San Epifanio dice que esta gracia es inmensa; san Agustin que es inefable: san Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de todas las gracias; san Gerónimo dice que en su seno se ha derramado toda la gracia. *La gracia se ha*

distribuido á los mayores santos con medida; pero á María se ha dado toda la plenitud de la gracia (*Serm. de Assumpt.*).

§. VIII.

Nacimiento de la santisima Vírgen.

Llegado ya el dichoso término de la preñez de santa Ana, el 8 de Setiembre del año del mundo 3985, dió á luz á esta dichosa niña, la maravilla del mundo, la obra maestra de la gracia, el ornamento mas bello de la Jerusalen celestial, la reina de los ángeles y de los hombres, predestinada en la eternidad para ser madre de Dios en el tiempo.

Si en todos tiempos han acostumbrado los pueblos dar muestras de alegría cuando nacen hijos á su soberano, porque les nacen á ellos reyes y señores; ¿quién no ve que el nacimiento de María ha debido llenar de gozo al cielo y á tierra, como lo canta la Iglesia, puesto que debia ser la gloria y el consuelo de los dos? Y como nada regocija tanto á los viajeros como el nacimiento de la aurora sobre el horizonte, nada tampoco debió causar tanta alegría á los hombres como el nacimiento de María. Ostenten su alegría los cielos y la tierra, exclama el Profeta (*Salm.* 95), puesto que viendo aparecer á María, estamos seguros de que va á venir el Redentor. *El nacimiento de la santisima Vírgen*, dice san Ildefonso, *es como el principio del nacimiento de Jesucristo*; y así como la aurora es el fin de la noche, del mismo modo este dichoso nacimiento ha sido el fin de nuestros males, dice el abad Ruperto, y el principio de aquel dichoso dia por el cual suspiraban todos los hombres.

Todos los siglos, dice san Juan Damasceno (*Orat. de Nativ. Virg.*), *parecia que se disputaban entre sí la gloria de ver nacer la santisima Vírgen. En este dichoso dia*, dice san Pedro Damiano, *ha nacido aquella por la cual renacemos todos.* Porque puede decirse con san Bernardo, que en el nacimiento de la santisima Vírgen el cielo comienza á reconciliarse con la tierra; este dichoso naci-

miento es como el preliminar de la paz, por decirlo así, que Jesucristo debe hacer entre Dios y los hombres.

Nació la santisima Vírgen en Nazareth, ciudad de Galilea, en donde se hallaban establecidos san Joaquin y santa Ana. Era la Vírgen de la tribu de Judá y de la familia real de David, como ya lo hemos dicho, y como lo declara la Iglesia en el oficio del dia de su nacimiento. Jamás vió el cielo nacer una niña mas noble, mas cumplida, ni mas santa, dice san Bernardino; descendiente de David y de tantos otros reyes que contaba entre sus antepasados, ella habia heredado toda su gloria. Dotada de las cualidades naturales que habia recibido de Dios, era, como dice san Bernardo, la obra mas acabada de todos los siglos, y ninguna de las hijas de Israel fue jamás comparable con ella en el maravilloso conjunto de gracias extraordinarias de que se hallaba enriquecida; porque de ella habia dicho el Espíritu Santo por el Sabio (*Prov.* 39): Hay un gran número de doncellas ilustres por su nobleza, por sus virtudes, por sus bellas cualidades, por su mérito; peró ninguna que se acerque jamás al tesoro de las gracias con que el cielo te ha privilegiado, ninguna que no sea inferior á tí en dones naturales y sobrenaturales.

El nacimiento de la santisima Vírgen fue sin esplendor, así como el de Jesucristo debia ser oscuro á los ojos del mundo, queriendo Dios que entre la Madre y el Hijo hubiese una perfecta conformidad de condicion. Fácil es concebir cuál fue la alegría de todo el cielo en el nacimiento de la que estaba ya en él reconocida como reina. Muchos de los santos Padres creen que avisados san Joaquin y santa Ana por un ángel de que tendrian una hija, sin embargo de su edad avanzada y no obstante su larga esterilidad, habian sido al mismo tiempo instruidos de que esta hija dichosa sería la madre del Mesías; lo que hay de cierto es que jamás hubo hija mas querida de sus padres, ni que mereciese mas toda su ternura, que la que era desde su inmaculada concepcion el objeto de la predileccion de su Dios.

§. IX.

El santo nombre de María.

Como san Joaquin y santa Ana eran exactos observadores de la ley, no dejaron de cumplir los deberes que ella imponia en el dia señalado despues de su nacimiento. Habiendo llegado el dia de la ceremonia legal designado para las hijas recien nacidas, que era el noveno despues del nacimiento, la impusieron el nombre misterioso de María, que en siriaco significa *señora*, y *señora soberana*; y en hebreo *estrella del mar*, que conduce con seguridad al puerto, y que el piloto no pierde jamás de vista, durante la noche, sin exponerse al peligro de naufragar. No se sabe si intervino alguna revelacion particular para darla este nombre; pero no hay duda, dicen los santos Padres, que es Dios el que se lo ha dado, puesto que ella sola debia llenar toda su significacion y todos sus misterios. *Las tres personas de la santísima Trinidad son las que os han dado este nombre* tan santo y tan respetable, ó Vírgen santa, exclama el sabio y piadoso Raymundo Jordan, preboste de Usez en 1351, y despues el abad de Celles, apellidado el Sabio idiota, *á fin de que al oirle pronunciar todas las potestades de los cielos, de la tierra y de los infiernos doblen las rodillas. Es tal la virtud de este nombre*, añade, *es tanta su excelencia, que cuantas veces se pronuncia, el cielo lo celebra, la tierra se regocija, y los mismos ángeles dan saltos de alegria* (*Hom. 2 sup. missus est*). A la verdad, dice san Bernardo, no podia tener la Madre de Dios un nombre que la cuadrase mejor que el de María, ni que mejor significase su excelencia, sus grandezas y su alta dignidad. María, continúa, es aquella hermosa y resplandeciente estrella, elevada sobre este vasto y grande mar del mundo; ella guia á los que estan embarcados en este borrascoso mar. Perder de vista esta estrella, es ponerse en un peligro evidente de extraviarse y de dar muy pronto en los escollos, es correr á un triste naufragio. Son

frecuentes las tempestades en este vasto mar (*sigue hablando el mismo Padre*); en todas partes se encuentran escollos, no hay puerto, no hay abrigo exento del ímpetu de los vientos, y á cubierto de las borrascas. ¿Quereis evitar el naufragio? mirad siempre á esta estrella; llamad en vuestro auxilio á María; invocad sin cesar el santo nombre de María. Sois el blanco de multitud de infortunios, os veis desolados por los accidentes penosos de la vida, estais abrumados con las adversidades mas amargas, dice Alberto el Grande (*in cap.* 1. *Luc.*), invocad el santo nombre de María. El nombre de María, decia san Antonio de Padua, es un motivo de gozo y de confianza para todos los que le pronuncian con devocion y con respeto; él es mas dulce que la miel para la boca, mas agradable para el oido que un canto melodioso, mas delicioso para el corazon que la mas dulce alegría. ¿Qué nombre despues del de Jesus, dice el célebre Alano, del Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de París, qué nombre debe publicarse con mas elogios y con mas veneracion que el nombre de María? ¿qué nombre debe estar con mas frecuencia en la boca y en el corazon de los fieles que el nombre de María? Con razon se le compara á un aceite precioso y aromático, cuyo exquisito olor se esparce por todas partes (*in cap.* 2. *Cantic.*).

San Anselmo encomia todavía mas la veneracion de este santo nombre (*Lib. de Excel. Virg.*). *Muchas veces*, dice, *se obtiene mas pronto gracia y misericordia*, por decirlo así, *reclamando el nombre de María, que invocando el santo nombre de Jesus.* No quiere decir esto que el nombre de Jesus no sea mas respetable que el nombre de María, sino que la misma santísima Vírgen intercede con su Hijo, segun el pensamiento de este Padre, en favor de los que reclaman su poderosa proteccion, invocando su santo nombre. Apenas la Iglesia oye el nombre de María, dice el sabio Pedro de Blois, cuando dobla la rodilla por el respeto que tiene á este santo nombre; y jamás se oye pronunciar sin que se despierte la devocion de los fieles.

Desde el nacimiento del cristianismo se han acostumbrado los fieles á no separar los dos augustos nombres de

Jesus y de María, apenas se pronunciaba el uno sin el otro en aquellos primeros tiempos de fervor. La religion no ha envejecido en la Iglesia: como los verdaderos fieles tienen todavía hoy el mismo amor y el mismo respeto al Hijo, tienen tambien para con la Madre la misma veneracion y la misma ternura; esto es lo que junta ordinariamente estos dos augustos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos, sobre todo en la hora de la muerte; y no se ha visto santo alguno que no haya tenido la devocion y el dulce consuelo de morir pronunciando los santisimos nombres de Jesus y de María. El santo nombre de María, terror de los infiernos, alegría de los ángeles en el cielo, y consuelo de los fieles en la tierra, es tan amado y tan respetable á toda la Iglesia, que ha establecido una fiesta particular en su honor en el domingo que sigue inmediatamente al dia de su nacimiento: al fin de esta vida se verá el motivo y la historia de ella.

§. X.

Es educada la santisima Vírgen en su casa paterna en Nazareth hasta la edad de tres años.

Al cabo de ochenta dias despues del nacimiento de la santisima Vírgen, que era el tiempo en que, segun la ley, las madres que habian parido hija debian purificarse, llevando la hija al templo, y ofrecer allí al Señor por ellas y por su hija un cordero en holocáusto, y un pichon ó dos tórtolas, no faltó santa Ana al cumplimiento de este deber de la religion, el cual llenó con la mayor piedad. Llevó á la santisima Vírgen á Jerusalen y la ofreció al Señor en el templo; pero mientras que se ofrecia por María la víctima ordenada por la ley, la bienaventurada niña se inmolaba á sí misma al Señor de un modo mucho mas espiritual y mas perfecto. Dios no habia visto aun en su templo ni sobre sus altares una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á sus ojos, y tan digna de sus divinas complacencias. La Vírgen niña se ofrecia interiormente á su Dios como la mas humilde de sus sier-

vas, y Dios la recibia como su hija muy amada, como su esposa sin mancha, como la madre futura de su querido Hijo. Solo Dios es capaz de saber cuán agradable le fue esta ofrenda, y de cuánta sobreabundancia de gracias fue acompañado este primer acto exterior de religion para esta dichosa Niña.

Creese, y es muy probable, que san Joaquin y santa Ana no llevaron su santa Hija al templo solamente para satisfacer á la obligacion de esta ceremonia ó presentacion legal, sino tambien para dedicarla toda al Señor y consagrarsela como un don del cielo, que ellos no tenian mas que en depósito, y que estaban muy resueltos á volverle tan pronto como estuviese en edad de ser admitida para el servicio del templo.

Concluida la ceremonia, fue vuelta á llevar la santisima Vírgen á Nazareth, en donde por espacio de tres años fue el objeto de los cuidados y las delicias de su santa familia; como la gracia se habia anticipado nueve meses á su nacimiento, el uso de su razon se adelantó tambien mucho á la edad en que la razon se desenvuelve en los otros niños. María tenia apenas dos años, cuando la piedad, la sabiduría misma, la dulzura y la docilidad parecian formar ya su carácter. Como los astros, aunque enteramente luminosos desde el primer momento en que aparecen sobre el horizonte, parece que desenvuelven á nuestra vista un nuevo brillo á medida que se alejan del punto de donde nacen; así la santisima Vírgen, semejante á la estrella, cuyo nombre llevaba, aunque desde el primer instante de su inmaculada concepcion recibió el don de sabiduría, no manifestaba, sin embargo, sus tesoros sino á medida que iba creciendo. Admirabanse todos los dias en esta Niña rasgos brillantes de una razon prematura; todo era en ella extraordinario, porque todo era maravilloso. Habiéndose adelantado la razon á la edad, creyeron santa Ana y san Joaquin que ellos debian tambien adelantar el tiempo de cumplir su voto. Habian prometido al Señor que si les daba un hijo á pesar de su larga esterilidad, le consagrarian á su servicio en el templo. Viendo, pues, en su santa Hija á la edad de tres

años un talento, una sabiduría y una edad prematura, que no se encontraba en las otras doncellas mucho mas adelantadas aun en la edad, resolvieron ir á volver al Señor este tesoro, que no tenian mas que en depósito. Fácil es imaginar cuánto debia costarles este sacrificio. La niña hacia todo su consuelo, era todo su tesoro, y les causaba todas sus delicias; pero cuando uno está animado del espíritu de Dios, cuando es tan religioso como lo eran san Joaquin y santa Ana, prefiere de buena gana lo que se debe al Señor, y su propia santificacion.

Este doble sacrificio se verificó el 21 del mes de Noviembre. Santa Ana y san Joaquin fueron á ofrecer al Señor en el templo todo lo mas precioso y mas amado que tenian en el mundo; y María fue á animar esta ofrenda, y realizar este sacrificio, consagrándose ella misma de todo su corazon y del modo mas perfecto á su Dios, por una oblacion pública y solemne que hizo al Señor de su corazon, de su espíritu, de su cuerpo, y de todas las potencias de su alma; y todo esto del modo mas santo y mas agradable á los ojos de Dios; y puede asegurarse que este fue el sacrificio mas santo y mas perfecto que se ofreció á Dios desde el nacimiento del mundo, y es lo que se llama la Presentacion de la santisima Vírgen en el templo de Jerusalen.

§. XI.

Presentacion de la santisima Vírgen.

Habia dos géneros de presentacion al templo entre los judíos: la primera era obligatoria, puesto que estaba mandada en la ley, y era la que hacian las mujeres ciertos dias determinados despues de sus partos, esto es, ochenta dias en el de las hembras, y cuarenta en el de los varones. La otra presentacion se hacia por los que habian ofrecido con voto sus hijos para el servicio de Dios en el templo; tal como la que hizo Ana, madre de Samuel, y santa Ana, madre de la santisima Vírgen. Habia para esto al rededor del templo de Jerusalen habi-

taciones destinadas unas para los hombres y otras para las mujeres, algunas para los niños, y otras para las niñas que debian cumplir la promesa que ellos mismos habian hecho, ó que sus padres habian hecho por ellos. Los jóvenes eran allí educados en la piedad por maestros hábiles, y por maestros de una probidad universalmente reconocida, y su empleo era servir á los ministerios sagrados, cada uno segun su edad, su estado, su sexo y su capacidad. Sabiendo san Joaquin y santa Ana lo que dice el Sabio, á saber: Si has hecho voto á Dios, no difieras el cumplirle; luego que vieron que su santa Hija tenia mas sabiduría y virtud á la edad de tres años, que los otros niños á la edad de quince, resolvieron cumplir su voto, cuyo cumplimiento solicitaba la santa Niña con un ardor extraordinario.

Esta piadosa ceremonia se hacia siempre con solemnidad: los padres conducian á sus hijos al templo acompañados de toda la parentela: habiendo el padre y la madre presentado al hijo al sacerdote al pie del altar, le declaraban el voto que habian hecho de consagrar su hijo al templo; y despues de algunas oraciones, el sacerdote le admitia solemnemente en el número de los ministros ó servidores y servidoras de la casa de Dios, hasta cierto tiempo determinado; y esto se llamaba prestar un hijo al Señor, segun el lenguaje de la Escritura que dice, en boca de Ana, madre de Samuel, cuando fue á presentarle al templo: *Por esto yo le he prestado al Señor.*

Isidoro de Tesalónica dice que la ceremonia de la presentacion de la santísima Vírgen en el templo de Jerusalen se hizo con una celebridad extraordinaria; que no solamente quiso acompañarla toda la parentela, sino que por una inspiracion secreta de la divina Providencia, cuyo misterio se ignoraba, todas las personas mas cualificadas de Jerusalen quisieron asistir á esta augusta ceremonia, en tanto que los ángeles la acompañaban invisiblemente y celebraban con sus melodiosos cánticos esta fiesta. No se sabe quién fue el sacerdote que recibió á esta Vírgen incomparable. San German, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, han creido que verosimilmente

fue san Zacarías, padre de san Juan Bautista. Esta presentacion fue sin duda acompañada, como la de Samuel, de un sacrificio; mas el que entonces hizo á Dios esta bienaventurada Niña de todo lo que ella era, y de todo lo que tenia, fue de mucho mayor precio y de mas mérito delante de Dios, que el de todas las víctimas inmoladas. Las otras niñas que en la pequeña edad eran presentadas para el servicio del templo, no teniendo todavía la mayor parte de ellas el uso de la razon, no sabian lo que se hacia de ellas en esta ceremonia, y su dedicacion no tenia mérito sino con respecto á la consagracion interior y espiritual que hacian de ellas los padres; pero María, á quien por un privilegio especial se le habia adelantado el uso de la razon y de la libertad desde el primer momento de su vida, perfectamente instruida por el Espíritu Santo, conocia toda la santidad de esta augusta ceremonia, y la acompañaba con todos los sentimientos de religion y de las demás virtudes que hacian su sacrificio el mas meritorio y el mas agradable á los ojos de Dios que hasta entonces se habia ofrecido. *Toda la gloria de la hija del Rey viene de lo interior*, dice de la santisima Vírgen el Profeta. Por mas admirable y mas encantadora que fuese esta hija del Rey de los cielos, que debia ser al mismo tiempo su esposa y su madre, por sus brillantes cualidades exteriores, era infinitamente mas bella en lo interior que en lo exterior por sus eminentes virtudes. Por esto la Iglesia, conducida siempre y en todo por el Espíritu Santo, ha dispuesto honrar esta santa presentacion con una fiesta particular, que se celebra el 21 de Noviembre. ¿Habia Dios visto jamás una víctima que le hubiese sido mas agradable? ¡Qué de espíritus celestiales asistieron á este acto de religion tan glorioso á Dios! Todo el cielo celebró fiesta en este dichoso dia á esta augusta ceremonia, admiracion de toda la celestial Jerusalen; y ¿podia dejar la Iglesia de celebrar la memoria y la fiesta de este dia? Esto es lo que ha movido á tantos santos padres, san Evodio de Antioquía, san Epifanio de Salamina, san Gregorio de Nicea, san Gregorio el teólogo, san Andrés de Creta, san German de Constantinopla, san Juan Damasceno y tambien á tan-

tos padres latinos á mirar la presentacion de la santisima Vírgen al templo de Jerusalen, como el primer acto de religion que ha sido mas agradable á Dios; y la fiesta de este dia, como el preludio, por decirlo así, de todas las fiestas.

Admitida la santisima Vírgen en el número de las doncellas solemnemente consagradas al Señor, aunque era la mas jóven de todas, sobrepujó muy pronto en sabiduría, en virtud y en mérito, aun exteriormente, á todas. Las bellas cualidades de que estaba dotada la ganaron desde luego el corazon y la estima de aquellas piadosas matronas nombradas para educarla. Nunca se vió una educacion mas bella ni mas feliz, ni tampoco educacion que costase menos. El tesoro de gracias, de virtudes y de méritos con que la habia enriquecido el Espíritu Santo desde su inmaculada concepcion, y que ella aumentaba en cada momento por su fiel correspondencia á la gracia, se desenvolvia diariamente á los ojos de todos los que la veian; ella era la maravilla de su sexo, y la obra mas perfecta de su siglo; así es que tambien se la miraba como un prodigio de inocencia y de virtud.

§. XII.

De qué modo vivió la santisima Vírgen todo el tiempo que estuvo en el templo.

Jamás se vió un conjunto tan cumplido de las mas raras cualidades y de las virtudes mas eminentes. Todas las personas que velaban sobre ella, estaban de tal manera admiradas, que la miraban como un milagro de santidad, y como el mas grande y el mas rico tesoro que hubo jamás encerrado en el templo.

En efecto, nunca hubo en él una Vírgen tan pura, dice san Ambrosio en el excelente retrato que ha hecho de ella. Su modestia daba un nuevo esplendor á su rara belleza, y su dulzura realzaba, por decirlo así, su modestia; no habia accion alguna en ella, en la cual no resplandeciese un carácter de santidad; descubriase en ella

un aire noble y magestuoso hasta en su profunda humildad. Meditaba mucho y hablaba poco, dice el mismo Padre; el amor divino de que estaba su corazon abrasado la hacia amar el retiro, no hallando placer sino en las comunicaciones íntimas que tenia continuamente con su amado. Jamás se la vió ociosa; la oracion, el trabajo de manos y la lectura de los libros santos, de los cuales tenia una inteligencia infusa y profunda, ocupaban todo su tiempo. Su espíritu, siempre de acuerdo con su corazon, nunca perdia de vista al que ella sola amaba con mas ardor y perfeccion que todos los serafines juntos. Toda su vida no fue propiamente mas que un ejercicio continuo del amor mas puro de su Dios, en el que ardió su corazon todos los dias de su vida. Nada fue jamás capaz de interrumpir ni de turbar en lo mas mínimo este ejercicio. Aun cuando sus sentidos estuviesen entorpecidos por el sueño, su corazon velaba, y el sueño mismo no interrumpia, por decirlo así, su oracion; toda su conversacion era en el cielo, y esto era lo que la hacia amar tanto el retiro. Su continua asistencia al templo en una edad tan tierna manifestaba bien cuál era su aficion á él. San Ambrosio (*De Virginib.*, *l.* 2.) asegura que no hubo persona alguna jamás dotada de un don de contemplacion mas sublime, y que toda su vida no fue, hablando propiamente, mas que un continuo éxtasis. No se vió nunca una pura criatura tan querida de Dios, ni tan perfecta. No podemos imaginar una virtud que no estuviese en grado soberano de perfeccion en esta incomparable Niña. Su pureza fue sin ejemplo, su humildad sin medida, su caridad sin límites, su fe sin nubes, su piedad sin alteracion. Nadie hubo que llevase tan lejos su abstinencia. Si tomaba algun alimento era solo para conservar la vida; jamás entró en sus motivos el placer natural de la comida. Su modestia tenia algo de sobrenatural, y su dulzura hacia brillar mas su modestia. Nadie jamás, dice el mismo san Ambrosio, llenó mejor todos los deberes de la urbanidad y de la educacion. Toda su vida fue un espejo fiel de todas las virtudes.

Algunos otros santos Padres aseguran que se tenia tan

alta idea de su eminente santidad, que todo el mundo la miraba con veneracion, y que habiendo descubierto los sacerdotes en esta bienaventurada Niña una virtud tan extraordinaria, la habian permitido por un favor especial que fuese de tiempo en tiempo á hacer su oracion en aquel paraje del templo que se llamaba Santo de los santos: lugar sagrado á la verdad; pero puede decirse que ella lo hacia todavía mas santo con el fervor de sus oraciones. Comprendamos, si es posible, cuál sería el ardor del fuego divino en que se abrasaba el corazon de María en este santo lugar; solo las inteligencias celestiales, testigos ordinarios de su devocion, han podido formar una idea justa del fervor de sus meditaciones, de la sublimidad de su contemplacion, del valor y mérito, del número infinito y de los multiplicados actos de las mas heróicas virtudes que hicieron la ocupacion ordinaria de María durante los once ó doce años que estuvo en el templo.

Cuando el santo Profeta rey decia que traeria en pos de sí un gran número de vírgenes, que debian seguirla y formarla, por decirlo así, una corte (*Salmo 44*), no parece sino que tenia presente la consagracion que la santisima Vírgen debia hacer á Dios de sí misma, y que debia servir, por su mansion y su clausura en el templo, de modelo al número infinito de doncellas que renunciando al mundo en lo sucesivo, y consagrándose enteramente á Dios, pasarian sus dias en la clausura del monasterio y del templo. En efecto, cuántos millares de vírgenes han seguido á esta Reina de las vírgenes, y se han dedicado, á su ejemplo, al servicio de Dios en el cláustro para pasar allí toda su vida en los ejercicios continuos de la mas alta piedad, y que pueden decir: Todos nuestros dias estan consagrados á meditar y á cumplir la ley del Señor, á caminar por los caminos de la justicia y de la santidad, á amar á nuestro Dios, y á cantar dia y noche sus alabanzas. Con mucha razon puede decirse que la presentacion de la santisima Vírgen y su permanencia en el templo de Jerusalen han sido como el prototipo sagrado y, por decirlo así, la primera época de la institucion de todas las religiosas. Esta esposa ¡ó Rey de gloria! os traerá

en su seguimiento un número infinito de almas puras é inocentes, una infinidad de vírgenes que se ejercitarán en imitaria; todas vendrán con alegría á consagrarse á vos en vuestro templo. Y ¿no es esto lo que nosotros vemos todos los dias en la vocacion de tantas doncellas que se consagran al Señor con tanta generosidad y tanto gozo en las casas religiosas, siguiendo el ejemplo que les da la santisima Vírgen en la augusta ceremonia de su presentacion?

Epifanio, sacerdote de Constantinopla, y san Anselmo, dicen que la santisima Vírgen poseyó perfectamente la lengua hebraica, no obstante que no estaba ya entonces en uso entre los judíos; pero que era la lengua original de los libros santos, de los cuales la habia concedido el Espíritu Santo una inteligencia sobrenatural, igualmente que de todos los sagrados misterios que estos santos libros contenian. El mismo Epifanio añade que nadie supo nunca tan bien como ella trabajar en lino, en lana, en seda y en oro, y que jamás se sirvió de su arte y de su habilidad sino para obras destinadas al uso sagrado del altar y de los sacerdotes. Es verosimil que con la plenitud de los dones del Espíritu Santo habia recibido toda la ciencia y todos los talentos propios de su sexo y de su estado; y ciertamente no pueden negarse á la santisima Vírgen todas las prerogativas, todos los conocimientos, las propiedades y los dones naturales que habian sido concedidos á Eva y á Adan en el estado de la inocencia.

§. XIII.

Muerte de san Joaquin y de santa Ana.

Habia ocho ó nueve años que la santisima Vírgen estaba en su retiro siendo la admiracion de los hombres y de los ángeles por el brillo extraordinario de su santidad, y el conjunto maravilloso de todas las mas raras virtudes, cuando perdió á su padre san Joaquin, y poco despues á santa Ana, su madre. Una muerte tan preciosa á los ojos de Dios como la de sus queridos padres debió

sería sensible; pero, por decirlo así, la afligió poco: estaba muy segura de su bienaventurada suerte, y muy resignada á las órdenes sagradas de la divina Providencia para que no se consolase muy pronto de su ausencia; hacia ya mucho tiempo que Dios era todo para ella. Como los sacerdotes que servian al templo eran de oficio tutores de las doncellas huérfanas consagradas al servicio de Dios, tuvieron desde entonces un cuidado mas particular de esta insigne Vírgen, que mucho tiempo habia era ya el motivo de su aprecio y de su admiracion.

Luego que hubo llegado á la edad de catorce ó quince años, que era la en que se trataba de casar á las doncellas, pensaron sus tutores en buscarla un esposo que fuese digno de ella. Sobresaltóla la primera proposicion que de ello se la hizo. Un antiguo autor, citado por san Gregorio de Nicea, dice que la santisima Vírgen representó entonces con mucha modestia á los que estaban encargados de su conducta, que habiendo sido consagrada á Dios por sus padres, aun antes de su nacimiento, para servir en el templo, habia ratificado despues ella misma esta consagracion, y que no tenia otra inclinacion que la de pasar allí el resto de sus dias en cualidad de vírgen; y que si se queria tener alguna consideracion á la intencion de sus padres y á su propia inclinacion, no se la podria dar un placer mayor que el de no obligarla á mudar de estado. Alabóse su devocion; mas como toda la gloria de los judíos consistia en tener una posteridad para poder esperar el contraer un dia alguna consanguinidad con el Mesías, sobre todo aquellos y aquellas que eran de la tribu de Judá y de la estirpe de David, como puntualmente sucedia á María, no se tuvo consideracion á lo que ella deseaba, y no se pensó mas que en buscarla un esposo que la conviniese, y que fuese de la misma tribu y de la misma estirpe real que ella.

Era un uso establecido entre los judíos, y religiosamente observado en todos los siglos, que cuando una familia se hallaba reducida á una sola doncella, casase con ella su mas próximo pariente de la misma tribu, á fin de que menos separadas las alianzas, se viese mas clara

la genealogía del Mesías que era el fin de todos los matrimonios y de todas las generaciones, tanto en la ley natural, como en la ley escrita. Por esto Abraham se habia casado con Sara, y Nachor con Melcha, las dos hijas de Aram, hermano de Abraham y de Nachor; por lo mismo el jóven Tobías por consejo del ángel Rafael, y segun la ley de Moisés, casó con Sara, hija única de Ragüel su próxima parienta. Habiendo, pues, sabido la santisima Vírgen el designio que se habia formado de casarla, y no habiendo tenido por conveniente declarar el voto secreto que habia hecho de permanecer siempre vírgen, sabiendo bien que habiéndolo hecho todavía tan jóven no se hubieran detenido en dispensarle, recurrió á la oracion, y no cesó de instar dia y noche al Señor para que cuidase con esmero de su esposa. Vos habeis poseido mi corazon, divino Esposo, decia, desde el primer momento que le habeis formado, y vuestro santo Espíritu ha habitado en mi cuerpo como en su templo. No permitais, ó Dios de pureza, que nunca sea manchado este templo.

Despues de largas y fervorosas oraciones no se duda que tendria una secreta seguridad de que el matrimonio que contraeria, conforme á los designios de la divina Providencia, no sería obstáculo á su voto; y que el esposo que el cielo le destinaba sería el guardian de su virginidad en el matrimonio mismo.

§. XIV.

Despósase la santisima Vírgen con san José.

Luego que la santisima Vírgen hubo cumplido los quince años, se formó una reunion de los mas próximos parientes, todos de la tribu de Judá y de la familia de David como ella. Entre todos los que estaban en estado de desposarse con ella, se eligió á san José, á quien la divina Providencia habia destinado en la eternidad para que fuese el tutor y el padre nutricio del Salvador, llegando á ser esposo de María. Algunos han creido que era tio de la santisima Vírgen, ó á lo menos su primo her-

mano ; lo que sí es seguro, que era uno de sus mas próximos parientes, de la misma tribu y de la misma sangre real que ella, aun cuando la mudanza de fortuna le hubiese reducido á la humilde condicion de artesano, puesto que él era carpintero; pero por mas oscura que fuese su condicion, no impedia esto, dice san Epifanio, para que fuese el hombre mas noble y mas rico que hubo jamás á los ojos de Dios; ninguno hubo que se acercase ni al mérito, ni á la pureza, ni á la eminente santidad de este gran Patriarca. El mismo santo Padre añade que san José se hallaba entonces en una edad muy avanzada, y que prevenido desde su primera juventud de una gracia especial, cuasi desconocida en aquel tiempo entre los judíos, no habia nunca querido casarse, resuelto á guardar toda su vida una virginidad perpetua. Y si consintió ya á la caida de su edad en desposarse con María, su parienta, fue porque conociendo su eminente virtud, y su amor extraordinario á la castidad, se prometia vivir siempre vírgen en el matrimonio; creese tambien que antes de desposarse habian ya los dos convenido en ello.

Celebróse el matrimonio en Jerusalen. No tanto fueron dos esposos los que contrajeron entre sí, dice el célebre Gerson, cuanto una virginidad que se ligó con otra. No vió el cielo jamás desposorios tan santos, ni mas dignos de ser honrados con la presencia de toda la corte celestial, y es probable que lo fueron de todos los espíritus bienaventurados: así es que muchas iglesias les dedican una fiesta particular el 22 de Enero, que se cree haber sido el dia particular en que se celebró esta augusta ceremonia (1). Nunca hubo matrimonio mas adecuado ni tan dichoso, porque nunca le hubo tan santo; y si María recibió un guardian y un protector de su virginidad, José, dice san Juan Damasceno, recibió la mas augusta cualidad que es posible imaginar sobre la tierra, llegando á ser esposo de María. Santo Tomás cree que inmediatamente despues de la celebracion de este dichoso matrimo-

(1) En España se celebra el 22 de Noviembre.

nio fue cuando san José y la santísima Vírgen hicieron de comun consentimiento el voto de virginidad, ó que le renovaron. Es muy perfecto este acto de religion, dice este santo Doctor, para que dos personas tan santas se dispensasen de él; y sus inclinaciones sobre este artículo eran demasiado conformes para no convenir en la práctica de tan admirable virtud, estando animados los dos del mismo Espíritu Santo, que tiene un cuidado particular de las almas castas.

El voto de castidad perpetua, dicen los santos Padres, no se habia oido hasta entonces, porque habia sido desconocido; porque aunque en el antiguo Testamento habia habido quienes habian vivido en el celibato, como Elías, Eliseo, Daniel y los tres niños que fueron conservados milagrosamente en el horno encendido de Babilonia, no aparece que se hubiesen obligado jamás por voto á un estado tan perfecto. María, dice san Ambrosio, es la primera que ha dado el ejemplo, y que por el voto que hizo de una virginidad perpetua ha levantado en la tierra el estandarte, por decirlo así, de la virginidad, y con su ejemplo ha traido en pos de sí el número infinito de vírgenes que siguen al Esposo celestial, y que componen su brillante corte, segun las palabras ya dichas del rey Profeta: Esta Esposa amada y esta digna Madre, ó Rey de gloria, os traerá en pos de ella un número prodigioso de almas puras é inocentes, una infinidad de vírgenes que, siguiendo su ejemplo, os consagrarán su virginidad; todas vendrán con alegría á consagrarse á vos en vuestro templo. Vemos cumplida á la letra esta profecía en todas las santas y numerosas sociedades de doncellas religiosas, de quienes la santísima Vírgen es la madre, y de quienes debe ser el modelo segun el espíritu de su instituto. Quiso Dios que esta purísima Vírgen, que debia ser madre de su Hijo sin dejar de ser vírgen, fuese casada, dice san Gerónimo: 1.º Para que se pudiese saber que era de la tribu de Judá y de la estirpe de David, porque la genealogía entre los judíos no se formaba por la de las mujeres, sino por la de sus maridos. 2.º Para que su preñez milagrosa no se le

imputase por crímen, lo que no hubiera podido evitar si hubiese concebido siendo doncella. 3.º Para que viéndose obligada á llevar al niño Jesus á Egipto, huyendo de la crueldad de Herodes que queria quitarle la vida, envolviéndole en el asesinato de los inocentes, tuviese el auxilio de su esposo en el viaje, y en la mansion que debia hacer en aquella tierra estranjera. San Ignacio mártir añade otra cuarta razon, dice el mismo san Géronimo, que fue á fin de que el demonio ignorase la concepcion milagrosa del Mesías, no creyendo que habia nacido de una vírgen, puesto que la que le habia dado á luz era una mujer casada.

Con facilidad podemos juzgar cuál sería la vida santa y edificante de estos dos santos esposos; ¡qué paz, qué union, qué virtud, qué mutua veneracion en esta augusta familia! Nazareth admiraba, en verdad, la eminente santidad y las resplandecientes virtudes del uno y de la otra; pero la ciudad de Nazareth ignoraba el precio del tesoro que poseia; solo la celestial Jerusalen conocia todo su mérito; ella sola sabia que María era el templo vivo del Espíritu Santo y el santuario de la divinidad, como la llaman los santos Padres. Vivió la santisima Vírgen con gran retiro todo el tiempo que estuvo en Nazareth; su ocupacion ordinaria eran la contemplacion y la oracion. Como no perdia jamás á Dios de vista, el trabajo de sus manos no interrumpia su oracion, ni el cuidado del pequeño ajuar de su casa su union íntima con Dios. Jamás se vió una modestia tan perfecta ni tan respetable, sola su presencia inspiraba un respeto que llegaba á ser veneracion. Presentabase rara vez en público, dice san Ambrosio; tenia para ella maravillosos atractivos el retiro. Conversaba poco con los hombres, porque todo su comercio era con el cielo; la caridad sola la hacia visible á aquellos que esperimentaban todos sus efectos.

§. XV.

Anunciacion de la santisima Vírgen.

Hacia dos meses y algunos dias que estos dos castos esposos vivian juntos como hermano y hermana, egercitados en la práctica de las mas admirables virtudes, cuando habiendo llegado el momento dichoso en el cual habia Dios determinado en la eternidad enviar á su hijo al mundo, fue enviado el ángel Gabriel á esta incomparable Vírgen para anunciarla que este gran misterio debia obrarse en su seno, y para manifestarla que habiendo resuelto el Verbo divino hacerse carne, la habia escogido con preferencia á todas para que fuese su Madre. Apareciósela el ángel, dice san Bernardo, cuando invisible al resto de las criaturas, se inmolaba á su Dios en el fervor de la mas sublime contemplacion, y meditaba en su aposento el misterio inefable que no sabia aun que debia obrarse en ella. El Enviado celestial lleno de respeto y de veneracion hácia ella, que la miraba ya como su soberana, se la apareció bajo de la forma de un jóven que despedia rayos de una luz brillante, y la dijo: *Salve*; *llena estás de gracia, el Señor está contigo*: *bendita eres entre todas las mujeres.*

La aparicion de un ángel bajo de la forma de un hombre causó al principio algun espanto á la mas pura de las vírgenes; y un elogio tan magnífico y tan lisonjero sobresaltó su humildad y la sonrojó, llenándola de turbacion. Luego que lo advirtió el ángel, la tranquilizó: No temas, María, la dijo, tú has hallado gracia delante de Dios: tú te harás embarazada, y darás al mundo un hijo, al cual pondrás por nombre Jesus. Será de todos modos grande, y las pasmosas maravillas que obrará, publicarán altamente lo que es, y le darán á conocer visiblemente por el hijo del Altísimo y el Mesías, que ha sido hasta aquí el objeto de todos los votos y la esperanza de todos los siglos. Como hijo tuyo descenderá de David, puesto que tú desciendes de esta sangre real; mas no debe subir al trono por derecho de sucesion; el reino y el soberano

poder le son debidos por otros muchos títulos. Cómo verdadero Hijo de Dios, dominará sobre todos los pueblos del universo; pero su corona no será de la misma naturaleza que la de los reyes de la tierra que no reinan mas que sobre una sola nacion, y solo un cierto número de años; ninguno hay que no tenga sucesor, ninguno que no vea extinguirse en la muerte, con su poder y su magestad, todos sus títulos. Tu hijo fundará una nueva monarquía que contendrá todos los pueblos en la misteriosa casa de Jacob; él reinará en ella sin tener nunca ni concurrentes, ni sucesores; porque el imperio de este gran Rey no tendrá otros límites en su estension que el universo entero, ni otra medida de su duracion que la eternidad misma.

Fácil es concebir cuáles fueron entonces los sentimientos de la mas humilde de todas las criaturas. No podia ella comprender cómo Dios hubiese podido fijar en ella sus ojos para el cumplimiento de un misterio tan admirable, tan inefable y tan incomprensible á todo entendimiento criado: por otra parte, la espantaba la cualidad de madre, tanto apreciaba la de vírgen; esto fue lo que la obligó á preguntar cómo sucederia esto. Lo cual no hubiera preguntado, dice san Agustin (*Lib. de Virginitate*) si no hubiese hecho voto de ser siempre vírgen.

Respondióla el Angel que esto no debia asustarla, que Dios es omnipotente, y que su bondad iguala á su omnipotencia; que habiéndola escogido por una prediccion tan señalada para elevarla á tan alta dignidad, haria en su favor el mas insigne de todos los milagros; que nada tenia que temer por su virginidad, puesto que esta virtud debia ser una de las mas principales cualidades de la Madre del Mesías; que para que nada le quedase que recelar, era bien que supiese que el hijo adorable del cual debia ser madre en el tiempo, no tendria otro padre que aquel que le ha engendrado antes de los siglos; que ella no tendria otro esposo, propiamente hablando, que el Espíritu Santo, el cual siendo la virtud del Altísimo, formaria milagrosamente en ella, de su propia sangre, el fruto divino que debia llevar en su vientre; y le-

jos de marchitar la flor de su virginidad, la hacia mas brillante aun y mas pura: por tanto, añadió, el santo Hijo que nacerá de tí, será verdaderamente Hijo de Dios, no por una simple denominacion, sino realmente y por naturaleza; y para hacerte ver, continuó, que nada es imposible á la omnipotencia de Dios, sabe que tu prima Isabel, en una edad en que no debia naturalmente esperar el tener hijos, esto es, en su vejez, ha concebido y hace ya seis meses que está embarazada: tanta verdad es que nada es dificil al Omnipotente. Ahora bien, ¿el que ha podido dar un hijo á una mujer tan anciana, despues de tantos años de esterilidad, no podrá tambien darlo á una Vírgen?

Entretanto que el Angel hablaba, María ilustrada con luz sobrenatural, comprendió perfectamente toda la economía y todas las maravillas de este inefable misterio, para el cual Dios, desde su inmaculada concepcion, la habia preparado y colmado de todos los favores celestiales que formaban en parte su carácter; entonces anonadándose en la presencia de Dios: *He aquí*, esclamó, *la sierva del Señor*; *cúmplase en mí lo que me acabas de anunciar*. En el momento desapareció el Angel, y el Espíritu Santo formó de la sangre mas pura de la santísima Vírgen un cuerpo el mas bello que hubo jamás; y habiendo criado la mas perfecta de las almas, unió Dios el uno y la otra sustancialmente á la persona divina del Verbo eterno, el cual por tanto se hizo carne haciéndose hombre. En este dichoso momento, primera época de nuestra redencion, todos los espíritus celestiales adoraron á este hombre Dios, y María quedó hecha en el mismo instante verdaderamente madre de Dios, sin dejar de ser vírgen.

Preguntar cómo y por qué se ha verificado este prodigio, sería envilecerle y como degradarle, dice san Agustin, queriendo comprenderle; siendo entonces cierto que el misterio de la Encarnacion del Verbo no sería ya por excelencia la obra de Dios si se pudiese dar razon de él; y no tendria ya la ventaja de distinguirse por la singularidad, si en el orden de la naturaleza ó de la gracia se pudiese hallar un solo ejemplo. Es verdad que María al

momento que el Angel se lo declaró, no dejó de decir: ¿Cómo se ha de hacer esto? Pero esta pregunta, dice san Juan Crisóstomo, fue entonces efecto de una profunda y respetuosa admiracion, y no de una presuntuosa y vana curiosidad; y si María quiso saber de qué manera se verificaria lo que se la anunciaba de parte del cielo, no fue por incredulidad, sino por un puro zelo, y un sincero amor de la virginidad á que se habia consagrado por voto, y que ella preferia á la misma maternidad divina.

§. XVI.

Profunda humildad de la santisima Vírgen, y su amor á la virginidad.

Ninguna cosa da una idea mas alta del precio y del mérito de la virginidad, dicen los santos Padres, que la repulsa que hizo María de ser madre de Dios, si para serlo hubiera sido menester dejar de ser vírgen. ¡*O virginidad digna de toda veneracion*! exclama san Agustin, ¡ *ó humildad superior á toda alabanza*! (*Serm. 3. de Nativit.*) Un ángel presenta á María de parte de Dios la cualidad sobreeminente de madre del mismo Dios, y María la rehusa si esta sublime cualidad no puede concordarse con la virginidad. Podria acaso decirse que María no reflexionó al pronto bien sobre la eminente dignidad, y sobre la gloria de la maternidad divina, y que ella no rechaza las ofertas que se le hacen, dice uno de sus mas celosos siervos; sino porque no comprende bien aquello de que se trata; pero sin hablar de los conocimientos que ella habia adquirido en la contemplacion y en la lectura de los libros sagrados, el Angel se habia explicado lo suficiente para ser entendido: nada habia omitido de cuanto era capaz de rendirla. El hijo que concebirás, la dice, será grande; es el hijo del Altísimo, es el hijo de Dios, él será reconocido por tal en toda la tierra. Le darás el nombre de Jesus, porque él es el que debe salvar no solamente su nacion, sino que debe ser el Salvador de todos los hombres. El Señor le hará subir al trono de David su

padre, á fin de que reine sobre toda la casa de Jacob. Este reino no será de una duracion limitada, será eterno, no tendrá nunca fin. Despues de esta explicacion, ¿podia ignorar la santísima Vírgen las ventajas y las prerogativas de la cualidad que se la ofrece? Sin embargo todo esto no la mueve; lejos de dejarse arrastrar de unos títulos tan magníficos y tan pomposos, no ve en ellos nada que pueda indemnizarla, nada que pueda consolarla de la pérdida que haria de su castidad virginal. Si es posible que una mujer sea madre y vírgen á un tiempo, enhorabuena; pero si es preciso necesariamente renunciar á una ú á otra de estas ventajas, y el Señor me deja la libertad de elegir, ve á llevar á otra la corona que Dios me ofrece; yo soy vírgen, y lo seré eternamente.

Santísima Vírgen, exclama aquí san Anselmo, nada hay que os iguale, nada que se pueda comparar con vos; todo lo que es, ó es superior á vos, ó es inferior; Dios solo es superior á vos, y todo lo que no es Dios es inferior; todo es inferior á vos en dignidad, en santidad, en virtud, en méritos. Tal es María por su dignidad de Madre de Dios, dice san Buenaventura, que Dios mismo no puede formar una criatura mas excelente; puede hacer un mundo mas grande, un cielo mayor, mas brillante, mas vasto, pero no una madre de una dignidad mas eminente. ¿Quereis saber cuál es esta madre, cuál su dignidad, su santidad, su mérito? dice san Euchêrio, (*Serm. de Nativit.*) informaos mas bien cuál es el hijo que ha concebido y ha parido. La carne de Jesus, dice san Agustin, es una parte de la carne de María. Por cualquiera parte que miremos este misterio, dice san Bernardo (*Serm. super missus est.*) no se ve mas que maravilla, prodigio, motivo de pasmo; porque el que Dios venga á ser hijo de una mujer, y que esté sujeto á ella, es una humildad sin ejemplo; y el que una mujer llegue á ser la madre de su Dios, y tenga derecho de mandarle, es una gloria, es una elevacion, es una dignidad á que ninguna puede igualar.



§. XVII.

Va la santísima Vírgen á casa de santa Isabel, en donde pasa tres meses.

Entretanto, habiendo sabido la santísima Vírgen por el ángel mismo la preñez milagrosa de su prima Isabel, se sintió inspirada de ir á verla, para congratularse con ella por una maravilla tan inesperada. Habiendo obtenido el beneplácito de su casto esposo san José partió inmediatamente, y se fue en toda diligencia por las montañas de Judea, á la ciudad de Hebron en donde vivia su amada prima. El camino era largo y difícil; era preciso ir de Nazareth á Hebron, que era una ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judá, y en las montañas, á distancia de cerca de diez ó doce leguas de Jerusalen, y á treinta y ocho ó cuarenta de Nazareth, en donde residia la santísima Vírgen. Este viaje no era fácil para una persona tan delicada; pero su zelo y su caridad la hicieron sobrepujar todas estas dificultades. No la detuvieron las fatigas del viaje, porque la caridad, dice san Ambrosio, no conoce dificultades, é ignora todo retardo. Por otra parte queriendo Dios servirse de María para santificar al Precursor en el seno mismo de su madre, la inspira este viaje de pura caridad, y ella obedece con toda prontitud.

Habiendo llegado la santísima Vírgen á Hebron, se fue derecha á casa de Zacarías. Sabida por Isabel la llegada de su querida prima, la salió al encuentro: saludóla María y la abrazó; y apenas Isabel habia abierto la boca para resaludarla, cuando el niño de seis meses que llevaba en sus entrañas fue inmediatamente iluminado con una luz celestial. Vió en la oscuridad de su prision á los que le hacian el honor y la gracia de visitarle, y no pudiendo hablar todavía, honró como pudo á Jesus y á María con un salto milagroso, el cual fue, dice san Crisólogo, la señal de su alegría, de su respeto, y de su prematuro reconocimiento. Advirtiólo Isabel, y resaltando sobre la madre la luz sobrenatural que iluminaba al hijo, conoció por inspiracion el misterio incomprensible de la en-

carnacion del Verbo; quedó su alma llena del Espíritu Santo, y saltando entonces ella misma de alegría, y respondiendo á la urbanidad de su querida prima y á los términos obsequiosos con que la santísima Vírgen la habia saludado, esclamó en alta voz: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas.* Considerando al mismo tiempo el mérito extraordinario de la que venia á visitarla, y cuya dignidad suprema la habia dado á conocer el Espíritu Santo, esclamó: *Y ¿de dónde me viene á mí esto, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* Es este un favor que yo no puedo admirar bastante, y que me llena de asombro y de confusion, sabiendo cuan indigna soy de él. El niño mismo que llevo en mis entrañas, ha experimentado ya los maravillosos efectos de tu presencia; porque en el momento que yo he oido las palabras con que me has saludado, las ha oido él tambien y ha dado saltos de gozo. ¡O qué dichosa eres, mi querida prima, continuó, qué feliz eres, que has creido sencillamente y sin duda alguna lo que el ángel te ha dicho de parte de Dios! Sí, este Dios omnipotente que ha comenzado á egecutar en tí cosas tan grandes y tan maravillosas, las acabará segun que tú lo has esperado; él te lo ha prometido, y cumplirá su palabra.

Estas alabanzas, y la manifestacion de todo el misterio, tan glorioso todo para María, no hincharon su corazon. Ella no pudo á la verdad disimular ni callar las maravillas que Dios habia revelado á Isabel, y que acababa de publicar por su boca; pero quiso referir á Dios toda la gloria reconociendo su indignidad. Animada entonces del Espíritu Santo, del cual estaba llena, dando vuelo á su espíritu y á su corazon que solo Dios ocupaba, pronunció aquel cántico, el primero del nuevo Testamento, que sobrepuja á todos los antiguos, por el espíritu de piedad que por todas partes resplandece en él, por la sublimidad de sus sentimientos, y por la nobleza y magestad de su estilo; es él el mas precioso monumento de la profunda humildad de la Madre de Dios, el acto mas brillante de su alta santidad, y el mas escelente modelo del mas perfecto reconocimiento.

"Mi alma glorifica al Señor, dice (*Luc.* I.), y se ve trasportada de una alegría tan santa pensando en la bondad de Dios mi Salvador, que no puedo callar por mas tiempo sus maravillas; porque se ha dignado fijar su vista en la bajeza de su sierva, y por esto será exaltada mi dicha en todos los siglos venideros. El Omnipotente, cuyo nombre es infinitamente santo, cuya misericordia se estiende de generacion en generacion sobre todos los que le temen; el Omnipotente ha obrado en mi favor grandes maravillas. De este modo desplega cuando quiere el poder de su brazo: él trastorna los designios de los orgullosos, degrada á los grandes de la tierra para elevar á los pequeños, llena de bienes á los que gimen en la indigencia, al paso que despoja á los ricos de sus propios bienes. El se ha acordado de su misericordia; quiere volver á exaltar á Israel su pueblo, y cumplir la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y á todos sus descendientes.»

Así es como la santisima Vírgen, ilustrada con una luz sobrenatural, vió á un tiempo las antiguas promesas y su perfecto cumplimiento, mil veces mas iluminada ella sola y mas privilegiada que todos los profetas juntos. En efecto, en esta entrevista, y en esta admirable conversacion que María é Isabel tuvieron entre sí, apareció, dice san Ambrosio, que las dos profetizaban por el Espíritu Santo de que estaban llenas, y por el mérito de sus hijos.

Permaneció la santisima Vírgen cerca de tres meses en casa de santa Isabel. Fácil es comprender, dicen los santos Padres, cuan ventajosa fue esta mansion de la santisima Vírgen para la casa de Zacarías, y qué abundancia de gracias y de bendiciones les mereció; y si el Señor bendijo con tanta abundancia á Obededon, y á todo lo que le pertenecia, por haber tenido durante tres meses el Arca en su casa, ¿qué bendiciones no atraerian sobre la dichosa familia de Zacarías é Isabel los tres meses que estuvo en ella María, verdadera Arca del nuevo Testamento, de la que la del antiguo no era mas que una figura? La pureza con que siempre vivió san Juan, dice san

Ambrosio, fue un efecto de aquella uncion y de aquella gracia derramada en su alma por la presencia de la santisima Vírgen.

Esta visita que hizo la Vírgen á santa Isabel contiene tan grandes maravillas, que la Iglesia ha querido que se renovase todos los años su memoria, estableciendo una fiesta particular el 2 de Julio, que es al otro dia de la octava de la Natividad de san Juan Bautista. En efecto, este es el dia en que por la primera vez fue reconocida públicamente la santisima Vírgen por madre de Dios y honrada como tal. En este dia fue cuando por medio de la palabra de la santisima Vírgen santificó Jesucristo á su Precursor, pudiéndose decir con mucha razon que la santificacion de san Juan ha sido el primer milagro que Dios ha hecho por medio de la santisima Vírgen. Ninguna cosa manifiesta mas el poder que el Salvador ha dado á su Madre, dicen san Bernardo y san Bernardino, que la conducta del mismo Salvador en la administracion de sus primeras gracias. ¿Quiere santificar á su Precursor, aun antes que haya nacido? Por medio de María es por quien se hace esta gracia. ¿Es menester manifestarse él mismo al mundo por el primero de sus milagros, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná? Espera que María se lo pida; queriendonos dar á entender por esto, dicen los santos Padres, que así como él no ha querido darse á nosotros sino por María, quiere tambien que por su medio recibamos sus gracias.

San Ambrosio se muestra transportado de admiracion representándose esta célebre visita, señalada con tantos misterios, profecías y prodigios. Isabel, dice este Padre, oye la primera la voz de María, y Juan siente al mismo tiempo la gracia de Jesucristo. Las dos madres publican en lo exterior las maravillas de la gracia, y Juan siente en lo interior sus efectos. Jesucristo llena á san Juan de la gracia aneja al ministerio del Precursor, y san Juan anticipa las funciones de tal por un doble milagro; en fin, María é Isabel, concluye san Ambrosio, interiormente animadas del espíritu de sus hijos, hacen de su conversacion una serie de oráculos y profecías.

4.



§. XVIII.

Ignorando san José el misterio de la Encarnacion del Verbo divino, advierte el preñado de la santísima Vírgen.

La mayor parte de los santos Padres y de los intérpretes creen que la santísima Vírgen no esperó al parto de santa Isabel, y que se volvió pocos dias antes del nacimiento del Precursor del Mesías. A su vuelta á Nazareth volvió á entrar en su dulce retiro. El viaje no habia debilitado su amor á la soledad, ni la manifestacion de su maternidad divina alterado su profunda humildad. Haciala mucho honor lo que habia pasado en Hebron, para que no lo reservase aun al mismo san José; y no pensaba en descubrirle lo que el Espíritu Santo tenia todavía oculto á este casto esposo, cuando él mismo advirtió su preñado. La alta y justa idea que él tenia de la santidad y de la castidad de su esposa, no le permitia sospechar que fuese adúltera; estaba informado de su voto de virginidad; era testigo de su delicadeza estrema acerca de una virtud que amaba tanto. No dudó de que tal vez fuese ella aquella Vírgen milagrosa de que hablaba Isaías al capítulo 7, la cual sin dejar de ser vírgen debia parir al Salvador: creyólo así, dice san Bernardo; pero por un sentimiento de humildad y de respeto, semejante al que hizo decir despues á san Pedro: Apartaos, Señor, de mí, porque soy un pecador; san José, que no era menos humilde que el Apóstol, pensó tambien alejarse de la santísima Vírgen, persuadido de que estuviese embarazada del Salvador. No aventuro yo este parecer como mio, dice el santo Abad (*Hom. 2. sup. missus est.*), es este el parecer de los santos Padres.

No sabia, pues, este casto Esposo á qué determinarse. No podia resolverse á dejarla, y no se creia tan santo como debia para permanecer con ella. En esta perplejidad se le apareció un ángel, y le dijo: José, acuérdate que eres de la estirpe de David, de la cual debe proceder el Mesías, y

no creas que carezca de designio el haberte dado el Señor á María por esposa. El Hijo del cual está embarazada, y que ha concebido milagrosamente por virtud del Espíritu Santo, es el Salvador del mundo, el hijo único del eterno Padre, el Mesías prometido, y Dios te ha elegido para que seas su tutor, su nutricio, y en este sentido su Padre. No temas, pues, el permanecer con María tu esposa; tú eres el guarda y como el ángel tutelar de su virginidad. Si ella no hubiera tenido esposo, no hubiera podido ser madre sin desacreditarse. Luego que el niño hubiere nacido le pondrás el nombre de Jesus, para dar á conocer á los hombres que él es el que debe rescatarles y salvarles, y que viene para ofrecerse en sacrificio á su Padre, en cualidad de víctima, para la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido san José del mas grande de todos los misterios, en cuyo cumplimiento queria Dios que él tuviese alguna parte, confirmado por el enviado del Altísimo en el pensamiento ventajoso que habia concebido de la sublime santidad de su santisima esposa, y asegurado al mismo tiempo contra los temores santos de su humildad; instruido igualmente de todo el misterio, penetrado de los mas vivos sentimientos de estima, de amor y de reconocimiento, no miró ya á la santisima Vírgen sino como el templo vivo de la divinidad, la madre del Mesías y del Redentor, la reina de los hombres y de los ángeles. Su veneracion hácia ella se aumentó con su ternura, y su amor con su respeto. La admiraba como la mas grande de todas las maravillas; la reverenciaba como la mas santa que jamás hubo sobre la tierra; la honraba como la persona mas respetable del universo; y sus cuidados, su atencion y sus obsequios correspondieron á su estima, á su veneracion y á su ternura. Pasó así la santisima Vírgen con su Esposo los seis meses de su preñez, viviendo los dos en un perfecto recogimiento, y en la meditacion continua de un misterio tan inefable. No era otro el asunto de sus coloquios, su conversacion era enteramente espiritual. Mas semejantes á los ángeles que á los hombres, pasaban su vida en una adoracion perpetua, acom-

pañada de los sentimientos del mas vivo reconocimiento y del mas puro amor. ¡Con qué profusion derramaria Dios sobre estas dos almas privilegiadas sus mas señalados favores y sus tesoros celestiales! ¡Con qué ternura se comunicaria Dios á ellos! Creese con fundamento que despues de haberse cumplido el misterio inefable de la Encarnacion, la santísima Vírgen tuvo continuamente un gran número de ángeles singularmente destinados á la conservacion y guarda de su persona sagrada, tan necesaria para la salud de los hombres, tan amada del mismo Dios, y tan respetada de todo el cielo.

Acercabase entretanto el término de los nueve meses del embarazo de María, cuando el emperador Augusto, queriendo tener un estado exacto de las fuerzas y de las rentas del imperio, hizo hacer el empadronamiento de sus vasallos, entre los cuales estaban comprendidos los judíos, é impuso una capitacion general. Dispuso, pues, para esto que se publicase un edicto, por el cual se obligaba, para evitar la confusion, á que cada uno fuese al lugar de su orígen, se hiciese inscribir en los registros públicos, y pagase la suma señalada por cabeza, como se ha dicho en la vida de Jesucristo. No movia al príncipe para esto mas que su ambicion y su avaricia; pero la Providencia disponia así las cosas, á fin de que viéndose obligados José y María á ir á Belen, naciese al mundo el Mesías en esta pequeña ciudad, en donde estaba vaticinado que habia de nacer, y que por este medio se cumpliese la profecía. Porque aun cuando san José y la santísima Vírgen estuviesen establecidos en Nazareth, ciudad de Galilea, eran sin embargo de la tribu de Judá, y de la casa y estirpe de David; y porque David habia nacido y educadose en Belen, era aquella ciudad como la capital para todos sus descendientes, y siempre habia conservado el nombre de ciudad de David, y por tanto todos los que descendian de este santo Rey debian ir á ella para hacerse inscribir en el registro público, segun la orden del príncipe.

§. XIX.

Da á luz la santisima Vírgen al Salvador del mundo en Belen.

Perfectamente instruida la santisima Vírgen de todo lo que debia suceder, y sabiendo bien que pariria en Belen, habia prevenido los pañales para envolver al divino Hijo luego que naciese. No nos detenemos aquí á referir todo lo que pasó de maravilloso en este admirable nacimiento, cuya historia circunstanciada se ha referido ya en la vida de Jesucristo; nos contentaremos con decir que habiendo llegado María y José á Belen, encontraron todas las posadas ocupadas por todos los que eran de la estirpe real, que habian venido de todas partes, y que siendo mas ricos que ellos, se habian adelantado á tomarlas. No habiendo, pues, encontrado en donde alojarse, á causa de esta multitud de estranjeros que el edicto del príncipe habia traido allí, se vieron obligados la santisima Vírgen y san José á retirarse á una gruta ó caverna abierta en una roca, contigua á una de las posadas que estaba cerca de una de las puertas fuera de la ciudad, cuya gruta servia de albergue á los animales de carga, y era como una cuadra comun. Allí fue en donde la mas santa, la mas augusta y la mas pura de las vírgenes, sin sufrir dolores, y sin dejar de ser virgen, parió al Rey del cielo y de la tierra, el Señor soberano del universo, el Mesías tanto tiempo esperado y tan ardientemente deseado, en quien se cumplian perfectamente todas las promesas y las profecías. Parió la santisima Vírgen á la media noche del 25 de Diciembre del año 4000 del mundo, y desde entonces fue este dichoso dia la primera época de la era cristiana.

No es posible comprender cuáles fueron los sentimientos de gozo, de veneracion y de ternura de esta bienaventurada Madre al tener por la primera vez en sus brazos el divino Niño á quien adoraba, á quien reverenciaba como su Dios, y á quien amaba como su hijo único. Esta



GLORIA IN EXCELSIS DEO

alegría, á la verdad, la hubiera enervado mucho la indignidad del lugar á que se veia reducida por su pobreza, si ilustrada por una luz sobrenatural no hubiese descubierto todo el misterio de una providencia tan extraordinaria. No dejó de sentir como madre, y la mas tierna de las madres, toda la humillacion é incomodidad á que su estado reducia á su amado hijo. Verdad es que la llegada de los pastores y poco despues la de los reyes Magos la consolaron mucho, viendo que mientras el mundo recibia de un modo tan indigno al soberano Señor del universo, todo el cielo se apresuraba á rendirle sus adoraciones y sus homenajes; y que al paso que viniendo á su propia heredad no era recibido de los suyos, los príncipes estranjeros venian á adorarle y á reconocerle como el verdadero Dios, el Rey de los judíos y el Mesías.

Quiso saber la santísima Vírgen de los pastores y de los reyes Magos hasta las menores circunstancias de todo lo que les habia acontecido con motivo del nacimiento de su divino hijo, y nada perdia de todo lo milagroso y extraordinario que oia contar; interiormente se entretenia considerando con placer el perfecto cumplimiento hasta de las menores circunstancias de las profecías que ella habia meditado tantas veces, y de las promesas que la habia hecho el ángel Gabriel.

Pero por mas que ella estuviese perfectamente instruida de todo el misterio de la encarnacion del Verbo divino, no dejaba, sin embargo, de adquirir todos los dias nuevas luces y un conocimiento experimental por las maravillas que diariamente se obraban con motivo de este hombre-Dios su querido hijo; pero lejos de derramar su gozo y su corazon en pláticas que hubieran satisfecho su amor propio, encerró toda su alegría y su admiracion en su alma, no hablando jamás de este gran misterio que la hacia no obstante tanto honor. Jamás se vió tanta prudencia, tanta reserva y modestia como la que resplandecia en la santísima Vírgen y san José. Contentos con admirar y glorificar á Dios interiormente por todas las maravillas que pasaban á su vista, no ansiaban el hablar de ellas con los demás, dejando á la divina Providencia el

cuidado de manifestar á su tiempo el tesoro que poseian.

§. XX.

La purificacion de la santisima Vírgen.

Cerca de cuarenta dias despues del nacimiento del Salvador, que habian pasado en Belen un poco menos mal alojados que en el establo, el 2 de Febrero la santisima Vírgen y san José, religiosos observadores de la ley, fueron á Jerusalen para cumplir la ceremonia legal de la presentacion del hijo y de la purificacion de la madre.

Es evidente que la ley de la purificacion no miraba de ningun modo á María, que habiendo concebido por la sola operacion del Espíritu Santo, y habiendo llegado á ser madre sin dejar de ser vírgen, no podia tener necesidad de purificacion, y por consiguiente no estaba comprendida en una ley que solo tocaba á las mujeres ordinarias. Toda purificacion supone alguna mancha. Ahora bien, ¿qué impureza habia en la que sin dejar de ser vírgen habia sido madre, exclama san Agustin? ¿Qué mancha en aquella en quien el Verbo divino se ha hecho carne? María estaba absolutamente dispensada de esta ley. Pero bastaba que fuese un acto de humildad y de religion para que se creyese obligada á él: ella no tiene cuenta alguna con su cualidad de madre de Dios, ni con su privilegio de vírgen; y habiéndose Jesucristo sometido á la ley humillante de la circuncision, no piensa siquiera dispensarse ella de la purificacion legal cuarenta dias despues de su parto.

Fue, pues, al templo, llevando en sus brazos á su querido hijo; ofreció al Señor dos pichones como la ley mandaba á los pobres, porque no se avergonzó jamás de su pobreza, y dió cinco siclos, que equivale á cerca de cuatro libras y ocho siclos de nuestra moneda (1) por el

(1) Como diez y seis reales de vellon.

9.



rescate del que debia inmolarse á sí mismo en la cruz por la redencion de todos los hombres, y á quien ella no rescató, por decirlo así, sino para alimentarle como una víctima sagrada encomendada á sus cuidados, y que no tenia en su poder sino en cierta manera como en depósito.

Si la santísima Vírgen hizo en esta ceremonia un gran sacrificio como vírgen por su purificacion legal, no lo hizo menor como madre por la presentacion de su amado hijo, puesto que ofreciéndole al Eterno Padre, le ofrece á la muerte de cruz á pesar de toda su ternura de madre, sacrificando así todo lo mas amado y mas precioso que tiene en el mundo por la salud de todos los pecadores. Por esto san Buenaventura la aplica en esta ocasion aquellas hermosas palabras de san Juan: *De tal modo amó Dios al mundo*, que para rescatarle *le dió á su único hijo* (*Joan.* 3); María, dice el santo Doctor, ha amado tambien al mundo hasta dar á su hijo único para rescatarle.

Es bien sabido todo lo que pasó en esta santa ceremonia, y sobre todo la prediccion que hizo á María el santo anciano Simeon cuando teniendo al divino Niño en sus brazos, y dirigiéndose á su Madre, la dijo: "Tú eres la mas dichosa de todas las madres por tener un Hijo semejante; pero ten entendido que te verás la mas afligida, porque serás testigo del modo indigno con que será tratado un dia por los mismos cuya salud procurará con la mayor ánsia. Por lo demás yo te anuncio que este divino Niño, objeto de tus delicias y de las complacencias de Dios su Padre, servirá de blanco á la contradiccion; y no obstante que no haya venido al mundo sino para la salvacion de todos, muchos, sin embargo, por culpa suya no se aprovecharán del beneficio de la redencion; así que, no queriéndole tener por Salvador, habrán de tenerle por juez. Pero lo que yo te anuncio á tí en particular es que tendrás parte en todos los tormentos de este tu amado Hijo, y que tu alma será traspasada con una espada por el dolor que sentirás viéndole padecer y morir en el mas cruel de todos los suplicios."

Es probable que esta triste prediccion no cogió de

nuevo á la santísima Vírgen. Instruida de todo el misterio, habia venido ella misma para ofrecer al Padre Eterno este hijo amado, con el mismo espíritu que este mismo hijo se ofrecia á sí mismo en cualidad de víctima á su Padre, consintiendo con todo su corazon en cuanto el Salvador habia determinado padecer humillante y doloroso por la salvacion de los hombres. Este consentimiento á las órdenes de Dios, esta conformidad no fue el menor de los sacrificios que la santísima Vírgen tuvo que hacer durante su vida; y sin duda por esto no hizo diligencias para defender la inocencia de su amado hijo durante su pasion.

§. XXI.

La huida de la santísima Vírgen á Egipto con el niño Jesus.

No pasó mucho tiempo sin ver el cumplimiento de lo que el santo anciano Simeon la habia profetizado en órden á las persecuciones que se suscitarian contra su hijo; porque apenas la santa familia habia llegado á Nazareth, despues de su vuelta de Jerusalen, cuando un ángel le apareció en sueños á san José, y le mandó de parte de Dios que inmediatamente se levantase, tomase la madre y el hijo, huyese á Egipto, y no volviese de allí sin órden del cielo; porque va á suceder, le añadió, que Herodes buscará al niño para quitarle la vida, y es preciso que no pierdas el tiempo. Levantóse José, tomó á la madre y al hijo, y se retiró á Egipto. El viaje era largo é incómodo, principalmente para una mujer jóven muy delicada; y el término del viaje no era mas consolante, puesto que era para ir á habitar en una tierra estranjera, entre un pueblo idólatra, y naturalmente duro para los estranjeros. Pero Dios, en cuyas manos está el corazon de todos los hombres, mudó de tal modo el de los egipcios en favor de esta familia refugiada, que fue recibida con una bondad y una caridad cual no debía naturalmente esperarse. La dulzura, la modestia de

II.



la santisima Vírgen amansaron desde el primer dia aquellos espíritus fieros y supersticiosos, y aquellos corazones insensibles á las miserias de otro, y un aire de magestad sobrenatural que resplandecia en el niño Jesus conmovia de tal modo, que no se le podia mirar sin que excitase sentimientos de veneracion y de ternura. Permaneció la santa familia en Egipto hasta la muerte de Herodes; esto es, cerca de un año, porque habiendo muerto este tirano desgraciadamente pocos meses despues que hizo degollar los santos Inocentes, el ángel del Señor se apareció en sueños á san José, y le dijo: Toma el niño y su madre y vuelve á la tierra de Israel, porque los que atentaban contra la vida del niño Jesus han muerto. Levantóse san José, tomó al niño y á su madre, y volvió á la tierra de Israel; pero habiendo oido decir que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, y temiendo que no hubiese heredado con el trono la ambicion, las sospechas y la crueldad, no se atrevió á ir allá, y habiendo sido otra vez advertido en sueños, se retiró á Galilea y fue á vivir á Nazareth que era el pueblo de su nacimiento, igualmente que de la santisima Vírgen. En este dichoso pueblo fue en donde permaneció tanto tiempo oculto este rico tesoro; en este oscuro retiro fue en donde la madre de Dios crió y educó á este Dios niño con todo el amor, el cuidado y el respeto que merecia un hijo tan querido, Dios y hombre todo á un tiempo.

La Historia sagrada nada nos dice en particular ni de la madre ni del hijo en este oscuro retiro, sin duda porque es mas fácil imaginar que decir todo lo maravilloso, misterioso é inefable que pasó durante la santa infancia y la primera edad del Salvador, ya de parte de la mas santa, de la mas tierna y de la mas solícita de todas las madres, ya de parte del mas portentoso, del mas amable y del mas respetable de todos los hijos. Puédese creer que todos los torrentes de delicias sobrenaturales de que estan inundados los bienaventurados en el cielo, se hallaban como reunidos en esta santa familia. ¿Qué sentimientos de ternura, y qué transportes de

amor los de la santisima Vírgen á la vista de su amado hijo! Su corazon no estaba ocupado mas que de este hijo querido, que continuamente tenia en sus brazos, y á quien ella queria mas que á sí misma. Sabiendo que este divino niño era su Criador, su Salvador y su Dios, suplia con su respeto sus adoraciones, sus solicitudes, su amor y su culto á los deberes de religion y de reconocimiento que le eran debidos de parte de los hombres, á los cuales, sin embargo, era desconocido este Dios-hombre.

Entretanto, habiendo llegado Jesus á la edad de doce años, la santisima Vírgen y san José, inspirados de Dios, le llevaron consigo á Jerusalen para la fiesta de la Pascua. Concluida la solemnidad, como todos los que eran de un mismo pueblo ó de una misma comarca se juntaban entre sí para volverse, y marchaban divididos en muchas bandas, el Salvador dejó partir á la santisima Vírgen y á san José, que creyendo el uno y la otra que Jesus estaria en una de las dos bandas, no advirtieron su ausencia hasta la noche. Por mas persuadida que estuviese la santisima Vírgen de que todo era sabiduría y misterio en la conducta de su amado hijo, no dejó por eso de affigirla sensiblemente este eclipse, como lo demostró bien cuando le hubo encontrado; porque habiendo vuelto con san José al otro dia por la mañana á Jerusalen, y habiéndole hallado en el templo sentado en medio de los doctores á quienes oia y preguntaba, y á quienes tenia encantados al ver en él una sabiduría prematura y sobrenatural que le hacia admirar en todas sus respuestas, le dijo: *Hijo mio, ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo llenos de afliccion te hemos buscado.* La respuesta explica el misterio, y da bastante á conocer que no habia falta de su parte, puesto que si se habia quedado en Jerusalen, no era sino por hacer la voluntad de su Padre celestial: *¿Por qué me buscábais?* les respondió, *¿ignorábais que es menester que yo me emplee en las cosas que miran á mi Padre?* Habiendo en seguida partido con ellos, fue á Nazareth, y allí *vivia obediente á ellos.* Esto es todo lo que nos dicen los escritores sagrados de la madre y del hijo. En efecto, los

evangelistas nada nos manifiestan ni nos dicen nada mas acerca de lo que pasó durante el espacio de tiempo desde los doce años de la vida de Jesucristo hasta los treinta; creen haber dicho bastante con decir: *Estaba sujeto á ellos.*

Verdad es que estas dos palabras encierran un gran sentido, y haciendo el retrato abreviado de las profundas humillaciones del hijo, hacen el elogio mas elocuente y mas pomposo de las sublimes grandezas de la madre. Y ciertamente, ¿puede imaginarse cosa alguna mas sorprendente ni mas admirable que el ver á un Dios que se constituye en la obligacion de obedecer á una pura criatura? ¿Puede tampoco darse una dignidad mas sublime, que el tener derecho para mandar á un Dios? ¡Qué humildad en Jesucristo el estar sometido á José y á María! pero ¡qué gloria semejante á la de María el tener la misma autoridad sobre Jesucristo, que todas las madres tienen sobre sus hijos! ¿Qué puede decirse de una pura criatura que dé mas alta idea de su excelencia, de su santidad, de su mérito, de su poder, que el decir que Jesucristo, este Dios-hombre estaba perfectamente sometido á ella? ¿qué título de nobleza mejor fundado, qué cualidad mas respetable, qué superioridad mas visible y mejor establecida sobre todos los hombres y los ángeles, que la que da á la santísima Vírgen su augusta é incomparable cualidad de madre de Dios? pues esto es lo que significaban y lo que dicen las palabras del Evangelista: *Jesus estaba sujeto á ellos.*

§. XXII.

Vida oculta de la santísima Vírgen en Nazareth. Por su respeto hace el Salvador el primer milagro en las bodas de Caná en Galilea.

Es mas fácil imaginar que referir, dicen los santos Padres, cuáles fueron las eminentes virtudes que practicó la santísima Vírgen durante la vida oscura y oculta que pasó por espacio de diez y ocho años con su querido hijo en la humilde condicion de artesano, á la cual se

hallaba reducido san José para tener de que vivir; pero la pobreza de la familia no envilecia su nobleza, ni la oscuridad de la condicion oscurecia su esplendor. La santisima Vírgen pasó todo este tiempo en una profunda pero dulce soledad, que la presencia visible de Jesucristo hacia tan deliciosa como la en que viven los espíritus celestiales en el cielo.

¿Quién pudiera contar cuáles eran las piadosas comunicaciones de la madre con el hijo, y las conversaciones consoladoras y ordinarias de esta santa familia? San José trataba de proveer con su trabajo á las necesidades de la vida, y la santisima Vírgen cuidaba del arreglo de su casa, sin perder jamás de vista á su querido hijo. Nunca se vió vida mas perfecta, ni familia mas santa, mas respetable, mas feliz, ni mas digna de los homenajes de los ángeles y de los hombres aun en medio de su oscuridad.

No se sabe precisamente el tiempo en que murió san José; lo que sí es cierto que cuando Jesucristo comenzó á predicar su evangelio, ya no vivia en la tierra. Es, pues, verosimil que murió con la muerte de los justos durante la vida privada y oculta de Jesucristo en Nazareth. Es bien seguro que jamás hubo muerte mas preciosa á los ojos de Dios, ni tampoco muerte mas dichosa, puesto que este gran Santo espiró en los brazos de Jesus y de María. Por mas resignada que quiera suponerse á la santisima Vírgen en todos los acontecimientos, no pudo menos de serla sensible esta separacion de su casto esposo. Mas como era el ornamento de su sexo, era necesario, dice san Ambrosio, que despues de haber sido el modelo y la gloria de las doncellas y de las mujeres casadas sin dejar de ser vírgen, fuese tambien el modelo de las viudas en su viudez.

Entretanto, habiendo llegado el tiempo en que el Salvador debia manifestarse al mundo, es probable que confió á la santisima Vírgen el designio que tenia de ir á pasar cuarenta dias en el desierto, debiendo ser su retiro y su ayuno como el preludio de su vida pública y la primera época, por decirlo así, de su mision. A su vuelta, habiendo reunido sus primeros discípulos, fue á juntarse

con su amada madre á Nazareth, con la cual pasó algunos dias, comunicándola sin duda el plan y la economía de sus trabajos y de sus maravillas.

Habia comenzado Jesucristo á anunciar á los pueblos el reino de los cielos, cuando fue convidado por algunos de sus parientes, segun la carne, para que asistiese con su madre y sus primeros discípulos á una boda que se celebraba en Caná, pequeña ciudad de Galilea, poco distante de Nazareth. Habiendo faltado el vino durante la comida, advirtiendo la santisima Vírgen, que estaba sentada á la mesa cerca de él, el compromiso en que se hallaban los que les habian convidado, y queriéndoles evitar la vergüenza que esta falta de prevision iba á ocasionarles, manifestó al Salvador el deseo que ella tenia de que les sacase de su apuro con algun milagro. Esta madre de misericordia, que previene siempre nuestras necesidades, se contentó con decirle en voz baja que no tenian ya vino. Queriendo el Hijo de Dios dar á conocer la deferencia que tenia hácia su querida Madre, anticipando, en consideracion á ella, el tiempo de manifestar su omnipotencia, convirtió inmediatámente el agua que habia hecho poner en seis vasijas en un vino excelente; y este fue el primero de sus milagros públicos, el cual quiso que se debiese á los ruegos de su querida Madre.

Habiendo creido conveniente el Salvador establecer su principal morada en Cafarnaum, la santisima Vírgen, que apenas le dejaba, vino á establecerse allí. San Epifanio y san Bernardo dicen que con frecuencia le acompañaba en sus correrías evangélicas, no solo para tener el consuelo de oirle mas de continuo, sino tambien para cuidarle en sus viajes. Hallóse con él en Jerusalen en la fiesta de la Pascua, despues de la cual le siguió á la orilla del Jordan en donde el Salvador empezó á conferir su bautismo. Los santos Padres no dudan que ella le recibiese de sus propias manos, pues aunque no habiendo contraido falta alguna, ni aun venial, y habiendo sido preservada segun se ha dicho del pecado original, parece que no tenia necesidad de bautismo, no quiso, sin embargo, dispensarse de él, despues que el mismo Salvador

se habia sometido á la ley de la circuncision, y ella misma á la de la purificacion legal. Por otra parte, siendo indudable que nadie jamás ha observado la ley nueva con mas perfeccion que la santísima Vírgen, y que ella ha cumplido todos sus deberes con la mayor exactitud, ¿cómo hubiera querido privarse de un sacramento que es como el sello que caracteriza á todos los fieles? y debiendo recibir el bautismo ¿de manos de quién debia recibirle sino de las manos de su Hijo?

El evangelio no nos habla ya mas de la santísima Vírgen hasta el tiempo de la pasion del Salvador, sino en dos ocasiones. La primera, cuando una buena mujer admirada de oir predicar á Jesucristo, exclamó: Dichoso el vientre que te ha llevado, y dichosos los pechos que has mamado. A lo que repuso Jesus: *Mas bien dichosos los que oyen la palabra de Dios, y la ponen en práctica.* No niega el Salvador que su madre no seà la mas dichosa de todas las mujeres; estas palabras *Mas bien*, son una confirmacion de lo que acababa de sostener aquella piadosa mujer; pero como nadie puede aspirar á la sublime dignidad de madre de Dios, les enseña aquello á que nadie puede racionalmente escusarse de llegar; y sin insistir mas en la dicha singular de su madre, toma de aquí ocasion para dar á conocer á sus oyentes cuál es la dicha que es propia de ellos, y á la cual pueden todos aspirar, que es la de hacerse dóciles á la voz de Dios, tener fe, y animar esta fe con las obras. Como si hubiese dicho: Mi madre es dichosa por haber sido elegida para formarme un cuerpo y darme el nacimiento; pero lo que la hace verdaderamente dichosa, es el haber creido, y esto es lo que debeis imitar en mi madre. Otra vez habla el evangelio de la santísima Vírgen, cuando habiendo venido á oirle al lugar en donde instruia al pueblo, y habiendo uno dicho al Salvador que su madre estaba allí, le respondió Jesus, mostrando con la mano á sus discípulos: *He aquí mi Madre y mis hermanos; porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, este es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Esta respuesta, que en otras circunstancias hubiera podido pa-

recer un poco seca, era aquí enteramente misteriosa y aun necesaria, si se atiende á la disposicion de los que le oian. Los judíos, á quienes anunciaba el reino de los cielos, no le miraban mas que como un puro hombre, hijo de María. ¿No es este, decian, el hijo de un carpintero? ¿su madre no se llama María? ¿sus parientes no estan entre nosotros? Quiso, pues, el Salvador enseñarles á que no le mirasen solamente como hijo de María, sino que reconociesen en su persona el carácter de divinidad que no querian percibir, sin embargo de manifestarse tan claramente en sus palabras y en sus obras. Queria tambien darles á entender que cuando se trata de la gloria y de los intereses de Dios, no debe escucharse ya ni á la carne ni á la sangre: no debe ya tenerse consideracion ni á amigos, ni á parientes, ni á todo lo mas amado que tengamos en el mundo, sino que se deben preferir los intereses de Dios á todo lo que nos toca mas de cerca. Hablaba aquí el Salvador con el mismo espíritu con que habia respondido á su Madre cuando se quejaba amorosamente á él por su ausencia en el tiempo en que á la edad de doce años se habia quedado en el templo: ¿No sabias que era menester que yo me emplease en las cosas que miran á mi Padre, con preferencia á lo que quiere la inclinacion natural? Así es que la santísima Vírgen, que penetraba perfectamente el sentido de la una y de la otra respuesta, no pensó siquiera en ofenderse.

§. XXIII.

Lo que la santísima Vírgen tuvo que sufrir durante la pasion de su querido Hijo.

Por mas dulce que fuese el consuelo y la alegría de la santísima Vírgen viendo las maravillas que obraba el Salvador en toda la Galilea y la Judea; sin embargo, el pensamiento de su pasion y la imágen de la muerte que debia sufrir por la redencion del género humano, la cual no se apartaba jamás de su imaginacion, anegaba su corazon en un mar de amargura, como hablan los santos

Padres. Cuanto mas veia su sabiduría admirada y sus milagros publicados y aplaudidos; cuanto mas llegaba á sus oidos la reputacion de su divino hijo en toda la Siria, tanto mas se afligia su corazon, pensando que este hijo querido, que hacia las delicias del Padre Eterno y las suyas, debia ser un dia harto de oprobios, y morir ignominiósamente en la cruz. Instruida de toda la economía del misterio de la redencion, veia con amargo dolor, antes que llegase, el tiempo determinado de este sangriento sacrificio; y como cada dia se acercaba el término, su corazon padecia cada dia un nuevo suplicio, teniendo presente dia y noche su pasion, hasta en las menores circunstancias de ella.

Habiendo, pues, llegado, por fin, el tiempo de la pasion del hijo, igualmente que de la pasion de la madre, se fue á Jerusalen, cuasi á un mismo tiempo que su hijo, esto es, seis ó siete dias antes de la fiesta de Pascua. Retiróse á casa de María, madre de Marcos, su parienta, desde donde fue testigo del triunfo superficial y pasajero con que fue recibido el Salvador en Jerusalen y que muy pronto debia cambiarse en la tragedia mas triste, de la cual era el preludio la alegría de tan poca duracion que manifestaba el pueblo á la llegada de Jesucristo; así que los clamores de *Hosanna* que resonaban por toda la ciudad lejos de suavizar su tristeza, aumentaban la amargura de su corazon, sabiendo bien que muy pronto se convertirian en gritos de execracion.

Puedese colegir cuál sería su afliccion cuando supo que Jesus habia por fin sido preso, y que se le llevaba de tribunal en tribunal con la mayor infamia. Jamás hubo una madre que amase á su hijo único con una ternura tan viva; jamás sintió madre alguna con tanta viveze sol tratamientos indignos y crueles que se hicieron á su hijo, y toda la Iglesia conviene que jamás hubo una madre tan afligida. Todos los santos Padres concuerdan en decir que ella sola ha sufrido mas que todos los mártires juntos, de los cuales con justo título es llamada reina, y que sin un milagro no hubiera podido sobrevivir á la dolorosa é ignominiosa pasion de este Hijo adorable. No dió paso al-

guno para reclamar contra la multitud inaudita de injusticias, de calumnias, de oprobios y de tormentos que se le hacian sufrir al Salvador; porque habiéndole ofrecido ella misma al Padre Eterno en cualidad de víctima el dia de su purificacion, habia, por decirlo así, consentido en su muerte por la salud de los hombres, y esta fue la causa por qué guardó un silencio mudo todo el tiempo de su pasion. Resolvióse, empero, por efecto de un valor sobrenatural y muy superior á su sexo y á su cualidad de madre, á acompañarle hasta el Calvario, y asistir á su muerte al pie de la cruz, segun los inescrutables designios de la divina Providencia. Juzguemos qué sacrificio debió costarle todo esto. *Todo lo que la crueldad de los verdugos*, dice san Anselmo, *ha hecho sufrir á los cuerpos de los mártires, todo esto ha sido muy poco, y debe aun contarse como nada, si se compara ¡ó Vírgen santa! con lo que habeis sufrido vos en la muerte de vuestro Hijo en el Calvario. Los otros han sido mártires*, dice san Gerónimo, *porque han muerto por Jesucristo; pero María lo ha sido muriendo con Jesucristo*, ó por mejor decir, sobreviviendo á Jesucristo. *Porque ella ha amado mas á su Hijo que todos los demás*, continúa este Santo, *por esto ha sentido tambien mas dolor viéndole padecer, y tanto que la violencia de su pena penetró hasta su alma. En los otros mártires*, dice san Bernardo, *el grande amor que tenian á Dios endulzaba el dolor que les causaban sus tormentos; pero el amor extremo que tenia la santísima Virgen á su querido hijo causaba su martirio; y como ella ha amado á Jesucristo mas que todos los santos juntos, su martirio ha sido mas amargo y mas doloroso que el de ellos.* La pasion dolorosa del hijo ha sido en todas sus circunstancias la pasion dolorosa de la madre.

La sola vista de Jesucristo en la cruz hacia el consuelo de todos los mártires; pero con respecto á la santísima Vírgen, este triste objeto causaba su martirio. Jesucristo consolaba, colmaba aun de gozo interior á todos los mártires en medio de los mas crueles tormentos, y hasta suspendia muchas veces en su favor la actividad del fuego en las calderas del plomo derretido y en los hor-

nos encendidos; pero para la santisima Vírgen, Jesucristo padeciendo y muriendo, causa el suplicio de su madre: él es para ella, dice san Bernardo, un mar de amargura en el que está anegado su corazon. *Juzguemos, pues, de la grandeza de su dolor*, dice el santo Abad, *por la grandeza de su amor; ella sola ha padecido mas en su alma que todos los mártires juntos han sufrido en su cuerpo. Y ciertamente*, dice san Bernardino de Sena, *el dolor que la santisima Vírgen sufrió viendo espirar á su amado Hijo en la cruz fue tan vivo, tan extraordinario, tan grande, que si se hubiera repartido entre todas las criaturas capaces de sentimiento, ninguna hubiera habido que no hubiese muerto de dolor, con la sola porcion que la hubiera tocado del que padecia María sola. El amor tierno y compasivo hacia en el alma de la madre*, dice Arnaldo de Chartres, *lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el cuerpo adorable del hijo.* Vuestro hijo, Vírgen santa, ha padecido en su cuerpo, y vos en vuestra alma, exclama san Buenaventura; pero *todas las llagas divididas en cada miembro de su cuerpo se hallan reunidas juntas en vuestro corazon. ¡O cuánta verdad es, bienaventurada María*, concluye san Bernardo, *que vuestra alma ha sido verdaderamente traspasada de dolor!* Como la santisima Vírgen ha padecido este doloroso martirio, al cual se ha dado con razon el nombre de pasion, por amor de la salvacion de los hombres, los fieles han tenido siempre una devocion particular en honrar esta pasion de la santisima Vírgen bajo del título de nuestra Señora de la Piedad, de la Compasion ó de nuestra Señora de las siete Dolores, con el que ha aprobado su fiesta la santa Sede, y con el que se hace el oficio en toda España, y en muchas diócesis de Italia y de Francia.

§. XXIV.

La santisima Vírgen al pie de la cruz de su amado hijo.

María, madre de Jesus, estaba cerca de su cruz, dice el evangelio: *era*, por decirlo así, *un mismo sacri-*

ficio de holocáusto el de Jesus y el de María: ofrecianse y padecian los dos al mismo tiempo, dice Arnaldo de Chartres. Haciendo el amor el oficio de sacrificador, inmolaba á Jesus á su Padre sobre el altar de la cruz para la expiacion de los pecados de todos los hombres; y el amor inmolaba á María al pie de la cruz, haciéndola sufrir todos los oprobios y todos los dolores que sufria su querido hijo. Pero lo que puso el colmo á este incomprensible dolor, y lo que fue como la espada que atravesó el alma de esta madre afligida, fueron las últimas señales de ternura que la dió su querido hijo antes de espirar en la cruz. Sus últimas palabras renovaron, por decirlo así, todas las llagas de que estaba ya traspasado el corazon de esta madre angustiada, y aumentaron el mar de amargura en que su alma estaba como anegada.

Habiendo Jesus advertido al pie de su cruz á su madre y al discípulo á quien amaba, dijo á su madre: *Mujer, ve ahi á tu hijo*, hablando de san Juan. Despues dijo al Discípulo: *Mira ahí á tu Madre*, hablando de la santisima Vírgen; y desde entonces el Discípulo amado, por estas palabras que eran como el testamento y la última voluntad de Jesucristo moribundo, quedó hecho hijo adoptivo, por decirlo así, de la santisima Vírgen, no la miró mas que como á su querida madre, cumplió con ella todos los deberes de un hijo, y se encargó de todos los cuidados que un hijo debe tomar por su buena madre.

Los santos Padres descifrando todo el misterio de estas palabras de Jesucristo, dicen que estando el Salvador á punto de morir declaró á la santisima Vírgen, madre de todos los fieles, que desde entonces quedaron hechos hijos adoptivos de María en la persona de san Juan, y por consiguiente que este divino Salvador declaró por su testamento y última voluntad á la santisima Vírgen abogada, protectora y madre de toda la Iglesia. San Juan Crisóstomo dice que el Salvador en esta ocasion no quiso llamar á María con el tierno nombre de madre por no exacerbar de nuevo su dolor, sino solamente el de mujer que es un término mas genérico. Algunos santos Padres

añaden que el Hijo de Dios no la llamó entonces con el nombre de madre, temiendo que este nombre irritase contra ella el furor de los verdugos, y la atrajese de parte de aquellos impíos algunos malos tratamientos.

Muchos intérpretes creen tambien que fue por respeto por lo que Jesus llamó entonces á su madre con el nombre de mujer, como lo habia hecho en las bodas de Caná; porque la palabra *mujer* en hebreo, como se ha dicho ya, es un nombre de honor y de respeto, que significa lo que entre nosotros *señora mia*. Y en efecto, se nota que todas las veces que el Salvador hablaba á su madre delante del pueblo y en público se servia de este término respetuoso mas bien que del de madre. En fin, algunos otros piensan que como todo era misterioso en la consumacion de este gran sacrificio, Jesucristo quiso darnos á entender que su madre era aquella segunda mujer, que debia, por hablar de esta manera, reparar bajo del árbol de la cruz, con la muerte de su hijo, todo el mal que la primera mujer habia hecho bajo del árbol fatal que habia dado ocasion á su desobediencia, orígen funesto de todos nuestros males.

§. XXV.

Aparecese Jesucristo á su amada Madre en el momento que resucita.

Luego que la santisima Vírgen hubo visto espirar á su querido Hijo en la cruz, y que la grande obra de nuestra redencion quedaba cumplida con el sangriento sacrificio del Redentor de todos los hombres, se retiró á Jerusalen á casa de María, madre de Marcos, en donde se cree que el Salvador habia celebrado su última cena con sus apóstoles. Pasó allí los tres dias antes de la resurreccion en una sublime y continua contemplacion de todos los misterios que acababan de cumplirse y de todos los que debian seguir. No es ciertamente racional el dudar de que en el momento que Jesucristo resucitó dejase de aparecerse inmediatamente á su amada madre,

para indemnizarla abundantemente con el regocijo indecible de que entonces sería colmada de todo lo que habia padecido durante su pasion y en el Calvario: lo que demuestra esta verdad es que en toda la historia tan circunstanciada de la resurreccion del Salvador y de sus apariciones, no se ha hablado de las apariciones que hizo á su madre; y es muy verosimil que si no hubiera sido favorecida con esta primera y singular aparicion, Jesucristo no hubiera dejado de distinguirla la primera vez que se apareció á todos sus discípulos reunidos, con los cuales se hallaba tambien la santísima Vírgen.

El Salvador ordenó á Magdalena y á las otras santas mujeres, á quienes se apareció inmediatamente despues de su resurreccion, que fuesen á decir á Pedro en particular y á los demás discípulos que habia resucitado; ¿y no les hubiera mandado al mismo tiempo que llevasen la noticia á su querida madre, si él mismo no se lo hubiera dicho antes? Si se pregunta, dice san Anselmo, por qué el evangelio no hace mencion de esta aparicion privilegiada hecha á la madre de Dios, esto consiste, responde el Santo, en que el evangelio nada dice que sea inútil y supérfluo; sería ciertamente inútil decir que la primera aparicion del Salvador resucitado se dirigió á su querida Madre, antes de presentarse á las otras mujeres y á sus discípulos, puesto que no es posible imaginar atendida su cualidad de madre, la ternura con que miraba á su querido Hijo, la parte que habia tenido en su pasion y el afecto que el Salvador la profesaba, que no fuese la primera en ver á su adorable Hijo resucitado: del mismo modo, dice el propio Padre, que hubiera sido muy supérfluo el decir en el evangelio que Jesucristo amaba tiernamente á su madre, de lo cual tampoco habla el evangelio, al paso que habla tantas veces de la predileccion que Jesus tenia á san Juan. Y si el Discípulo amado dice que nuestro Señor se apareció primeramente á Magdalena, esto debe entenderse, dice el abad Ruperto, con respecto á los testigos que Dios habia elegido para publicar en el mundo el gran misterio de la resurreccion, segun lo que se dice en los Hechos de los

Apóstoles, á saber: *Dios le ha resucitado al tercero dia, y le ha manifestado á aquellos que estaban destinados por Dios para ser testigos, y para predicar su resurreccion á toda la tierra.*

Si no ha sido posible expresar cuál fue la afliccion y el dolor de la santisima Vírgen en la muerte ignominiosa de Jesucristo su querido hijo, mucho menos lo es todavía el dar una idea de la alegría inefable que experimentó esta bienaventurada madre en la resurreccion gloriosa del Salvador del mundo. Todo lo que puede decirse, y lo que todo el mundo comprende bien, es que si el corazon de la santisima Vírgen habia sido anegado en un mar de amargura durante la pasion de Jesucristo, su triunfante resurreccion colmó su alma de una alegría incomprensible. Ni tampoco se duda de que en los cuarenta dias que precedieron á la gloriosa ascension del Salvador al cielo no haya gozado de su presencia cuasi continua. No solo tuvo el consuelo de verle todas las veces que se apareció á sus discípulos reunidos, sino ¡cuántas veces tendria el placer de conversar familiarmente con él en sus apariciones particulares! Puede decirse que desde entonces gozó de aquel torrente de delicias y de gozos celestiales de que estan como inundados los bienaventurados en el cielo; y aunque, como que estaba todavía en la tierra, estaba en alguna manera como en un país estranjero, ó como en un lugar de destierro, es cierto, con todo, que ella gustaba ya abundantisimamente de las dulzuras de la patria celestial.

§. XXVI.

Hállase presente la santisima Vírgen á la ascension de Jesucristo al cielo.

Habiendo espirado los cuarenta dias despues de la resurreccion, la santisima Vírgen que habia ido á Jerusalen para hallarse presente á la triunfante ascension de su querido Hijo al cielo, le acompañó con todos sus discípulos al monte Olivete, que era el lugar que Jesucristo

habia elegido para subir al cielo é irse á asentar á la diestra de Dios su Padre. Sobre la cima de este famoso monte fue de donde el Salvador, despues de haber dado sus últimas instrucciones á toda aquella santa asamblea, despues de haberles bendecido, y despues de haber dado á su querida Madre todas las muestras de distincion y de la mas afectuosa ternura, se elevó lentamente en alto hácia el cielo, teniendo todos sus ojos fijos en él mientras se elevaba, hasta que una nube luminosa le sustrajo de su vista.

Es muy limitado nuestro entendimiento y nuestras expresiones muy débiles para dar á conocer y para concebir nosotros mismos cuáles fueron los sentimientos del Hijo y de la Madre en el momento de su separacion. Todo cuanto puede decirse es que ciertamente el cuerpo de María quedó todavía en la tierra, pero que su corazon subió con Jesucristo al cielo: retiróse luego con los apóstoles al cenáculo para esperar allí la descension del Espíritu Santo, que ciertamente aceleró ella, por decirlo así, con sus ardientes deseos y con sus oraciones. Recibióle diez dias despues con una nueva plenitud, que la llenó de una sobreabundancia de gracias y de dones.

Una alma de las mas santas, y dotada del modo mas sublime del don de la contemplacion, ha dejado por escrito, que la maravillosa llama bajo de cuya figura apareció el Espíritu Santo, reposó primero toda entera sobre la cabeza de la santisima Vírgen, y que en seguida se dividió en otras tantas lenguas de fuego, cuantas eran las personas que habia en el cenáculo, sobre cuyas cabezas vinieron á colocarse. Esta circunstancia, que parece muy verosimil, es un símbolo muy expreso para dar á conocer que la sagrada Vírgen recibió ella sola en este dia tantas gracias y dones del Espíritu Santo, como todos los demás juntos: tenia ella tambien mas excelentes disposiciones interiores que todos; y como el Padre Eterno habia distinguido á María por una predileccion tan señalada desde su inmaculada concepcion, en cualidad de su hija muy amada, y el hijo por una reunion tan maravillosa de todas las gracias, en cualidad de su querida ma-

dre, era justo, dicen los santos Padres, que el Espíritu Santo la distinguiese tambien en cualidad de esposa suya, por una plenitud sobreabundante de sus dones.

Los padres de la Iglesia no dudan que la razon por qué Dios dejó todavía muchos años á la santísima Vírgen en la tierra, despues de la gloriosa ascension de su divino Hijo al cielo, fue para que fuese madre de la Iglesia naciente y el mas dulce consuelo de los discípulos y de los apóstoles, á quienes Jesucristo habia prometido que no les dejaria huérfanos. Si fue un dulce consuelo y un gran motivo de alegría para la madre de Dios ver el número prodigioso de milagros que diariamente obraban los apóstoles y los discípulos en nombre de Jesucristo, y saber con qué rapidez se extendia el reino de Jesucristo, esto es, la Iglesia en todo el mundo; esta alegría no dejaba de estar mezclada de amargura, sabiendo con qué furor se desencadenaban todas las potestades del mundo contra los discípulos de Jesucristo, habiendo conspirado todos, judíos y paganos, para sofocar en la cuna esta Iglesia naciente Es verdad que no ignoraba que todas las potestades de la tierra y del infierno no prevalecerian jamás contra ella, y sabia que la sangre de los mártires debia ser como la semilla de los cristianos.

Permaneció la santísima Vírgen en Jerusalen basta que los apóstoles se vieron obligados á salir de allí á causa de la cruel persecucion que se movió contra los fieles, la cual acaeció hácia el año 44 de Jesucristo; y en este tiempo fue cuando san Juan, que la habia llevado á su casa, mirándola siempra como su querida madre, la llevó á Éfeso. No se sabe precisamente el tiempo que se mantuvo en esta ciudad; pero es cierto que volvió á Jerusalen algun tiempo antes de su preciosa muerte.

Toda la vida de la santísima Vírgen, sobre todo despues de la gloriosa ascension de Jesucristo al cielo, no fue mas que una oracion continua, y una union íntima con Dios, la cual jamás fue interrumpida por ningun accidente en todo el tiempo que vivió esta Vírgen incomparable. Todos sus dias los pasó en un dulce retiro, su corazon estaba en el cielo porque allí estaba su tesoro,

ardiendo sin cesar con el mismo fuego sagrado con que arden los serafines. Creese que comulgaria todos los dias; porque ¿cómo una alma tan pura y tan santa como la suya podia estar privada de este pan de ángeles, que hácia el alimento sagrado y diario de los fieles en los primeros dias de la Iglesia? Es indudable que cada comunion iria acompañada de un éxtasis que nada la dejaria que desear sobre los que estaban ya en la mansion de los bienaventurados. Todos los fieles recurrian á ella en sus necesidades espirituales, y no se duda que hasta los apóstoles la consultarian muchas veces y se aprovecharian de sus luces sobrenaturales, y esto es lo que le ha movido al sabio Idiota para decir que ella enseñaba á los doctores, y que daba, por decirlo así, lecciones á los mismos apóstoles.

Ni hemos de pensar de la santisima Vírgen como de algunas almas escogidas en quienes vemos resplandecer ciertas virtudes, á las cuales se limitan, y en las que hacen consistir todo su mérito. Estudiemos la vida de la Madre de Dios; ella es, dice san Anselmo, una leccion universal de toda virtud, y para todo estado: formando nuestra conducta sobre la suya aprenderemos á ser fieles á Dios, á ser equitativos con el prógimo, á amar la pureza, y á vivir en grande inocencia; aprenderemos á amar á Dios sobre todas las cosas, á aborrecernos á nosotros mismos, á ser humildes, modestos, sumisos y devotos. Los padres y las madres aprenderán á arreglar su familia, y á educar á sus hijos en la piedad; todos, en fin, aprenderán de ella á amar á Dios, y á tener aversion al mundo, al espíritu del mundo, á las máximas del mundo.

El abad Ruperto, en el libro primero sobre el Cántico de los cánticos, dice que la santisima Vírgen puede llamarse la *fuente de los jardines, y el pozo de las aguas vivas*, y que ella suplia con sus luces, á lo que el Espíritu Santo, que se habia dado con medida á los discípulos, no habia querido descubrirles; y los santos Padres convienen todos, en que la santisima Vírgen fue la que dictó á san Lucas el pormenor admirable de muchas cir-

constancias particulares de la infancia de Jesucristo que nos refiere en los primeros capítulos del Evangelio que él ha escrito, no habiendo nadie mejor instruido de todo que la santisima Vírgen.

§. XXVII.

Ultimos años de la vida mortal de la santisima Vírgen.

No podemos dudar que toda la vida de la santisima Vírgen ha estado llena de maravillas, y que ella ha sido poderosa sobre la tierra, como lo es ahora por su crédito cerca de Dios en el cielo. Ella ha tenido toda su vida el don de los milagros en un grado mucho mas excelente que le han tenido todos los santos. ¿Qué de curaciones milagrosas no ha debido obrar? ¿Qué gracia, qué efecto maravilloso ha negado Dios nunca al deseo solo, á la menor señal de su voluntad, á sus palabras? ¿el infierno todo, no se ha estremecido á su vista? ¿ha podido dejar de obedecer la naturaleza á la Madre de Dios? ¿Habia en ella una pura criatura tan santa, tan agradable á los ojos de Dios? ¿Habia quien despues de Dios fuese tan poderosa? Y si no tenemos un pormenor exacto de sus milagros, y una historia de todos los prodigios que ha obrado durante su vida, es porque, á la verdad, su eminente santidad, su augusta é incomparable dignidad de Madre de Dios, no tenian necesidad de este realce, ni de estos hechos maravillosos para merecer nuestra veneracion y autorizar nuestro culto.

Los milagros son obras de la omnipotencia de Dios, son efectos extraordinarios y maravillosos, superiores á las fuerzas de la naturaleza, y que Dios hace para manifestar su amor ó su poder sin límites, y la mayor parte de las veces para manifestar el mérito y la gloria de los santos; y por esto no se canoniza ningun santo, sin que se hayan probado antes sus milagros. La santisima Virgen no ha tenido necesidad de este testimonio; su inmaculada concepcion, y lo que la fe nos dice de la eleccion que Dios ha hecho de ella para que fuese la madre de

Dios, de la plenitud de gracias y de dones del Espíritu Santo, en fin de su maternidad divina, todo esto brilla bastante por sí mismo, sin que fuese necesario añadir á ello un esplendor estraño. Hubiese sido no mas que añadir á la mas brillante luz del sol en medio del dia, la llama débil de una candela. La santísima Vírgen ha podido resucitar muertos, desatar la lengua á los mudos, librar los poseidos, curar instantáneamente todo género de enfermos; es aun mas que probable que lo haya hecho; pero aun cuando no hubiera hecho milagros en toda su vida, ella misma ha sido, dice san Bernardo, el milagro mas estraordinario, el mas pasmoso de todos los milagros. Y en efecto, ¿qué podrian decirnos, qué podrian publicar todos los milagros que se acercase á la idea de santidad que nos significan estas palabras del Evangelio: *de la cual ha nacido Jesus, que se llama Cristo* (*Math.* 1.)? He aquí en pocas palabras el elogio mas completo que puede hacerse de la Madre de Dios; estas dos palabras encierran la idea mas noble, la mas sublime y la mas justa que puede tenerse de la grandeza, del mérito, y de la eminente santidad de la santísima Vírgen.

Habiendo esta Señora tenido el consuelo de ver la Iglesia estendida ya por todas partes, á pesar de las mas crueles persecuciones que el infierno suscitaba contra los fieles, vió acercarse con alegría el dia feliz en el que debia ir á reunirse con su querido Hijo en el cielo. La opinion mas generalmente recibida en la Iglesia es que la santísima Vírgen tenia quince ó diez y seis años cuando el Verbo divino se hizo carne en su seno; que ha vivido veinte y tres años despues de la Ascension de Jesucristo al cielo; lo que junto á los treinta y tres años que ha vivido el Salvador en la tierra, hace los setenta y dos años que ha vivido la santísima Vírgen.

Algunos padres antiguos, y entre otros san Epifanio, parece como que dudan si la Madre de Dios ha muerto verdaderamente, ó si ha permanecido inmortal, habiendo sido llevada en cuerpo y alma al cielo. Su concepcion inmaculada, su maternidad divina podrian al parecer autorizar esta duda, y hacersela ver bien fundada. Pero la

Iglesia declara terminantemente en la oracion de la Misa del dia de la Asuncion, y este es el sentir comun en toda la Iglesia, que la santisima Vírgen ha muerto conforme á la condicion de la carne. Y ciertamente no habiendo querido Jesucristo dispensarse de la muerte, no puede creerse que María hubiese sido exenta de ella. Es verdad que san Juan Damasceno dice con algunos otros santos Padres, que á este fallecimiento no se le podia llamar una muerte, sino que mas bien debia llamarse un dulce sueño, una union mas íntima con su Dios, un paso de una vida mortal á una inmortalidad bienaventurada; y la mayor parte de los antiguos han intitulado sus tratados de la muerte de la santisima Vírgen, *de Dormitione*, del sueño.

No fue, en efecto, ni la caducidad de la vida, ni la decadencia de la edad, ni la violencia de la enfermedad, ni la alteracion y el desarreglo de los humores, ni un desfallecimiento de la naturaleza, dicen los santos Padres, los que rompieron en María los lazos naturales que tienen al alma unida con el cuerpo; fue el fuego del puro amor divino el que hizo esta separacion por algunas horas.

Habia sido necesario un milagro continuo desde su inmaculada concepcion, dice san Bernardo, para que los lazos naturales que atan el alma con el cuerpo, pudiesen subsistir en medio del fuego ardiente del amor divino, del cual estaba abrasada el alma de la santisima Vírgen desde aquel primer momento. En su muerte dejó Dios de obrar este milagro; y he aquí propiamente cuál fue la causa de esta preciosa muerte. Habiendo llegado el dia, la hora, el momento dichoso en que la santisima Vírgen debia concluir esta vida mortal, Dios no suspendió ya mas el efecto de este fuego sagrado, le dejó obrar con toda su fuerza sobre este corazon sin mancha, santuario del divino amor. Entonces este santisimo corazon, no pudiendo ya naturalmente sostener sus esfuerzos, encendido y consumido por sus divinos ardores, terminó sin dolor la mas pura, la mas santa de todas las vidas. La santisima Vírgen, abrasada del divino amor, no ha vivido, segun el parecer de san Bernardo, sino por milagro,

ni ha concluido sus dias sino por la cesacion de este milagro. O la santisima Vírgen no debia morir, dice san Ildefonso, ó no debia morir mas que de amor.

§. XXVIII.

Dichosa muerte de la santisima Vírgen.

Acaeció esta preciosa muerte en Jerusalen en casa de María, madre de Marcos, en donde habitaba. Sabedora la santisima Vírgen del dia y de la hora en que debia dejar la tierra para ir á vivir eternamente en el cielo, dió parte de ello á los fieles que estaban en Jerusalen. Afligióles esta noticia; porque al fin, despues de la Ascension del Hijo de Dios, María, madre suya, era el consuelo de la Iglesia. San Juan, dichoso depositario de este tesoro, no la dejaba; solícito mas que nunca en llenar todos los deberes del mas rendido de todos los hijos, en obsequio de la mas amada de todas las madres. Estaba sentada la Señora sobre un pequeño lecho, desde donde consolaba á todos los fieles que se hallaban presentes, y que estaban inconsolables por una separacion tan amarga. Asegurabales ella, que así como Jesucristo era su soberano y omnipotente mediador para con su Padre eterno, ella sería su soberana y casi omnipotente mediadora y abogada para con su Hijo en la dichosa mansion de la gloria.

Mientras que cada uno se apresuraba para recibir su última bendicion, se vieron llegar al aposento, por una maravilla que solo la santisima Vírgen la sabia, á todos los apóstoles, á escepcion de santo Tomás, y algunos aun de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo, los cuales se hallaron milagrosamente transportados á aquella habitacion, para rendir allí sus últimos deberes á la Madre de Dios á quien honraban tambien y amaban todos como á su querida madre. San Dionisio Areopagita, que tuvo la dicha de hallarse allí, nombra en particular á san Pedro, á quien llama el supremo gefe de los teólogos; Santiago, apellidado hermano del Señor, y los demás príncipes (como él los llama) de la gerarquía ecle-

siástica; y además san Timoteo, primer obispo de Efeso, y otros muchos discípulos de los apóstoles, de cuyo número era el mismo san Dionisio que refiere todo esto como testigo ocular en la carta que escribió despues al mismo san Timoteo; he aquí sus palabras: *Hallabamosnos todos reunidos, como sabes, dice, con los santos apóstoles y muchos de nuestros hermanos, para tener el consuelo de ver por la última vez á la que habia concebido y parido á aquel que es el principio de la vida, el Dios hecho hombre, origen de nuestra salud* (*Santiago, llamado hermano del Señor, estaba presente, igualmente que Pedro, príncipe de los apóstoles, y gran maestro de la ciencia que tiene á Dios y las cosas reveladas por objeto*). *Habiendo, pues, visto el santo cuerpo, fuimos todos de parecer el honrarle lo mejor que nos fuese posible con himnos y cánticos, y celebrar la bondad infinita y la omnipotencia de Dios que habia hecho tantos prodigios en su favor.* Hasta aquí son las palabras de san Dionisio, referidas por san Juan Damasceno, de las cuales se sirve la Iglesia en el oficio de la Asuncion, el 18 de Agosto, que es el cuarto dia de la octava.

En medio de una asamblea tan santa, tan escogida y tan respetable, fue en donde la santísima Vírgen, consolando á todos sus queridos hijos, que se deshacian en lágrimas, despues de haber exhortado á los apóstoles y discípulos á predicar el evangelio con mas ánimo y mas zelo que nunca, asegurando á toda la Iglesia de su poderosa proteccion y de su ternura, vió aparecer al Salvador, que acompañado de todos los coros de los ángeles, y de todos los habitantes de la corte celestial, venia á recibir su bienaventurado espíritu, y conducir aquella alma tan pura y tan santa, como en triunfo, á la mansion de la inmortalidad bienaventurada. En aquel momento fue cuando el alma de la santísima Vírgen, abrasada con todo el ardor del fuego divino que ya no estaba moderado, se desprendió por sí misma de su santo cuerpo, y fue llevada en triunfo hasta el mismo trono de Jesucristo, dice san Agustin.

En el momento que espiró la santísima Vírgen se iluminó todo el aposento con una luz milagrosa, mas

brillante que la del sol. *Toda la milicia celestial*, dice san Gerónimo, *salió al encuentro de la madre de Dios, cantando himnos y cánticos en su honor*, que fueron oidos de toda la reunion. *No era justo*, dice san Agustin, *que fuese colocada en otra parte en la gloria, que allí en donde está aquel á quien ella ha parido.*

Luego que la santísima Vírgen hubo entregado su espíritu, cada uno se postró á sus pies, besándolos con un profundo respeto, y regándolos con sus lágrimas. Todos los fieles que estaban en Jerusalen y en las cercanías fueron con diligencia y con una devocion la mas tierna á honrar el santo cuerpo, santuario del Verbo hecho carne, objeto el mas digno que hubo sobre la tierra de la veneracion de los hombres y de los ángeles. Ningun enfermo se presentó que no quedase curado; y san Juan Damasceno, que nos ha trasmitido lo que habia sabido de la mas antigua tradicion, dice que los judíos mismos, aun los no convertidos, experimentaron los efectos de su poder, y tuvieron parte en sus milagros.

Despues que cada uno hubo satisfecho su devocion, fue llevado el sagrado depósito al lugar de su sepultura, que fue á la villa de Getsemaní, á trescientos ó cuatrocientos pasos de Jerusalen. Llevaban los apóstoles el féretro, y seguian todos los fieles con cirios encendidos cantando cánticos é himnos. Depositóse el santo cuerpo con gran respeto en el sepulcro que se le habia preparado, y que se cerró con una gran piedra.

Juvenal, patriarca de Jerusalen, que vivia en el siglo V, escribiendo al emperador Marciano y á la piadosa emperatriz Pulchêria, dice que los apóstoles relevándose los unos á los otros pasaban el dia y la noche con los fieles cerca del sepulcro, mezclando sus voces y sus cánticos con las de los ángeles, que por espacio de tres dias no cesaron de cantar con la mas armoniosa melodía, la cual fue oida de todos los que estaban presentes, habiendo comenzado en el momento en que espiró la santísima Vírgen, como lo asegura san Juan Damasceno.

§. XXIX.

Gloriosa asuncion de la santisima Vírgen al cielo.

No se sabe precisamente cuánto tiempo permaneció en el sepulcro este precioso y sagrado depósito. Algunos creen que apenas fue encerrado en él cuando el santo cuerpo fue reunido á su alma, y llevado milagrosamente al cielo; pero parece mas verosimil que á imitacion de su divino Hijo, el cuerpo de la santisima Vírgen permaneció tres dias en el sepulcro, en cuyo tiempo se oyó dia y noche el melodioso concierto de los ángeles de que se ha hablado. Lo que hay de cierto, segun san Juan Damasceno y la mayor parte de los padres griegos y latinos, es que santo Tomás, que era el único de los apóstoles que no se habia hallado en la muerte de la santisima Vírgen, permitiéndolo Dios así para manifestar por este medio su gloriosa asuncion en cuerpo y alma al cielo; maravilla que se hubiera acaso ignorado si él no hubiera estado presente; santo Tomás, digo, que no habia comparecido hasta despues de los funerales de esta madre de los fieles, pidió con ardor que le dejasen al menos tener el consuelo de ver el santo cuerpo que habia llevado por espacio de nueve meses al autor de la vida. Creyóse que era justo satisfacer su devocion; abrióse el sepulcro, y quedaron agradablemente sorprendidos, continúa el mismo san Juan Damasceno, no hallando allí mas que los paños y los lienzos con que habia sido amortajado, que exhalaban un olor exquisito, con que quedó todo el aire embalsamado, y recreados todos los fieles. Admirados todos los que estaban presentes de tan gran maravilla, volvieron á cerrar el sepulcro convencidos de que el Verbo divino que se habia dignado encarnar y hacerse hombre en las entrañas de la santisima Vírgen, no habia permitido, continúa este Padre, que este cuerpo tan puro estuviese sujeto á la corrupcion, sino que habia querido resucitarle tres dias despues de su muerte, y previniendo la resurreccion general, le habia hecho entrar en triun-

fo en la gloria. Habiendo el Verbo divino, el Señor de la gloria, conservado á su querida madre siempre pura, siempre sin mancha, siempre vírgen, antes y despues de su parto, ha querido tambien que este cuerpo tan puro y tan santo fuese incorruptible, y gozase desde su muerte de todas las cualidades de los cuerpos gloriosos. De este modo habla san Juan Damasceno. En toda esta historia se descubre una providencia muy señalada del Señor; porque así como habia Dios permitido que santo Tomás no se hubiese hallado con los demás apóstoles y discípulos reunidos cuando Jesucristo se les apareció la primera vez despues de su resurreccion, á fin de que este apóstol, demasiado incrédulo, metiendo él mismo la mano en la llaga del costado del Salvador, y viendo con sus propios ojos las cicatrices de sus manos y pies, diese á todos los siglos venideros un testimonio incontestable de la verdad de la resurreccion de su divino Maestro; así tambien parece que el Señor permitió que el mismo Apóstol no se hallase á la muerte de la santísima Vírgen, para que diese motivo á que pudiese asegurarse la verdad de su gloriosa asuncion en cuerpo y alma al cielo.

Y en verdad ¿era conveniente, dice san Agustin (*Serm. de Assumpt.*), que el Salvador dejase en el sepulcro un cuerpo tan puro, del cual habia sido formado el suyo; una carne que era en alguna manera la suya? *No, yo no puedo creer*, continúa el santo Doctor, *que el cuerpo en que el divino Verbo se ha hecho hombre, haya sido presa de los gusanos y de la corrupcion; me horrorizaría solo pensarlo. ¿Quién podria imaginar, ni quién se atreveria á creer*, dice el mismo san Agustin, *que Jesucristo, que ha conservado la integridad de su madre durante su vida, no la haya preservado de la corrupcion en su muerte?* ¿Le era mas dificil lo uno que lo otro? y si el cuerpo de los predestinados debe estar eternamente en el cielo, ¿puede imaginarse que el cuerpo sagrado de su bienaventurada madre hubiese debido quedar hasta el fin de los siglos en la tierra? y ¿que en tanto que este divino Salvador hace que se honren por todas partes los huesos y las cenizas de sus siervos, y autoriza el culto que se les da con

tantos prodigios dejase las sagradas reliquias de su santisima Madre en la oscuridad, en el olvido y sin culto, si este santo cuerpo hubiese quedado en la tierra, si no se hubiese dado prisa para llevarle al cielo?

¡Qué felices somos, exclaman todos los santos Padres, en tener en el cielo una protectora, una abogada como esta, que tiene en sus manos, por decirlo así, todos los tesoros de las misericordias del Señor, como dice san Pedro Damiano! Puede decirse que los fieles de los primeros dias de la Iglesia han mirado el misterio de la asuncion gloriosa de la santisima Vírgen al cielo como una de las fiestas mas célebres y mas solemnes de la Iglesia. *Este es el dia venerable, carisimos hermanos míos*, dice san Agustin, *dia que sobrepuja á todas las solemnidades que celebramos en honor de los santos, dia augusto y consolador, bello dia en el cual creemos que la vírgen María ha pasado de este mundo á la mansion de la gloria. Resuene toda la tierra con alabanzas y gritos de alegria al dia glorioso de su triunfante asuncion. Porque ¿qué indignidad no sería que no honrasemos de una manera extraordinaria la fiesta solemne de aquella por la cual hemos recibido al autor de la vida*, continúa el mismo santo Doctor? *Es este uno de los dias mas célebres del año*, dice san Pedro Damiano, *puesto que es el dia en el cual la santisima Vírgen, digna por su nacimiento del trono real, es elevada hasta el trono del mismo Dios, y colocada en tal altura que atrae hácia si todas las miradas, y causa la admiracion de todos los ángeles*: queriendo dar á entender por estas expresiones que la santisima Vírgen está colocada en el cielo sobre todo lo que no es Dios, y que solo Dios está mas elevado que ella. A la verdad, el misterio de este dia es superior á todas nuestras expresiones; y san Bernardo no tiene dificultad en decir que la asuncion de María es tan inefable como la generacion de Jesucristo. Poseidos de admiracion á vista de una gloria que deslumbra á los mismos ángeles, los santos Padres no hablan de ella sino en los términos mas entusiasmados, y todos convienen en que el entendimiento del hombre es muy limitado, y muy débil su elocuencia para dar

una justa idea de la gloria incomprensible, y de la triunfante asuncion de la santisima Vírgen.

§. XXX.

Solemnidad de la fiesta de la asuncion de la santisima Vírgen.

Esto es lo que la Iglesia pretende dar á entender á todos los fieles celebrando este misterio con una solemnidad extraordinaria; y ciertamente, no hay fiesta mas solemne en la Iglesia que la de la gloriosa asuncion de la santisima Vírgen. Desde el siglo IV se celebraba con la misma solemnidad que al presente; ni aun habia esperado la Iglesia á tan tarde para celebrarla con devocion y con alegría. Apenas la santisima Vírgen hubo desaparecido del mundo, cuando el dia de su gloriosa asuncion al cielo se hizo un dia de los mas solemnes para todos los fieles; y desde luego que la Iglesia tuvo libertad para celebrar fiestas públicamente, despues de las fiestas establecidas en honor de Jesucristo, no celebró otra con mas magnificencia y devocion que la de la asuncion de la santisima Vírgen.

Hállase en un calendario manuscrito, intitulado: *Libro de los santos Evangelios*, escrito de la propia mano da san Agobardo, obispo de Leon, año de 801, que se guardaba en la célebre biblioteca de los jesuitas del gran colegio de Leon; hállase, digo, en él la fiesta de la asuncion de la santisima Vírgen señalada el 15 de Agosto, con el evangelio segun san Lucas: *Intravit Jesus in quoddam castellum* &c., que es el mismo que se lee todavía hoy en la misa del propio dia.

En la abadía de san Andrés, en Villanueva, cerca de Aviñon, se encuentra tambien un monumento todavía mas viejo de la antigüedad de esta gran fiesta. Es este un calendario de la Iglesia romana mucho mas antiguo que el precedente, puesto que de todos los santos confesores, cuya memoria se solemniza en el dia, no se hace mencion en él mas que de san Silvestre papa; ahora

bien en este antiguo calendario se halla la fiesta de la asuncion de la santisima Vírgen, madre de Dios, notada en el dia 15 del mes de Agosto. Los sabios editores benedictinos colocan la data de este calendario manuscrito al fin del siglo IV, hácia el año 390, lo que demuestra que la Iglesia ha celebrado con solemnidad la fiesta de la asuncion de la santisima Vírgen desde que tuvo libertad de celebrar públicamente sus fiestas bajo del reinado del Gran Constantino, esto es, al principio del siglo IV, inmediatamente despues de las persecuciones excitadas por los paganos. No es esto decir que esta fiesta no fuese ya antes muy solemne entre los fieles, porque no se puede dudar que despues de la muerte preciosa de la santisima Vírgen no se celebrase en particular en toda la Iglesia la fiesta de su asuncion al cielo, como se celebraba en particular la fiesta de la Natividad, de la Resurreccion y de la Ascension del Salvador del mundo; pero no se celebró públicamente y con solemnidad hasta despues de la paz de la Iglesia en tiempo de Constantino el Grande, y no se sabe qué otra fiesta de la Vírgen sea mas antigua. Puede aun decirse que el nombre singular de asuncion que la caracteriza declara bastante cuál es la fe de la Iglesia en órden á este misterio, y que cree verdaderamente que la santisima Vírgen ha sido llevada en cuerpo y alma al cielo luego que se verificó su muerte.

Jamás se ha llamado *asuncion* la muerte y entrada en el cielo de ningun santo, de ningun mártir, de ningun apóstol. Llámase el dia feliz en que han entrado en el gozo del Señor, solemnidad, triunfo, nacimiento; solo al triunfo de la santisima Vírgen es al que se le da el nombre de asuncion; esto es, dia en el cual su alma bienaventurada volviendo á tomar su santo cuerpo entró en triunfo en la mansion de la gloria, y elevándose sobre todas las puras criaturas, fue á colocarse inmediatamente despues de Dios.

San Juan Damasceno, explicando las palabras del Profeta (*Salmo* 131): *Levántate, pues, Señor, tú y el arca por la cual has hecho glorificar tu nombre; levántate y entra en el lugar donde debes fijar para siempre tu morada*;

¿quién no ve, dice este Padre, que el Profeta no solamente habla de la resurreccion y de la ascension del Salvador, sino tambien de la asuncion de la santisima Vírgen, de esta arca misteriosa que ha llevado en su seno la fuente de la santidad?

¿Quién es el que puede comprender, exclama san Bernardo, *con qué gloria ha subido al cielo la reina del universo; con qué transportes de amor la han salido al encuentro tantas legiones de ángeles; con qué sentimientos de respeto y de veneracion; con qué cánticos de alegría la han acompañado?* Jamás hubo triunfo mas glorioso. Y ¿qué dia mas célebre, dice san Gerónimo, que aquel en que la santisima Vírgen es elevada al cielo? *Y esta es la festividad del presente dia.* Así hablaba este gran Doctor en el siglo IV, de la asuncion de la santisima Vírgen.

Me atrevo á decir, exclama san Pedro Damiano, *que á excepcion de la divinidad, la asuncion de María se hizo con mas pompa y aparato que la ascension de Jesucristo mismo*, puesto que en la ascension del Salvador no tuvo mas que los ángeles que le saliesen al encuentro; pero en la asuncion de María, además de todos los espíritus bienaventurados, el mismo Hijo de Dios salió á recibir á su madre, y fue el que la condujo en triunfo hasta lo mas alto de los cielos. Véese tambien así entre los reyes y los emperadores de la tierra que muchas veces quieren que la entrada de sus madres en la capital de sus reinos sea en algun modo mas magnífica que la suya, bien persuadidos que en la persona de su madre es honrada la suya. No hay que extrañar, dice san Bernardo, que esté admirada toda la corte celestial, y que todas las inteligencias de la gloria exclamen: ¿Quién es esta? como si dijeran: ¿qué pura criatura se acercará á la santidad y á la gloria de esta, que se eleva del desierto, esto es, de esa tierra toda cubierta de abrojos y de espinas, de esa tierra maldita despues del pecado del primer hombre? ¿quién es esta vírgen privilegiada que sale del mundo, brillante como el sol, enriquecida con los mas preciosos dones, colmada de las mas suaves delicias, y apoyada sobre su amado, nuestro Señor y nuestro Dios?

La recepcion que el rey Salomon habia hecho á su madre, dicen los intérpretes, no era mas que una débil figura de la que el Salvador hizo á su santa madre el dia de su entrada triunfante en el cielo. *Levantóse el rey*, dice la Escritura (3. *Reg.* 2.), *salióla al encuentro*, *la saludó profundamente*, *y habiéndose sentado en su trono*, *hizo poner un trono para la madre del rey*, *y la hizo sentar á su derecha.* En el dia de la asuncion de la santisima Vírgen fue tambien cuando se verificó el prodigio que tanto admiraba san Juan en el cielo; una mujer revestida del sol, que tenia la luna bajo de sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Si el ojo del hombre no ha visto, dice san Bernardo, si el oido no ha percibido nunca, si el corazon del hombre no ha sido capaz de comprender jamás lo que Dios ha preparado á los que le aman, ¿quién podrá explicar ni aun comprender lo que ha preparado á su madre, que le ha amado mas ella sola que todos los hombres juntos, y á la cual ha amado él con una ternura que excede á todo lo que se puede pensar? No es posible que nadie pueda jamás expresar ni aun concebir cuál es la gloria y la sublime elevacion del trono de la madre de Dios, dicen los santos Padres. No debemos extrañarlo, añade Arnaldo de Chartres; la gloria de María en cuerpo y alma en el cielo, no es como la de los demás bienaventurados; constituye un órden particular, obtiene un rango incomparablemente mas elevado que el de todos los habitantes de la celestial Jerusalen, y puede decirse, añade, que la gloria á que María es elevada en el cielo, no es solo una gloria, por decirlo así, semejante á la de su Hijo, es en alguna manera la misma gloria de su Hijo.

Las gracias son diferentes en todos los santos, aunque en todos sea uno el espíritu; no hay santo que no se haya excedido en alguna virtud que parece formar su carácter. A esta diversidad de gracias corresponde en el cielo una diversidad de gloria que establece alguna diferencia entre cada bienaventurado; cada uno tiene su rasgo de belleza particular, cada uno tiene como sus colores y su vestido de gloria que le distingue. Habiendo, pues,

sido la santisima Vírgen llena de gracias, ha reunido en sí todos los caracteres de virtudes y todas las especies de santidad diferente; y en ella se hallan reunidos todos estos colores y todos estos rasgos. Ella ha enlazado una inocencia perfecta con una penitencia perfectísima; ha sido elevada al mas alto punto de la contemplacion; ha sido la idea de las vírgenes, de las viudas y de las mujeres casadas; ha sido la reina de los mártires, y el apóstol de los mismos apóstoles. Todos los privilegios con que Dios ha agraciado á sus mas queridos siervos, la ciencia infusa, la profecía, las lenguas, los milagros, todos los demás dones sobrenaturales de cualquiera naturaleza que puedan considerarse, todos se la habian concedido en un grado eminente. *Todos los privilegios de todos los santos*, dice el sabio Idiota, *tienes*, *ó Vírgen*, *reunidos en tí*. Habiendo, pues, tenido todas las virtudes, ha obtenido por consiguiente en el cielo todas las recompensas, y goza en él de una categoría muy superior á la de todos los espíritus bienaventurados y de todos los santos, dice san Ildefonso.

El sepulcro de la santisima Vírgen estaba como se ha dicho en la villa de Getsemaní, en el valle de Josafat, y despues del de Jesucristo, el de la santisima Vírgen era el sepulcro mas glorioso, el mas respetable y el mas respetado que hubo en el mundo; pero en tiempo de los emperadores Vespasiano y Tito fue de tal modo asolado este lugar santo por el ejército de estos príncipes, que tomaron y saquearon la ciudad de Jerusalen y todas las cercanías, que los fieles no pudieron reconocer en dónde estaba. Por esto san Gerónimo, que hace mencion de los sepulcros de los patriarcas y de los profetas que fueron visitados por santa Paula y santa Eustoquia, no habla del de la santisima Vírgen; pero despues ha sido descubierto, no habiendo querido el Señor que un lugar santificado con tan sagrado depósito fuese por mas tiempo defraudado de la veneracion de los fieles. Buchard asegura que le habia visto; pero tan cargado todavía de ruinas y de escombros de los demás edificios, que era necesario bajar á él por sesenta escalones. Ahora ya se

les enseña á los peregrinos entallado en la roca.

Se ha dicho ya que la Iglesia universal celebra la fiesta de la asuncion de la santisima Vírgen con la mayor solemnidad; pero puede añadirse que esta solemnidad universal se ha hecho todavía mas célebre en Francia que en otras partes, desde que el rey Luis XIII, llamado el Justo, de gloriosa memoria, consagró solemnemente en el año 1638, el 15 de Agosto, su persona, toda la familia real y su reino á la santisima Vírgen, no por un voto secreto y formado solamente en lo interior de su corazon, sino públicamente en la iglesia metropolitana de nuestra Señora de París, por un voto solemne y perpetuo, el mas auténtico que jamás ha hecho acaso un rey cristiano, puesto que lo hizo como David en presencia de todo su pueblo; que ordenó su publicacion para siempre en todos los lugares sujetos á su obediencia, y que interesó en él á todos sus vasallos queriendo que se renovase todos los años, el dia de la Asuncion, esta consagracion solemne por la exposicion del Santisimo Sacramento, y por una procesion general en todas las ciudades del reino para hacer por este medio eterna su memoria. Y he aquí el orígen y el fin de las santas y solemnes procesiones que se hacen anualmente en toda Francia el dia de la Asuncion, y que son otros tantos testimonios públicos por los que declarán nuestros reyes que han puesto todo su reino, igualmente que toda la familia real, bajo la proteccion de la santisima Vírgen, y que la reconocen por su soberana por este culto solemne y público. Así es que desde que se celebra este acto de religion tan edificante, el reinado de nuestros reyes no ha sido mas que una continuacion de prosperidades, todas á cual mas brillantes, y la Francia ha llegado á ser el reino mas floreciente del universo.

§. XXXI.

La devocion á la santisima Vírgen forma en parte el carácter de todos los elegidos, y ha sido ordinaria en todos los verdaderos fieles.

Es una verdad que la tierna devocion á la santisima Vírgen ha nacido con la Iglesia. Desde que se ha conocido al Hijo, se ha amado á la Madre, se la ha consagrado un culto muy religioso, un zelo de los mas vivos, una confianza sin límites. Siendo el asilo de todos los desgraciados, refugio de los pecadores, madre de misericordia; despues de Dios nuestra vida, todo nuestro consuelo, nuestra esperanza; y para con su Hijo nuestra omnipotente mediadora, como dicen los santos Padres con toda la Iglesia: ella ha poseido en todos tiempos el corazon de todos los verdaderos fieles, y la devocion á la santisima Vírgen ha formado en parte en todas las edades de la Iglesia el carácter de todos los elegidos. De aquí la solicitud, la dilatacion del corazon, el zelo vivo y ardiente de todos los santos Padres y demás santos en publicar las grandezas, las prerogativas, el poder y las alabanzas de la santisima Vírgen.

Teneros una singular devocion, ó Vírgen bienaventurada, exclama san Juan Damasceno, *es tener armas defensivas que Dios pone en la mano á todos los que quiere salvar. Gimiendo todavía en nuestro lugar de destierro*, dice san Bernardo, *tenemos, por hablar de esta manera, enviada delante de nosotros de la tierra al cielo una abogada que siendo madre de nuestro juez y madre de misericordia, tratará eficazmente el negocio de nuestra salvacion. Vírgen santa*, añade el mismo Santo, *yo consiento que no se hable jamás de vuestra misericordia y de vuestra bondad con nosotros, si se encuentra alguno que pueda decir que le habeis faltado en su necesidad, cuando os ha invocado con fervor y con confianza.* Es comun sentir de todos los Padres de la Iglesia, que una señal de las mas visibles, y menos equívocas que tenemos so-

bre la tierra de nuestra predestinacion, es una tierna devocion á la santisima Vírgen. Esto es lo que hace expresarse á san Anselmo con estas bellas palabras: *Así como es necesario, ó Vírgen mil veces bienaventurada, que perezca miserablemente cualquiera que os mira con aversion, y á quien vos mirais con desprecio, del mismo modo no es posible que no se salve aquel á quien honrais con benevolencia, y que despues de Dios pone en vos toda su confianza.* En el mismo sentido y con el mismo espíritu la dirige tambien san Agustin estas palabras: *Vos, santisima Vírgen, sois la única esperanza de los pecadores; por vuestra intercesion esperamos el perdon de nuestros pecados y la eterna recompensa.* Siguiendo el mismo parecer, dice san Buenaventura, *que el que honrare y sirviere dignamente á la santisima Vírgen, se salvará; pero que el que descuidare su culto y su servicio, morirá infaliblemente en sus pecados.* Y esto es lo que significan tambien las palabras de la Sabiduría que la Iglesia aplica á la santisima Vírgen, á saber: *el que me hallare hallará la vida, y sacará la salud de la misericordia del Señor; pero tambien el que me mirare con indiferencia y frialdad, el que me ofende ó me desprecia, daña su alma: todos los que me aborrecen, aman la muerte. Queridos hijos mios*, dice san Bernardo (*Serm. de aquæductu*), *he aquí la escala de los pecadores, he aquí mi mayor confianza, toda mi esperanza estriva en su poderosa proteccion.* Tesorera, por decirlo así, de las gracias que Jesucristo nos ha merecido, ¿en favor de quién derramará estos tesoros de bendiciones, sino sobre aquellos que la honren con un culto verdaderamente religioso, que la amen con ternura, que imiten sus virtudes, y que la sirvan con zelo y con fervor?

§. XXXII.

Fiestas particulares establecidas en la Iglesia en honor de la santisima Vírgen.

Las fiestas en la Iglesia son piadosos regocijos y re-

ligiosas solemnidades que se celebran en honor de Dios ó de sus santos, no solo para exaltar sus virtudes y honrar su mérito con un culto religioso, sino tambien para reconocer los beneficios singulares que se han recibido; para excitar nuestra piedad hácia los santos, para vencer nuestra cobardía á vista de sus ejemplos, reclamar su crédito para con Dios, y alimentar nuestra confianza.

La Iglesia ha tomado con demasiado empeño el culto de la madre de Dios, y está tan persuadida del crédito omnipotente que tiene en el cielo, y de la necesidad que tienen los fieles de su proteccion, que no podia faltarle, ó el zelo para rendirla el culto que se la debe, ó el reconocimiento para eternizar la memoria de sus beneficios, y las señales visibles de su bondad y de su benevolencia. De aquí el cuidado de aprovechar todas las ocasiones para inspirar, conservar y aun aumentar su culto en todo el mundo cristiano; de aquí la ley que ella misma se ha impuesto de comenzar y terminar el oficio divino y todas sus horas por una oracion especial á la madre de Dios; de aquí la solicitud para inspirar la verdadera devocion á la santisima Vírgen, á todos sus verdaderos hijos; de aquí, en fin, la multiplicidad de fiestas establecidas en su honor, y el gran número de piadosas sociedades bajo del nombre y proteccion de la Señora; y si jamás se han visto herejes que no hayan sido enemigos de la devocion y culto á la madre de Dios, tampoco se han visto nunca verdaderos fieles que no hayan tenido un amor filial, una veneracion especial, una ternura singular hácia la santisima Vírgen.

La Iglesia animada de este espíritu, y llena de esta ternura, nada desea tanto como el hacer partícipes de ella á sus hijos. Por esto además de todos los misterios de la santisima Vírgen que celebra con tanta solemnidad, como la fiesta de su inmaculada Concepcion el 8 de Diciembre; la de su Natividad el 8 de Setiembre; su Presentacion al templo el 21 de Noviembre; la fiesta de la Anunciacion el 25 de Marzo; la de la Visitacion el 2 de Julio, y su gloriosa y triunfante Asuncion en cuerpo y alma al cielo el 15 de Agosto, una de las fiestas mas

solemnes de la Iglesia (1): esta comun madre de los fieles, siempre conducida por el Espíritu Santo, ha establecido otras muchas fiestas particulares en honor de la madre de Dios con motivo de algun nuevo beneficio recibido por su intercesion, ó de alguna nueva señal de su ternura con los fieles. De este número son: la fiesta de nuestra Señora de los Angeles, llamada comunmente nuestra Señora de las Nieves, el 5 de Agosto; la del Rosario el primer domingo de Octubre; la del santo Escapulario el 16 de Julio; la fiesta de nuestra Señora de la Merced el 24 de Setiembre, y la del santo Nombre de María el domingo que sigue á la Natividad de la santísima Vírgen (2).

Fiesta de nuestra Señora de las Nieves.

Es bien sabido que la fiesta de nuestra Señora de las Nieves fue instituida hácia la mitad del siglo IV, en el pontificado del papa Liberio, reinando el emperador Cons-

---

(1) Aunque no fuera extraño que el P. Croisset omitiese en esta relacion las fiestas de los Desposorios de la santísima Vírgen con san José, que se celebra el 26 de Noviembre en España, como la de la Expectacion el 18 de Diciembre, porque al fin son festividades modernas y particulares; lo es sí que omita la de la Purificacion de la santísima Vírgen el 2 de Febrero, fiesta siempre solemnísima en la Iglesia y que fue de las primeras que se celebraron en ella.

(2) Tambien pueden añadirse por su particular solemnidad la de nuestra Señora de los Angeles, ó sea la célebre concesion de la indulgencia llamada de Porciuncula, obtenida segun la piadosa tradicion de la Orden seráfica por su santo Patriarca y fundador, por la mediacion de la santísima Vírgen, á quien estaba dedicada aquella iglesia, cuya fiesta se celebra el 2 de Agosto; y la de los Dolores de María santísima, en la feria sexta despues de la dominica de Pasion, y además en España el domingo tercero de Setiembre; y la de la Traslacion de la santa casa Lauretana el 10 de Diciembre.

tancio, con motivo de la dedicacion de la célebre iglesia de Roma bajo del título de santa María la Mayor. El patricio Juan, de una de las mas antiguas y de las primeras casas de Roma, mas ilustre por su piedad que por su nacimiento, quiso dar alguna señal pública de su devocion á la santisima Vírgen, á la cual estaba singularmente dedicado; y como no tenia hijos, resolvió de conformidad con su mujer, que no le cedia ni en nobleza ni en virtud, hacer heredera de todos sus bienes á la que despues de Dios era todo para él. Tomada su resolucion, convinieron en emplearse en oraciones particulares y limosnas para alcanzar de la santisima Vírgen la gracia de que les diese á conocer en qué deseaba que empleasen los bienes que le habian consagrado. Oyó la madre de misericordia los votos de estos piadosos siervos; y la noche del 5 de Agosto se les apareció á los dos separadamente en sueños, y despues de haberles declarado cuán grata la habia sido su devocion y cuán agradable su resolucion, les dijo que la voluntad de su Hijo y la suya era que empleasen sus bienes en hacer edificar en su honor una iglesia sobre el monte Esquilino, y que en él hallarian el sitio marcado, y trazado el plan de la iglesia por el espacio que verian cubierto milagrosamente de nieve.

Como la vision habia sido comun á los dos, no dudaron de que fuese sobrenatural. Fueron inmediatamente á ver al papa Liberio, el cual habia tenido tambien en aquella noche la misma vision, y viendo que el cielo hablaba, quiso verificar el hecho por sí mismo. Hizo juntar su clero, que acompañado del patricio Juan, de su mujer y del pueblo fue procesionalmente al lugar en donde estaba la maravilla. Habiendo llegado al monte Esquilino, hallaron una parte de él cubierta toda de nieve, no obstante que era el tiempo de los mas excesivos calores. Un prodigio tan sensible hizo impresion en todos los asistentes, y todos clamaron: Milagro; á la admiracion sucedieron los mas vivos sentimientos de reconocimiento, de respeto y de devocion. Púsose mano inmediatamente al proyecto sobre el plan que habia traza-

do la nieve milagrosa, y la iglesia quedó muy en breve edificada á costa del patricio Juan.

Era demasiado visible el milagro para que no excitase la devocion del público. Todo el mundo miró esta iglesia como un lugar santo, y especialmente privilegiado por la eleccion singular que habia hecho de él la santisima Vírgen. No obstante que habia ya en Roma como por todas partes oratorios consagrados á Dios y dedicados en honor de la santisima Vírgen, sin embargo esta fue propiamente la primera iglesia edificada y dedicada en Roma bajo del título especial de la Madre de Dios, cuya dedicacion celebra toda la Iglesía el 5 de Agosto. Justo era que despues de la dedicacion de la iglesia del Salvador, llamada de san Juan de Letran, se celebrase tambien la de la iglesia de santa María la Mayor, comunmente llamada de nuestra señora de las Nieves.

La fiesta del santisimo Rosario.

Nadie ignora que el rosario, compuesto de quince decenas de granos para rezar otras tantas *Ave Marías* en honor de la santisima Vírgen, es una de las prácticas mas santas de devocion que hay entre los fieles. Sábese que al gran santo Domingo, fundador del órden célebre de Predicadores, es á quien se debe este piadoso método de orar, que él enseñó á consecuencia de una aparicion de la santisima Vírgen que tuvo el año de 1208, cuando estaba predicando contra los albigenses, y de que se sirvió con tanto fruto para la conversion de aquellos herejes. Este gran Santo en lugar de detenerse, como lo habia hecho hasta entonces, en las disputas y en las controversias que confunden siempre á los herejes, pero que no siempre les convierten, despues de esta celestial vision no se aplicó mas que á predicar las grandezas y las excelencias de la Madre de Dios, y á explicar á los pueblos el mérito y las ventajas del rosario. Mas de cien mil herejes convertidos, y un número infinito de insignes pecadores retirados del pecado, hicieron ver bien lo que puede para con Dios esta santa oracion. Esta fue propiamen-

te la primera época de esta insigne devocion y del establecimiento de esta santa cofradía tan célebre en todo el mundo cristiano, la cual han autorizado con tantos y tan singulares privilegios un gran número de soberanos pontífices, y ha llegado á ser como una señal de salvacion para todos los piadosos y zelosos cofrades.

Aun cuando esta devocion fuese ya familiar hacia mucho tiempo á todas las gentes piadosas, no estaba, sin embargo, todavía establecida como fiesta particular. El año 1572 fue cuando el papa san Pio V la instituyó bajo del nombre de nuestra señora de la Victoria, con motivo de la célebre victoria conseguida sobre los turcos en las aguas de Lepanto, por la proteccion especial de la santisima Vírgen, bajo de cuyos auspicios combatian los cristianos, segun la intencion del santo Papa. No bien hubo la armada cristiana, inferior en todo á la armada otomana, reclamado públicamente el auxilio de la Madre de Dios, cuya imágen estaba á bordo de todos los barcos, cuando el viento que arrojaba los navíos turcos sobre la flota cristiana cambió milagrosamente en un momento y le entró de popa á toda la armada cristiana. Despues de tres horas de combate, los cristianos contando mas con la proteccion de la santisima Vírgen que con su valor, viendo aferrar velas á los enemigos, gritaron victoria; y en efecto fue completa. Halí Bajá, general de los turcos, fue muerto á bordo de su navío, y tomada la capitana turca. Perdieron los turcos mas de treinta mil hombres; hicieron los cristianos cinco mil prisioneros, entre los cuales se hallaron los dos hijos del general Halí, y se hicieron dueños de ciento treinta galeras; mas de noventa se estrellaron contra la tierra, y fueron ó á pique ó abrasadas. Mas de veinte mil esclavos cristianos recobraron la libertad, y la armada cristiana apenas perdió quinientos hombres. Esta señalada victoria se consiguió el dia 7 de Octubre del año 1571 (1).

(1) Ya que el P. Croisset deja pasar en silencio la parte que tuvieron los españoles en esta gloriosa jornada, no es

El papa san Pio V tuvo revelacion de esta milagrosa victoria en el momento que los turcos fueron derrotados, quedando tan persuadido de que era efecto de la proteccion particular de la Madre de Dios, que instituyó en accion de gracias una fiesta particular en su honor, el año de 1572, bajo del nombre de nuestra Señora de la Victoria, la cual dispuso que fuese al mismo tiempo la solemnidad del Rosario. El papa Gregorio XIII concedió á la cofradía que celebrase esta fiesta el primer domingo de Octubre. En fin, otras dos victorias conseguidas cuasi al mismo tiempo sobre los turcos por la casi omnipotente proteccion de la Madre del Dios de los ejérci tos, movió al papa Clemente XI á que la hiciese fiesta universal en toda la Iglesia.

La primera de estas dos señaladas victorias conseguidas sobre los turcos por una proteccion especial de la santisima Vírgen es la que se llama la victoria de Selim, conseguida por las tropas del emperador Cárlos Francisco el dia de la fiesta de nuestra Señora de las Nieves, el 5 de Agosto del año 1716, en la cual perdieron los turcos mas de treinta mil hombres muertos en el campo de batalla, sin contar los prisioneros, todos sus cañones, sus tiendas, todo su bagaje, sus banderas y sus estandartes: á esta victoria tan señalada se siguió la toma de Belgrado.

A los diez y siete dias despues de este insigne favor del cielo dispensó Dios otro no menos señalado, que fue el levantamiento del sitio de Corfú, el 22 del mismo mes, dia de la octava de la Asuncion del propio año. El papa, en reconocimiento de esta doble proteccion tan señalada

---

justo que un español deje de notarlo como interesado en las glorias de su patria. Todos saben que las fuerzas mas respetables de que se componia la armada cristiana en aquella prodigiosa batalla eran las que habia enviado el religiosísimo monarca don Felipe II al mando de su hermano el señor don Juan de Austria, general de la liga, cuyo valor brilló en aquel lance al par de su zelo por la defensa de la religion, móvil principal de sus esfuerzos.

de la Madre de Dios mandó que la solemnidad del santo Rosario que hasta entonces habia estado circunscrita á las iglesias de los reverendos padres dominicos, fuese en adelante una fiesta universal en toda la Iglesia, fijándola al primer domingo de Octubre, bien persuadido aquel gran Pontífice que la devocion del rosario era el medio mas á propósito para dar gracias á la santísima Vírgen de los favores recibidos por su proteccion singular, y para obtener otros nuevos.

La fiesta del santo Escapulario.

La fiesta del santo Escapulario no se celebra todavía mas que en la órden de padres carmelitas, mas no por eso es menos apreciada de todos los fieles que la del Rosario.

Todos saben que el escapulario es una parte de la vestidura de muchos religiosos, que se pone sobre la túnica; él es como la librea de la Madre de Dios, que indica una devocion particular á la santísima Vírgen. Compónese de dos tiras de paño que cubren la espalda y el pecho; y porque no todos son llamados al estado religioso, la Iglesia ha tenido á bien conceder que los legos que tuvieren la misma devocion á la Madre de Dios puedan usar de la misma librea, llevando en su honor un pequeño escapulario, y haciéndose inscribir en la misma cofradía.

Débese el establecimiento de esta santa cofradía, y el órden de los carmelitas debe su escapulario al célebre Simon Stock, de nacion inglés, general de la misma órden. Retiróse este gran siervo de María, desde la edad de doce años, á una espantosa soledad, y habitó en el hueco del pie de un grueso árbol, que fue lo que le dió el sobrenombre de Stock, que en inglés significa tronco de árbol. Pasó este ilustre penitente muchos años en aquel desierto favorecido con las mas raras mercedes del cielo y de muchas visiones de la santísima Vírgen, á quien amaba con ternura. Entró en el órden de los carmelitas por habérselo así ordenado la misma Señora. Distinguióse muy pronto por su mérito y por su santidad, y muy

luego fue elegido general de todo el órden. La historia refiere que en una vision que tuvo le dió la santísima Vírgen el escapulario, como una señal de su proteccion especial hácia todos aquellos que vistieren este pequeño hábito, y que hiciesen una vida pura y verdaderamente cristiana. *Recibe*, *mi querido hijo*, le dijo esta Madre de misericordia, *recibe este escapulario que te doy á tí y á todo tu órden por un privilegio singular*, *y como una prenda de mi benevolencia particular y de mi proteccion.* Por esta librea serán reconocidos mis hijos, y los que hicieren una profesion especial de emplearse en mi servicio. *Esta es una señal de salud*, *y una prenda de paz y de alianza sempiterna*; y con tal que la inocencia de la vida y la piedad correspondan á la santidad de este hábito, *cualquiera que tenga la dicha de morir con esta señal de mi proteccion no sufrirá el fuego eterno*, y por la misericordia de mi divino Hijo gozará de la felicidad eterna.

No bien se hizo pública una revelacion tan consoladora y tan interesante, hecha á un hombre tan santo, cuando los reyes y los pueblos se apresuraron á porfía á vestirse este santo hábito, que ha sido siempre mirado como la librea de la santísima Vírgen. Los milagros con que, á lo que parece, ha querido Dios autorizar la devocion al escapulario, no han contribuido poco á la solicitud universal de los pueblos por este santo hábito. ¡Cuántos furiosos incendios ha apagado el escapulario inmediatamente que se le ha arrojado en medio del fuego! ¡cuántas veces se ha conservado él mismo ileso en medio de las llamas! ¡cuántas veces ha preservado hasta los vestidos, hasta los cabellos de las personas que le llevaban, estando envueltas en los incendios! Se ha visto el escapulario sostener sobre las aguas á los que estaban á punto de ser sumergidos en ellas Hanse visto muchos que cayendo en precipicios espantosos han quedado como suspendidos en el aire por el escapulario enganchado en la punta de alguna roca; y ¡cuántos por la virtud de este santo hábito han sido preservados del rayo! Por todo esto no es de estrañar que tantos soberanos pontífices no solamente hayan aprobado y confirmado esta santa devo-

cion, sino que tambien hayan derramado con profusion los tesoros de la Iglesia en favor de todos los cofrades del santo Escapulario.

La fiesta de nuestra Señora de la Merced.

La fiesta de la santísima Vírgen, bajo del título de nuestra Señora de la Merced, ha sido instituida en la Iglesia universal en reconocimiento de la misericordia especial de la santísima Vírgen en favor de los pobres cautivos, habiéndose dignado inspirar ella misma el establecimiento de un órden religioso para librarles. Este piadoso designio le inspiró á san Pedro Nolasco, á quien apareció el año 1218 al tiempo que el Santo hallándose en oracion se deshacia en lágrimas, movido de compasion, considerando cuántos pobres cristianos gemian bajo de la tiranía de los infieles. Aparecióse le la santísima Vírgen, y le dijo, que nada podria hacer que fuese mas agradable á su Hijo y á ella que establecer una nueva congregacion con el título de nuestra señora de la Merced, cuyo fin fuese el trabajar en la redencion de los cristianos esclavos bajo de la dominacion de los moros. No deliberó un momento este gran Santo, y ayudado de los consejos y del zelo de san Raymundo de Peñafort y de los auxilios de don Jayme, rey de Aragon, que habian tenido la misma revelacion, instituyó con la aprobacion de la santa Sede el célebre órden de nuestra señora de la Merced, redencion de cautivos; y la Iglesia siempre mas y mas zelosa por honrar á la madre de Dios, y por aumentar todos los dias su culto y la devocion de los fieles hácia esta Madre de misericordia, ha instituido una fiesta particular el 24 de Setiembre para celebrar perpetuamente la memoria de tan insigne beneficio, y en accion de gracias por la institucion de un órden religioso, el cual es por sí mismo un milagro permanente de la mas heróica caridad cristiana.

La fiesta del santo nombre de María.

La fiesta del santo nombre de María es tambien un monumento instructivo de su poderosa proteccion y de su ternura con todos los fieles. Se ha visto al principio de esta historia cuán respetable es este santo nombre, y cuánta es su virtud: vamos ahora á ver cuál ha sido la ocasion de instituir esta fiesta en la Iglesia universal.

El año 1683, altaneros los turcos con las ventajas que habian conseguido sobre los imperiales, formaron el designio de llevar sus conquistas hasta mas allá del Danubio y del Rhin, y amenazando á toda la cristiandad, vinieron con un ejército de doscientos mil hombres á poner sitio á Viena. Fue general la consternacion. Temiendo los pueblos caer en manos de los infieles, se salian fuera de ellos sus habitantes y todo lo abandonaban. No teniendo el emperador tropas bastantes para resistir al ejército otomano, se vió en la precision de salir de Viena con las dos emperatrices, los archiduques y las archiduquesas y tomar el camino de Lintz, mientras que el príncipe Cárlos de Lorena, temiendo ser envuelto, se retiró bajo del cañon de la ciudad.

El 14 de Agosto, víspera de la Asuncion, abrieron brecha los turcos por la parte de la puerta imperial, y se alojaron allí á pesar del fuego de los sitiados. Habiendo en seguida ocupado el Tabor, cercaron la ciudad por todas partes y pusieron fuego al palacio de la Favorita, quemaron las casas de recreo de los grandes situadas en el arrabal de Leopolstad, y llenaron los alrededores de genízaros. Un accidente funesto aumentó su valor, al paso que disminuia el de los sitiados; prendió el fuego á la iglesia de los escoceses, consumió aquel soberbio edificio, y ganando el arsenal, en donde estaba la pólvora y las municiones de guerra, iba á abrirse la ciudad á los turcos, si por una proteccion muy visible de la santísima Vírgen, en el propio dia de la Asuncion, el fuego no se hubiese detenido de pronto milagrosamente hasta dar lugar para sacar las municiones y la pólvora. Un favor tan

visible de la Madre de Dios inflamó el ánimo medio apagado de los soldados y de los habitantes, reanimando su confianza en su poderosa protectora. Por mas que los turcos hicieron el 22 un gran fuego contra el bastion del Danubio, las balas, las bombas, las granadas que arruinaban las casas, no arredraron á los habitantes para que dejasen de implorar dia y noche el auxilio del cielo en las iglesias, ni para que los predicadores les exhortasen á poner toda su confianza, despues de Dios, en aquella cuya proteccion habian experimentado tantas veces. El 31 adelantaron los sitiadores sus trabajos hasta la contraescarpa, y se acercaron en tales términos á los imperiales que los soldados de los dos partidos se batian muchas veces en los fosos con las estacas de las empalizadas.

Viena, este baluarte de la cristiandad, estaba cuasi reducido á polvo, cuando el dia de la Natividad de la santísima Vírgen, habiendo los cristianos redoblado sus ruegos, su devocion, su fervor y sus votos, recibieron como por milagro aviso cierto de un socorro pronto é inopinado que reanimó su valor.

En efecto, al otro dia, segundo de la octava de la Natividad, se vió toda la montaña de Kalemberg cubierta de tropas auxiliares. Una alegría increible calmó entonces todos los sustos. Juan Sobieski, rey de Polonia, á la cabeza de sus tropas, fue el dia 12 á la capilla de san Leopoldo con el príncipe Cárlos; oyeron allí la misa, y el rey mismo quiso ayudarla, estando todo el tiempo de la misa, fuera de los momentos en que el sacerdote necesitaba de su ministerio, con los brazos en cruz. Comulgó en ella, y despues de haberse puesto él y todo su ejército bajo de la proteccion especial de la santísima Vírgen, y recibido la bendicion que se dió á todo el ejército, se levantó el religioso príncipe y lleno de una santa confianza, dijo en alta voz: Ahora ya podemos marchar resueltamente bajo de la proteccion poderosa de la Madre de Dios con entera seguridad de que nos asistirá.

No tardaron en verse los efectos de una confianza tan bien fundada: no bien se hubo puesto en marcha el ejército cristiano hácia el campo de los turcos, cuando des-

pues de haber sostenido poco tiempo los infieles el combate se retiraron á la otra parte del Danubio con tanta precipitacion, que dejaron en el cuartel del gran Visir el grande estandarte del imperio otomano, y las colas de caballo, que son las señales ordinarias de la dignidad de sus bajaes, las cuales van siempre delante de su Alteza.

No hubo victoria ni mas completa ni que costase menos sangre á los vencedores. Los turcos dejaron todas sus tiendas, cuasi todo su equipaje, todas sus municiones de guerra y de boca, toda su artillería que era de ciento ochenta piezas entre cañones y morteros, y cerca de cien mil hombres muertos en el sitio. El cansancio del ejército cristiano impidió á los generales el perseguir á los enemigos. Veianse los soldados cargados de botin entrar en Viena, llevando por delante numerosos rebaños de bueyes que los turcos habian dejado en su campo; ninguno de los soldados cristianos hubo que no quedase rico con los despojos de los infieles. Habiéndose vuelto en el mismo dia á Viena el emperador Leopoldo Ignacio hizo cantar el *Te Deum*.. con toda solemnidad, reconociendo que una victoria tan inesperada era efecto del auxilio del cielo, y singularmente de la proteccion tan visible de la santisima Vírgen. Del mismo modo juzgó el papa Inocencio XI; el cual persuadido de que esta victoria tan célebre era debida singularmente á la proteccion especial de la santisima Vírgen, en reconocimiento de un beneficio tan insigne ordenó que la fiesta del santisimo nombre de María, establecida ya habia mucho tiempo en muchas provincias de la cristiandad, se celebrase en adelante universalmente de precepto en toda la Iglesia, y fijó esta fiesta al domingo infraoctavo de la Natividad en memoria y reconocimiento de esta célebre jornada acaecida el quinto dia de la octava.

§. XXXIII.

Santas congregaciones establecidas en honor de la santisima Vírgen.

No se limita solamente á estos últimos tiempos la

confianza de los verdaderos fieles en la bondad y en la proteccion de la santisima Vírgen; ella es de todas las edades de la Iglesia; el espíritu primitivo de nuestra religion no puede envejecer; por tanto tenemos el consuelo de ver en estos últimos tiempos la misma confianza, la misma devocion, el mismo zelo, el mismo fervor hácia la Madre de Dios que en los primeros siglos de la Iglesia. De aquí procede ese número prodigioso de templos y de altares consagrados á Dios bajo del nombre augusto de la santisima Vírgen, y de las diferentes prácticas de piedad establecidas en la Iglesia para entretener y alimentar la devocion y la confianza en la Madre de Dios. De aquí tantas familias religiosas con el título augusto de siervos y devotos particulares de esta madre de los elegidos, y tantas piadosas asociaciones bajo de su proteccion y su nombre, autorizadas por tantos soberanos pontífices.

Congregaciones.

De aquí nacen tambien esas congregaciones, que pueden llamarse academias de virtud y santidad, de donde todos los dias salen para el bien y la santificacion del mundo tantos dignos prelados, pastores y sacerdotes zelosos, magistrados incorruptibles, santos religiosos y padres de familia tan irreprensibles y tan ejemplares que reconocen deber toda su felicidad á la proteccion de la santisima Vírgen, bajo de cuyos auspicios se hallan de un modo especial en estas congregaciones, en las que reina la pureza de la fe, la solidez de la devocion, el zelo y el fervor de la caridad cristiana, en donde las gentes del mundo sienten cada dia crecer en sí mismas el espíritu del cristianismo, gustando siempre mas las máximas de Jesucristo, y en donde la verdadera piedad se nutre por medio de fervorosas exhortaciones por el frecuente uso de los sacramentos, y por los buenos ejemplos. Tales son las congregaciones establecidas en cuasi todas las casas de los padres de la compañía de Jesus en honor y bajo de la proteccion especial de la Madre de Dios. Los elogios que han hecho de ellas los soberanos pontífi-

ces, la liberalidad con que siempre han derramado los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que se han alistado en ellas, demuestran bastante la utilidad de estas devotas reuniones.

Habiendo llegado á nuestra noticia, dice el papa Gregorio XIII, los grandes bienes que traen estas especies de congregaciones establecidas ya en las principales ciudades de Europa, y sabiendo cuánto sirven para reformar las costumbres, alimentar la piedad, é inspirar una devocion tierna y sólida hácia la santisima Vírgen, deseando con todo nuestro corazon mover los fieles á que se aprovechen de un establecimiento tan santo, además de la indulgencia plenaria que les concedemos en el dia de su recepcion, como tambien en la hora de su muerte, y en las principales fiestas del año: Queremos que todos los que fueren recibidos en ellas en cualquiera parte del mundo que esten, visitando únicamente una de las iglesias del lugar en que se hallaren, y rezando siete veces el *Padre nuestro* y el *Ave María* ganen las mismas indulgencias que ganarian, si estando en Roma, visitasen las estaciones, é hiciesen las demás obras de piedad que son menester para ganarlas.

De este modo derrama este gran Papa, y con una liberalidad tan extraordinaria, el tesoro de las indulgencias en favor de estas asociaciones de piedad, de estas sociedades cristianas, á las cuales llama escuelas de salvacion.

Viendo, dice Sixto V, los grandes bienes que producen en la viña del Señor tan edificantes congregaciones, dedicadas á la santisima Vírgen en las casas de los padres de la compañía de Jesus, no podemos menos de hacer el elogio de ellas, y honrarlas con los títulos que se les deben. A fin, pues, de que los fieles sean mas activos para entrar en ellas, y ejercitarse en las buenas obras de su instituto, confirmamos todas las gracias que nuestro predecesor Gregorio XIII, de feliz memoria, les ha concedido, concediéndoles además otras nuevas, bien persuadidos de lo útiles y ventajosos que son al público estos establecimientos.

No es menor el elogio que de ellas hace Clemente VIII. Todos estos grandes papas y muchos de sus sucesores, que antes de ser elevados á la santa Sede pertenecian á estas piadosas sociedades, perfectamente instruidos de los grandes bienes que hacian en toda la Iglesia, no han dejado pasar ocasion para exhortar á los fieles á una devocion tan sólida, y tan propia para hacer reinar la paz en las familias, la caridad cristiana en los pueblos, y por todas partes una tierna devocion á la santisima Vírgen, y una sincera y edificante piedad.

De este mismo principio de religion, de este espíritu santo que anima la Iglesia, es de donde vienen todas esas célebres cofradías del Rosario y del Escapulario, fuentes inagotables de gracias y de bendiciones del cielo, sobre las cuales la Iglesia no cesa de derramar con profusion sus tesoros, y en las que son pocos los verdaderos cofrades que no sienten todos los dias, y singularmente en la hora de la muerte, gracias, auxilios y una proteccion particular de la santisima Vírgen. De aquí, en fin, esa variedad, esa multiplicidad admirable de piadosas sociedades, todas establecidas con tanto fruto bajo del estandarte y los auspicios de la reina de todos los santos, de la madre de todos los elegidos, de la abogada omnipotente de todos los fieles.

Archicofradía de nuestra Señora de los Sufragios.

La antigua archicofradía, ó sea gran cofradía, ó cofradía primitiva, establecida hace tanto tiempo en Roma y en otras partes bajo del título de nuestra Señora de los Sufragios, en favor de las almas del purgatorio.

Cofradía bajo del título del Cíngulo ó Correa de la santisima Vírgen.

La célebre cofradía llamada del Cíngulo ó de la correa de la santisima Vírgen, establecida con autoridad de la santa Sede en todo el esclarecido órden de san Agustin, no es un fondo menos fecundo de gracias y auxilios

espirituales para todos los cofrades. Era costumbre entre los judíos el que todas las doncellas llevasen un cinturon, hasta que estando casadas, y comenzando ya á demostrarse la preñez, iban á ofrecerle á Dios en el templo, y desde entonces gozaban de la dignidad y de los privilegios de las madres. Despues de su parto llevaban otro, que era como el símbolo de la modestia y del pudor que debian ser ordinarios en todas las mujeres; y este cinturon, segun la nota del sabio Pedro de san Romualdo, se enterraba siempre con ellas. Habiéndose encontrado esta sagrada reliquia en el sepulcro de la santisima Vírgen por Juvenal, patriarca de Jerusalèn, hácia el año 450, la piadosa princesa Pulqueria la hizo llevar á Constantinopla, en donde fue depositada en la magnífica iglesia de nuestra Señora llamada de las Blaquernas; esto es lo que ha motivado en la Iglesia griega el establecimiento de una fiesta particular que se denomina del Cíngulo de la santisima Vírgen, en el dia 2 de Julio, que es el de esta célebre traslacion, y otra segunda el 31 de Agosto, que se cree haber sido el dia en que la santisima Vírgen, desde que se manifestó su milagroso embarazo, fue á ofrecer á Dios su cíngulo de doncella en el templo.

San German, patriarca de Constantinopla, y el célebre Eutimio han hecho muchos sermones en honor de este sagrado Cíngulo, y refieren los milagros obrados con su contacto: *No es posible ver vuestro venerable cíngulo, Vírgen santa*, exclama el mismo san German, *sin quedar colmado de alegría y penetrado de devocion.* Eutimio se extiende todavía mas sobre el respeto y la devocion con que debe mirarse esta santa reliquia: *Nosotros honramos*, dice, *el cíngulo respetable*, *que vemos se conserva entero despues de novecientos años*; *creemos que la Reina del cielo se ha ceñido con él. Los altares de los falsos dioses se han arruinado á la presencia de esta sagrada reliquia; ¡cuántos templos de los ídolos no ha echado á tierra, y cuántos milagros no obra á vista de todo el mundo!*

Habiendo conquistado los principes cristianos la tierra santa del poder de los infieles, y habiéndose hecho los franceses dueños de Constantinopla al principio del si-

glo XIII, trajeron á Francia un gran número de santas reliquias con que estan enriquecidas la mayor parte de las iglesias. No fueron las menos preciosas los dos cíngulos de la santisima Vírgen. El uno se conserva en la iglesia de Bruges, en Flandes; y el otro se muestra en la célebre iglesia de Puy, en Velay. La mayor parte de las iglesias de España celebran una fiesta particular de la ofrenda que hizo la santisima Vírgen de su cíngulo en el templo, intitulada: *La deposicion del santo cíngulo de la bienaventurada Vírgen*. Aix-la-Chapelle y la iglesia de Chartres se contemplan dichosas porque poseen una parte de este tesoro, como aparece por la inscripcion en griego que se lee sobre el sitio en que se conserva esta santa reliquia en Chartres, que dice así: *Del venerable cíngulo de la madre de Dios*.

Leese en la vida de santa Mónica que la santisima Vírgen se la apareció vestida de negro, con un cíngulo del mismo color de mas de una pulgada de ancho, y no se duda que se tendria presente esta misteriosa aparicion de la cual ha tomado su orígen la piadosa cofradía, llamada de la Correa de la Madre de Dios, establecida en todo el órden de san Agustin. Fue instituida, segun Baronio, el año 1446, en tiempo del pontificado de Eugenio IV: en el principio con el título de la Correa de la santisima Vírgen, y despues con el de nuestra señora de la Consolacion.

Cofradía bajo del título del sagrado Corazon de María.

Además de un gran número de otras muchas piadosas sociedades, establecidas con la autoridad de la santa Sede, bajo de diversos títulos, tomados de las prerogativas, de las virtudes y de las cualidades singulares de la Madre de Dios, las cuales son todas otros tantos medios á propósito para nutrir la piedad, y merecer á todos los que estan alistados en ellas una proteccion especial de la santisima Vírgen, hay tambien la cofradía con el título del santisimo Corazon de María, establecida en Arlés, en Apt y en otras partes, con autoridad de la santa Sede, como consta de una bula del papa Clemente IX, del 28

de Abril de 1668, y la fiesta se ha fijado por la autoridad del mismo papa al 8 del mes de Febrero. Ciertamente despues del corazon de nuestro Señor Jesucristo, asiento y medio del amor extremo que nos tiene, ¿qué corazon mas digno de nuestra veneracion y de nuestro culto que el corazon amable de María, siempre abrasado del mas puro amor de Dios, y siempre lleno de ternura para con todos los hombres? A la verdad, si la veneracion que tenemos á los santos nos hace su corazon tan estimable, si le miramos como la mas preciosa de sus reliquias, ¿qué debemos pensar del corazon tan puro y tan santo de María, objeto de las mas tiernas complacencias de Dios, desde el primer instante de su inmaculada concepcion? ¿de este corazon mas puro, mas santo, mas abrasado del fuego del amor divino desde su primer momento, que lo han estado en el fin de su vida los corazones de todos los santos juntos? ¿Qué corazon ha estado jamás cerca del sagrado corazon de Jesus con disposiciones tan admirables y tan conformes á nuestros verdaderos intereses? ¿dónde hallaremos otro cuyos sentimientos y cuyos movimientos nos hayan sido y nos sean todavía tan ventajosos? ¿de qué zelo no ha estado siempre abrasado por nuestra salud? ¿de qué compasion no ha estado lleno continuamente para con nosotros en todas nuestras necesidades? Juzguemos de esto por la parte que ha tomado en los tormentos y en la muerte de su divino Hijo, del cual habia ella misma hecho ya el sacrificio. ¿Qué corazon de madre mas afectuoso para nosotros, mas solícito, mas sensible, mas tierno? este amable corazon es el asiento de todas las virtudes, la fuente de mil bendiciones, el cual debe ser el asilo de los pecadores y el retiro de todas las almas santas. Así es que hay pocos establecimientos mas piadosos, pocas cofradías mas devotas ni de mas ventajas que la cofradía del Corazon de María. Dichosas las comunidades y los pueblos en donde se halla esta piadosa sociedad.

Por fin, hay tambien la cofradía con el título de la inmaculada Concepcion, una de las mas antiguas, establecida en Tolosa hace mas de quinientos años, aprobada

y enriquecida de privilegios é indulgencias que constan de cuatro breves, uno del papa Alejandro VI, y tres del papa Alejandro VII; y fundada, como se cree, por Fulques, obispo de Tolosa, el año 1208.

§. XXXIV.

Zelo ardiente que ha tenido en todos tiempos la Iglesia por la gloria y por el culto de la santisima Vírgen.

A la verdad, ninguna cosa hay tan solidamente establecida, como la profunda veneracion, la devocion tierna y la entera confianza en la santisima Vírgen. Traigamos á la memoria el testimonio auténtico de la Iglesia, y siguiendo las huellas de la mas antigua tradicion remontemonos hasta los primeros siglos; recojamos todos los sufragios de los Padres griegos y latinos; consultemos las mas antiguas liturgias; sigamos las luces que la historia nos ofrece: ¡qué número tan prodigioso no hallaremos de templos y altares que se han edificado en su nombre, de imágenes grabadas y pintadas que hemos heredado de nuestros antepasados! ¿qué ciudad, qué pueblo hay en donde no se encuentre alguna imágen milagrosa de la Madre de Dios; en donde no haya alguna iglesia, alguna capilla, algun oratorio, singularmente consagrado en su honor, y á los que no acuda un concurso extraordinario de verdaderos fieles? ¿Quién ignora el zelo ardiente y universal que se ha desplegado en defensa de los intereses de María en aquellos siglos en que ha sido insultada? Traigamos únicamente á nuestra idea el glorioso triunfo de la Madre de Dios en uno de los mas numerosos y mas santos concilios, que fue el de Efeso: el hecho es demasiado glorioso á la santisima Vírgen, y muy notable para omitirlo en la historia.

Nestorio, patriarca de Constantinopla, este hombre vano, que bajo de la máscara de modestia y de piedad ocultaba el alma mas maligna y mas negra, dejándose arrebatar por el espíritu de orgullo, y abusando del po-

der que le daba su carácter y su dignidad, se atrevió á disputar á María la augusta cualidad de Madre de Dios, y á este fin no hubo artificio que no emplease ni disfraz de que no usase para encubrir su error, ó para endulzar la malignidad de su herejía; porque siguiendo la doctrina de los Padres, concedia á María cuantos títulos especiosos y honorables pueden imaginarse, fuera del de *Theotocos* ó de Madre de Dios, que era del que únicamente se trataba. Confesaba que era la madre del Santo de los santos, y la madre del Redentor de los hombres; convenia en que habia recibido y llevado al Verbo de Dios en sus castísimas entrañas; pero no quiso jamás confesar que la santísima Vírgen fue absolutamente y sin restriccion Madre de Dios, cualidad que es el principio y la base de todas las demás. La Iglesia que veia que negarle á María el título augusto de Madre de Dios era destruir todo el misterio de la Encarnacion, tomó la defensa de este punto esencial con toda la fuerza y el ardor de su zelo; y cuanto mas se obstinaba Nestorio en combatir este título de Madre de Dios, tanto mas se interesó en mantenerle y defenderle.

A este fin reunió el célebre concilio de Éfeso el año 431. El heresiarca Nestorio fue condenado en él, excomulgado, degradado y anatematizados todos sus errores. Declaróse en él como uno de los principales artículos de fe, como un punto esencial de la religion, el creer que María era en el sentido mas natural verdaderamente Madre de Dios. No como si esta creencia fuese nueva, puesto que, segun san Cirilo, la autorizaba toda la tradicion, y que habia ya mucho tiempo que Juliano apóstata la habia echado en cara á los cristianos; sino que se definió que esta creencia tan antigua como la Iglesia fuese en adelante como un símbolo de fe, decretándose en el concilio de Éfeso que el título de Madre de Dios fuese un término consagrado contra la herejía nestoriana, como el de consustancial lo habia sido en el concilio de Nicea contra la herejía arriana.

No es posible imaginar con qué alegría, con qué aplauso fue recibida en la Iglesia universal esta resolucion

tan gloriosa á la santisima Vírgen; el hecho es muy notable para omitirlo aquí.

Habiendo llegado el dia en que debia concluirse y pronunciarse sobre la maternidad divina de María, todo el pueblo se presentó en las calles, llenó las plazas y acudió en rededor del famoso templo dedicado á Dios en honor de la santisima Vírgen, en el cual estaban reunidos los Padres del concilio; en el momento que se publicó la decision, y se supo que María era mantenida en la justa posesion del título augusto de Madre de Dios, resonaron por toda la ciudad las aclamaciones y los gritos de regocijo, y fueron tan vivos y tan universales los transportes de alegría, que al salir los Padres para irse á sus casas fueron colmados de bendiciones y llevados en triunfo hasta sus alojamientos por el pueblo; quemábanse pastillas en las calles por donde debian pasar; el aire estaba iluminado con mil fuegos; nada faltó á la pompa de este piadoso y universal regocijo, ni al esplendor y magnificencia de la gloriosa victoria que María habia conseguido sobre sus enemigos y los de su Hijo. Tanta verdad es, exclama san Buenaventura, que esta piadosa ternura, este culto religioso hácia la Madre de Dios han sido comunes en todos tiempos á todos los fieles. El fin desgraciado del impío Nestorio hizo ver muy pronto qué es lo que deben esperar todos los enemigos de la santisima Vírgen.

Creese que fue en el santo concilio de Éfeso en el que san Cirilo, que le habia presidido á nombre del papa san Celestino, compuso con todos los demás Padres esta bella oracion dirigida á la Madre de Dios, que la Iglesia ha adoptado, á saber: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.*

§. XXXV.

Zelo en particular de todos los fieles por la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.

Mas si los fieles han tenido tanto ardor y zelo por defender la divina maternidad de la santisima Vírgen,

no han manifestado menos devocion y solicitud por honrar su inmaculada concepcion: privilegio que es para ella todavía mas caro que la maternidad divina, puesto que estando resuelta á preferir su virginidad á esta dignidad sublime, ¡cuánto mas hubiera preferido la gracia de ser concebida sin pecado, al honor de concebir y parir al Verbo divino hecho carne, si la hubieran dado á escoger!

Hemos visto en el principio de esta historia el sentir de los santos Padres, de los soberanos Pontífices y de toda la Iglesia en órden al insigne y singular privilegio que ha sido el principio y la base de todas las grandezas de la Madre de Dios. Verdad es que Dios no la ha preservado del pecado de orígen, sino en consideracion de esta divina maternidad; pero esta primera gracia es muy gloriosa á María, para que no llene de complacencia á todos sus siervos, y por tanto se ve en todos los verdaderos fieles una inclinacion muy decidida por la concepcion inmaculada de la santisima Vírgen. Y á la verdad, si este insigne privilegio, esta gracia de predileccion realza tanto la gloria de María, no excita menos la devocion de los fieles de todos los tiempos. No hay siglo alguno desde el nacimiento de la Iglesia en el que la inmaculada concepcion de la Madre de Dios no haya sido objeto de su veneracion y de su culto.

En el siglo I vemos ya en favor de este privilegio á los dos Santiagos, á san Marcos y san Andrés en sus liturgias, y sobre todo en la de Santiago el Mayor, citada por Tesifon y por Allacio, lo cual prueba su antigüedad. En el siglo II se encuentra á san Justino mártir; en el siglo III san Hipolito, san Cipriano, ó al menos quien quiera que sea el autor del tratado de las principales obras de Jesucristo, que se halla entre las obras de este Padre. Este autor, que vivia hácia el año 250, hablando de la Madre de Dios, dice: *Que la justicia no podia tolerar que este vaso de eleccion fuese manchado con la mancha comun á las demás criaturas humanas, pues que muy desemejante de ellas en este punto, habia tenido sí comunicacion con ellas en la naturaleza, mas no en la culpa.* En el siglo IV san Ambrosio

en su Comentario sobre el salmo 118, asegura que la santisima Vírgen ha sido exenta de todo pecado: san Anfiloquio, su contemporáneo, no se explica con menos precision sobre el mismo asunto, cuando llama á la santisima Vírgen inmaculada, y única entre las puras criaturas que haya sido esenta de todo pecado. Encontramos en el siglo V á san Agustin, san Gerónimo, citados ya en otras partes, que no pueden sufrir que haya quien se atreva solo á dudar que la santisima Vírgen ha sido esenta del pecado de orígen. Sofronio, patriarca de Jerusalen, que vivia en el mismo siglo, hablando de la Madre de Dios en su epístola sinódica, dice que ha sido inmaculada, exenta de todo contagio de pecado en el cuerpo y en el alma; y esta carta fue recibida con aplauso en el sexto concilio general, que es el tercero de Constantinopla. San Máximo, arzobispo de Turin, en una homilía de la Natividad, dada á luz por el padre Mabillon, dice que la santisima Vírgen ha sido morada conveniente para el Verbo encarnado, por haber sido enteramente pura por la gracia original.

En el siglo VI san Fulgencio, llamado el Agustin de su siglo, no habla jamás de la santisima Vírgen, sino considerándola exenta por una gracia especial del pecado original; y se cree que san Sabas es el autor de un oficio en honor de la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, al cual añadió una antífona san German, patriarca de Constantinopla. San Andrés de Creta, que florecia en el mismo siglo, hace mencion de la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen, lo que autoriza la opinion de los que creen que hacia ya mucho tiempo que esta fiesta se celebraba entre los griegos.

San Ildefonso, arzobispo de Toledo, que vivia en el siglo VII, dice que la santisima Vírgen en su concepcion, aunque por pura gracia del Señor, ha sido exenta de toda maldicion. En el siglo VIII Radeberto, abad de Corbia, propone como un sentir comun recibido en la Iglesia la opinion que asegura que la santisima Vírgen no habia contraido mancha alguna en su concepcion, siendo como era, dice, muy puesto en razon que fuese exenta de todo

pecado original, aquella por la cual nó solo habia sido borrada la maldicion de nuestra primera madre, sino tambien se nos habia dado la bendicion. San Juan Damasceno en el Menologio de los griegos, dirigido por él, nota la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen; y en un discurso sobre las grandezas de María, habiendo comparado la santisima Vírgen al Paraiso terrenal: *Este Paraiso*, dice, *ha sido mas privilegiado que el primero, porque no ha entrado jamás en él la serpiente.* El sabio y piadoso Raymundo Jordan, canónigo regular de Usez, despues abad de Selles, tan conocido bajo del nombre de Idiota, dirige estas palabras á la santisima Vírgen: *Vos sois toda hermosa; no en parte, sino de todas maneras, y en todo sentido, y jamás ha estado ni estará en vuestra alma la mancha del pecado original ni actual.* Y el sétimo concilio general, que fue el segundo de Nicea, celebrado el año 787, llama á la santisima Vírgen mas pura que toda la naturaleza sensible é intelectual; esto es, mas pura que los mismos ángeles, los cuales, como nadie ignora, jamás han sido manchados con ningun pecado, ni actual ni original.

En el siglo IX Teófanes, abad de Granchamp, que habia asistido al sétimo concilio general, tenia el mismo parecer respecto de la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen; y se ve en los directorios tan antiguos para el uso de los griegos, que su devocion especial era á esta concepcion inmaculada. He aquí cómo se explican: *Por una providencia singular ha querido el Señor que la sacratisima Vírgen fuese tan pura desde el primer instante de su vida, cuanto convenia que lo fuese la que debia ser digna de concebir en su seno, y parir á Jesucristo el Verbo hecho carne.* San Fulberto, obispo de Chartres, que vivia en el siglo X, parafraseando la salutacion del ángel á la Vírgen: *Salve*, dice, *ó María, que has sido escogida como la mas noble entre todas las vírgenes, y has sido siempre inmaculada desde el primer momento de tu creacion, á causa de que debias parir al autor de toda santidad.* Se ha referido en otra parte el parecer de un san Anselmo, del cardenal san Pedro Damiano, á los que

debe añadirse el del gran san Bruno, fundador de los cartujos, que vivia cerca de este mismo tiempo, cuando explicando estas palabras del salmo 101: *El Señor miró desde el cielo á la tierra*, y aplicándolas á la santísima Vírgen, dice: Esta es esta tierra exenta de corrupcion, sobre la cual ha derramado el Señor sus bendiciones, y que habiendo sido exenta de todo contagio de pecado, nos ha hecho conocer el camino de la vida. El bienaventurado Ivo de Chartres, una de las lumbreras mas brillantes del siglo XI, como santo Tomás y san Buenaventura lo han sido del XII, no piensan ni hablan de la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen de otro modo que todos los santos Padres de la Iglesia que les habian precedido. Además se ha hecho ver con las propias palabras de santo Tomás, cuán persuadido estaba este angélico Doctor de que la santísima Vírgen habia sido exenta por un privilegio singular del pecado de orígen; y ¿qué no hubiera añadido si hubiese visto entonces, como nosotros lo vemos hoy, celebrarse la fiesta de la inmaculada Concepcion con tanta solemnidad en toda la Iglesia, cuando para probar que la Natividad de la santísima Vírgen ha sido enteramente santa, trae por razon que la Iglesia hace la fiesta de ella, sentando como principio incontestable que la Iglesia, siempre guiada por el Espíritu Santo, no puede celebrar fiesta de lo que no es santo?

San Buenaventura en el segundo sermon que ha hecho en honor de la santísima Vírgen, no se explica de una manera menos clara, ni menos precisa que santo Tomás: he aquí como habla (*tom.* 3, *edit. Magunt. an.* 1609): *Yo digo primeramente que nuestra Señora fue llena de la gracia preveniente en su santificacion, esto es, de una gracia preservativa contra la mancha del pecado original, el cual hubiera contraido por la corrupcion de la naturaleza, si no hubiese sido preservada por una gracia especial con que ha sido prevenida; porque es menester creer que por un nuevo género de santificacion la ha preservado el Espíritu Santo en el momento de su concepcion del pecado original, no en el sentido de que ya estuviese manchada con él,*

sino en el de que hubiera incurrido, si una gracia singular no la hubiera puesto á cubierto.

Alberto el Grande, que florecia en el siglo XIII, igualmente que Alejandro de Ales, enseñan que la santisima Vírgen es la única exceptuada de esta ley comun: *Todos han pecado en Adan.*

San Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, ornamento del siglo XIV, hablando del pecado original en que todos hemos sido concebidos, dice (*Lib. de Casto, connubio Dei et animœ*): *Esta es la pena del pecado original, de la cual nadie hay exento, por mas santidad que se le suponga; porque todo lo que trae su origen de la raza del primer hombre, á excepcion solamente de Jesucristo nuestro mediador y de su santisima Madre, todos estan sujetos á esta ley del pecado.* San Bernardino de Sena, que vivia en el mismo siglo, dice expresamente que la Vírgen ha sido exenta de la tiranía de la concupiscencia del pecado original, como nos lo muestra Salomon en el Cántico de los cánticos, en donde hablando de ella, dice: Toda eres hermosa, y ninguna mancha, esto es, ni la del pecado original, ni la del actual, hay en tí (*Serm.* 5). El sutil doctor Escoto, una de las mas grandes lumbreras de su siglo, y uno de los mas brillantes ornamentos de su órden, y de las universidades de Oxfort, en Inglaterra, y de la de Paris, ha dado eminentes pruebas de su devocion á la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen.

§. XXXVI.

Zelo de los soberanos pontífices, de los concilios y de todos los órdenes religiosos por la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen.

Cuentanse mas de cuatrocientos autores de los tres siglos siguientes, de los cuales sesenta y seis son obispos, todos célebres por su piedad, por su raro saber, y algunos aun por su santidad, entre los cuales se cuenta á san Francisco de Sales, que han escrito todos en favor de la inmaculada concepcion de la Madre de Dios; y puede

decirse que despues de las verdades de fe no hay otra en el cristianismo mas cierta ni mas sólidamente establecida que la de la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen. Encuentranse en las historias muchas maravillas que Dios ha obrado para prueba de esta verdad; y el célebre continuador de los Anales de Baronio Mr. Sponde, obispo de Pamiers, cuenta un hecho admirable, referido por Enrique de Hassie, cartujo, por Longio y Meyer, y en la gran Crónica de Flandes, de cierto monge, llamado Pablo, el cual habiendo tenido un dia la temeridad de decir en el púlpito en la ciudad de Cracovia que la Madre de Dios habia sido concebida en pecado original, fue castigado rigorosamente en el momento, cayendose muerto en el púlpito al acabar de pronunciar una proposicion de que todo el auditorio se habia escandalizado. *Por lo que hace á mí*, añade este sabio Prelado, *estaria pronto á morir tantas veces, si se pudiese, por la confesion y defensa de la inmaculada concepcion de la Vírgen Madre de Dios, cuantas se la quisiera poner en duda; lo cual escribo y declaro altamente y de todo mi corazon en el dia de su fiesta el año de nuestra salud* 1632; y tambien escribimos esto en el dia de la misma fiesta, año 1722.

El idioma de los Padres es el que hablan los soberanos pontífices. Todos los que han gobernado la Iglesia desde Sixto IV, á excepcion de tres que no habiendo vivido mas de un mes ó cinco semanas en el pontificado, no han tenido tiempo de manifestar su devocion á la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, todos los demás nada han omitido para excitar el fervor de los fieles, abriendo los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que honran con un culto religioso la inmaculada concepcion.

El papa Sixto IV en dos bulas expedidas de propósito para ello, publica un oficio compuesto por un religioso de Verona para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen, cuyo fin principal es declarar que ella ha sido enteramente preservada del pecado original, como aparece en la oracion de este oficio, que dice así: *O Dios que por la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen*

habeis preparado á vuestro Hijo una morada digna de él, os suplicamos que asi como por la muerte prevista de este Hijo la habeis preservado de toda mancha, así tambien nos concedais por su intercesion la gracia de que vayamos á vos despues de esta vida purificados de nuestros pecados. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro &c.: y el papa san Pio V, en 1569, concedió á todo el órden de san Francisco el permiso para rezar este oficio. El papa Clemente VII habia ya publicado con el mismo espíritu un breviario compuesto por el cardenal Quiñones, en el cual además de la oracion hay un invitatorio que se dice al principio de maitines, concebido en estos términos: *Celebremos la concepcion inmaculada de María, y adoremos á Jesucristo, nuestro Señor, que la ha preservado.* Además de esto, en los himnos que Zacarías, obispo de Gardie, compuso por órden y con aprobacion del papa Leon X y Clemente VII, se dice que la Vírgen ha sido criada en estado de gracia. Los papas Alejandro IV y Adriano VI han aprobado mucho que algunas comunidades religiosas hiciesen profesion bajo del título de órden de la Concepcion inmaculada de la santisima Vírgen, y las han honrado con muchos privilegios singulares. Pocos papas desde Sixto IV hay que no hayan concedido grandes indulgencias en favor de las cofradías erigidas con el título de la inmaculada Concepcion, y con motivo de esta fiesta. El sabio Padre Antist, dominicano, hace mencion de un órden de religiosas establecido en honor de la inmaculada Concepcion de la Reina del cielo, con autoridad del papa Inocencio VIII, y confirmado despues por Julio II, en virtud de un breve dado el 17 de Setiembre del año de 1511. Este Papa en la regla que dió á estas religiosas, despues de haber dicho en el capítulo 1, que las que entran en este órden pretenden honrar la Concepcion inmaculada de la Madre de Dios, dice en el capítulo 2, que entrar en este órden es hacer un servicio singular á esta augusta Reina. Ordena en seguida que las religiosas vayan vestidas con un hábito y escapulario blanco, y un manto de color azul celeste; y da por razon de este estatuto, el que por este vestido ma-

nifiestan que el alma de la santisima Vírgen desde el primer instante de su creacion fue establecida de un modo singular templo del Hijo de Dios. Paulo V prohibe bajo de graves penas, que ninguno se atreva á predicar, enseñar ó escribir que la santisima Vírgen haya pecado en Adan. Gregorio XV extiende esta prohibicion hasta á los discursos particulares, y aun hasta á las conversaciones familiares. El papa Alejandro VII dió un nuevo decreto en favor de la inmaculada Concepcion el 8 de Diciembre de 1661, y dice en él que es una piedad antigua en los fieles el creer que la Madre de Dios ha sido preservada de la mancha del pecado original, y él mismo solemnizó la fiesta con magnificencia en Roma. No hay Iglesia alguna particular que no se haya empeñado en el mismo culto y en la misma devocion, y que no dé todos los años, por la solemnidad con que se celebran la fiesta y la octava de la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, pruebas las mas brillantes de su zelo por este misterio.

Puede decirse tambien que este mismo zelo por la concepcion enteramente santa de la Madre de Dios ha animado á los mas antiguos concilios. El concilio general de Efeso, como se ha dicho ya, celebrado el año 431, llama á la santisima Vírgen inmaculada, esto es, como lo ha interpretado Sofronio, citado por san Gerónimo, *por tanto inmaculada, porque de ninguna manera manchada*: el cuarto concilio de Toledo, celebrado el año 634, aprueba con elogio el breviario que san Isidoro, arzobispo de Sevilla, habia reformado, en el cual está señalado oficio para toda la octava de la inmaculada Concepcion, en todo el que se la confiesa preservada por un privilegio singular del pecado original. El undécimo concilio celebrado en el año 675, haciendo el elogio de la doctrina de san Ildefonso, da bastante á entender, segun este ilustre devoto de María, que la Madre de Dios no ha sido jamás herida con el pecado original. El concilio de Aviñon, celebrado el año 1457, al que asistieron dos cardenales, un arzobispo y once obispos, confirma todo lo que se habia hecho hasta entonces en favor de la inma-

culada Concepcion de la santisima Vírgen, y sobre todo el decreto de Basilea, mandando bajo pena de excomunion que se observe religiosamente.

La devocion singular de todos los órdenes religiosos á la inmaculada Concepcion, el zelo de todas las universidades, el concurso unánime de todos los pueblos para honrar este primer privilegio de la Madre de Dios, todo esto hace esta fiesta todavía mas célebre.

El sabio padre Antist en su tratado de la inmaculada Concepcion hace ver que santo Domingo, uno de los mas ilustres devotos de la Madre de Dios, ha sido tambien uno de los mas zelosos defensores de su concepcion inmaculada. He aquí cómo se explica este gran Santo en el admirable libro que escribió del sacramento adorable de la Eucaristía contra los albigenses, cuyo libro habiendo sido arrojado al fuego, fue conservado milagrosamente entre las llamas: *Como el primer Adan*, dice, *fue formado de una tierra virgen, que no habia sido maldita; así el segundo Adan, que es Jesucristo, ha sido formado de una tierra virgen, y de una madre que jamás ha sido maldita.* El mismo autor prueba que desde el santo Fundador hasta su tiempo, cuantos grandes y santos personajes ha habido en su órden, y el número ciertamente es bien crecido, todos han empleado su zelo y su saber para honrar y defender la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen. Todos los órdenes religiosos tan célebres de san Benito, de san Bernardo, de los camaldulenses, de los cartujos, de los cistercienses, de Clony, de los premonstratenses, de Gramont, de san Agustin, de los carmelitas, de san Francisco, de los trinitarios, de los servitas, de nuestra Señora de la Merced, de los geronimianos, de los teatinos y de los jesuitas, todos hacen profesion de honrar y sostener la santidad privilegiada de la santisima Vírgen en el primer momento, y testificarla su zelo ardiente y su tierna devocion por el fervor y la celebridad de su culto.

En la biblioteca de los reverendos padres dominicos de Dijon existe un antiguo Martirologio manuscrito, cuyo carácter parece del principio del siglo XIII, en el cual

estan tambien las constituciones de la órden y un calendario de una escritura mas reciente. Ahora bien; no solamente en este calendario, cuya fecha parece no ser menos de doscientos á trescientos años, se encuentra notada la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen el dia 8 de Diciembre, sino tambien en el Martirologio, cuya escritura tiene cerca de quinientos años, se halla apuntada en el mismo dia del mismo mes la propia fiesta de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen; lo cual demuestra bastante, dicen los sabios benedictinos que han leido estos antiguos manuscritos (*Viaje literario*), que esta fiesta era ya célebre en toda la Iglesia desde el tiempo de santo Domingo.

§. XXXVII.

Zelo de las mas célebres universidades de Europa por la inmaculada Concepcion.

A este zelo tan universal de todos los órdenes religiosos por la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, debe añadirse el consentimiento unánime de las mas célebres universidades de Europa, y en particular de la de Colonia, de Maguncia, de Salamanca, de Alcalá, de Sevilla, de Valencia, de Praga, y sobre todo de la de París, en todas las cuales es ley establecida el no admitir ninguno al doctorado, sin que se haya obligado á defender la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen.

Hácia el fin del siglo XIV Juan Montesion ó de Monzon, español, doctor en teología, se atrevió á enseñar que la santisima Vírgen habia sido concebida en pecado, y que era un error el decir lo contrario; levantaronse contra él todos los fieles, y sobre todo la universidad de París que condenó catorce de sus proposiciones, de las cuales cuatro hacian relacion á la concepcion inmaculada, y las condenó como falsas, escandalosas, temerarias y ofensivas de los oidos piadosos. El obispo Pedro de Orgemont confirmó esta censura, y condenó solemnemente las proposiciones del doctor en presencia de una infinidad

de personas que habian concurrido á este espectáculo, como á un triunfo de la santisima Vírgen, y que daban mil bendiciones al obispo y á la universidad. Habiéndose llevado el asunto al papa, despues de un exámen de cerca de un año el soberano pontífice confirmó la sentencia del obispo y la censura de la universidad; mas habiéndose negado el doctor á someterse á ella, el papa le excomulgó con todos sus adherentes.

La universidad de París, no contenta con haber sostenido con tanto zelo la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, que algunos, habia algun tiempo, pretendian poner en duda, resolvió no admitir á ninguno en lo sucesivo al doctorado, sin que se obligase con juramento á creer y sostener que la santisima Vírgen habia sido exenta del pecado original por una especial gracia. La fórmula de este juramento fue redactada y aprobada en las asambleas del 3, del 6 y del 9 de Marzo, y del 23 de Agosto de 1497. La acta del juramento dice que los antiguos doctores de la facultad habian mirado como un punto capital el combatir todos los errores, pero sobre todo los que atacaban la dignidad de la purisima y gloriosísima Madre de Dios; que habiéndose agitado en el siglo precedente, con mas acaloramiento que lo ordinario, la disputa de la inmaculada concepcion, habian al principio suspendido su juicio, y despues inclinádose al partido que era mas favorable á María; que habian refutado la vana temeridad de los que sin ninguna prueba sólida sostenian tenazmente que la Vírgen habia sido envuelta en la masa comun, en cuyo concepto se habian pronunciado por el parecer contrario que dejaba libre á María de la ley general, porque concordaba mas con la piedad de la fe, con la recta razon y las santas Escrituras; que pocos años mas adelante este parecer habia prevalecido, despues de una discusion muy exacta, en el concilio general de Basilea, en el que se habia prohibido, bajo pena de incurrir en la cólera del cielo, el sostener el parecer opuesto; que habiendo sido recibido este santo decreto por el consentimiento de todas las iglesias, y con la aprobacion de todo el pueblo cristiano, la facultad no podia

admirar bastante el orgullo insolente y la temeridad y loca obstinacion de algunos particulares que declarando una guerra implacable é impía á la eminente cualidad de la Madre de Dios, se atreven todavía á atacar y poner en duda una doctrina tan piadosa, apoyada en la autoridad de un concilio general que no puede errar segun las promesas de Jesucristo; que para oponerse con mas energía á este furor, habiéndose reunido tres veces todos los doctores, han resuelto despues de una madura deliberacion el obligarse por un juramento particular á defender la doctrina de la inmaculada concepcion, la cual miran hace mucho tiempo como la única que puede sostenerse con verdad, ordenando que ninguno en lo sucesivo sea recibido para tomar grado alguno en la facultad si no hace juramento de defender constantemente la misma doctrina; y que si por desgracia alguno llegase á olvidar su juramento, y á sostener la opinion que la facultad juzga falsa y errónea, sea separado del cuerpo como miembro podrido, &c. Se ha dicho ya que aunque no tengamos el concilio de Basilea por ecuménico, el consentimiento de los Padres que asistieron á él no deja de ser de un gran peso en esta materia.

§. XXXVIII.

Devocion de la célebre iglesia de Leon en particular, á la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen.

Es bien sabido que la iglesia de Leon, tan célebre por su antigüedad, por el número de sus mártires, por la pureza de su fe, y singularmente por su devocion tan marcada hácia la santísima Vírgen, ha sido una de las primeras en Francia á celebrar públicamente la fiesta de la inmaculada Concepcion. San Bernardo, aunque uno de los mas ilustres devotos de la santísima Vírgen, y el mas zeloso de la gloria de la Madre de Dios, creyó, sin embargo, que se habia adelantado mas de lo que debia, porque no creia que una iglesia particular pudiese establecer una nueva fiesta sin la autoridad de la santa Sede,

y escribió á los canónigos de Leon aquella famosa carta en la que el santo Abad, muy lejos de condenar su parecer sobre la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, que era ciertamente el suyo, despues de haber alabado su zelo y su piedad se toma la libertad de representarles, que al menos habrian debido antes de hacer nada extraordinario en este punto consultar á la santa Sede, sin cuyo permiso no debe introducirse novedad alguna en la Iglesia: Me ha sorprendido, dice, que hayais introducido una *nueva fiesta que la Iglesia no celebra*. Yo confieso que es menester honrar á la santisima Vírgen cuanto sea posible, y que todo lo que hiciéremos para ello será siempre inferior á lo que merece; pero el aprobar y arreglar nuestro culto pertenece siempre á la Iglesia. Por lo que hace á mí, protesto no seguir sino lo que ella me enseña, y yo no enseño sino lo que ella me enseña á mí. Ella me enseña á celebrar el triunfo de su gloriosa asuncion al cielo, y el dia afortunado de su nacimiento enteramente santo en la tierra. No hay duda en que la Madre del Señor no haya sido santificada antes de nacer, porque no es posible creer que Dios haya negado á la santisima Vírgen los privilegios que ha concedido á otras puras criaturas; pero solo á la Iglesia le toca el determinar las fiestas que debemos celebrar.

San Bernardo para autorizar su delicadeza sobre esta novedad, dice que hasta que la Iglesia haya hablado no se puede decidir nada sobre este artículo. *Siendo esto así*, añade, *¿qué razon teneis para celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion? Porque si creeis*, continúa, *que María ha sido verdaderamente exenta del pecado original*, *y que por consecuencia su concepcion es enteramente santa*, *no debiais ateneros á vuestro propio parecer*, *sino que debiais antes consultar á la santa Sede.* Concluye el santo Doctor su carta protestando que todo lo que ha dicho sobre este asunto lo somete á la autoridad de la santa Sede, estando pronto y dispuesto á corregir todo lo que no fuese conforme á su juicio. Esta docilidad de san Bernardo á la autoridad de la santa Sede ¿puede hacer vacilar un momento sobre el partido que hubiese tomado, si hubiese

visto á la santa Sede declarase tan abiertamente como lo ha hecho despues en favor de la inmaculada Concepcion, cuya fiesta con octava ha establecido en toda la Iglesia universal? Es evidente que la carta de san Bernardo á los canónigos de Lyon no gira sobre la doctrina de la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, sino solo sobre el establecimiento prematuro de la fiesta, independientemente de la santa Sede, que es lo que únicamente llevaba á mal el santo Abad.

La iglesia de Lyon recibió esta carta con respeto, alabó el zelo de san Bernardo; pero no defirió á su advertencia. La fiesta de la inmaculada Concepcion se ha celebrado siempre allí con la mayor solemnidad; y puede decirse que así como no hay acaso iglesia particular en la cristiandad mas noble, mas ilustre, ni mas respetable que la iglesia de Lyon, tampoco la hay tal vez mas decidida por la gloria y el culto de la santisima Vírgen. Sus ritos, sus usos, épocas sagradas de la mas venerable antigüedad, publican sobradamente hasta dónde llega su devocion singular á María. Ninguna de las fiestas en su honor hay que no se celebre con solemnidad; en el dia de cada una de ellas asisten quince oficiantes al altar. No se pronuncia jamás durante el oficio el santo nombre de María, sin que se haga por respeto ó una genuflexion, ó una inclinacion de cabeza: todos los dias al fin de completas se canta una antífona y una oracion particular en su honor, y cinco veces al año todos los miembros de este ilustre cuerpo se reunen con cirios encendidos en las manos para cantar himnos de alabanza y de accion de gracias en honor de la santisima Vírgen. Una prueba no menos brillante de su insigne devocion es lo que añaden en la misa al *Gloria in excelsis... ¡O tú que quitas los pecados del mundo*, dicen, *recibe nuestro ruego para gloria de María; porque tú, ó Jesucristo, eres el solo Santo, que santifica á María; el solo Señor, que gobierna á María; el solo Altísimo, que corona á María.*

Aunque la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen no haya sido de precepto en toda la cristiandad hasta despues de las dos bulas de Sixto IV, se

celebraba ya sin embargo por devocion en la mayor parte de las iglesias de Francia, de España, de Italia y de Inglaterra, y en todas partes con mucha piedad y fruto.

§. XXXIX.

Zelo de Juan I, rey de Aragon, por la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen.

Si los pueblos son tan zelosos por honrar la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, no han dado menos á conocer su zelo y su piedad los mas grandes monarcas del mundo. Lo que los emperadores y reyes de Francia y de España han trabajado por hacer esta devocion siempre mas floreciente y mas activa, son otros tantos monumentos eternos de la suya. El edicto del serenísimo don Juan I de este nombre, rey de Aragon y de Valencia, de esclarecida memoria, en favor de la inmaculada Concepcion, es muy glorioso á la Madre de Dios para que lo omitamos en esta historia: está sacado del libro de los privilegios del Reino y de la ciudad de Valencia, año 1394.

"Nos don Juan, por la gracia de Dios, rey de Aragon y de Valencia, &c. ¿Por qué algunas personas se admiran de que la bienaventurada María, madre de Dios, haya sido concebida sin pecado original, al paso que no dudan que san Juan Bautista haya sido santificado en el vientre de su madre por el Santo de los santos, que habiendo venido de lo alto del cielo y del trono de la santisima é individua Trinidad, se ha encerrado en las entrañas santisimas de la misma Vírgen habiéndose hecho carne? ¿Qué gracia creemos que Dios debia haber reservado para su santa Madre, habiéndose propuesto hacer en ella una obra digna de su omnipotencia y de su divina Magestad? El es el que ha criado de nada todas las cosas, y el que ha hecho que ella haya permanecido vírgen antes y despues, y en el parto. Siendo omnipotente y amando á su madre con el afecto con que la ama, ha reservado para la Concepcion, para la Natividad, para la vida y para las costumbres de su propia madre, siempre vírgen, privilegios singulares é incomparables de la mas alta santidad.

»¿Por qué poner en duda la gloriosa concepcion de una Vírgen tan privilegiada, de quien la fe católica nos obliga á creer grandezas y maravillas que no podemos admirar bastante? ¿No es mucho mayor motivo de admiracion para todos los cristianos el ver que una criatura haya engendrado á su Criador, y que haya llegado á ser madre sin dejar de ser vírgen? ¿cómo es capaz el entendimiento humano de alabar á esta gloriosa Vírgen, á la que la divina Magestad ha predestinado para gozar sin la menor corrupcion de las ventajas de la divina maternidad, juntamente con la gloria de la virginidad mas pura; y para ser elevada sobre todos los santos y sobre todos los coros de los ángeles como su reina y su soberana? ¿Habria, pues, faltado alguna pureza, alguna gracia á esta excelente Vírgen en el primer momento de su concepcion, para que se la pudiese imputar la mancha del pecado original; á aquella á quien el ángel del Señor enviado del cielo dice estas palabras: *Salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres?* Callen, pues, esas personas que hablan tan fuera de propósito; los que solo tienen vanos y frívolos argumentos que oponer á la inmaculada concepcion tan privilegiada y tan pura de la santisima Vírgen, avergüencense de publicarlos; porque era conveniente que fuese dotada de tan gran pureza, que despues de la de Dios no pudiese imaginarse otra semejante. Conviene tambien verdaderamente que la que ha tenido por hijo al Criador y al Padre de todas las cosas, haya sido y sea siempre purísima, bellísima y perfectisima, habiendo desde el principio y antes de todos los siglos por un decreto eterno de Dios sido escogida entre todas las criaturas para encerrar en su seno al que todo el mundo entero y toda la inmensidad de los cielos no pueden contener.

»Mas Nos, que entre todos los reyes católicos hemos recibido de esta misma madre de las misericordias tantas gracias y beneficios, sin haberlos merecido, creemos firmemente y estamos persuadidos que la concepcion de aquella bienaventurada Vírgen en cuyo seno el Hijo de Dios se ha dignado hacerse hombre y establecer su morada

por nueve meses, ha sido totalmente santa é inmaculada. En este concepto, Nos con un corazon sincero honramos el misterio de esta inmaculada y bienaventurada concepcion de la santisima Vírgen, y Nos y todos los de la casa real celebramos anualmente su fiesta con solemñidad del mismo modo que nuestros muy ilustres predecesores, de gloriosa memoria, la han celebrado, habiendo hecho establecer para ello una cofradía perpetua. Por tanto, ordenamos que esta fiesta de la inmaculada Concepcion se celebre todos los años perpetuamente con gran solemnidad y reverencia en todos los reinos sujetos á nuestra obediencia por todos los fieles católicos, ya religiosos, ya seculares, sacerdotes y demás personas de cualquiera estado y condicion que sean; y queremos que de aquí en adelante no sea permitido, y aun prohibimos á todos los predicadores y á todos los que hacen lecciones públicas del evangelio, decir, publicar, ni aventurar, sea lo que quiera, que en cualquier manera pueda irrogar algun perjuicio, ó hacer agravio á la pureza y á la santidad de la bienaventurada Concepcion; antes por el contrário, ordenamos que los predicadores y demás personas que han tenido otro modo de pensar guarden un exacto silencio, puesto que la fe católica no nos pone en ninguna precision de sostener ni profesar la opinion contraria; y que los demás que tienen en su corazon nuestra santa y saludable opinion la publiquen en sus discursos, y manifiesten con fervor su devocion, celebrando con las alabanzas del Altísimo la gloria y el honor de su santisima Madre, que es la Reina del cielo, la puerta del Paraiso, la que tiene cuidado de nuestras almas, el puerto seguro de salud, y el áncora de la esperanza de los pecadores que ponen en ella su confianza. Por tenor de las presentes, Nos establecemos expresamente y para siempre que si sucediere en lo venidero que algun predicador ó cualquiera otra persona de nuestros súbditos, de cualquiera estado ó condicion que sean, no observare este decreto, sin que sea menester ningun otro edicto nuestro sean echados de sus conventos y de sus casas, y mientras permanecieren en la opinion contraria, salgan como enemigos nuestros

de toda la extension de nuestros reinos. Queriendo tambien, y ordenando de nuestra ciencia y madura deliberacion, so pena de incurrir en nuestro desagrado é indignacion, á todos y cada uno de nuestros oficiales de aquende y de allende del mar, á los que son ahora y fueren en lo sucesivo, que guarden y hagan guardar con gran diligencia y respeto este nuestro presente edicto y ordenanza inmediatamente que tuvieren conocimiento de él, y que cada uno en su distrito la haga publicar solemnemente y por pregon en todos los sitios acostumbrados, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia, y que la devocion de la concepcion inmaculada de la santisima Vírgen, que los cristianos consèrvan tanto tiempo hace en sus corazones, se aumente mas y mas, y que no se vea ya en adelante abrir su boca á esa clase de gentes de contrario sentir. En fe de lo cual hemos mandado expedir las presentes, autorizadas con nuestro sello estampado en ellas. Dadas en Valencia el 2 de Febrero, dia en que celebramos la fiesta de la Purificacion de la santisima Vírgen, el año de nuestro Señor 1394, y el octavo de nuestro reinado."

Sábese cuál es el culto y la devocion de toda España á la santisima Vírgen, y cuál es sobre todo su zelo y su religion por la inmaculada concepcion. Esta fiesta es allí hace mucho tiempo de las mas solemnes, y no hay predicador secular ni religioso de cualquiera órden que sea en toda España, que no comience su sermon por estas palabras: *Sea alabado el Santísimo Sacramento del altar, y la inmaculada concepcion de la Vírgen María, nuestra Señora, concebida sin pecado original en el primer instante físico y real de su animacion. Amen.*

§. XL.

Zelo de los reyes de Francia Luis XIII y Luis XIV el Grande, en órden á la santisima Vírgen.

Mas si el rey de Aragon Juan I ha dejado á la posteridad con su edicto un monumento tan ilustre de su devocion al misterio de la Concepcion inmaculada de la san-

tisima Vírgen, todavía han sobrepujado al zelo del rey Católico los reyes de Francia Luis XIII y su ilustre sucesor Luis el Grande, por su piedad y por su religion hácia la inmaculada Concepcion (1).

El rey Luis XIII, de feliz memoria, uno de los mas dignos sucesores del rey san Luis, quiso señalar su devocion á la santisima Vírgen, eligiéndola por protectora especial de toda la familia real y de todo su reino por una declaracion solemne hecha el 10 de Febrero de 1637, consagrándola su persona, sus estados y sus vasallos, y ofreciéndola en seguida sobre el altar de la iglesia metropolitana de nuestra señora de París su corona y su cetro. Véase como se explica S. M. en esta declaracion.

---

(1) Sin entrar en discusion sobre si el zelo de los reyes de Francia, que aquí cita el P. Croisset, por la extension del culto de la inmaculada Concepcion de María santisima ha sobrepujado al que manifiesta el edicto de don Juan I de Aragon; bueno será notar aquí que al zelo y solicitudes de los señores reyes Felipe III y Felipe IV, su hijo, puede en cierto modo decirse que se debe el decreto del papa Gregorio XV, prohibiendo toda disputa en contra de este sagrado misterio, y permitiendo que se predicase de él libremente; tampoco debe dejarse pasar en silencio la devocion y zelo del piadoso rey don Cárlos III á este misterio augusto, y lo que trabajó hasta conseguir que el Patronato de estos reinos que desde el año de 1756 estaba confiado á la Reina de los ángeles, sin la advocacion de misterio alguno, se contrajese, como lo consiguió en las Córtes de Madrid del año 1760, al de la inmaculada Concepcion, impetrando al mismo tiempo facultad del santisimo padre Clemente XIII para que en todos sus dominios se pudiese rezar el oficio propio que muchos años habia rezaba todo el órden de san Francisco; y estableciendo y fundando, agradecido al beneficio de la sucesion que confesaba debida á la proteccion de María santisima, la *distinguida Orden española de Cárlos III*, bajo los auspicios, la proteccion y el título de María santisima concebida sin pecado original; pruebas todas del sumo zelo por honrar este privilegio singular de la Señora, en el que no es fácil hallar ningun otro monarca que le haya aventajado.

"Nos habemos declarado y declaramos, que tomando á la santisima y gloriosisima Vírgen por protectora especial de nuestro reino, la consagramos particularmente nuestra persona, nuestro estado, nuestra corona y nuestros vasallos, suplicándola que se digne inspirarnos una conducta tan santa, y defender con tanta solicitud el reino contra los esfuerzos de sus enemigos, que ya sufra el azote de la guerra, ya goce de la dulzura de la paz que pedimos á Dios de todo nuestro corazon, no salga jamás de los caminos de la gracia, que conducen á los bienes de la gloria. Exhortamos á todos los arzobispos y obispos que amonesten á todos nuestros pueblos á que tengan una devocion particular á la santisima Vírgen, é imploren su proteccion, á fin de que bajo de una patrona tan poderosa nuestro reino esté á cubierto de todos los ataques de sus enemigos, que goce largo tiempo de una paz buena, que Dios sea servido y reverenciado en él tan santamente, que Nos y nuestros vasallos podamos llegar felizmente al último fin para el cual hemos sido criados."

No tardó la santisima Vírgen mucho tiempo en manifestar los felices efectos de su proteccion especial en favor de un príncipe tan piadoso, y de un reino que se la habia dedicado por una consagracion tan solemne. El nacimiento del rey mas grande que ha tenido la Francia, acaecido el año siguiente, despues de una esterilidad de veinte años, y una sucesion prodigiosa de victorias y de prosperidades, hicieron ver bien que jamás se profesa en vano una devocion llena de confianza á la santisima Vírgen.

Luis el Grande, de feliz y triunfante memoria, ratificó muy pronto tan santa consagracion por su declaracion del 25 de Marzo de 1650; he aquí cómo se explica: "Nos no podemos ya diferir mas el renovar semejantes votos en honor de la santisima Vírgen á cuya intercesion creemos ser deudores de los favores y bendiciones del cielo, que han sido continuos en todos los acontecimientos considerables de nuestro reinado, en muchas batallas ganadas sobre nuestros enemigos, las cuales nos han producido en seguida la conquista de muchas de sus ciudades mas importantes, tanto en Flandes como en Alema-

nia y en Italia. Nos queremos testificar el mismo reconocimiento, y hacer igual resignacion de Nos y de nuestra corona á la santisima Vírgen, esperando gozar largo tiempo los efectos de tan santa proteccion.»

La continuacion de las maravillas durante un reinado de setenta y dos años ha verificado plenamente una confianza tan bien fundada. Este gran Monarca, la admiracion y el milagro de su siglo, no contento con haber renovado por esta declaracion del año de 1650 la consagracion solemne de Luis XIII, su padre, á la santisima Vírgen, y de haber ordenado que todos los años se renovase en París el dia de la Asuncion, igualmente que en todas las iglesias del reino, solemnizándola con la exposicion del Santisimo Sacramento y con una procesion solemne, este gran Príncipe quiso tambien señalar su piedad singular á la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, obteniendo del papa Clemente IX que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebrase en todas partes con octava.

§. XLI.

Zelo del emperador Ferdinando III por la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen.

Por fin, el año 1647, viendo el emperador Ferdinando III que los suecos, hinchados con las victorias conseguidas en Alemania, venian á caer sobre la Bohemia y sobre las provincias hereditarias de la casa de Austria, recurrió á la proteccion omnipotente de la Madre de Dios, consagrándola solemnemente su persona, toda su familia imperial, todos sus estados, sus vasallos y todo el imperio, y esto bajo del título glorioso de su inmaculada Concepcion, haciendo levantar en su honor en la gran plaza de Viena una magnífica columna, enriquecida de emblemas y figuras, que son otros tantos símbolos de las victorias que María ha conseguido sobre el pecado, por un privilegio singular, en el primer instante de su vida.

Esta soberbia columna en cada ángulo de su pedestal tiene un ángel armado, como en accion de aterrar al

monstruo que tiene á sus pies, haciendo alusion á la victoria que la santisima Vírgen ha conseguido sobre el pecado en su concepcion inmaculada.

El primero, que mira al Oriente, tiene bajo de sus pies un dragon ó serpiente infernal con esta divisa: *Ipsa conteret*: ella quebrantará tu cabeza; *Gen.* 3. El segundo, que mira al Occidente, pone el pie sobre un leon con esta divisa: *Conculcabis*; pisarás el leon y el dragon sin temor alguno; *Psalm.* 90. El tercero, que mira al Mediodia, camina sobre un áspid, y tiene en su escudo estas palabras: *Ambulabis super*; marcharás animosamente sobre el áspid; *Psalm.* 90. El cuarto, que mira al Septentrion, hace frente con arrogancia al basilisco, con esta divisa: *Non pro te lex*; la ley que condena á muerte no habla contigo; *Esth.* 15. En lo alto de esta magnífica y rica columna está la estátua de la santisima Vírgen bajo del símbolo de su inmaculada Concepcion; esto es, con la luna bajo de sus pies, y quebrantando con su talon la cabeza de la serpiente infernal. Esta admirable columna está levantada en medio de la gran plaza de Viena, frente á la casa profesa de los padres jesuitas, y el emperador hizo grabar en ella esta inscripcion:

DEO OPTIMO, MAXIMO,
SUPREMO CŒLI TERRÆQUE IMPERATORI
PER QUEM REGES REGNANT:
VIRGINI DEIPARÆ,
IMMACULATÆ CONCEPTÆ,
PER QUAM PRINCIPES IMPERANT:
IN PECULIAREM DOMINAM,
AUSTRIÆ PATRONAM,
SINGULARI PIETATI SUSCEPTÆ,
SE, LIBEROS, POPULOS, EXERCITUS, PROVINCIAS,
OMNIA DENIQUE CONFIDIT, DONAT, CONSECRAT,
ET IN PERPETUAM MEMORIAM
STATUAM HANC EX VOTO PONIT
FERDINANDUS TERTIUS AUGUSTUS.

Quiere decir: A Dios muy bueno y muy grande, soberano emperador del cielo y de la tierra, por quien los reyes reinan: á la Vírgen madre de Dios, concebida sin pecado, por quien los príncipes dominan; elegida por

singular devocion por señora, soberana y singular patrona de Austria; Ferdinando, emperador III de este nombre, se confia, se consagra y se dedica á sí mismo, á sus hijos, á sus pueblos, sus ejércitos, sus provincias y todo cuanto le pertenece, y en perpetua memoria de lo cual ha erigido esta estátua y este monumento por voto.

Para hacer aun mas solemne y mas universal la devocion á la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen, que tan á pechos tomaba, S. M. imperial creyó muy á próposito el proponer sus motivos, y los puntos siguientes, á los estados del país, al senado de la provincia y de la ciudad, á los superiores de las órdenes religiosas, al obispo y al clero.

1.º Que su designio era honrar con un culto universal y mas solemne la inmaculada concepcion de la Madre de Dios; aumentar por este monumento eterno y por este acto de religion la devocion de los pueblos y de los grandes á la santisima Vírgen, á la que él amaba como á su buena madre. 2.º Que para este fin habia erigido aquella estátua, la cual deseaba que fuese bendita por el obispo con toda solemnidad. 3.º Que pedia que se mandase por edicto público que en lo sucesivo el dia 8 de Diciembre la fiesta de la inmaculada Concepcion no solo se celebrase y honrase con toda solemnidad en todos sus estados, como ya en otro tiempo lo habia mandado su difunto padre Ferdinando II, de gloriosa memoria, sino tambien que los obispos de todos sus estados instituyesen ayuno de precepto la víspera de esta gran fiesta. 4.º Que la santisima Vírgen concebida sin pecado fuese en adelante conocida en todos sus estados y honrada como patrona de Austria. Todos estos artículos fueron recibidos unánimemente y aprobados con regocijo de todos, é inmediatamente ejecutados.

Fijóse el dia para esta augusta y santa ceremonia al 18 de Mayo del mismo año de 1647. Jamás se vió una fiesta mas solemne, ni un acto de religion mas célebre ni mas devoto; fue propiamente el triunfo de la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen. Toda la ciudad quiso asistir á ella, y desde el amanecer estaban

llenas de gente la iglesia, la gran plaza y las calles todas. No hubo uno que no quisiese tener parte en la solemnidad; la alegría universal y la solicitud de los grandes y de los pequeños demostraban cuán general era la devocion. El piadoso emperador, acompañado de los serenísimos archiduques, sus hijos, Ferdinando IV, rey de Bohemia y de Hungría, y de María Ana de Austria, reina de España; del legado del papa; de los embajadores de España y de Venecia; toda la corte del emperador y del rey; todas las damas y camareras de la reina; toda la nobleza; todas las comunidades de los órdenes religiosos; todo el clero; en una palabra, todo el mundo de toda condicion, sexo, edad y estado, todo se formó en procesion á las ocho de la mañana. La primera estacion fue en la iglesia de los reverendos padres agustinos reformados, desde donde tan augusta reunion pasó por medio de un pueblo que apenas la dejaba ir en fila á la iglesia de la casa profesa de la Compañía de Jesus. El padre Gans, célebre predicador de la misma Compañía y confesor del emperador, hizo un discurso tan elocuente como sabio sobre la inmaculada Concepcion de la santisima Vírgen; el ilustrísimo príncipe Federico, obispo de Viena, celebró la misa de pontifical, cantada por la música del emperador con una solemnidad extraordinaria. Despues que el subdiácono, segun la costumbre, llevó la paz, S. M. bajó de su trono, y fue á los pies del altar en donde arrodillado, despues de la comunion del obispo, habiendo dejado su espada al conde de Puchain, su primer gentilhombre de cámara, recibió de su confesor la fórmula del voto que iba á hacer. Habiéndose vuelto el obispo al emperador teniendo la sagrada hostia en sus manos, S. M. pronunció en alta voz su voto en estos términos:

"Dios omnipotente y eterno, por quien los reyes reinan, en cuya mano estan todas las potestades y todos los derechos del imperio: Yo Ferdinando, postrado humildemente delante de vuestra divina Magestad, tanto en mi nombre, como en el de mis sucesores, y de esta noble provincia de Austria, invoco y tomo en este dia á la inmaculada Vírgen María, madre de vuestro Hijo, por espe-

cial señora y patrona de este Archiducado. Además voto y prometo hacer guardar y celebrar con solemnidad todos los años perpetuamente esta fiesta en esta provincia como fiesta de precepto el dia de su inmaculada Concepcion, 8 de Diciembre, con ayuno en su víspera. Yo os suplico, soberano Emperador del cielo y de la tierra, que reputeis, como hecho á vos mismo, todo lo que se hace en honor de vuestra santísima Madre, que os sirvais de recibir con bondad este voto que por vuestra clemencia os habeis dignado inspirarme, y extender vuestra mano favorable para protegerme y defenderme, con mi casa y todos los pueblos que me estan sometidos. Amen. El 18 de Mayo de 1647, en la iglesia de la casa profesa de la Compañía de Jesus, delante del altar mayor, en manos de Felipe Federico, de la casa de Breyniere, príncipe y obispo de Viena."

Escrita la fórmula de este voto, y firmada de la propia mano del Emperador, la volvió á poner en manos de su confesor para que fuese guardada en el archivo de la casa profesa; despues de lo cual habiendo comulgado el Emperador de mano del obispo, volvió á su reclinatorio, edificando á toda su corte y á todo el pueblo con su religion y su piedad.

Concluida la misa, el Emperador acompañado del rey de Bohemia y de Hungría, su hijo, y de la archiduquesa, reina de España, su hija, del obispo y de todo el clero secular y regular, fue á la gran plaza, en donde estaba erigido el trofeo de la inmaculada Concepcion, y en donde toda la ciudad de Viena se habia reunido. Habiendo bendecido el obispo la célebre columna consagrada en honor de la inmaculada concepcion, mientras se cantaban las letanías de la santísima Vírgen tocó la música del emperador uno de los mas magníficos conciertos, acompañado de las trompetas, timbales, oboes, de los tambores y de una salva general de toda la artillería de la ciudad. Acaso no se vió jamás una ceremonia mas augusta, ni que honrase con mas solemnidad la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.

Por la tarde comenzó de nuevo la fiesta con tanta

pompa y celebridad como por la mañana, por el zelo y la piedad de la emperatriz Leonora, viuda del emperador Ferdinando II, la cual quiso dar á su vez señales brillantes de su devocion á la inmaculada concepcion de la santisima Vírgen, terminando esta fiesta con un nuevo espectáculo de los mas edificantes y mas pomposos. Despues que la corte y el pueblo hubieron pasado el resto del dia en los ejercicios de la mas tierna piedad, se vió por la noche una decoracion todavía mas admirable; no solo se iluminaron todas las casas de la ciudad con una iluminacion general y fuegos artificiales en la que cada uno trató de distinguirse, sino que tambien en la plaza donde se habia levantado la estátua de la Madre de Dios, se presentó una decoracion de las mas brillantes. Toda la columna cargada de hachas de cera blanca parecia una sola llama; veíase en ella un arco iris de luces que rodeaba la estátua de la santisima Ví.gen, y todas las ventanas de las casas que rodean la plaza iluminadas con muchas hachas y ceñidas con las armas de la casa de Austria. Este espectáculo relumbrante, que duró dos horas largas de la noche, aparecia todavía mas augusto por la presencia del emperador, de la emperatriz viuda, de los reyes de Bohemía y de Hungría, de la reina de España y de todas sus cortes, cuya piedad animaba la de todo el pueblo. Todo este tiempo se pasó en preces, letanías y salutaciones cantadas por la música del emperador; y toda esta pompa de religion se terminó con la bendicion del obispo. Queriendo S. M. eternizar esta devocion, fundó para siempre las letanías llamadas de nuestra señora de Loreto, que se cantan todos los sábados del año y todas las fiestas de la santisima Vírgen con mucha solemnidad y todavía con mas devocion.

Este acto de piedad tan brillante en honor de la inmaculada concepcion de María santisima agradó tanto á Dios, que muy luego se experimentaron visiblemente los efectos de la proteccion omnipotente de tan gran Patrona; porque habiendo ido el Emperador pocos dias despues de esta ceremonia de religion á Egra, ciudad vecina del enemigo, detuvo inmediatamente las rápidas conquistas de

los suecos, altivos hasta entonces con sus ventajas que habian consternado á toda la Alemania, y les obligó á retirarse, precisándoles á hacer una paz gloriosa para todo el imperio.

§. XLII.

La sola cualidad de madre de Dios es el fundamento de todas las prerogativas, igualmente que de toda nuestra confianza, y en ella se encierran todos los títulos, todos los elogios y todas las dignidades de la santisima Vírgen.

Extráñase algunas veces, dice uno de los mas zelosos siervos de María, que el sagrado texto del nuevo Testamento nos diga tan poco de las grandezas de la santisima Vírgen, y por poco zelo que tengamos, querriamos que el evangelio se extendiese mas sobre los elogios de la Madre de Dios; pero he aquí, responde un docto intérprete, dos palabras del evangelio suficientes para concebir la mayor estimacion, y para llenar la mas alta idea que el hombre pueda concebir de una pura criatura: *María, de la cual ha nacido Jesus.* El Espíritu Santo que no ignoraba el fundamento sobre el cual debia establecer la grandeza de su Esposa, ha creido que la sola cualidad de madre de Dios bien entendida supliria á todos los elogios, y que dando á conocer la divinidad del Hijo por una larga relacion de milagros incontestables, no podrian negarse los honores mas sublimes á la que era reconocida por madre de tal hijo.

En efecto, concibiendo bien lo que es ser madre de Dios, se comprende, dicen los Padres de la Iglesia, que ha debido ser santa é inmaculada en su concepcion; que ha debido ser madre sin dejar de ser vírgen; que debe formar una categoría aparte entre Dios y las criaturas; que debe ser todopoderosa para con Dios, porque un Dios no puede negar nada á su madre; se comprende que debe ser honrada con un culto particular, y que á excepcion de la divinidad no hay título de honor, no hay virtud, alabanza y cualidades que no se deban á Ma-

ria. Dad á María, exclama san Bernardo en su célebre carta á los canónigos de Lyon; dad á María las justas alabanzas que le pertenecen. Decid, por ejemplo, que María ha encontrado para sí y para nosotros la fuente de la gracia; decid que ella es la medianera de la salud, y la restauradora de los siglos; lo direis con razon, porque esto es lo que toda la Iglesia publica, y lo que canta de ella todos los dias. *La santísima Vírgen*, dice san Juan Damasceno, *es superior á todas las alabanzas que se la puedan tributar.* Decid de la santísima Vírgen todo cuanto puede decirse grande, magnífico, admirable, pasmoso, dice el sabio Basilio de Seleucia, que florecia en el siglo V: dad, en fin, á María todas las alabanzas imaginables; jamás direis nada tan sublime, que no sea inferior á lo que merece. Tengamos una entera confianza en la bondad y en la proteccion poderosa de la santísima Vírgen, dice san Pedro Damiano, *porque todos los tesoros de las misericordias del Señor estan en sus manos. Busquemos la gracia*, dice san Bernardo, *y busquémosla por la intercesion de María; porque ella encuentra todo lo que busca, y no pide jamás cosa que no alcance.* Y á la verdad, ¿es posible que un Dios que se ha obligado á ejecutar las órdenes de sus siervos, siempre que sean fieles, así lo dice la Escritura (*Salmo* 144); que un Dios que ha dado un poder sin límites á una fe viva; que ha sojuzgado, por decirlo así, su providencia á la autoridad de un hombre, hasta obedecerle deteniendo el sol contra las leyes y el curso ordinario de la naturaleza (*Jos.* 10); es posible que este mismo Dios haya querido limitar el poder de una madre tan pura, tan santa, tan perfecta y tan amada de él como María, á la cual ha querido estar sujeto toda su vida? No, no tengas ocioso mi poder, la dice su hijo con mucha mas razon que Salomon lo decia á Betsabé; pídeme, madre mia, ó mas bien, mándame todo lo que te agradare; porque ¿cómo podré negarte nada, cuando levantares hácia mi trono esas manos puras que me han llevado en mi infancia? (3. *Reg.* 2.)

Tal es el poder de María; no es, en verdad, absoluto

é independiente como el de Dios; pero aunque suplicante, no es por eso menos eficaz. Así lo han reconocido los Padres, dice uno de los mas hábiles predicadores del siglo pasado, cuando se han dirigido á María con términos tan respetuosos y tan sumisos. *A tí recurrimos*, exclama Orígenes, *ó bendita entre todas las mujeres. Intercede por nosotros*, esta es la oracion de san Atanasio, *intercede por nosotros, ó santa señora, dueña nuestra, reina del cielo y de la tierra, madre de Dios. Yo me postro á vuestros pies, y reconozco vuestro poder*; esta es la de san Efren. *Pide á Dios que nos salve*; esta la de san Juan Crisóstomo. *Fija sobre nosotros una mirada favorable*; así la pide san Basilio. *Santísima Vírgen, socórrenos á nosotros miserables*, exclama san Agustin. Saludamoste, Reina soberana, madre de misericordia, fuente de la vida, consuelo de nuestras almas. Como reina os tomamos por nuestra protectora, y os dirigimos nuestros gemidos. ¡Ah Vírgen santa! abogada nuestra, dignaos mirarnos con ojos favorables, y despues de este triste destierro en que gemimos, dignaos hacer que veamos al divino Salvador, fruto bendito de vuestras entrañas: vos sois nuestra buena madre, llena de bondad, de terneza y de dulzura; esta es la oracion de la Iglesia.

Despues de este concurso unánime de todos los santos Padres, de todos los concilios, de todos los soberanos Pontífices, de todos los Santos, de toda la Iglesia, ¿qué impiedad no sería el atreverse á declamar contra la religiosa devocion de todos los verdaderos fieles á la Madre de Dios, y contra el culto que se la rinde y las alabanzas que se la dan? Hubo quienes se han arrojado á llamar devotos indiscretos á los que rendian á María los homenajes debidos á la madre de Dios, á los que la daban los títulos de honor con que la ensalzaban los santos Padres, á los que la creian concebida por un privilegio singular sin pecado, á aquellos, en fin, que invocaban su poder, y que despues de Dios ponian en ella toda su confianza. Pero á pesar del enojo de la herejía y de la malignidad de los verdaderamente indiscretos reformadores del culto de la Madre de Dios, no hay un verdadero fiel á quien no carac-

terice una tierna devocion á la santisima Vírgen, ninguno que no ponga en ella toda su confianza despues de Dios, ninguno que no reclame su proteccion en todos sus peligros, ninguno que no publique, que no sostenga hasta morir sus ilustres prerogativas. ¡Cosa extraña! Despues que los primeros hombres de nuestra religion han agotado su saber para celebrar las grandezas de María, despues que han desesperado de hallar términos proporcionados á la sublimidad de su estado, despues que en nombre de todos san Agustin ha confesado su insuficiencia, y protestado altamente que le faltaban expresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que le son debidas, ¿sería posible que se hubiesen hallado cristianos que temiesen alabarla con exceso, y que hasta censurasen su devocion y su culto?

§. XLIII.

No hay hereje que no se haya desencadenado contra el culto de la santisima Vírgen.

Pero ¿en medio del concurso tan unánime y tan universal de todos los santos, en todos los siglos, para amar, alabar y honrar á la Madre de Dios, á vista de este zelo tan ardiente, tan solícito, tan constante de toda la Iglesia desde su nacimiento para inspirar á todos los fieles el amor, el culto, la confianza mas tierna y mas entera en la Madre de Dios, ¿en qué consiste que en ningun siglo ha habido hereje que no haya aborrecido en particular á la santisima Vírgen? No es posible dejar de convenir que por ella se ha dado Dios á los hombres, y que por su mano les dispensa los tesoros de sus gracias y de sus bendiciones: ella es, como canta la Iglesia, aquella misteriosa torre de David de la cual penden mil escudos; ella es la arca de la nueva alianza; ella es la puerta del cielo, nuestra abogada despues de Dios, la salud de los enfermos espirituales, el refugio de los pecadores, el auxilio mas eficaz de todos los cristianos, el consuelo de los afligidos, y despues de Jesucristo toda nuestra esperanza. Há-

llase en ella todo lo que puede merecer nuestros homenajes y nuestros respetos; no hay cualidad alguna en ella que no sea para nosotros un título para consagrarnos á ella, para respetarla, amarla y serla agradecidos. ¿En qué consiste, despues de esto, el desenfreno, el encarnizamiento de todos los sectarios de todos los tiempos contra la mas tierna, la mas poderosa y la mas benefica de todas las madres? ¿Qué protectora mas eficaz que ella? ¿qué abogada mas fiel? ¿qué vírgen mas pura? ¿qué soberana mas liberal? ¿qué madre, en fin, mas compasiva que María, madre de Dios? Esta sola cualidad de madre de Dios vale y encierra todos los títulos. ¿Bajo de qué punto de vista, bajo de qué concepto se la puede mirar para descubrir en ella el menor motivo de aversion ó de frialdad? sin embargo, remontemonos hasta la primera época de la herejía, y desde el nacimiento de esta hidra infernal hasta estos últimos tiempos, ¿qué nube de enemigos de la santisima Vírgen no ha habido? Unos se han atrevido á negar que hubiese sido madre de Dios; otros que hubiese sido siempre vírgen. El infierno mismo se horrorizó, por decirlo así, de las blasfemias horribles que un Lutero y un Calvino han vomitado contra la Madre de Dios. ¿Con qué impiedad no ha sido tratada por todos los demás sectarios? los unos han condenado los elogios magníficos que la han dado todos los santos Padres; los otros la multitud de templos erigidos en su honor, y el gran número de fiestas que la Iglesia ha establecido para alimentar la piedad de los fieles. *De todas las fiestas que se celebran en honor de María*, decia el impío Lutero, *no hay una á que yo tenga mas horror que á la de su inmaculada concepcion.* ¿Con qué irreligion y con qué fastidiosas é insolentes chocarrerías no se ha esforzado á desacreditar entre el pueblo las mas santas prácticas de piedad, autorizadas por el ejemplo de los santos y por la aprobacion de la santa Sede? ¿Con qué furor no se ha desencadenado contra las sociedades erigidas en su honor? No hay devocion á la Madre de Dios, que no haya sido tratada de supersticion. El rosario, el escapulario, las letanías, los oficios, las congregaciones, nada se ha perdo-

nado, y la impiedad ha pasado hasta nuestro siglo. En fin, se ha tratado de zelo indiscreto el que ostenta el pueblo cristiano por defender las mas ilustres prerogativas de la Madre de Dios, y poner en ellas, despues de Jesucristo, toda su confianza.

¿En qué consiste, pues, esa rabia de la herejía contra la santisima Vírgen? porque al fin apenas se hallará una sola secta en el largo espacio de mas de diez y ocho siglos, que no haya vomitado contra ella todo su veneno, y que no se haya declarado contra su culto. He aquí la causa de este desencadenamiento de todos los sectarios. *Yo pondré*, habia dicho el Señor á la serpiente, *una enemistad irreconciliable entre tí y la mujer que debe quebrantar tu cabeza.* Este es el orígen de ese odio implacable que tiene la herejía contra la santisima Vírgen. Ella ha quebrantado la cabeza de la serpiente, no solo porque ha sido exenta del pecado original, principio funesto de todos los demás, sino principalmente porque ha concebido en su seno, y parido al Salvador del mundo, el cual ha desarmado á todo el infierno, y arruinado su imperio. Ella le ha quebrantado la cabeza. ¿Será extraño que vomite el demonio contra ella todo su veneno? mientras que le quedare hiel, el demonio no cesará de hacer todos los esfuerzos para desacreditar, para impedir el culto que es debido á María; no dejará de hacer todo lo que pueda para oscurecer el brillo de sus grandezas, para privarla de las ilustres prerogativas de su nobleza, para disputarla los sublimes privilegios que ha recibido de Dios; trabajará, en fin, con todo empeño para cerrar este asilo á los pecadores, y para debilitar y aun sofocar, si pudiese, en el corazon de los cristianos el título mas fundado de su mas dulce confianza: *y tú no cesarás de preparar emboscadas y armar lazos á su talon*, y de tratar de impedir ó al menos de oscurecer el culto que se la rinde desacreditándola por medio de tus emisarios.

Pero todos los esfuerzos del infierno serán siempre inútiles; por mas que la serpiente infernal produzca en todos los siglos nuevos insectos, que arrastrando sobre la tierra se encaminan hácia ella, jamás podrán pasar todos sus es-

fuerzos de acometer á su talon. A esto se reducirán siempre todos los malignos esfuerzos de los herejes. María arrollará siempre á los hijos, despues de haber quebrantado la cabeza del padre. No hay enemigo de Jesucristo, que no lo sea de su santisima Madre. Todos los herejes aborrecen á la Madre porque aborrecen al Hijo. *El que me odia á mí*, podria decirse con las palabras del Salvador á sus discípulos, *odia á mi Madre.* Pero vos, ó santisima Madre de Dios, decia un célebre orador sagrado del siglo XVII, sois el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores, y lo sereis siempre. Vos sola habeis triunfado de todas las herejías; apenas se ha formado una en el cristianismo que no os haya atacado; pero tampoco hay una á la cual no hayais confundido. *Todas las herejías* que se han levantado *en todo el mundo*, *vos sola las habeis aniquilado*, dice toda la Iglesia con san Agustin. La victoria que habeis conseguido y que conseguireis contra todos vuestros enemigos, y sobre las temerarias censuras de vuestro culto, coronará vuestro triunfo. A pesar de todas las empresas malignas que la herejía ha formado en tantos siglos, á pesar de todos los sofismas y de todos los artificios que el error ha empleado contra la santisima Madre de Dios, su culto ha subsistido y subsistirá, y la devocion á esta divina Madre se ha hecho y se hará todos los dias mas fervorosa y mas universal. Las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra el zelo de los verdaderos cristianos, ni contra su religiosa solicitud y su inviolable fidelidad en rendirla los justos homenajes que se la deben. Conservarán siempre, publicarán, harán gloria de los sentimientos tiernos y respetuosos que les ligan estrechamente á sus intereses, sea cualquiera el artificio de que se use, y el esfuerzo que se haga para arrancarlos de sus corazones. Su piedad, su religion, su ternura, para con su buena madre y poderosa soberana, les hará superiores á la malignidad y á la astucia impía de sus enemigos, y nada será capaz de inmutarles ni seducirles.

Esclamemos, pues, aquí con san Juan Damasceno: "Venid, naciones todas del mundo: venid, habitantes todos de la tierra, de toda lengua, de toda edad y de toda

dignidad; celebremos juntos con alegría las fiestas de la que hace el regocijo de todo el mundo.

"Os suplicamos, Vírgen santa, bendita entre todas las mujeres, fuente de la vida y madre de la salud, exclama san Bernardo; vos por quien hemos hallado el orígen de la gracia, haced que por vos encontremos un acceso favorable para vuestro Hijo, á fin de que por vos seamos bien recibidos de aquel que no se ha dado á nosotros sino por vos; que en consideracion á vuestra incomparable virginidad y á vuestra profunda humildad, que tan agradable le ha sido, se digne perdonarnos todo lo que nace del orgullo de nuestro entendimiento y de la corrupcion de nuestro corazon; que vuestra inmensa caridad cubra el gran número de nuestros pecados, y que vuestra gloriosa y milagrosa fecundidad nos haga fecundos en buenas obras y en méritos. Dignaos, Vírgen santa, dignaos permitirme que yo publique vuestras alabanzas, por mas indigno que sea de ello, y concededme la fortaleza para combatir y confundir á vuestros enemigos. Dignaos, soberana Señora nuestra, nuestra medianera poderosa, nuestra fiel abogada, recomendarnos á vuestro Hijo, reconciliarnos con él, presentarnos vos misma á él. Haced, ó bienaventurada Vírgen, por la gracia que habeis merecido, y por la misericordia de aquel que habeis dado á luz, que el que por vuestro medio se ha dignado hacerse participante de nuestras miserias y de nuestras enfermedades, se digne tambien por vuestra intercesion darnos parte en su felicidad eterna y en su gloria, Jesucristo Señor nuestro, vuestro querido Hijo, nuestro Dios, bendito sobre todas las cosas en todos los siglos. Amen."

De ningun modo podriamos concluir mejor la historia de la santisima Vírgen que con la devota oracion que la dirige san Agustin (*Serm.* 18 *de Sanct. in medio*).

"¡O bienaventurada María! ¿Quién podrá jamás alabaros dignamente, ni ofreceros las acciones de gracias que os son debidas por haber con vuestra deferencia á los designios favorables de la Providencia socorrido al mundo ya perdido? ¿Podrán jamás todos los hombres juntos, tan flacos, y cuyo entendimiento es tan limitado, pagaros

el justo tributo de alabanzas que os deben por haberles procurado con vuestra poderosa mediacion un acceso fácil á vuestro Hijo?

»Dignaos, sin embargo, Vírgen santa, admitir nuestros débiles agradecimientos por mas que sean desproporcionados á vuestros méritos; y despues de haberos dignado aceptar los testimonios aunque insuficientes de nuestro reconocimiento, tened á bien tambien de escusar la imperfeccion con que os los ofrecemos. Oid nuestros ruegos, y haced que nuestra reconciliacion con el Padre de las misericordias nos sirva al mismo tiempo de preservativo contra el veneno del pecado. Ofreciendo vos misma nuestros votos al Señor, haced que sean así por vos menos indignos de su Magestad, á fin de que alcancemos por vuestra intercesion lo que le pedimos confiados. Recibid con bondad lo que os ofrecemos con confianza; concedednos lo que os pedimos, y no mireis á nuestra pusilanimidad y desconfianza, porque vos sois despues de Jesucristo la única esperanza de los pecadores. Por vuestra poderosa intercesion, ó bienaventurada Vírgen, esperamos el perdon de nuestros pecados, y tambien por ella el alcanzar de Dios la eterna recompensa.

»Santa María, no negueis vuestro auxilio á los desgraciados, sostened el ánimo de los pusilánimes y consolad á los afligidos; rogad por todo el pueblo, tomad bajo de vuestra especial proteccion á todo el clero, é interceded por el sexo que os es tan singularmente devoto; en fin, experimenten todos los que han recurrido á vos en sus necesidades los dulces efectos de vuestra poderosa proteccion."

Como las prácticas de piedad son siempre gratas á todos los verdaderos fieles, y el fruto principal que se debe sacar de la lectura de esta historia debe ser un aumento de devocion á la Madre de Dios, hemos creido que no dejará de ser grato al público, sobre todo cuando ya se haya hecho esta familiar entre las familias cristianas, el dar aquí una fórmula de consagracion de toda una familia, y otra de cada uno en particular, á esta Madre de misericordia."

Fórmula para consagrarse á María santisima una familia en general.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Santa María, Madre de Dios, vírgen purísima é inmaculada, reina de los ángeles y de los hombres, refugio seguro de los pecadores, vedme aquí postrado á vuestros pies delante de vuestro trono con toda mi familia. Yo os reconozco y os elijo hoy por mi soberana Señora, por mi madre y mi abogada para con Dios. Nosotros sabemos que sois la reina del universo, y que todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra estan sujetas á vuestro imperio: sin embargo, queriendo, en cuanto depende de nosotros, extender vuestra dominacion, y aumentar el número de vuestros vasallos y de vuestros siervos, os presentamos aquí la ofrenda voluntaria de nosotros mismos, nos dedicamos y consagramos á vuestro servicio, y si no estuviesemos sujetos como ya lo estamos por tantos títulos á vos, protestamos, en virtud de esta consagracion que ahora hacemos, que nos sujetariamos en el tiempo y en toda la eternidad.

Yo hablo, santisima Vírgen, en nombre de toda mi familia y de todas las personas que la componen: dignaos, Madre de misericordia, de recibirnos á todos en el número de vuestros hijos y vuestros siervos; dignaos fijar en mí y en mi familia, que de hoy en adelante será vuestra, vuestros ojos caritativos; dignaos tomar á vuestro cargo el cuidarla y protejerla. Concedednos, Vírgen santa, á todos y á cada uno de nosotros en particular vuestra bendicion, y no permitais que ninguno de los que estan aquí postrados á vuestros pies se haga jamás indigno de vuestra proteccion y de vuestras gracias. Asistidnos en todas nuestras necesidades, socorrednos en todos los peligros, consoladnos en nuestras aflicciones, y haced que cada dia nuestra devocion y nuestra confianza en vos sea mas ardiente; protejednos mientras nos durare la vida, y sobre todo en la hora de la muerte, para que se aumente el número de vuestros fieles siervos

en la dichosa mansion de la gloria eterna, por la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, vuestro hijo. Amen.

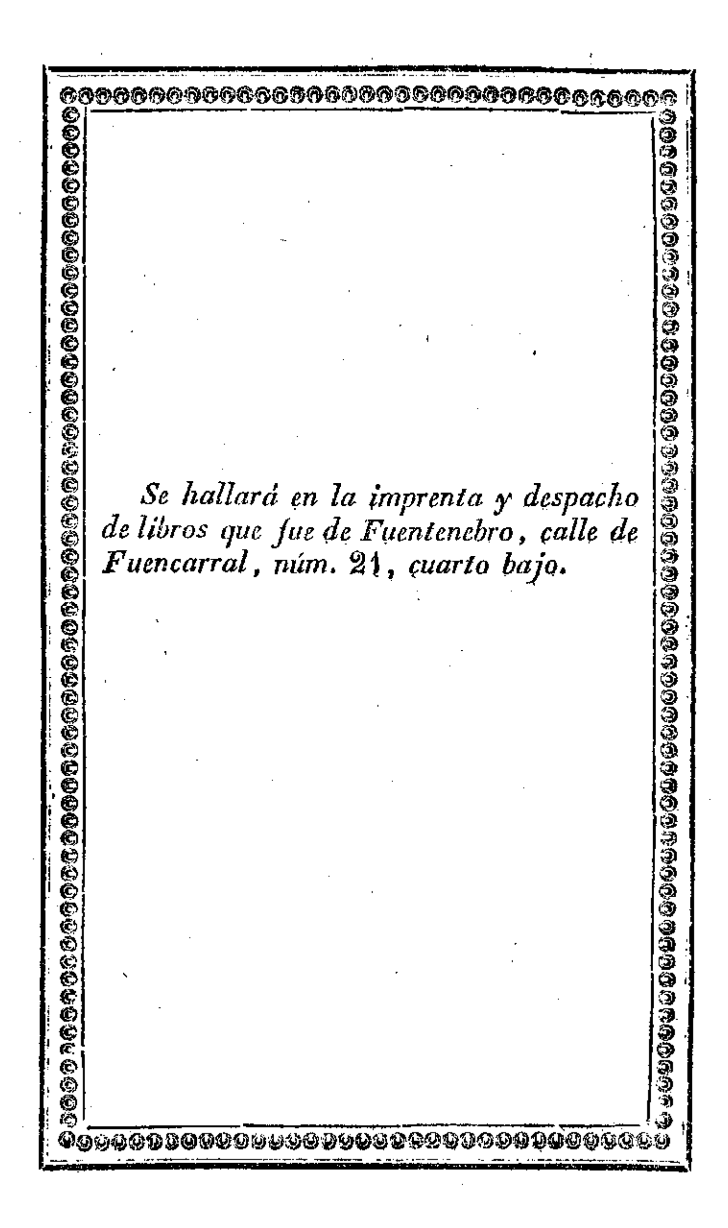
HECHO EN DEL MES DEL AÑO

Fórmula para consagrarse á la santisima Vírgen cada uno en particular.

Santisima Vírgen maría, madre de Dios, vida nuestra, nuestro consuelo, y despues de Dios toda nuestra esperanza. Yo N. N., aunque indigno de ser del número de vuestros siervos, confiando, no obstante, en vuestra misericordia, é impelido de un deseo sincero de serviros, os elijo hoy en presencia de toda la corte celestial por mi soberana Señora, por mi madre amada y por abogada mia, y hago un propósito firme de honraros, amaros y serviros fielmente todo el resto de mi vida, de no hacer jamás ni decir nada contra el respeto y honor que os es debido, ni permitir nunca que ninguno de los que dependen de mí haga ni diga cosa alguna que pueda desagradaros. Os suplico, pues, ó madre de misericordia, y os conjuro por la sangre preciosa que vuestro querido Hijo ha derramado por mí, que me recibais en el número de vuestros hijos y de vuestros mas pequeños siervos, que me asistais en todas mis acciones, que me alcanceis todas las gracias que necesito, y sobre todo que no me abandoneis en la hora de mi muerte. Amen.

FIN.





Se hallará en la imprenta y despacho de libros que fue de Fuentenebro, calle de Fuencarral, núm. 21, cuarto bajo.

